Un andén, unas montañas, unos héroes y al final, la libertad

ROSARIO RARO

VOLVER A CANFRANC

La historia olvidada de una estación mítica que cambió el curso de una guerra



Planeta

ÍNDICE

A todos aquellos que están convencidos de que existen cosas que hay que creerlas para verlas, una forma de entender la vida muy común entre los aragoneses, bretones y aquitanos, verdaderos héroes de este libro.

A quienes me habéis traído hasta aquí desde el vestíbulo de la estación internacional de Canfranc.

Y a todos los realizadores de sueños que me acompañan en la cotidianidad, entre ellos y de forma muy especial, quiero dedicar esta novela a Raquel, Puri y Cristina.

Basta un instante para hacer un héroe y una vida entera
para hacer un hombre de bien.
(PAUL BRULAT, escritor francés, 1866-1940)

Coinciden los informes de conducta en que era,
en el moderno sentido de la palabra,
un santo.
En todo lo que hizo, sirvió a la sociedad.
(WYSTAN HUGH AUDEN, 1907-1973, del poema
El ciudadano desconocido)

En el invierno de 1942 el ejército alemán tomó la estación internacional de Canfranc en Huesca como si se tratara de un territorio más de la Francia ocupada. A pesar de que en sus dependencias se instalaron una brigada de Alta Montaña de Baviera, varios agentes de las SS y algunos miembros de la Gestapo, los protagonistas aragoneses, aquitanos y bretones de este libro ayudaron a cruzar por aquí de forma clandestina a miles de judíos, algunos de apellidos tan famosos como Chagall, Ernst, Mahler y Mann. Estos habitantes del norte de Aragón los auxiliaron de la misma manera que hicieron Oskar Schindler, Raoul Wallenberg, Chiune Sugihara, Ángel Sanz Briz y otros desde Cracovia, Budapest, Vilna... Para muchos perseguidos por el régimen nazi, la esperanza se llamó Canfranc.

Desde hace años, aquellas personas que cruzaron esta terminal siendo niños vuelven a Canfranc desde Estados Unidos, el resto de América y otros países que los acogieron, para mostrarles a sus hijos y a sus nietos el lugar por el que escaparon, las montañas del Pirineo, pero sobre todo para que convivan durante unos días con los descendientes de quienes les ayudaron a alcanzar la libertad, aquella estirpe de héroes de ambos lados de las montañas, gracias a quienes sobrevivieron.

Esta es su historia.

PRIMERA PARTE

UN DÍA DE 1943

FUNDIDO EN NEGRO

Estación de Canfranc, Huesca, martes, 16 de marzo de 1943

Faltaban pocos minutos para las cuatro de la madrugada y de forma automática, sin pensarlo, en un intento inconsciente de buscar el refugio que siempre proporcionan las costumbres, Laurent Juste, jefe de la aduana internacional de la estación de Canfranc, encendió una cerilla y su llama escasa lo iluminó. Juste tapó el resplandor con su espalda para que, afuera, los guardias no percibieran el menor indicio de su presencia. Sin embargo, él los intuía muy cerca; en el centro de su imaginación cada sombra vestía abrigo alemán. Escuchaba amplificados los mil sonidos mínimos que componen la noche como heraldos que anunciaban su detención. Acercó el fósforo al fogón para prepararse un café angoleño. Mientras esperaba no dejó de mirarse el reloj de pulsera. Apenas se acercó la taza a los labios, se dio cuenta de que no le era posible tomarla y la abandonó sobre el banco de la cocina.

Los soldados estaban apostados a ambos lados de la entrada del vestíbulo de la terminal, a escasos metros de la puerta de su vivienda, y de ninguna manera debían advertir que estaba en pie una hora antes de lo habitual. Juste recorría a tientas aquel interior burgués con el que se sentía premiado por el desempeño de su cargo, pero que entonces le daba igual: muebles de maderas valiosas importados de las colonias, ánforas de metal labrado recubiertas de plata con la única función de decorar... Pasó bajo la lámpara de cristales de bohemia, ciega en aquel momento, pero que cuando se iluminaba en el centro del salón mostraba sus piezas talladas de forma que cada una parecía una urna que contuviera paisajes.

Canfranc era su segundo destino español, ya que antes había pasado unos años en Irún, acompañado también de su familia: su mujer, Arlette, y sus tres hijos: la mayor, Maude, la mediana, Solange y el pequeño, Auguste.

Entró en el dormitorio principal. Además de no alertar a los brigadistas bávaros tampoco quería despertar a Arlette. Sentía en sus oídos un zumbido tan inaguantable que le producía mareos. Se acercó hasta una mesa que era a la vez tocador y escritorio y, después de apoyarse sobre su tabla, sacó de allí la llave para abrir el armario que contenía el cuadro de luces. La guardaba por encargo del jefe de estación, quien se la había encomendado por ser el que permanecía día y noche en aquellas instalaciones. La apretó con fuerza. Era el amuleto que le ayudaba en sus objetivos.

Volvió al pasillo. Según la época del año, los búcaros abrazaban lilas, flores de jazmín o nardos, y en aquel momento olía a primavera.

Acarició al pasar el piano de cola negro marca Steinway, lacado, con adornos de hojas que salían de sus vetas, como si se despidiera de él. Lo había seguido en todas sus mudanzas, igual que los libros y los cuadros. Juste sentía la boca muy seca y la mandíbula enclavijada como si bajo las orejas tuviera dos bisagras oxidadas y frías. Siempre había creído que en ayunas mantenía la mente más despejada, pero esa noche no le servía de nada porque le asaltaban imágenes terribles de cadáveres descuartizados bajo las bombas, de botas solitarias abandonadas con la pierna que resguardaban dentro, sin el resto del cuerpo. Quiso evocar otros lugares, los de su Bretaña natal; pensó en su madre y como resultado de la tensión sonrió, apenas una décima de segundo, al recordar que muchos les decían que su mayor parecido radicaba en la tozudez de ambos. Entonces notó debajo de la lengua la saliva muy amarga. Necesitaba la normalidad que le proporcionaba el aroma de los cruasanes, asomarse a la ventana del horno para verlos henchirse y brillar frotados de mantequilla, quería llegar con vida hasta aquel mediodía y que lo honrara el olor del laurel y el pescado de la sopa bretona, del *yod kerc'h*, de la crema de avena o del cocido escapándose entre las tiras de la cortina. El pánico lo remitía a lo más primitivo, pero también a lo más necesario.

Laurent se deslizó hasta el zaguán de la estación a través de la puerta que comunicaba con la zona donde se acogía a los viajeros. Iba lo más pegado a la pared que podía para evitar que su sombra se proyectara en el exterior, que recorriera la plataforma junto a las vías ante los ojos de los vigilantes. Se sentía rodeado por un ejército silencioso del que solo veía sus siluetas proyectarse sobre las paredes de templo del vestíbulo.

Sintió un ruido a sus pies, al que acompañó un movimiento, y estuvo a punto de gritar. Con un gesto rápido sacó el pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la cara. Sudaba. Su temperatura desafiaba la del exterior. Una rata había corrido entre sus piernas. Le llegó a acariciar con su lomo un tobillo antes de chillar encajada entre un baúl de mimbre y la esquina junto a la puerta.

Aquellos tres años y pico de estancia allí le habían servido para conocer el edificio a fondo. Atravesó la puerta que comunicaba el resto de dependencias, almacenes y oficinas, y recorrió el vestíbulo sin despegarse del muro principal hasta que su espalda chocó con el armario que contenía el cuadro de luces. Antes de llevar a cabo aquella acción, su último pensamiento fue para Auguste, su pequeño, que cada tarde trazaba muy concentrado y con mucho esfuerzo sus primeras letras sin levantar la vista del cuaderno. Enseguida le cambió la expresión; aunque se arriesgaba mucho no se sospechaba de él, pero

solo por el momento. Cualquiera podía ser un chivato, delatarlo, las recompensas que ofrecía el régimen nazi eran bastante más que jugosas. Laurent sentía sus acciones como la misión más alta que puede llevar a cabo un ser humano, pero eso no le compensaba el desasosiego, la pesadumbre de exponer a su familia sobre aquel tablero que cruzaban como gatos y ratones el ejército alemán y quienes apoyaban desde allí al bando aliado.

Había un taquillón de madera muy ancho, tanto que permitía que al otro lado se escondiera un hombre. Ese nuevo temor alcanzó a Laurent, que encendió con sumo cuidado su linterna ferroviaria de hojalata y enfocó el reloj mientras permanecía con la espalda pegada al contrafuerte bajo la viga arqueada. Las piernas le temblaban. Un encuentro fortuito, un trabajador o un militar que encendiera las luces, y estaría perdido. Si lo sorprendían, le sería muy difícil explicar qué hacía allí a oscuras, pegado al muro junto a los contadores.

Si los vigilantes se movían, su campo de visión se ampliaba. Esperó. Se quedó inmóvil unos segundos, faltaba muy poco para las cuatro de la madrugada, las agujas recorrían la esfera sobre la caja de acero, y entonces sintió un ruido de tambores que no pudo relacionar con nada. Aún faltaba más de un mes para la Semana Santa. Se oprimió con fuerza un párpado con un par de dedos y cayó en la cuenta de que aquel sonido rítmico, grave, insistente, que cada vez parecía estar más y más cerca, era el de su propio corazón.

No era la primera vez que llevaba a cabo semejante tarea, pero la costumbre no había hecho desaparecer el miedo. La explicación que esgrimía para justificar estos continuos apagones era que se debían a las bajadas de tensión en la línea por la sobrecarga que suponía el abastecimiento de las máquinas de tren francesas, que funcionaban con electricidad mientras los trenes españoles lo hacían a vapor. Una excusa que no sabía hasta cuándo seguiría funcionándole.

En cuanto las saetas alcanzaron la hora exacta, bajó la palanca que interrumpía el suministro general de las instalaciones, se quedó inmóvil y dejó de respirar. Con ese gesto había cumplido con la primera parte de la maniobra. A partir de ese momento, los actores de ese pequeño drama entrarían en acción. Y un solo fallo podría ser la ruina de todos.

Un minuto antes de que Laurent Juste cortara el suministro de energía un potente silbido al otro extremo del andén rasgó la noche. A quien lo profirió muchos lo tenían por muy decidido, pero él no había dejado de alterarse momentos antes de llevarse los dedos índice y corazón de ambas manos a la boca. ¿Y si no era capaz de captar la atención de los boches? Si estos se negaban a abandonar su puesto

todo estaría perdido. De momento no veía que se acercaran. Todo seguía en calma.

Los dos soldados de guardia apostados ante el vestíbulo comenzaron a recorrer los más de cien metros de uno de los lados, casi la mitad de la extensión de la fachada. Donde terminaba el edificio, hacia la izquierda, los esperaba un jinete. Era Esteve Durandarte, contrabandista para unos y bandolero para otros. Sobre su cabalgadura resultaba imponente, pero cuando descendía impresionaba aún más. Arriba del caballo era difícil calcular su talla, su envergadura. Más que un hombre era una fuerza de la naturaleza, agreste, un habitante del bosque, surgido de él en vez de nacer de un hombre y una mujer. Tenía mucho en común con los guerrilleros del maquis, pero no era uno de ellos, no se casaba con nadie. Parecía que encontraba su verdadera razón de ser, su oxígeno, en sentirse independiente, a cierta distancia de todo y de todos. Destacaba entre los hombres tan variados de al menos diez nacionalidades distintas que recorrían Canfranc Estación y sus alrededores.

Saludó a los soldados en alemán y sin descender del caballo les tendió un paquete de papel de estraza atado con un cordel. Les exigió el pago en dólares de plata, en aquel comercio no se aceptaban las pesetas ni los francos más que cuando no había otro remedio. Los guardias miraban detrás de ellos, al frente, se movían inquietos, querían marcharse porque ya tenían los cigarrillos y no podían abandonar su puesto durante más tiempo. Se arriesgaban a mucho, a un consejo de guerra entre otras medidas disciplinarias.

Durandarte no se afeitaba las patillas, sino que dejaba que se le juntaran con la barba. Tampoco se cortaba el pelo, que se ataba con una cinta de cuero. Algunos comentaban que mojado le llegaba a la cintura; al menos así era en el momento en que lo vieron bañarse en el nacimiento del río en el valle de Astún. Era delgado pero bastante ancho de espaldas y tenía la voz tan bronca que cuando hablaba, porque casi nunca gritaba, parecía que esta resonara dentro de una tinaja.

El más alto de los soldados le dio un codazo a su compañero para obligarlo a volver:

—*Wenn sie unsere Köpfe abgeschnitten haben, können wir nicht mehr rauchen*[1] —le dijo en un murmullo.

Durandarte apenas había conseguido retenerlos tres minutos, aún no podían volver hacia el vestíbulo, así que, para entretenerlos un poco más, se sacó un último as de la manga y les mostró dos cajitas; lo que contenían había provocado muchas guerras, era látex de adormidera en dos barras color de yema tostada. Se lanzó a practicar

su alemán rupestre, pero eficaz; de cada veinte palabras que les decía en castellano estaba seguro de que solo entenderían un par: tabaco y opio, aunque era suficiente; además en su idioma eran casi iguales: *Tabak und opium.*

—Del puerto de Esmirna al de Marsella. Esmirna hasta Marsella. —Y trazaba un arco con el dedo en el aire—. Hasta protege de la gripe, *Keine Grippe. Es ist gut*, es bueno. Bueno. Ni os pondrá la carne de gallina ni os dará calambres, *Keine Krämpfe*. —Y se sacudía para fingir temblores—. Es medicinal porque aumenta las defensas, blinda, fortalece, *stärkt* —les decía a la vez que no dejaba de mirar hacia todos lados, en especial detrás de las espaldas de ellos. Como los soldados permanecían en silencio él quiso continuar, pero no se le ocurría nada más.

Entre las dudas del principio y su monólogo de después habían transcurrido más de diez minutos desde que los vigilantes se retiraron de su puesto; y aún tenían que volver a él, lo que suponía en total casi un cuarto de hora. A pesar de eso decidió asegurarse ganando unos segundos más:

—Si no os lo fumáis podéis venderlo. Fumar o vender, *Rauchen oder verkaufen*. —Cada palabra la acompañaba del gesto correspondiente, se llevaba dos dedos en forma de uve a los labios o los frotaba contra el pulgar—. Os lo pagarán muy bien. Cinco veces más de lo que me habéis dado. Mucho dinero, *viel geld*. Caro, *teuer.*

Mientras Esteve Durandarte trapicheaba con los soldados, un par de docenas de personas en medio de la oscuridad y de un silencio absoluto cruzaban los raíles de la playa de vías francesas en dirección al edificio principal. Habían salido del hangar que cerraba la estación bajo las montañas. Iban agachados, de forma que parecían un rebaño.

La estación era un edificio imponente. De doble jurisdicción, francesa y española, mostraba sus rótulos en ambas lenguas sobre sus fachadas idénticas, una orientada al norte y la otra asomada al río Aragón. La terminal tenía dos explanadas de vías para conducir el tren hasta donde terminaba el horizonte, esparcidas como cabellos metálicos y paralelos delante y detrás del edificio de viajeros con su sorprendente rotundidad de espejismo centroeuropeo encajado allí. Su estructura enorme de hormigón, piedra, plancha y cristal la culminaba una cúpula inmensa en el espacio central, la gran corona de fundición bajo la que crecía el vestíbulo, tan suntuoso que parecía una catedral. Los mostradores eran de madera labrada. Una escalinata de mármol subía a la segunda planta, donde se ubicaba el Hotel Internacional. Todas las demás dependencias ocupaban la planta baja y estaban duplicadas: las oficinas de cambio de moneda, de correos y telégrafos, las taquillas, los almacenes... Unas pertenecían a la Línea de Midi, la compañía francesa, y el resto a la española, llamada de los Ferrocarriles del Norte. Desde allí el convoy llegaba hasta Pau y enlazaba con París. Atravesaba la columna vertebral de los Pirineos por el túnel de Somport y pespunteaba el mapa elevado por la cordillera.

La estación se había proyectado como un escaparate de España que deslumbrara a quienes lo cruzaran. Ese propósito se había cumplido con creces porque la impresión que causaba este palacio ferroviario en los viajeros extranjeros era insuperable.

Y era este edificio el que estaba destinado a acoger al grupo de judíos que había llegado hasta Canfranc unas seis horas antes en el tren de la noche desde Pau, la capital de los Pirineos Atlánticos, en la región de Aquitania. Procedían tanto de Alemania como de otros países bajo el dominio del Reich. Los organizadores de su evasión les dijeron que en todo momento debían obedecer las indicaciones de Didier, un obrero de vía y obras, de unos cuarenta años, muy musculoso, con poco pelo, callado, pero que sonreía en cuanto tenía ocasión.

Él fue quien, con la ayuda de Durandarte, los había trasladado al hangar en el que permanecieron esas seis horas. No fue fácil sacarlos del vagón. Durandarte deslizó la puerta corrediza con mucho esfuerzo, después de girar la rueda de hierro del pestillo. Luego, Didier y él abrieron el candado con una de las llaves estándar de las muchas que tenían entre las herramientas y, por último, separaron los alambres que unía el sello de lacre. Este precinto era la prueba de que desde la ciudad de origen había permanecido cerrado. Después de ayudar a

descender a todos, dentro del vagón solo quedaron unas veinte cajas de madera que contenían máquinas de coser, una mercancía muy valiosa porque con ellas se podía poner en marcha de nuevo alguno de los talleres desmantelados durante la guerra y con una sola toda una familia podía salvarse del hambre. Estaban muy bien embaladas y envueltas en mantas para aumentar su protección durante la descarga. De esta forma, el grupo de judíos tuvo asiento y abrigo durante el viaje. En cuanto bajaron todos, Didier se apresuró a derretir una barra de cera roja para unir de nuevo los filamentos de hierro que servían para certificar el sellado de aquel compartimento.

La larga espera había llegado a su fin, y en aquel momento, mientras en la otra cara del edificio se producía la ceremonia de la llegada que entretenía a los policías, los soldados alemanes de la brigada de Alta Montaña de Baviera, los agentes de las SS y otros miembros de la Gestapo, los refugiados judíos aprovecharon para escabullirse hasta un almacén vecino. Junto a él, las plantas silvestres con campanillas fucsias y violetas cerraban la terminal de Huesca al lado de las montañas. El momento tenía que ser siempre el exacto, no podía ser antes de que descendieran todos los pasajeros y bajaran todas las mercancías, pero tampoco debían demorarse tanto que todavía estuvieran allí cuando los soldados subieran al tren para inspeccionarlo y asegurarse de que estaba vacío por completo. Los vagones lacrados siempre debían abrirse ante la presencia de varias personas que reunieran la condición de pertenecer a fuerzas de seguridad y vigilancia distintas. Por ese motivo se dejaban para el final.

El hangar al que trasladaron primero a los fugitivos estaba en la parte francesa de la estación y era tan espacioso como si fuera de aviación. En aquel almacén cabían con holgura veintiocho vagones. Donde parecía que terminaba tenía otro fondo camuflado, un hueco de unos cinco metros de ancho y muy alto detrás de la plancha acanalada. Hasta había un váter rudimentario que solo constaba de una tabla con un agujero en el centro, pero tenía una cortina granate, tan basta como útil. El recinto oculto dentro del hangar apenas suponía una décima parte de aquella nave construida para cobijar al tren y evitar que algunas de las mercancías que transportaba se helaran en invierno. Laurent Juste se percató enseguida de que no había mejor sitio entre todas aquellas dependencias del valle de Los Arañones para construir aquel escondrijo. Se lo propuso a Didier porque el obrero disponía de todos los materiales y las habilidades necesarias. Bajo su dictado lo tuvo listo en un par de noches. Desde hacía más de año y medio lo venían utilizando igual. Tal como le

indicó, su cómplice solo tuvo que adelantar la pared del final y duplicarla para crear el efecto óptico de que aquel depósito enorme acababa allí; luego volvieron a colocar todos los objetos que había en ella: una estantería con herramientas, un calendario, bastantes telarañas, un botijo, una placa metálica con un aviso de seguridad, un clavo con trozos de periódicos cortados del mismo tamaño y un par de trapos llenos de grasa. A nadie se le ocurriría medir el almacén por fuera y después por dentro. Esa hubiera sido la única forma de constatar aquella diferencia inapreciable a simple vista; a casi doscientos metros se le habían escatimado solo cinco.

Los refugiados judíos, débiles y agotados, debían permanecer en el hangar hasta que casi todo y casi todos se durmieran, hasta que solo quedaran en pie los guardias alemanes, el peor obstáculo. Eso era lo único que harían durante unas horas más, sumadas a las que ya llevaban en lo mismo, esperar: primero en el vagón entre los embalajes de madera de las máquinas de coser, después en el hangar y por último en el edificio de la estación, donde los más afortunados aguardarían la salida del tren de Madrid. El hecho de que no existiera intercambiador de vías como en Port-Bou e Irún, los otros pasos internacionales, los varaba allí durante horas. Los pasajeros pasaban la noche de forma cómoda en alguno de los alojamientos del pueblo, como la fonda La Serena, y los más afortunados pernoctaban en el Hotel Internacional. Los polizones, por el contrario, se estancaban en un tiempo detenido, marcado por sus propios latidos y por la angustia que respiraban como prófugos del nazismo a la espera de que amaneciera en Canfranc. Desde que el régimen había implantado la llamada en su terminología *Solución Final para la cuestión judía* eran carne muerta. No había voces, ni gritos, ni llantos, a pesar de que un tercio de quienes cruzaban las vías en aquellos momentos eran niños menores de diez años. Tenían los dientes frágiles como cáscaras de huevo porque las encías, abiertas por las infecciones, apenas los sostenían. Sentían frío, sed, hambre…, todas las necesidades que un ser humano puede tener, además juntas; a estas sensaciones físicas se sumaba el dolor por las pérdidas, por los familiares desaparecidos, por sus propiedades incendiadas, arrasadas, porque surgían de una herida, la de la Europa en guerra. Eran judíos. En la consideración de los nazis, el pus de un organismo. Los de aquella ocasión eran veinticuatro fugitivos.

Había en Europa dos trenes que no podían chocar porque cada uno de ellos tiraba hacia un extremo del mapa. Desde Berlín, Varsovia, Budapest, Viena y otras muchas ciudades salían vagones de mercancías y ganado repletos de personas, con el suelo cubierto de

paja y las tablas de madera muy separadas, tanto que no aislaban del frío del exterior, en dirección a Dachau, cerca de Múnich, Auschwitz-Birkenau, a unos cuarenta kilómetros al oeste de Cracovia, Bergen-Belsen, en la Baja Sajonia, Buchenwald, cerca de Weimar, Mauthausen, en la Alta Austria y hacia otras muchas sedes del horror de las que entonces aún se desconocían sus nombres. Con la estrella amarilla cosida al abrigo, el nombre de Sara o Israel intercalado entre el propio y el apellido para marcarlos, eran conducidos hasta las cámaras que los convertían en humo humano.

Al otro tipo de trenes pertenecían los de aquel grupo. Los que acababan de llegar a la estación del norte de Aragón eran en su mayoría húngaros y polacos, también había un par de familias austriacas, varios ancianos a los que arrastraban cogidos de los hombros entre dos personas y un enfermo de tuberculosis, tan grave que para que su tos no se escuchara se había introducido un pañuelo en la boca. Le evitaba la asfixia el centímetro libre que había dejado cerca de su glotis, pero debía contener las náuseas que la tela ya tintada de rojo le producía. Escapaban en dirección opuesta, hacia el oeste del continente, para alcanzar el puerto de Lisboa y huir de forma definitiva. De todos ellos solo bajarían de nuevo al andén, en menos de dos horas, los que no tuvieran ningún impedimento porque les hubieran proporcionado allí de forma secreta nada menos que pasaporte, visado, salvoconducto, pasaje para el navío y, sobre todo, los billetes para subirse al ferrocarril que recorrería el mapa de los dos países. Todo esto reducía las posibilidades de muchos.

Antes de que las circunstancias se torcieran aún más por el aumento de la presión del gobierno alemán sobre el español, muchos habían intentado entrar en España en el tren, a cientos, y habían sido interceptados y deportados en cuanto fueron localizados dentro de los vagones mientras atravesaban territorio francés. Las patrullas alemanas tenían orden de detener a cualquier persona que intentara el paso clandestino por la frontera siempre que se le encontrara en un radio de cinco kilómetros a ambos lados. Y eso debían hacer también los carabineros, los gendarmes, los guardias civiles y la policía armada: ponerlos a disposición de las autoridades pertinentes, las de las naciones ocupadas a las que pertenecían, en aquel momento bajo el gobierno nazi.

Frente a la fachada de la estación, el grupo de judíos debía mantenerse junto, que nadie se saliera de aquella formación de manada, que a ninguno se le ocurriera echar a correr. Cada paso que daban era de una lentitud exasperante, pero moverse así era la mejor manera, la más conveniente para alcanzar el edificio. De esta forma

era más difícil que fueran descubiertos que si cruzaran incorporados, porque en ese caso sus siluetas se recortarían, la velocidad alertaría a los guardias, mientras que así, agachados, casi detenidos, con un avance controlado y marcado por Didier, eran como una nube de bruma de las muchas que descendían desde las cumbres pirenaicas y se quedaban flotando allí, sobre las vías, a un par de metros del suelo.

A los de más edad parecía que los huesos se les iban a soltar en cualquier momento, les crujían como si se les desenroscaran. Y por muchas precauciones, por muchas medidas que se tomaran, el riesgo mayor seguía allí: que a alguno se le ocurriera huir y pusiera en peligro a todo el grupo. Luchar contra esa comprensible tentación de aquellos tanto tiempo retenidos, aprisionados, era lo más difícil. Si los guardias los descubrían les perforarían las espaldas a balazos, sin hacer ninguna comprobación. No tendrían la paciencia de detenerlos, de pedirles que se identificaran. Pero a ellos, a los organizadores de la evacuación, sí los detendrían; ya más calmados les sonreirían, los empujarían contra la pared del *hall*, los pegarían a ella de espaldas con los brazos en alto, el cañón de las armas contra ellos, como si los sostuvieran así, atravesados. Los cargarían como bultos, como escoria en un tren, y nadie los volvería a ver. Serían torturados para que desvelaran todas sus conexiones, para que les dijeran cuál era su forma de actuar, quiénes los ayudaban desde Pau, desde Marsella, desde París, Budapest, Cracovia, Berlín, desde tantos lugares.

El edificio que tenían ante sí no podía quebrarse, desaparecer como un espejismo… En aquellos momentos suponía su única y última posibilidad de escapar. Tenía que ser real. Quienes encabezaban el grupo, un par de hombres de unos treinta años y una mujer y una niña muy pequeña y muy flaca, fueron los primeros que, al incorporarse un poco, apenas un palmo, advirtieron su arquitectura de trazos imprecisos pero contundentes, con un estilo que agrupaba muchos: *art nouveau* o *déco*, modernista por algunos de sus elementos, pirenaico por los techos brillantes de pizarra de los que destacaban sus piezas en relieve con forma de escamas. Y aunque quienes en esos momentos contemplaron aquella construcción monumental no tuvieran ningún conocimiento sobre arte, no por eso dejaron de sentirse sobrecogidos por su magnitud y armonía. «Parece un animal dormido. El más grande del mundo», dijo la niña. La estructura metálica de la obra principal la fijaban al suelo las pilastras que sobresalían del tejado a cuatro vertientes en vez de a dos aguas. Sobre él, los pináculos que lo culminaban producían el efecto de atravesar todo el conjunto, desde el techo hasta la base, para enraizarlo, anclarlo en sus fundamentos y evitar así que se levantara, que aquel sueño tan acariciado saliera

volando. La estación los miraba a través de sus ventanas, cientos de ojos verde bosque que reflejaban el tono que tenían enfrente.

Y en ese momento, mientras en la distancia se oía el relincho del caballo de Esteve Durandarte anunciando su marcha y la vuelta de los policías a su puesto, quienes iban en primer lugar vieron una figura humana que parecía esperarlos. Su actitud expectante confirmaba que sabía de su presencia. Desearon que fuera inofensiva o, mucho mejor, que los ayudara. Solo se alumbraba con una palmatoria muy tenue, tanto que el haz de luz apenas la envolvía.

La mujer que los refugiados judíos tenían ante sí, que de tan quieta parecía una estatua, vestía delantal blanco sobre uniforme negro y llevaba agarrada con horquillas una cofia en la cabeza de la que escapaban rizos pelirrojos, a pesar de la redecilla negra que aprisionaba su melena. Era Jana Belerma. Justificar su presencia allí, en el vestíbulo, pasadas las cuatro de la mañana, al contrario que a Laurent no le resultaba difícil, su trabajo como camarera del Hotel Internacional la obligaba a veces a levantarse muy temprano para tenerlo todo a punto cuando comenzaba el primer turno de desayunos.

Solo los separaba del interior del edificio de viajeros una puerta de cristaleras rectangulares con barrotes de forja rematados por arcos. Didier hizo girar la llave y aquel clic a todos les resonó muy adentro.

Cuando Jana se movió, algunos de los niños se asustaron, aspiraron con fuerza todo el aire que pudieron. Y antes de que lo expulsaran, sus madres o hermanos les taparon la boca para que lo soltaran poco a poco, sin hacer apenas ruido. A quienes la tenían ante sí, aquella mujer joven debió de parecerles un faro, el lugar a salvo hasta el que aquel obrero ferroviario les había conducido. Una vez que estuvieron frente a ella, el operario se despidió para desvanecerse entre las sombras.

Al fondo, el sonido de las botas Marschstiefel reforzadas con herraduras de los dos soldados alemanes que volvían a su puesto se escuchaba cada vez más cerca. Avanzaban marcando el paso sobre la arena del tiempo.

—*Vorwärts!*[2] —les dijo a los fugitivos con ademanes militares—. *Schweigen.*

La determinación con que Jana pronunciaba estas palabras las volvía órdenes que era imposible contradecir, tenía la habilidad de convertirlos en autómatas que solo respondían a lo que les conminaba a hacer. No le quedaba otra opción, si no mostraba autoridad alguno podría salir corriendo al verse ya en territorio español y descubrirlos a todos. Cualquier persona se siente más libre en un espacio abierto, donde los lugares para esconderse son mayores, que siendo conducida a un habitáculo cerrado, una nueva jaula. Ante eso, solo quedaba el control absoluto, riguroso, que refrendaba la advertencia continua que, primero en Pau y después en el hangar, su cómplice, Didier, les había hecho: que uno de ellos tomara esa determinación supondría la muerte de todos. En esas circunstancias ninguno querría ser el culpable.

Fuera se escuchó el ruido de un motor. Era el coche patrulla de los dos soldados que relevarían a los que habían comerciado con

Durandarte. Si tenían mucha suerte, en vez de llegar hasta el puesto de guardia, los que ya llevaban allí casi toda la noche se acercarían hasta la esquina del edificio para recibirlos.

La camarera sacó del bolsillo del delantal, ribeteado con un enorme volante, una llave grande, de hierro. Estaban debajo de la escalera, las siluetas de los dos guardias ya se distinguían, habían optado por no detenerse para esperar a sus compañeros y ya se oían sus voces. Los refugiados se juntaron todavía más en aquel rincón del vestíbulo que parecía la nave central de una basílica, con la parte superior abierta en vidrieras de tres metros de alto y al menos cuatro de ancho; al otro lado estaban las cumbres pirenaicas aún en sombra. No tenían escapatoria, serían descubiertos. Vieron la madera labrada de las taquillas, de los mostradores, del quiosco, de un par de armarios mientras buscaban puertas con la mirada en vilo; tampoco había ningún pasillo, allí terminaba todo, en un muro con molduras que más parecían de jardín. Faltaba poco para que aquellas dos figuras enormes, con los máuseres al hombro y los abrigos hasta los tobillos, pasaran ante el vestíbulo. No era un buen escondite. Demasiado a la vista, demasiado transparente. Jana recorría la pared, la acariciaba en círculos, como si la frotara para desempolvarla. Dio enseguida con un hueco de apenas tres centímetros, imperceptible, pintado con el mismo estuco de mármol triturado que el resto de la sala. Apenas tardó unos segundos en encontrarlo, pero ni ellos ni ella podían medir ese tiempo como tan breve.

La camarera del Hotel Internacional nunca habría podido anticipar estas escenas cuando vivía con sus padres en Zaragoza. No se hubiera creído que fuera capaz de tantas cosas. Entonces vivía de una forma bastante inconsciente. Pero la muerte de sus padres en un bombardeo, una tarde en que iban a reunirse con ella, lo había trastocado todo. A partir de entonces las cosas fueron de mal en peor para ella. Porque necesitaba huir, respondió a un anuncio del *Heraldo de Aragón* en el que se solicitaban camareras para el Hotel Internacional de Canfranc. Y aquella decisión cambió su vida. Al poco tiempo de su llegada todo había girado, había dado la vuelta. Juste confió en ella enseguida y Jana se entregó en cuerpo y alma a la causa. Se había convertido en otra, más audaz, más arriesgada. Aquellas situaciones le habían hecho aflorar una fuerza que no sabía que guardara dentro.

Debido a sus ocupaciones clandestinas, todo lo que hacía era peligroso y una indiscreción podía ser fatal, por eso Jana guardaba muchos secretos. Pero solo uno la atormentaba: no podía quitarse de la cabeza a Durandarte. Incluso en esos momentos de máxima tensión

su mente volaba hacia él.

Meneó la cabeza, enfadada consigo misma, y procuró centrarse en lo que estaba haciendo.

Pero era imposible no alterarse cuando el peligro rondaba tan cerca y, a pesar de su determinación, Jana sentía sus manos de cera caliente a punto de derretirse, de dejar caer la llave al suelo. Necesitaba calmarse, después se quitaría el sudor, bebería agua…

Las brasas de los cigarros de los soldados ya se distinguían. Estaban muy cerca, a apenas veinte metros. Uno cantaba. A pesar de que el apagón continuaba, desde dentro era fácil verlos porque hasta ellos llegaba el resplandor de algunas farolas de la calle principal del poblado de Los Arañones, el otro nombre de Canfranc Estación. Pero las paredes interrumpían la luminosidad, los ventanales estaban altos y por ese motivo se veía desde dentro lo de fuera, aunque no al revés.

Jana abrió una puerta que los fugitivos se apresuraron a cruzar.

La puerta oculta por la que Jana los hizo pasar era la de un cuarto de obras en desuso que pocos conocían. No podía dejarla abierta para ganar tiempo antes de que los judíos cruzaran las vías porque se arriesgaría a que la descubrieran. Así era más peligroso, pero también más seguro.

El descubridor de ese pasadizo fue Laurent Juste, que se percató de su existencia casi por casualidad, al advertir que el trazado de unos planos no coincidía. Aquel afortunado descubrimiento había resultado muy útil para muchos refugiados que, como los que en aquel momento lo cruzaban, habían pasado por él en su camino a la libertad.

Mientras los que huían continuaban su recorrido ya dentro del hotel, Laurent Juste notificaba a la central del servicio de vigilancia aduanera en París la nueva interrupción del suministro eléctrico, sin contrastar los datos ni las fechas, era un formalismo más que impedía que se advirtiera que los apagones siempre sucedían en noches en las que no reinaba la luna llena; en aquella terminal ferroviaria la salvación la propiciaba la oscuridad, cuanto más cerrada mejor.

Los guardias alemanes que acababan de ser relevados por sus compañeros llamaron a la puerta de la oficina aduanera. Laurent, nada más verlos, comenzó a quejarse por las continuas interrupciones del servicio eléctrico, les decía en francés, de una forma esquemática, pero con grandes aspavientos, que era difícil trabajar así, que resultaba muy peligroso, que los contrabandistas podían aprovechar para cruzar mercancía y que los *passeurs*, los guías de montaña que se dedicaban a facilitar la huida incontrolada de extranjeros, lograrían atravesar con ellos la cordillera sin duda. No dejaba de hablar, añadía

que era la mejor manera de facilitar los sobornos a muchos miembros de las fuerzas de seguridad de ambos países vecinos, que se excusaban en lo escaso de sus sueldos.

Laurent se mostraba muy disgustado, elevaba la voz, decía *contrebande*, *fuite* —para referirse a los que huían—, *marchandises, tabac*, *cigarrettes, opium.* Después, lo repetía en su limitado alemán aprendido durante la guerra europea anterior, como si aleccionara a párvulos: *Schmuggel*, para referirse al tráfico ilícito y al fraude, *Flüchtling* en alusión a los que cruzaban la frontera sin documentos para terminar echándose las manos a la cabeza con una palabra de creación española: estraperlo. Uno de los soldados se tanteó el bolsillo de forma instintiva y el otro apretó contra su cadera el *Brotbeutel*, la bolsa gris brillante del uniforme cuya banda le cruzaba el pecho. Laurent Juste, en el tono más alto que le era posible, remataba con estas palabras: *Et ma responsabilité*, y la responsabilidad es mía, y después en alemán, *Meine Verantwortung*.

La aduana estaba en el nivel inferior, se entraba a ella desde el andén mientras que todas las dependencias del Hotel Internacional ocupaban la planta superior del edificio de viajeros. Los fugitivos comenzaron a cruzar el piso de arriba sobre las cabezas de quienes mantenían esta conversación: los soldados alemanes y Laurent Juste. La misma superficie de la oficina en la que estaban ellos tres, arriba se correspondía con un zaguán en el que había dos faroles de forja, pintados de blanco, con los globos de cristal entonces apagados. Habían llegado hasta allí después de ascender en tromba por un tramo de escalones muy diferentes de los de la escalinata ornamentada y refulgente que quedaba a la vista.

Jana suspiró, relativamente aliviada. El grupo de refugiados por fin estaban bajo un techo noble, guarecidos, aún no fuera de peligro, pero sí un poco más cerca de ser libres. Había valido la pena.

Los fugitivos continuaban su camino bajo el techo abovedado del pasillo del Hotel Internacional. Cada ángulo lo cruzaba una viga de madera. El friso llegaba hasta media altura y de él salía la tela que recubría las paredes estampadas con ramajes, odaliscas, faunos, lagos y cenadores rodeados de vegetación. Cuando atravesaron un arco con vidrios de muchos colores, Jana advirtió que algunos marchaban rezagados. Se trataba del grupo que formaban los tres ancianos y quienes los llevaban casi en volandas. Se pegó a la pared y volvió atrás, se colocó a sus espaldas y ralentizó el ritmo de avance. Recorrió sus caras a la luz de la palmatoria para cerciorarse de que el ajetreo no había empeorado el estado frágil de aquellos hombres.

Un par de niños pellizcaron las hojas de las plantas de oreja de

elefante al pasar, como si quisieran dejar su marca para comprobar que aquel sueño no se desvanecía. En un edificio de tal magnitud las distancias parecían mayores y ellos ya habían recorrido un trayecto equivalente a unos diez vagones de tren. Uno de los pequeños hizo tintinear los canutillos de vidrio de una lámpara. Jana se llevó el dedo índice a los labios y les chistó. No podía permitirse bajar la guardia. Sintió cortar con aquel juego que tanto se parecía a la música, pero pensó que en el otro continente podrían continuarlo sin riesgos si conseguía sacarlos de allí.

Se oyeron toses, ronquidos, el chirrido de la llave de un grifo, el ruido de las cañerías. Olieron a ropa limpia, a espliego, a romero. Como esperaba Jana, no se cruzaron con un solo huésped en todo el trayecto. A aquellas horas de la madrugada todos estaban en sus cuartos, tanto la cafetería como el restaurante, al igual que la biblioteca, el salón de juegos y el de baile estaban cerrados, y los alojados, dormidos o despiertos, permanecían dentro de los cuartos que se les habían asignado. No había paseos nocturnos porque dentro de las habitaciones tenían todo lo que necesitaban.

Este segundo nivel de la estación, además de albergar el Hotel Internacional a lo largo de sus más de doscientos cuarenta metros de fachada, contaba con varios almacenes y depósitos y un salón comedor con capacidad para más de trescientas personas. Los huéspedes se alojaban a medida que llegaban, sin reservas previas. Solían viajar en el tren y en la mayoría de los casos solo precisaban las habitaciones para unas horas. El edificio de los huéspedes era monumental, como todo en ese coloso, y tenía el mismo número de ventanas que días tiene un año. Así se decía siempre.

Esa era la curiosidad más citada por quienes se situaban ante aquella mole tan sofisticada y armoniosa a la vez, a pesar de su tamaño de transatlántico encallado en el paisaje montañés. A pocos se les ocurría pensar que el año al que aludía el cómputo de las ventanas era bisiesto y que en realidad eran trescientas sesenta y seis, de forma que había una más que iluminaba una estancia casi tan grande como el zaguán; contar todas las ventanas desde abajo era imposible sin marearse, y con la vista alterada de nada servía ya el cálculo. A esa habitación especial tenían que llegar los refugiados a través de aquel pasillo.

Les sobresaltó el reloj de péndulo porque puso en marcha toda la sonería de su carrillón justo en el momento en que pasaron por delante. Era de una estridencia muy exagerada, tanto que resultaba difícil creer que no perturbara a quienes dormían al otro lado. En su esfera se leía la marca Dicenti. Era más alto que la mayoría de ellos.

Como respuesta a una rápida indicación de Jana, aprovecharon aquel estruendo para avanzar más deprisa sobre las baldosas hidráulicas con dibujos en granate y gris. Casi siempre sucedía así. A las cuatro y veinte cruzaban ante aquel monumento al tiempo guardado en un armario de caoba a medida. Era la señal de que todo iba bien, pero también significaba que en menos de dos horas deberían acompañarlos hasta el andén de la parte española rumbo a Lisboa. En su puerto ya estarían subiendo a bordo las mercancías del buque Serpa Pinto que se dirigía a América. Solo faltaban ellos.

Jana tenía por delante un trabajo ingente y además contrarreloj. Era el momento de ajustar al máximo el mecanismo de la fuga. Comenzó a bajar las palmas de las manos para indicarles que aminoraran la marcha y que permanecieran en silencio. Se detuvieron ante una librería. Ella se colocó al lado derecho del mueble lleno de volutas de madera y coronado por un aplique que simulaba un arpa y tiró de él mediante una pequeña argolla que se confundía entre sus adornos. La estantería estaba montada sobre la puerta. Uno de los hombres se acercó en cuanto adivinó su intención, pero para entonces la camarera ya había dejado libre el vano al desplazar aquel contenedor de libros noventa grados. Una vez que todos estuvieron dentro de la habitación que ocultaba, Jana corrió todas las cortinas, mucho más pesadas y tupidas que las del resto de las estancias. La lámpara del techo seguía muda a pesar de que el apagón había terminado, volvía el suministro eléctrico a todas las instalaciones de la estación menos a aquella.

Se situó en el centro de la sala y sintió sus hombros anquilosados, hundidos por el peso que le suponía cargar con toda aquella presión, la de tener aquellas vidas en sus manos y en las de sus cómplices. Una niña se le agarró a la pierna y frotó contra ella su mejilla. Se cambió la palmatoria de mano.

—*Wie ist Ihr Name?* —le preguntó Jana en alemán—. ¿Cómo te llamas? —repitió en español. La pequeña no contestó hasta que la que supuso era la misma pregunta se oyó en otro idioma.

—*Mi a neve?*

Y entonces escuchó por primera vez aquel nombre precioso, tan sonoro y rutilante que parecía que nombraba una piedra preciosa:

—Sieglinde.

La contraventana tras las telas de terciopelo impedía que se filtrara la luz de la vela hacia fuera, de todas formas esta era tan tenue que ni siquiera llegaba hasta la pared que separaba aquel refugio del exterior. Jana les dio unas escasas instrucciones.

Ninguno de los que llegaban a la estación de Canfranc en estas

condiciones, ocultos, como si no existieran, como si fueran mercancías, pero con sueños, con esperanzas de libertad, llevaba más de una maleta. Los tres militares tenían contactos en Madrid que les facilitarían seguir en dirección a África. Por ellos Jana no debía preocuparse demasiado. Se valían por sí mismos. Había varias madres, igual de jóvenes que las de aquella niña, que también parecían poder valerse por sí mismas. De entre todos ellos quienes más le sorprendía que hubieran sido capaces de llegar hasta allí eran los ancianos. Jana volvió a mirarlos. Le preocupaban mucho porque no esperaba a personas de edad tan avanzada. Temía que el viejo que más tosía muriera en cualquier momento, se le veía exhausto, estaba muy pálido, como si ya no estuviera del todo en aquel lugar o en esta vida. Ella no había conocido a sus abuelos, habían muerto demasiado jóvenes, como sus padres, pero quiso imaginarles una vida mejor, más amable que la de aquellos a quienes socorría.

Además del anciano que estaba en tan mal estado, otros viajeros no dejaban de toser: dos mujeres, un niño y el joven del pañuelo incrustado en la garganta. Se tapaban la boca con retales de tela polvorientos. Jana les preguntó si les salía sangre. Como no la entendieron comprobó ella misma que así era. Para estos casos, en la capital de Aragón Juste y ella contaban con un colaborador valiosísimo, el doctor Mallén, un catedrático de medicina director de la clínica de la universidad donde los estudiantes hacían sus prácticas, junto a la facultad, en la plaza Paraíso. Actuaban de la siguiente forma: quienes estaban enfermos, cuando llegaban a la estación del Norte de Zaragoza no continuaban viaje a Madrid, sino que descendían allí. Los recogía un joven ayudante de Mallén al que reconocían porque anunciaba una pensión en tres idiomas distintos. Esa era la contraseña. Toda precaución era poca. Para concertar la cita, Jana llamaba primero a la clínica de Zaragoza desde la fonda La Serena. Además debía hacerlo en clave porque en cuanto alguien francés, alemán, español, suizo, inglés, o de cualquier otra nacionalidad de los que recalaban allí, levantaba el auricular en la fonda la expectación por lo que transmitiera no se escondía. Contaba con una coartada muy eficaz: encargaba medicinas o libros, según donde llamara. Los segundos se materializaban en la oficina postal; respecto a las primeras, no las recibía nunca porque no aludía a los fármacos, sino a los pacientes, de forma que si hablaba de frascos de estreptomicina o sulfamidas se refería a los tuberculosos que llegarían al día siguiente a Zaragoza.

Los hombres que habían izado a los ancianos sobre las vías y por las escaleras vestían unos uniformes raídos y desgastados. Sin duda

habían luchado en el frente, habían estado en las trincheras y tal vez después habían sido hechos prisioneros. A saber cuántas peripecias terribles más habían sufrido. Jana aventuró que querrían alcanzar el sur de la península, salir por Algeciras en dirección a Argelia para unirse allí a las tropas del general De Gaulle, como Laurent Juste le había contado que hacían muchos. El ejército francés se rearmaba en el norte de África para volver al continente y entrar en la contienda con la esperanza de que su intervención fuera lo más cercana posible a los días en los que la paz volviera.

La camarera sería convincente, aquel era un momento clave en la organización, así que se aclaró la garganta, se frotó las manos, irguió la espalda como si fuera una institutriz férrea de un internado inglés, pero más para darse seguridad a ella misma que para mostrarla a los demás, y continuó con gestos precisos. Primero les transmitió que harían una lista por familias, después les mostró una libreta y un lápiz para que apuntaran sus nombres; ella no les dijo el suyo. Quienes fueran parientes no se separarían bajo ningún concepto; esto lo entendieron todos cuando ella juntó las yemas y las uñas, y suspiraron aliviados porque era lo que más temían. Lo había dejado adrede para el final porque sabía que aquello, como le hubiera sucedido a cualquiera, era lo que más les preocupaba.

Pero de entrada ya contaban con una dificultad, porque según las informaciones de Laurent Juste recabadas durante su última visita a un dentista en Pau, la consulta mensual que le servía de tapadera para recibir los mensajes y órdenes de la Resistencia, el grupo lo componían unas quince personas y Jana acababa de registrar nueve más.

Según el procedimiento habitual, les acercó una caja para que dejaran la moneda que ya no iban a utilizar. Todo lo que recaudaban, que era bastante, servía para otra de las grandes obras de Juste, el mantenimiento del colegio francés de Canfranc, al que también asistían muchos niños españoles. A veces los judíos que pasaban por allí hasta les entregaban algún diamante y pequeñas obras artísticas para expresar su agradecimiento. La madre de Sieglinde elevó los codos y se llevó ambas manos a la nuca para desabrocharse una cadena de oro de la que pendía un camafeo; en lugar de la habitual silueta femenina tallada en ónice, el suyo juntaba dos perfiles, el de un hombre y una mujer en un beso bajo el esmalte; el óvalo estaba rodeado por un cordoncillo de perlas minúsculas coronando un lazo de seda que parecía una mariposa de luto, apagada, detenida. Para Jana, cada una de las personas que llegaba hasta allí era un mundo. Cada uno de ellos guardaba una historia única.

La vez anterior en la que aquellos a quienes tenía enfrente se habían tenido que desprender de algo había sido en Marsella, donde llegaban por centenares los perseguidos. Las autoridades colaboracionistas del régimen de Vichy no daban abasto, el control se les hacía difícil, y como no podían interrogar de uno en uno a los recién llegados, y menos confirmar que sus papeles estaban en vigor y que no eran falsos, preferían dejar las detenciones en manos del azar.

Los que tenían la suerte de no ser interceptados se dirigían a una casa de empeños de la calle Canebier, donde se desprendían de los recuerdos de su familia, aquellos objetos que tanto habían significado en sus vidas y que sobre todo tenían un valor de talismán. Sin ellos se sentían, si es que eso aún era posible, un poco más desprotegidos.

En la casa de empeño no necesitaban más datos que sus pertenencias para saber de quiénes se trataba y qué necesitaban. Les daban instrucciones precisas para dirigirse al tren que los llevaría hasta Aquitania, desde donde enlazarían con España a través de Canfranc, el nombre de la esperanza. En Marsella había comités de ayuda y socorro para estos refugiados que, coordinados con los agentes que esperaban en Pau, pasaban la orden de que se les expidiera el *laissez- passer*, el visado de tránsito sellado por el cónsul español en los Pirineos Atlánticos. Sin este documento no podían llegar hasta la terminal de la naviera portuguesa Companhia Colonial de Navegaçao en el puerto de Lisboa o hasta Bilbao, donde también los barcos de la empresa Ybarra hacían la travesía de ultramar.

Casi todo el dinero que recibieron en la casa de empeños de Marsella fue el que entregaron después en el Hotel Internacional. En el caso de Dagmar, Jana sintió mucha pena cuando la húngara se desabrochó la cadena del colgante. Mediante varios gestos le indicó que no era necesario.

—Miren, esto no es obligatorio. No tienen que darnos nada. Solo recogemos aquellas monedas que ya no vayan a utilizar en los lugares adonde se dirigen. Me refiero a los francos, a los Reichsmark..., pero nada más. —A continuación Jana escuchó varios cuchicheos que significaban que sus palabras se las traducían entre ellos.

A pesar de eso, Dagmar avanzó hacia ella, sosteniendo con dos dedos su colgante, que se meció en el aire sobre las manos de Jana. La camarera volvió a negar con la cabeza y la mujer le dijo:

—*Kérem, Ez az Ön.*

Enseguida uno de los militares se lo transmitió en alemán:

—*Bitte, es ist für Sie*.

Le pedía por favor que se lo quedara, le decía que era para ella.

—Dígale que no puedo aceptarlo. —Se refería al camafeo—. Que

se lo agradezco, pero que prefiero que lo conserve. —Sabía que el regalo que hace alguien que no está en condiciones de obsequiar nada sale del alma, que esa es la verdadera generosidad, la de quienes a pesar de tener muy poco lo darían todo. Tuvo ganas de llorar por aquel detalle.

El militar le dijo en alemán que si lo rechazaba ofendería a Dagmar.

—*Es bringt Glück... in der Liebe.*

—Además dice que le traerá suerte en el amor.

De forma instantánea asoció la última palabra, *Liebe*, amor, con Esteve Durandarte.

Y no pudo resistirse. Tomó aquel óvalo en su mano y sonrió por lo que representaban las dos siluetas. Entonces cayó en la cuenta del tiempo inmenso que había pasado desde que había recibido un beso.

Jana pidió a los fugitivos que colocaran ante sí los papeles de los que dispusieran. Quienes no los reunieran todos deberían permanecer allí escondidos hasta que se los facilitaran por medios no demasiado ortodoxos porque debían estar cuanto antes sobre el muelle del puerto de Lisboa, de lo contrario serían interceptados y repatriados en la mayoría de los casos. Entre los documentos asomaban algunas cartas manuscritas, estampas de santos e incluso, en el caso de los hombres, atisbó un par de postales con fotografías de chicas en bañador. Los revisó todos, los ordenó y les pidió que formaran dos grupos para saber quiénes se marcharían en poco más de una hora. Los que despertaron la ternura de Jana, además de los niños, eran una pareja de adolescentes, que en medio de tanto horror contaban con la coraza de lo que sentían y mostraban la realidad como una épica en la que la pasión los convertía en héroes dispuestos a dar su vida por el otro en cualquier momento, fuera necesario o no. De alguna manera escenificaban el sueño que a ella le gustaría llevar a cabo con Durandarte, sentarse con él en el suelo hombro con hombro, reír, acariciarse, beberse por los ojos. Pero en aquella situación de guerra nada podía ser tan idílico.

En cuanto al resto de los judíos, ese era el censo: los que partirían rumbo a ultramar, los militares que se dirigían a Argelia, los enfermos, que se quedarían en Zaragoza para ser atendidos en la clínica, y los que aún necesitaban más papeles para proseguir su fuga. Todos ellos, en conjunto, no distaban demasiado del grupo anterior. Sus circunstancias, el pánico que los paralizaba, las dolencias que se agravaban por el hambre, la humedad, las pésimas condiciones en las que habían sobrevivido, eran las mismas.

Dagmar y Sieglinde Géllert, la mujer que se había desprendido del camafeo y su hija, no se movieron de donde estaban. Tenían treinta y cinco y siete años respectivamente, eran de Budapest y pertenecían a una familia diezmada. Jana se acercó a ellas porque pensó que no habían entendido el procedimiento. Se dirigió al mismo soldado que antes le había hecho de intérprete:

—Dígales, por favor, que tienen que colocarse al otro lado, que se levanten y vayan al otro extremo, delante del armario, con los que se van a marchar ahora.

Jana se quedó mirando el corro que formaban los tres, la niña en el centro entre ellos para asegurarse de que la entendían. Dagmar negaba una y otra vez con la cabeza. Fue hacia Jana, juntó las manos con los dedos entrelazados, con el pulgar se golpeaba el pecho, le suplicaba. El militar se dirigió en alemán de nuevo a la camarera.

Jana pensó que en otras circunstancias tal vez le habría molestado hacer de mensajero, pero entonces cualquier cosa que sirviera de entretenimiento contribuía a aligerar la espera:

—Dice que no quieren marcharse, que han llegado hasta aquí siguiendo la pista de su marido y que si usted se lo permite no desearían abandonar Canfranc de inmediato, no sin antes saber algo de él.

—¿Pero aquí? Aquí no está. Eso es imposible, a saber dónde estará. —Jana estaba airada, sentía aquello como un contratiempo que complicaba aún más la situación.

El militar volvió a intervenir:

—Está convencida de que cruzó esta frontera. Se llama Sándor.

Se notaba que el soldado estaba al tanto de las circunstancias de las Géllert porque después de tantas horas compartidas ya conocía bastantes detalles de su vida.

—Hay tres probabilidades para muchos de nosotros —le explicaba el militar con la mirada muy fija sobre ella, con muchas pausas, como para asegurarse de que se hacía entender—. O nos llevan a un campo de concentración o a una de las fábricas de maquinaria de guerra que han montado en Francia. —Ayudado con gestos muy minuciosos construía en el aire los edificios que nombraba—. En ellas obligan a trabajar a los prisioneros. También cabe la posibilidad de que lo reclutaran a la fuerza en el ejército de Hitler.

—Pero si es judío… —le dijo Jana.

—Da igual, como carne de cañón cualquiera sirve —continuó con mucha amargura.

—Según eso puede estar en cualquier lugar de Europa.

—Dagmar me ha repetido durante todo el viaje que está aquí, que tiene muchos datos para pensar que cruzó los Pirineos. Y que necesita hacerle saber que están vivas.

Según su improvisado informador, parecía que a Sándor Géllert lo retuvieron en las instalaciones de la Mauser-Werke Oberndorf Waffensysteme GmbH, entre la Selva Negra y la Jura de Suabia, una sierra del sur en el estado alemán de Baden-Wurtemberg. Dagmar lo había sabido por una nota que envió al encargado de negocios de la embajada española en Hungría.

—¿Le escribió Sándor al diplomático? —preguntó Jana con cierta sorpresa.

—Así parece, por lo que me ha contado. —El húngaro había conseguido escapar de la fábrica durante un acto de sabotaje y se había dirigido hacia el sur de Francia. Le rogaba que se lo transmitiera a su familia y parece que así fue—. Si quiere mi opinión, señorita, yo

creo que es muy probable que esté cerca y que lo encuentren. Yo las ayudaría. —Después de estas últimas palabras, el militar dejó la mirada suspendida sobre los ojos de Jana.

Desde que las vio entre todos, y a pesar de que no parecían tener ningún problema de salud, a Jana no le cupo la más mínima duda de que Dagmar y Sieglinde eran las más desvalidas y las que, por tanto, se ganaron enseguida su corazón sin pedírselo. Eran como la misma mujer a escala, en dos edades distintas, casi idénticas. Su belleza las convertía en irreales, como si el hecho de verlas allí fuera un espejismo, una ilusión óptica. El calor infantil, la proximidad de Sieglinde no la molestaba, sino que la reconfortaba. Ambas, como ya había advertido Jana, estaban en condiciones de viajar, por eso la situación resultaba tan insólita. Permitirles que se quedaran suponía desbaratar todo el operativo. No podían darles opción a los refugiados judíos cuando llegaban allí. Su responsabilidad terminaba una vez que el penacho de humo de la locomotora se perdía en el cierre del paisaje. No podían permitir que decidieran qué hacer, de nada hubiera servido todo el riesgo anterior si los capturaban como conejos al abandonar la estación a pie.

A pesar de su edad, la niña sabía lo que se dirimía. Sus lágrimas se deslizaban hacia los tobillos de Jana. Aquella forma de aferrarse a ella significaba que, al igual que Dagmar, había decidido no moverse de allí. Solo decía *apa* y *apu*, padre y papá en húngaro. Estaban convencidas de que serían capaces de dar con él, como si fuera tan sencillo encontrar una aguja en un pajar. Sin embargo, les concedió un aplazamiento:

—Una semana, ni un día más. Dígales que eso es lo que pueden quedarse. Si durante ese tiempo no averiguan nada tendrán que marcharse.

Estaba convencida de que después de esos días sabrían lo mismo que en aquellos momentos. Repasaría todos los datos que había escuchado, los anotaría, pero entre ellos no había un solo indicio claro.

A Jana le molestó que la conversación se mantuviera ante los demás, aunque hablaban distintas lenguas el alemán era común para muchos, y además no necesitaban traductores para saber qué le estaban solicitando. Temió que cada uno de ellos esgrimiera otros motivos familiares igual de válidos para no querer marcharse de allí. La decisión que había tomado respecto a Dagmar y Sieglinde no era la forma de actuar más acertada ni la más sensata.

Entonces la niña se incorporó del suelo y la abrazó por la cintura. Ella no quería mirarla para evitar conmoverse todavía más. Aprovechó

que necesitaba un lugar donde posar los ojos para repasar toda la pieza y comprobar que no faltara nada. La habitación bisiesta tenía poco que ver con el resto de los dormitorios del hotel, estaba acondicionada más como si se tratara de una enfermería, las camas se tocaban. En las esquinas había baúles que contenían sábanas y mantas para quienes se quedaban, cabían unos veinte, cuatro menos de los que llegaron en ese grupo. Los dos ancianos reposaban en los butacones de patas torneadas y respaldo alto, claveteado, de madera oscura con aplicaciones de bronce, como reyes de tierras asoladas, arrasadas, a las que representaban en su estado más fiel. Un par de biombos de tela blanca separaban unos metros entre las ventanas y las primeras camas de forma que ese espacio servía de vestuario; también había un botiquín. Le acarició el pelo a Sieglinde, lo tenía tan liso y liviano que parecía de *nylon*. Con mucha suavidad desató sus manitas, le rozó la mejilla y se dirigió hacia el aseo para seguir con las instrucciones. Junto al palanganero con el jarro de porcelana y el espejo, había un lavabo y, como si convivieran dos épocas, la moderna y la antigua, había también una bañera y varias lámparas de vidrio doblado con escenas de playa grabadas en las que destacaban las casetas de los vestuarios a rayas azules y blancas. Parecían congelar el verano.

Mientras tanto, fuera, en el andén francés de la estación internacional de Canfranc, la enseña nazi seguía azotando con furia el mástil.

Jana había agrupado a los que estaban a punto de partir, les daba las últimas instrucciones de forma efectiva, pero con la urgencia que imponía el horario del expreso a Madrid. La habitación bisiesta no pudo inundarse de naranja porque estaba cerrada a la luz a cal y canto por las contraventanas y las cortinas. No tenía anclaje y flotaba como un barco en ningún lugar, en un mar sin nombre que, a pesar de todo, pronto dibujaría sus orillas.

Jana les explicaba a quién debían mostrar cada papel, pero sin dejarlos intervenir demasiado para evitar más peticiones extraordinarias. Eso sí, intentaba transmitirles confianza, que fueran capaces de aparentar aplomo, de no desmoronarse. A mitad de una frase la interrumpió un chirrido. Era el ruido de las bisagras que unían la estantería a la puerta. Por su peso se abría con mucha lentitud. Casi todos se quedaron inmóviles. Los dos soldados se llevaron la mano al pecho, y así supo Jana que llevaban un arma, lo cual, extrañamente, le procuró un cierto sosiego.

Los niños se escondieron debajo de las camas, varias mujeres fueron hacia el baño sin decidirse a entrar o abrir la puerta del armario para quitarse de en medio. A los ancianos se les notaba resignados, ya no tenían fuerzas para nada más. A aquella hora, casi las cinco de la mañana, ya se escuchaba el trasiego de los primeros huéspedes en el hotel; sin duda, se trataba de quienes subirían al tren de Madrid, el que salía a las seis. Los viajeros ya preparados se dispondrían a desayunar antes de recoger su equipaje y esperar en el andén. Hasta allí llegaba el tintinear de la loza al colocar las tazas sobre las bandejas, se escuchaban otras puertas más ligeras que se abrían, pasos, palabras..., pero ellos no existían y, sin embargo, quien estaba a punto de entrar en la estancia sabía que estaban allí. Si se trataba de alguno de los setenta guardias alemanes de aquel destacamento estarían perdidos. Tanto esfuerzo no habría servido más que para avivar su ira por añadirles todavía más trabajo con su vano intento de fuga.

Jana sintió el pánico, oyó cómo se detenían los corazones, la escena quedaba en suspenso y sus respiraciones también. Por eso se apresuró a calmarlos, a acercarse a los que más temblaban. Nadie les aseguraba que no los hubieran delatado, que no los fueran a detener enseguida para llevárselos marcha atrás y sin retorno. La seguían con la mirada porque de ella, de aquella mujer desconocida, pelirroja y joven, dependían sus vidas. Cuando Jana abrió, un hombre de unos cincuenta y cinco años cruzó entre dos camas hacia el centro de aquella sala y dejó una maleta negra bastante grande en el suelo. Miró

alrededor y preguntó dónde estaban los niños. De debajo de las camas comenzaron a asomarse los más curiosos. La mayoría sacó la cabeza, y Montlum, el compañero de Jana, se puso en pie e hizo el habitual juego del cristal invisible de los mimos, ese que consiste en fingir que hay un obstáculo transparente ante ellos. Los mayores aún no sabían qué sentir. Como nadie le respondía maulló, se encorvó y comenzó a andar como un gato. Tenía unos ademanes muy teatrales, parecía un bailarín. Dos niños austriacos fueron los primeros en decir algo, Jana los entendió porque hablaban en alemán, musitaron: *Katzenmann*, un «hombre gato», porque tal era su apariencia. La actitud de ella no dejaba lugar a dudas, era un amigo, y por este motivo se sosegaron. Subió su maleta a una mesa y en un susurro les dijo que era mágica:

—*Elle est magique. Es ist magisch. Ooooooh!*

Era una maleta con un doble fondo oculto. Montlum les pidió a todos que se acercaran para asomarse a aquel pozo portátil y pidieran un deseo; insistió en que lo pensaran bien. Dejó pasar unos segundos mientras cerraba los ojos con tanta fuerza que sobre cada sien se le formaba una estrella de surcos. Los niños reían porque no volvía en sí, movía la cabeza al compás de una música que entonaba con muchas voces y sonidos de instrumentos a la vez. Arrancó la tela que ocultaba el contenido y aparecieron varias docenas de bocadillos de los que sobresalía el membrillo y el queso. Juntaron las palmas de las manos en otro aplauso insonoro.

Montlum vivía en una buhardilla sobre el horno del pueblo de Canfranc Estación y, a cambio del alojamiento, trabajaba con el panadero, al que Laurent Juste había convencido para que lo aceptara porque de esa forma podía serle de gran ayuda en el día a día, pero también cuando debían incrementar la cantidad de barras en las fechas que él le hacía saber con la antelación suficiente. Esos días debía doblar su fabricación de pan para ofrecer algo de comer a los refugiados. El dueño del horno, aunque se mantenía al margen, lo dejaba hacer porque obtenía por este comercio bastantes cientos de libras. Montlum era el segundo amigo que Jana tenía allí después de Arlette, la esposa de Juste; aunque apreciaba mucho al aduanero, no se veía intercambiando confidencias con él, era bastante más serio que los otros. Su trato con el hombre que acababa de entrar en la habitación bisiesta era más relajado.

Mientras sus acogidos continuaban dando buena cuenta de la comida, ellos dos se apartaron hasta el rincón que quedaba entre el baño y las cortinas de la pared frontal:

—*Belle dame*, ¿cómo está todo?

—Bien, Montlum, bien.

Él ya la conocía bastante:

—¿Seguro?

—Han llegado más de los que esperábamos. No son quince, sino veinticuatro, hay dos hombres muy mayores, varios enfermos de tuberculosis que cuando tosen les sale sangre, y además otras dos quieren quedarse. —La camarera le dijo todo esto sin respirar, como para que la falta de pausas y el ímpetu le mostraran la gravedad de la situación.

—¿Quieren quedarse a vivir aquí? —preguntó él como si la idea le divirtiera, y añadió—: Menos mal que todo estaba bien.

—Quieren esperar unos días. Su marido ha huido de una fábrica alemana en Francia. Dicen que ha pasado por Canfranc.

—Veremos qué se puede hacer… Jana, ellas no deben abandonar esta estancia, podríamos encargarnos de esa investigación. Si todo sale bien habremos conseguido que con prácticamente el mismo trabajo y el mismo miedo crucen más. Vamos a quedarnos con lo bueno de lo malo. Hablaré con Laurent y que se comunique con los demás.

Montlum sabía lo peligroso que resultaba ese baile de cifras, que fueran veinticuatro y no quince suponía afrontar una situación que no tenían prevista, pero no ganaba nada con transmitirle sus preocupaciones a Jana. La necesitaba lo más entera posible. En aquellas situaciones lo mejor era aferrarse a la cotidianidad, continuar con el día a día. Este pensamiento le llevó a mirar a aquellos niños que devoraban los bocadillos. Sonrió porque estaba seguro de que dentro de muy poco en su nuevo destino podrían comer todos los que quisieran. En Canfranc se podía obtener pan de forma más fácil que en el resto del país, donde su consumo estaba reglamentado por las cartillas de racionamiento. También sucedía así con otros alimentos. El trasiego de los trenes cargados de comida con la que se abastecía a los países en guerra era continuo. Pero allí no resultaba fácil afincarse, en aquel campo franco solo se permitía residir a quienes tenían un permiso que consistía en una declaración firmada por varios de sus después conciudadanos que los atestiguara como gentes de bien, incluso los que estaban de paso precisaban de un visado. Jana también debió tramitarlo. Por eso consideraba que ocuparse de los papeles con los que cambiarían de vida los que huían del nazismo era un quehacer que tenía bastante que ver con ella.

En la habitación bisiesta, acomodado sobre la alfombra también inmensa, mientras su público, el más atento que se podía esperar, saboreaba aquellas delicias locales, el inesperado ilusionista Montlum improvisó unos trucos de magia.

Para Jana aquel momento fue también irreal, estaba más cerca de

una ensoñación. Los más pequeños estaban maravillados, como si hubieran olvidado todo lo anterior a aquel desayuno tan ameno. Ella también olvidó por unos instantes su preocupación y los malos augurios que desde la tarde anterior la embargaban y se dejó llevar por la magia. Se le dibujó la misma sonrisa que a los niños, tan exacta que parecía que le había saltado desde sus caras, pero enseguida cambió el gesto al advertir que algunos de los mayores, con mucho disimulo, lloraban.

Los bocadillos desaparecieron tan rápido que parecía que en vez de haberlos ingerido se los hubieran guardado debajo de las chaquetas. Para ayudarlos con la organización de los fugitivos, entró en la habitación bisiesta Valentina, la joven aprendiza de Jana. Era una niña canfranquesa de trece años, muy rubia, delgada y con la piel muy clara. Aquella mañana llevaba un vestido de cuadros diminutos rojos y blancos y un jersey bastante grueso de lana blanca. Aún no se había puesto el uniforme porque acababa de llegar de su casa. Con el apoyo de Juste, la camarera la involucró en sus trabajos secretos, además de entrenarla en todo lo que tenía que ver con el hotel, tal como le habían encomendado.

Jana se había decidido a proponérselo porque intuyó que podría ser una pieza clave en aquellas maniobras de salvamento, y estaba convencida de que no levantaría sospechas; además le parecía bastante más despierta que otras niñas de su edad. Primero la puso a prueba en una cuestión fundamental: no debía compartir con nadie aquella información, y *nadie* incluía a sus padres y a las amigas íntimas que se suelen tener en la época de colegio. Para asegurarse de que era discreta, le contó algunas cosas de los que serían sus compañeros allí y, como al cabo de varias semanas esos datos no habían trascendido, vio que podía confiar en ella. Era responsable, su familia necesitaba el dinero que ella ingresaría y esa circunstancia también contribuía a que su implicación fuera seria. Juste y ella eran conscientes de que estaban sometiéndola a un riesgo extremo, pero también era cierto, al menos así lo defendía Jana, que como resultaría inverosímil su participación en la red de evacuación, siempre podrían alegar que Valentina no sabía nada. Jana tuvo que darle una lección acelerada y la puso al corriente de los hechos que sucedían en Europa, aunque le ahorró determinados detalles que profundizaban en el horror porque no consideró necesario compartirlos con ella, al menos en aquellos momentos. Ya tendría tiempo de saber a qué abismos se asomaba la condición humana.

Aquella mañana fue la primera en la que Jana decidió que ya estaba preparada para algo más:

—Necesito que te quedes al cargo. —Se dirigió a ella de esta manera porque sabía que esas palabras obraban el prodigio de hacerla crecer, de que madurara de forma inmediata. Al darle importancia, su responsabilidad aumentaba y con ella su atención.

—Sí, claro —le respondió la niña sin titubeos. En la forma de mirar a Jana se notaba que era su modelo, que para ella imitarla era un honor.

—Asegúrate de que entre los que se van y los que se quedan no se separa ninguna madre de sus hijos, que no nos toque volver atrás, mira si todos tienen billete, dales agua a los que no pueden levantarse. Cualquier cosa, me avisas.

—Sí, Jana, así lo haré. Puedes quedarte tranquila.

Jana volvió la espalda con la convicción de que Valentina era un duplicado de ella misma. Cuando le preguntaron si era su hija no lo negó, solo sonrió.

En el gesto de Montlum encontró la confirmación de que él pensaba lo mismo respecto a la pequeña que a pasos agigantados lo estaba dejando de ser. Cuando cerraron ambos la puerta tras la librería, cayó desde el estante de arriba uno de los volúmenes.

—Parece que te ha elegido para que lo leas. Llévatelo, te gustará la historia. —Era *El conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas. Montlum lo recogió del suelo y se lo tendió.

Jana lo miró, le dio la vuelta y después lo abrió por el centro.

—¿De qué trata? —Mientras recorrían el pasillo hablaron por primera vez de algo que no tenía que ver con lo que les ocupaba la mente casi por completo.

En vez de responderle, Montlum le sonrió.

Jana y el ayudante de panadero se despidieron en la parte alta de la escalinata. Ella tenía que exprimir aquellos minutos antes de la partida del tren para dejarlo todo listo y él debía continuar con el reparto de los productos del horno. Montlum solo había distribuido la mitad de los encargos, el resto los había dejado junto a la barra de la cafetería. Se demoraba adrede en las instalaciones porque de esa forma podría asistir a la salida del tren. Su jefe ya no lo reclamaría hasta que reemprendiera la jornada por la tarde. Se acercó hasta el quiosco del vestíbulo para entregar dos docenas de cruasanes y varios paquetes de papel con pastas.

En poco menos de una hora, Jana y él volverían a encontrarse para escoltar, a cierta distancia y con el mayor disimulo posible, a los fugitivos judíos hasta el tren. A pesar de las circunstancias, no le costaba ningún trabajo mantener la sonrisa y saludar con afabilidad a todas las personas con las que se cruzaba. En la planta de arriba, de la decena de personas con las que se encontró Jana en el pasillo antes de entrar en su cuarto, cuatro de ellas le pidieron algo: una tisana, una aspirina, que los despertara a determinada hora y que avisara para que les llevaran el desayuno. En cuanto los clientes detectaban su uniforme comenzaban a darle órdenes sin tregua. Resolvió todas estas peticiones en menos de diez minutos y se encerró por fin en su habitación, que, por su decoración, parecía pertenecer a otro edificio,

pues allí no había tapices ni un reloj de bronce sobre el escritorio como en las otras; tampoco contaba con bañera, butacones ni esculturas. En ella predominaba el color blanco de las toallas y las sábanas bien estiradas.

Si a alguien se le hubiera ocurrido entrar en el cuarto de Jana, le hubiera impresionado mucho la apariencia de imprenta de aquella estancia. Se apilaba el papel, la tinta y otros productos que olían muy fuerte. Para que esto no se apreciara al otro lado de la puerta siempre mantenía la ventana abierta, lo que la obligaba a utilizar bastantes mantas. De esta forma, también evitaba intoxicarse con aquellos gases. La principal ventaja de su cuarto era que no tenía que compartirlo con ninguna otra empleada del hotel, ni siquiera con Valentina, que vivía con sus padres en el pueblo. Esta privacidad le permitía contar con el espacio suficiente para todos los materiales y herramientas que precisaba. Nadie entraba cuando ella no estaba. La manera en la que estaban colocados los cerrojos se parecía más a la forma de proteger una caja fuerte que a la que se usa para una vivienda. En una tina hervía el agua que necesitaba para disolver los colores, cambiar la temperatura de distintos materiales y, sobre todo, para eliminar después los residuos de su ropa y de su piel.

De pared a pared colgaba una cuerda con rectángulos sujetos con pinzas. Jana amasaba la pasta de papel, la analizaba y trataba en un proceso exasperante de tan minucioso. Solía recibir el papel en resmas de veinte manos que llegaban a la oficina aduanera camufladas como páginas de muestrarios textiles catalanes, lo que la obligaba a arrancar uno por uno los retales dentados, con bordes en pico. Estas telas de apenas un palmo las utilizaba para coserles muñecos a los niños judíos y recordarles que la infancia es sagrada, que ningún monstruo se la podía arrebatar.

Algunos contactos en las embajadas y consulados les habían provisto de un ejemplar original, pero caducado, de sus carnés o pasaportes. Los hacían llegar a través de Didier, su correo ferroviario, desde las oficinas donde los renovaban; eso facilitaba el trabajo porque solo tenían que modificarlos y restaurarlos. De que los sellos, firmas, el gramaje del papel y las grapas fueran exactos dependían muchas vidas. Si ellos fallaban, los deportarían.

Cuando llegaron a la frontera de Canfranc los primeros guardias alemanes, poco avezados y entrenados aún en determinadas inspecciones, no sabían que lo que distinguía a una cédula de identidad rusa es que las grapas con que se cosían, si procedían de aquel país, al poco tiempo se oxidaban, al contrario de lo que sucedía con las menos orientales, que, al ser cromadas, de acero o aluminio,

no perdían el brillo. A los técnicos de los servicios de contraespionaje y a las SS les llevó un tiempo advertir esta particularidad.

Frente a la tabla periódica de los elementos que tenía en el despacho su padre, profesor de química, Jana Belerma nunca llegó a anticipar que su conocimiento sobre la composición de los metales y su aleación le permitiría en el futuro contribuir a que se mitigara la barbarie que se estaba cometiendo con aquellas personas.

Para que su trabajo artesanal fuera impecable contaba con la ayuda de un maestro grabador de Huesca que se encargaba de reproducir los intrincados motivos ornamentales de los pasaportes y fabricaba planchas y sellos de caucho con los que estampaban sus páginas o reproducían firmas, fechas y cualquier otro elemento que certificara su validez y, sobre todo, su autenticidad. Por fortuna lo tenía a mano porque, ante la imposibilidad de que ella se desplazara cada vez con los encargos, se avino a residir en Jaca, a apenas veinte kilómetros. Allí se le tenía por el artista que era aunque sus vecinos estaban convencidos de que su dedicación principal era la pintura con acuarelas, con las que conseguía que el río Aragón moviera sus aguas dentro de los cuadros. Eso sí, sin mojar la superficie, pero engañando a la vista de tal forma que nadie que se encontrara ante uno de sus paisajes de ribera pudiera evitar acercar un dedo al cauce.

A lo que más tiempo dedicaba era a preparar el hectógrafo, procedimiento mediante el cual copiaba las páginas y los grabados. La noche anterior a la llegada de cada grupo ponía a remojo en agua fría treinta gramos exactos de gelatina, después hervía agua con sal a la que añadía glicerina que debía mezclar de forma que no quedaran grumos, pero tampoco burbujas ni espuma. Aquella le parecía la labor más difícil, en la que debía armarse de paciencia. Después añadía esencia de clavo para que la amalgama no se descompusiera. En vez de usar hojas de papel carbón sumergía en el líquido papeles de alcohol de color violeta que luego tendía sobre su cama para que no dejaran manchas en el suelo al gotear. Era un proceso lento y laborioso, y mientras los refugiados se encontraban en la habitación bisiesta solo podía dedicarse a arreglar alguno de los certificados o salvoconductos que ya tenía preparados. Si se trataba de pasaportes o visados, a veces cambiaba páginas, e incluso en ocasiones debía envejecerlos, tratarlos para que no resultaran sospechosos al tacto, pues dependía del entrenamiento de los guardias que los descubrieran, ya que no todos los agentes estaban especializados en cuestiones de emigración. Los transformaba, pero no podía fabricarlos durante aquella espera. En aquel rato tan escaso se limitaba a casar algunas fotografías con los datos que aparecían en los documentos y con la

apariencia física de alguno de los escondidos. Tenía muchas en un par de cajones, procedentes de las redes de la Resistencia y de oficinas de renovación de documentos de media Europa.

A medida que los terminaba los dejaba apilados a la derecha de la mesa. Dominaba su nerviosismo en los trazos porque sabía que su estado de ánimo se reflejaba en aquellas hojas y debía estar serena para que las fechas, las notas, las firmas adoptaran el estilo aséptico de las estampadas en los despachos. En los pasaportes militares franceses el número se marcaba con un tampón y casi nunca coincidía con la línea reservada para ello en la cubierta, en la que se especificaba que contenía treinta y dos páginas. Los que se destinaban para los civiles eran rosas y en el fondo de sus tapas se confundían las letras blancas con la trama. El permiso de trabajo alemán para extranjeros lo presidía el águila dorada del Reich sobre fondo negro. Algunas fotografías se atravesaban con dos arandelas metálicas para que no pudieran ser sustituidas con facilidad.

Jana ya era una experta falsificadora. Si hubiera cobrado por fabricar alguno de aquellos cuadernos o solo los pliegos que sustituía sería rica. El proceso no podía fallar, pero tampoco demorarse, era un equilibrio difícil porque la urgencia que la acuciaba no debía traicionarla. Lo que más le entretenía era usurpar personalidades de funcionarios que dejaban sus signos y vestigios en los márgenes de forma que interrumpían el diseño de los fondos florales.

La imbricada burocracia demandaba todos aquellos documentos para transitar entre los países de Europa. El Tercer Reich complicó los trámites todavía más porque aspiraba al control absoluto del continente. Para ello promulgó su ley de ciudadanía el 25 de noviembre de 1941, de forma que clasificaba a la población en las categorías de: ciudadanos alemanes —sin especificar—, extranjeros, judíos, arios y artistas. No se trataba de compartimentos estancos, sino que se podía pertenecer a varias subespecies humanas a la vez. Jana se distrajo intentando encajar a las húngaras, a Dagmar y su hija Sieglinde. ¿Tendría Dagmar inclinación por las artes? Ya no podía arrepentirse de haberles ofrecido su ayuda, ya no había vuelta atrás.

Estaba segura de que en cuarenta y ocho horas tendría listos y secos los carnés, títulos, certificados, salvoconductos, etcétera. A algunos tendría que tomarles fotografías ella misma y revelarlas después. Había llegado a la localidad oscense en busca de un oficio y en pocos meses había sumado varios. Aquel era, sin duda, el periodo de su vida en el que había aprendido más cosas de quienes la rodeaban, pero también de ella misma. La animaba pensar que al facilitarles todo esto a los judíos allí en Canfranc convertía también en

llaves aquellos papeles que los conducían desde aquella puerta a la libertad. Se encontraban en el umbral de su nueva vida pero aún no lo habían atravesado.

Durante aquellos ratos en que sus quehaceres eran manuales, igual que le sucedía mientras trabajaba en el hotel en tareas mecánicas que no le exigían demasiada concentración, la mente se le iba hasta las montañas que habitaba Esteve. Allí lo consideraban un lugareño, aunque nadie supiera a ciencia cierta, infusa ni por aproximación, de dónde procedía. Hablaba francés y español como si ambas fueran sus lenguas de nacimiento, y ni franceses ni españoles reconocían en él un acento que les pudiera conducir a un lugar concreto. Por este motivo, el del desconocimiento absoluto de sus orígenes, inventarle vidas se había convertido en una de las aficiones más extendidas. Y siempre ganaba la historia más sorprendente; se contaban chismes de una sola frase, historias más elaboradas junto a la lumbre, en los largos inviernos, durante los que no había ni rastro de él. Jana había escuchado relatos muy diferentes. Ese era uno de los privilegios de trabajar en el hotel: algunos decían saber de buena tinta, como si les hubiera llegado por carta, que su mujer murió al dar a luz a su único hijo y que entonces, incapaz de hacerle frente a esta tragedia, se echó al monte. Otros narraban mientras estancaban la saliva detrás de los dientes, por el placer que les producía ser los transmisores y depositarios de tamaña revelación, que toda su desdicha o cambio de vida, según se viera, derivaba de su huida con una amante casada para zafarse de la ira del marido traicionado. Incluso algunos rumores apuntaban a que se trataba de un prófugo, de un exconvicto.

Jana sabía que a Laurent le producía cierta desazón tanta oscuridad y confusión sobre el pasado de Esteve, pero no tenía más remedio que confiar en el contrabandista porque le resultaba insustituible, e incluso había intercedido por él ante algunos mandos de la Resistencia, con lo que había adquirido una gran responsabilidad.

Esteve era peligroso. A nadie escapaba que se saltaba la ley de vez en cuando y a conveniencia, que su espectro de pretextos para hacerlo era el de alguien con mucha imaginación y pocos reparos. Durante semanas desaparecía, decían que se ocultaba en un refugio abandonado. Parecía medir muy bien los tiempos, como si supiera siempre cuándo era conveniente estar y cuándo la mejor estrategia era no mostrarse. Jana pasaba muchos días sin verlo y de repente sabía que rondaba los alrededores de la estación. Eso sí, siempre que se le requería se manifestaba de una forma o de otra. Esta intermitencia la

desazonaba y a la vez la disgustaba porque no sabía si se dedicaba a sobrevivir o a otros menesteres bastante más egoístas.

Deseaba terminar cuanto antes, que pasara pronto toda aquella situación de tensión para saber a salvo a sus efímeros inquilinos, pero también para ir a la fonda. Por una conversación entre Tricio y Juste sabía que Esteve casi nunca entraba en el bar, pero esto tampoco quería decir que no lo hiciera alguna vez. Nada ni nadie le impedía el acceso. Era posible que se lo encontrara. Podía tener negocios con algunos leñadores o montañeros, que le interesara formar parte de aquella feria de apariencias para llevar a cabo sus tratos. En ese caso se lo encontraría acodado en la barra para igualar su altura con la de quien le hablara. O tal vez no apareciera por allí porque no se sintiera cómodo, ya que era imposible que no estuviera al tanto de que muchos lo consideraban un delincuente de baja estofa y otros, los alemanes sobre todo, andaban sobrados de motivos para echarle el guante.

En la fonda siempre se hablaba de ellos, en grupo, y se aludía a ellos como las fuerzas de ocupación; pero individualmente, vistos de uno en uno, se hacía muy difícil odiarlos o asociarlos con el enemigo despiadado que desde Berlín aspiraba a dominar el continente. La mayor temeridad que llevaban a cabo los más jóvenes era tomarse un carajillo. Ella los distinguía de verlos relevarse en las guardias. Eran altos en su mayoría, aunque ninguno alcanzaba la estatura de Esteve, quien era el que más se relacionaba con ellos por las acciones que debía llevar a cabo para despistarlos. También Juste mantenía un trato muy cercano con el capitán Wagner, ya que ambos debían organizar determinados aspectos de la logística de la terminal. Este oficial era un hombre plácido, demasiado para ser militar. Tenía el pelo y el bigote canosos y una sonrisa afable. Su principal característica era la cercanía que mostraba con todos. De su constitución llamaba la atención la rectitud de sus hombros, como si su cuerpo, al contrario de lo que sucedía con su rostro, no se correspondiera con su edad, unos sesenta años. A Jana incluso le reconfortaba su presencia. No lo temía, como si a pesar de su uniforme nada tuviera que ver con el ejército alemán. La principal función de Wagner en Canfranc era supervisar el tráfico de los minerales estratégicos que se extraían de Teruel y de Asturias sobre todo, y que terminaban en las fábricas de guerra del Reich. Respecto a los otros soldados, después de conocer algunos detalles transmitidos por Juste, le resultaba angustioso saber que uno de ellos tenía una hermana que se llamaba Loreley, como la sirena del Rin, y otro una madre anciana que padecía de reuma y esperaba su regreso sin apartarse del balcón en una calle remota de Sajonia. Todos estos

detalles tan humanos convertían para ella la guerra en una monstruosidad aún mayor.

No veía el momento en que el convoy partiera y ella cogiera el abrigo para salir hacia la fonda.

La convivencia de Juste con todos los que actuaban allí era aún más estrecha. En La Serena se alojaban también los chóferes de los camiones suizos que esperaban la orden para cruzar la península ibérica con la carga de lingotes de oro resultado del expolio nazi que llevaban hasta allí algunos trenes. Ese era el otro gran tema de conversación junto con la guerra y Durandarte, con la diferencia de que del mineral se hablaba con mucha precaución, como si nombrarlo los pusiera a todos en peligro. Ante este tráfico, Laurent debía hacer la vista gorda. Si se hubiera opuesto a que aquellas mercancías transitaran por allí se hubiera enfrentado al gobierno franquista, al negarse a seguir sus directrices, que lo obligaban a facilitar todo lo posible su comercio con las autoridades alemanas. Además, permitirlo le proporcionaba la cortina de humo perfecta que desviaba cualquier sospecha de él. Nadie podría imaginar que la mayor parte de su trabajo se dirigía a que ganaran la guerra los aliados. Juste le había dicho a Jana que aquello sí que era delincuencia a gran escala, crimen internacional, prácticas junto a las que el bandolerismo de Durandarte palidecía. El oro procedía de Suiza, otro de los países, junto con España, Portugal, o Suecia…, considerados de forma bastante inexacta neutrales.

Tanto Jana como Laurent Juste y Montlum sabían que el metal no solo cruzaba por allí, sino que cada envío se organizaba desde la fonda La Serena y que un tal señor Mirs, alojado allí, dirigía todas las operaciones bajo las órdenes de su jefe, que, como correspondía a su categoría, se hospedaba en el hotel Ritz de Madrid. Mirs era también suizo. Sonreía en exceso, vestía como un rico de viñeta de periódico inglés, con reloj de oro con cadenita que salía de uno de los bolsillos de su chaleco, y encajaba en la cuenca de su ojo derecho un monóculo. De esta forma, *Monóculo*, lo llamaban los niños de Canfranc porque nunca antes habían visto a nadie con un aparato óptico similar. El bigote, muy largo, le crecía curvado hacia arriba, con las puntas amarillas y un tono pajizo en el centro. Se acercaba hasta el andén para hablar con el capitán Wagner y muchas veces su conversación tenía lugar en la oficina de la aduana. Entre el oficial alemán y él organizaban los días de descarga. Era tanto su poder que pagaba a los trabajadores habituales de la estación de Canfranc, los del hotel incluidos, cada vez que llegaba una remesa de lingotes para que se tomaran el día de fiesta y no aparecieran por las instalaciones y

así evitar que fueran testigos del trasiego del oro. A veces incluso se acordonaba la estación en todo su perímetro y la vigilancia llegaba hasta dos metros detrás de las vallas de hierro. A los huéspedes del hotel se les indicaba que no abandonaran el edificio durante unas dos horas, hasta que concluyeran unas misteriosas maniobras que no les especificaban en qué consistían. Todo el dinero que suponía aquel día de asueto pagado para los canfranqueses no era nada comparado con el valor de lo que atravesaba por allí entonces.

Esta injerencia en el funcionamiento de la terminal era una más de las muchas que soportaban quienes solo en teoría mandaban allí, como Laurent Juste, que en estas ocasiones se mostraba malhumorado, contrariado porque se sentía un fantoche, pero se dominaba porque representar aquella farsa le reportaba muchos beneficios. Poder salvar a tantas personas era el más importante. Le había contado a Jana historias terribles sobre la procedencia de aquel oro. Los espías rastreaban su origen gracias a que la burocracia del gobierno de Hitler era meticulosa; tenían centenares de funcionarios dedicados a elaborar listas de los exterminados, fichas de sus propiedades, expedientes con los cargos de detención, etcétera. Todo era registrado hasta el más mínimo detalle. Laurent había llegado a ver algunas de aquellas listas en reuniones de la Resistencia en Toulouse, eran líneas mecanografiadas que estremecían por los cientos de dramas que almacenaban.

Aquella fortuna fundida en rectángulos no procedía en todos los casos de los ahorros de los ciudadanos judíos, también incluía piezas muy pequeñas, los dientes de oro extraídos a los cadáveres, los relojes del mismo material, las joyas incautadas en las casas de las ciudades profanadas. Era un tesoro nauseabundo, se referían a él como el oro de los muertos; atravesaba la montaña dentro de los vagones para terminar en las cajas de los camiones suizos que esperaban al otro lado del edificio de viajeros, en la parte española, donde este sistema de transporte tenía su base de operaciones con una flota de más de medio centenar de vehículos. Algo tan escandaloso era imposible ocultarlo a los ojos de los habitantes de Canfranc y otros pueblos de la comarca, llamaba demasiado la atención y los rumores sobre las llegadas en tren y las salidas en camión del oro eran frecuentes. Para ocultar las maniobras de carga y descarga servían los túneles subterráneos que comunicaban el territorio francés con el español de la estación. A Juste no podía echarlo nadie de su puesto de trabajo y veía cómo entraban los operarios en fila por la escalera pegada al hangar donde ellos ocultaban a los judíos. Descargaban del tren sacas de arpillera que se colocaban sobre un hombro. Atravesaban el

pasadizo bajo tierra que comunicaba ambos muelles y surgían en el lado español. Cada uno acarreaba unos quince kilos repartidos en cajas precintadas. En todo momento eran custodiados por los guardias de la Gestapo, separados unos de otros muy pocos metros para evitar cualquier incidencia. No había la más mínima posibilidad de que despistaran una sola barra ni de que se salieran de la formación, los conducían como si en vez de humanos fueran bestias de carga. Estaban amenazados, no era asunto suyo contar qué llevaba y traía cada convoy, pero la cuestión del oro era demasiado llamativa como para no convertirse enseguida en un secreto a voces.

En su habitación, mientras tomaba con dos dedos o con una pinza las fotografías de los pasaportes, a Jana le resultaba insoportable mirar los dientes de aquellas personas cuando sonreían, algunas corbatas adornadas con una aguja, los pendientes de una mujer, y saber que en muchos casos ya no existían ni los objetos ni quienes los portaban. Acarició las hojas de aquellos pasaportes para extenderlas, para que no contuvieran ningún pliegue, pero a la vez pasaba los nudillos sobre aquellos rostros tan parecidos a los de quienes esperaban en la habitación bisiesta a que sus documentos estuvieran en orden. Por todo aquello que los envolvía, por las noticias, inverosímiles de tan terribles, que llegaban desde Europa, Jana se esforzaba mucho más de lo que le era posible.

Apenas faltaba media hora para las seis de la mañana y a Jana, tan aplicada en sus labores de falsificación, solo le quedaba alterar un pasaporte para salir de su cuarto y volver a la habitación bisiesta. Ya casi contaba con toda la documentación, pero pensar con tanta intensidad en Esteve, o al menos con eso lo relacionó, le hizo volcar uno de los frascos de tinta. Salvó por muy poco el pase recién fabricado y se culpó por su dispersión. Además lo tomó como un aviso de que debía alejarlo de su pensamiento si no quería que su vida adquiriera el mismo tono negro de aquella mancha sobre el tablero de su mesa. Cogió un paño de algodón, lo empapó en alcohol y cubrió con él todo el líquido que se había derramado.

Pero no podía dejar de pensar en él. En su mente, Esteve se trazaba con más nitidez si recurría a las lecturas que recordaba de cuando vivía en Zaragoza. Se le ocurrió que el personaje literario o legendario que más se aproximaba a Esteve era un catalán al que apodaban Serrallonga, un bandolero que alcanzó fama en el siglo XVII. Así era Durandarte en su consideración, un Serrallonga renacido en la posguerra española, un justiciero reencarnado, al menos para ella, porque llevaba a la práctica lo que otros muchos solo se atrevían a pensar.

Cuando ya se disponía a salir de su cuarto escuchó una música que procedía de alguna de las habitaciones equipadas con gramófono. Debió de accionarlo un niño o alguien sin querer porque era demasiado temprano. Apenas estuvo en marcha unos segundos, pero fueron suficientes para que las escasas notas del pasodoble que sonó le detonaran una imagen muy viva de un baile. Como apenas hacía unos meses que estaba allí, aún no había vivido la fiesta mayor de Canfranc, que era el 18 de julio, el mismo día que se había inaugurado la estación en 1928. Jana se veía en la próxima verbena, la de aquel año, con él, con Durandarte, junto a la explanada contigua al restaurante Yola donde sabía que se celebraría, bajo las guirnaldas de bombillas de colores, moviéndose con pasos torpes, pero muchas sonrisas frente a la orquesta de aficionados. Las telas de su camisa blanca y de su vestido de flores juntas, la respiración acompasada sobre los músculos palpitantes de él, tersos, a punto de estallar de deseo. Algo tan sencillo, una pareja que bailaba, igual que hacían los soldados alemanes con las chicas del pueblo muchos sábados en el salón del Hotel Internacional. Algo normal, pero que le parecía imposible si se trataba de ellos: la camarera y el contrabandista.

Con los bolsillos de su delantal atiborrados de papeles, salió de su cuarto en dirección a la habitación bisiesta. Aplastaba los documentos

por fuera de la tela contra sus piernas con tanta fuerza que se clavaba las puntas de los pasaportes en la carne. Era un gesto inútil que en nada afectaba al volumen de lo que transportaba. Necesitaba volver a aquel escondite para relevar a Valentina. Aquel era el instante clave, en el que más que nunca tenía que cerciorarse de que nadie la veía atraer hacia sí la librería del pasillo. En momentos como aquellos consideraba su fuerza una bendición.

Dentro de la sala se situó en el centro, sacó la libreta donde estaban todos registrados en una lista y leyó en voz alta los nombres de quienes en apenas veinte minutos subirían al tren. Se trataba de un *wagon lit*, viajarían todos en coche cama y no saldrían hasta llegar a Lisboa.

—Sin excusas —añadió, a pesar de que era consciente de que una vez que se marcharan de allí poco podría hacer ella. Pero su obligación era advertirles de que el peligro aún no había pasado, ni mucho menos.

En cuanto comenzó el reparto de los billetes se dio cuenta de que faltaban casi media docena según el último repaso. Ese era el número de personas que no podrían escapar. No sabía si era un error suyo o si se habían traspapelado. El caso es que no estaban. No quiso que le notaran que se sentía muy contrariada. Enseguida decidió que uno de los ancianos viajaría sin nada, a la vista de su gravedad ningún revisor se atrevería a pedirle que le mostrara el comprobante. Pero le preocupaba una familia con dos niños y otra mujer que había llegado allí sola. Tener que elegir la ofuscó, era injusto asignarles los billetes a unos y a los otros llevarlos al andén sin ellos para que hasta el último momento no supieran si su situación se resolvía. A veces el tren estaba lleno, no había ninguna posibilidad de subirse a él y se producían escenas angustiosas. No quería que se agarraran al coche y los bajaran a culatazos. Necesitaba que en ese momento ya los estuvieran preparando en la taquilla. Cuando la familia a la que creyó polaca le preguntó qué iba a pasar con ellos, en vez de encogerse de hombros les dijo enroscando su dedo índice en el aire a bastante velocidad y varias veces que se los entregaría después. Continuó con la segunda parte, le dio a cada grupo de parientes una carta del American Jewish Joint Distribution Committee, el Comité Conjunto de Distribución Judío Americano, con sede en Nueva York. Ellos enviaban también hasta la aduana internacional, dentro de latas de arenque canadiense, visados rubricados en las embajadas de los países de destino, la mayoría para América Latina y Estados Unidos, en los que estaba en blanco el espacio para el nombre y el apellido, así como la fecha de expedición, de forma que eran ellos, Jana y Laurent Juste, quienes se

encargaban de completarlos allí para entregarlos a los perseguidos por el nazismo junto con los llamados pasajes transversales del Atlántico. Ya le quedaba menos.

Abrió un armario junto a la puerta del baño y les tendió a las mujeres y a los niños ropa interior, vestidos, pantalones, camisas, faldas, blusas y abrigos. Había de sobra, los enviaban desde Londres, a veces incluso a través de la valija diplomática como parte del pago de los aliados a la Resistencia por su efectiva colaboración. Más tarde quemaría en la caldera aquellas otras ropas que llevaban, ya convertidas en harapos después de tanto trasiego por pisos abandonados en Budapest y Cracovia, muladares, trenes de ganado y otras mercancías.

Ayudó a las niñas a peinarse con trenzas y, cuando estuvieron dispuestos, salió ella primero al pasillo para asegurarse de que no se cruzarían con nadie, al menos hasta que hubiera ajustado la librería al quicio de aquella estancia desde la que aquel grupo renacía. Antes de abandonar la habitación bisiesta les dio las últimas instrucciones. Les dijo que sobre todo debían evitar a los guardias alemanes, pero que si se cruzaban con alguno de ellos, porque allí había muchos, más de setenta, que no se pusieran nerviosos, que les mostraran sus pasaportes, el *laissez-passer* francés o salvoconducto, lo que les pidieran, que lo llevaban todo y que por tanto ya nada podía detenerlos. En aquellas palabras de Jana había más esperanzas que certezas. En apenas dos horas, desde las cuatro hasta casi las seis, les habían borrado de su identidad cualquier vestigio judío y por tanto ya se podían confundir con el resto de los huéspedes. Pero, aun así, debían extremar las precauciones.

Comenzaron a salir poco a poco. Cuando llegaron al rellano anterior a la escalera principal, los niños del grupo se arremolinaron en torno al amigo de Jana. Repetían su nombre como para mostrarle su agradecimiento por el buen rato que les había hecho pasar con sus trucos.

—Montlum, Montlum, Montlum —le decían todos a la vez mientras Jana se llevaba el dedo índice a los labios. Quería que se callaran porque aquella cercanía al ayudante de la panadería podía llamar la atención de alguno de los oficiales alemanes que también acababan de levantarse.

Él les hizo una reverencia a la vez que les susurraba en medio del corro que habían formado a su alrededor:

—*Au revoir, mes rois. L’avenir est à vous.*[3]

En el trayecto hasta el vestíbulo bajo los faroles de vidrieras emplomadas, los refugiados judíos se mezclaron con el resto de

viajeros de los que nada los diferenciaba, como les confirmaban los espejos. Algunos sonreían después de mucho tiempo, orgullosos de su apariencia, pero eran los menos; a la mayoría, la camisa no les tocaba el cuerpo; en vez de apoyar la planta de los pies en el suelo se desplazaban de puntillas, estaban agarrotados, sudaban y bajaban el rostro en cuanto se cruzaban con alguien, fuera de uniforme o vestido de paisano. Para ellos era difícil creerse que estaban allí, que nada grave les sucedería y que solo los separaban unos pocos metros del tren que en el andén mostraba toda la potencia de su caldera de vapor. El *hall* parecía otro, no tenía nada que ver con el de horas antes, en él se arremolinaban en aquel momento hombres y mujeres con sombrero, niños en pantalón corto, algunos hasta llevaban juguetes de los que los niños judíos no podían separar los ojos. Era la misma escena que se repetía con muy leves variaciones todos los días a las seis de la mañana. En aquel momento, Jana, Montlum y Juste necesitaban que no se produjera la más mínima alteración de aquella rutina ferroviaria.

Las seis personas que no tenían billetes permanecían separadas de los demás. Jana notaba sus miradas sobre ella. Para cortar el hilo de esa conexión mental les dijo que no se distrajeran, que esperaran en el lado más alejado, que caminaran hacia la derecha en dirección a los vagones de cola, los menos vigilados, los que estaban en el extremo más alejado del edificio de viajeros. Si conseguían subir, ya cambiarían de coche después atravesando el tren por dentro. Deseó como siempre que no se cruzaran con ningún guardia alemán.

Juste estaba de pie junto a la mesa de su oficina. Sobre la tabla había un soporte giratorio para cuños. El jefe de la aduana los cogía y dejaba con mucha rapidez a la vez que con la mano izquierda pasaba las páginas que sellaba. Lo hacía de una forma tan automática que su brazo parecía una maza. Estaba tan concentrado que Valentina tuvo que llamarlo un par de veces para que advirtiera su presencia.

—Don Laurent, necesito hablar con usted un momento, si puede. —A Valentina se le notaba un tanto atribulada, pero este comportamiento le otorgaba más realismo a su actuación. Sobre todo porque a quienes iban dirigidas en realidad esas palabras, y como coartada, era a los dos empleados del servicio aduanero que estaban también en aquel despacho. En cuando se alejaron unos metros Valentina bajó el tono y continuó—: Faltan seis billetes y Jana y Montlum me han encargado que los consiga como sea, en las taquillas ya no quedan, no me han dado dinero y en menos de siete minutos se irá el tren —le dijo señalando el reloj del andén como si él no lo supiera.

—Disculpadme un momento —Juste se dirigió a sus compañeros —, es la amiga de mi hija, parece que Solange está indispuesta, voy a ver qué le sucede, a estas edades ya se sabe…, están en época de cambios.

Después guardó silencio durante unos momentos. Parecía que Jana no se había equivocado al elegirla. A él también le pareció muy despierta. El jefe de la aduana miró en dirección a la puerta del vestíbulo y enseguida distinguió entre la multitud el uniforme del revisor. Le silbó. No le pareció una forma muy correcta de llamar su atención, pero apenas quedaban ya cinco minutos para la partida del *wagon lit*. No podían perder ni un segundo.

—¿Cuántos son esta vez? —le dijo a Juste sin preocuparse por disimular que la petición le molestaba. El trabajador de la línea de los Ferrocarriles del Norte no conocía nada de lo que sucedía allí con los judíos, pero sí sabía que si en el último momento le demandaban más billetes tendría que rehacer su informe; y además no podía vender todos los que llevaba.

—Solo seis, ¿no, Valentina? —Quiso confirmarlo primero para que el revisor no se enfadara todavía más.

—Sí, señor —respondió de forma inmediata la joven ayudante de Jana.

El empleado de la compañía española volvió a refunfuñar:

—Solo tres... No puedo hacer esto, cuatro le doy.

Valentina sabía que de esa forma separarían a la familia polaca y la mujer sola no podría viajar. El funcionario ferroviario continuó:

—Los otros tres tengo que guardarlos, no están a la venta, son por si hay una emergencia, se trata de los asientos de reserva. Imagínese, Juste, que tiene que subir un operario o que debemos recoger a algún jefe de estación durante el trayecto.

—No pasará hoy nada de eso. Véndamelos, por favor —le dijo Laurent.

—Los franceses siempre se creen que mandan en todo y en todos. Tome, pero no me busque más que me va a meter en un lío. Como me los reclamen en Zaragoza les diré que vengan aquí a pedírselos.

—Vamos, hombre, pero si es una lástima que se pierdan plazas. Sabe cómo es la gente mayor. Han mandado a esta niña que ha comenzado a trabajar en el hotel para que se los compre mientras terminan de desayunar. Serán marqueses o algo así, acostumbrados a tener servicio y a que el mundo gire a su alrededor. Hágame el favor. Si se quedan aquí el trabajo será mío. Con los baúles que llevan me llenarán medio almacén y me tocará volver a revisar todo el contenido. Son horas de trabajo de mis empleados. Ya sabe lo que es

eso. Démelos y que se marchen de una vez.

—Ya me dará un puesto usted después, Juste, esto de saltarse el reglamento no es muy recomendable. Y por unos aristócratas, habrase visto.

Hasta al aduanero bretón le sorprendió que se hubiese creído aquella excusa tan peregrina. No se encontraba muy inspirado aquella mañana, después de madrugar tanto, bastante más de lo habitual, y por eso le contó lo primero que le vino a la mente. El trabajador de la línea de los Ferrocarriles del Norte comenzó a escribir en su taco de recibos. Habían pasado casi cuatro minutos. Si se hubiera demorado un poco más la petición ya no habría tenido sentido. Mientras Juste le palmeaba la espalda al revisor, Valentina salió corriendo con ellos en la mano. Laurent le podría haber dado a aquel hombre diez veces el valor de los pases, pero sabía que podía interpretarlo como un soborno, así que decidió elegir la mejor botella de oporto de su bodega y llevársela al día siguiente, cuando se creyera que se acercaba a él para importunarlo de nuevo. Se la entregaría en una envoltura discreta para no ponerlo en un compromiso.

Montlum se acercó a Valentina y le entregó una caja de hojalata, con la marca de galletas Cros bien visible en la tapa, con el fin de que ocultara dentro los pasajes. La niña llegó junto al grupo que no tenía billetes con la cara iluminada por una sonrisa. Con aquellas pastas les endulzaría además los minutos de desasosiego que acababan de padecer después de haber permanecido ocultos tantas horas. Jana sabía, a juzgar por la cara de su aprendiza, que aquel envase de metal contenía algo más que tortitas redondas de harina y azúcar. Sus canales de comunicación funcionaban. Eso sí, les quedaban solo un par de minutos para terminar de resolverlo todo.

Se dirigió a la familia polaca y, como pudo, les hizo entender que se habían olvidado en su habitación una de sus pertenencias, los trataba en ese momento como hubiera hecho con cualquier huésped del Hotel Internacional. El padre estaba a punto de negar con la cabeza, de decir *nie* y de añadir se equivoca, es un error, pero Jana lo atravesó con sus ojos, que parecían en ese momento del mismo color encendido que su pelo. Puso en aquella mirada toda la carga que pudo hasta que el hombre comprendió y aceptó la caja. El resto de los pasajeros los miraban al pasar por su lado para subir ya al tren. Ellos estaban justo a un metro del umbral de la puerta del vestíbulo, pero aún por la parte de dentro. Se sucedían las despedidas, los abrazos, los apretones de manos. Nada más subir al convoy, el resto de los niños que formaban parte de aquel grupo de evadidos, al ver llegar a los que faltaban, acudieron como palomas, levantaron los moldes de papel

dispuestos en varios pisos dentro de la caja que sostenía la madre de aquella familia, el padre sujetaba la tapa; bajo la mirada atenta de su esposa despegó de la cara interior de la lámina un sobre. Se lo metió en el bolsillo de la chaqueta, sacó los dos billetes que no eran para ellos, se los dio al anciano y a la mujer que parecía viajar sola y después acarició los suyos. Allí estaban aquellos rectángulos que los conducirían al porvenir en el otro lado del globo, a las tierras de Sudamérica, a las que no había alcanzado la guerra. Lejos, pero juntos. Sintió ganas de asomarse por las ventanas, de mirar el Pirineo, de respirar su aire, pero estaba obligado a extremar las precauciones, por lo que, como si hubiera tomado el mando de todos ellos relevando a Jana, les dijo que tenían que dirigirse al *wagon lit* o coches cama.

En veinte segundos arrancaría el tren. Ya no quedaba nada, pero entonces, cuando ya estaba todo dispuesto, irrumpió en el andén el gobernador civil de la demarcación y jefe provincial del Movimiento, don Gervasio Casanarbore. Como siempre que aparecía en público, también en aquella ocasión mantenía el gesto duro que acompañaba con su vocabulario efectista, plagado de palabras de las que la mayoría de sus interlocutores desconocía el significado. Era su manera de marcar distancia, de humillar a quien tuviera enfrente. Se dedicaba al culto desmedido e ininterrumpido a su persona. Allí nadie lo tomaba en serio, lo temían, pero eso era otra cosa. Entre sus caprichos se contaba que cada mes impar destituía a un alcalde, y los pares, a algún miembro de un consistorio elegido al azar con los ojos cerrados y el dedo índice revoloteando en círculos hasta que se posaba sobre algún lugar del mapa de Huesca. Su mayor aspiración era que le concedieran la Orden de Cisneros en reconocimiento a sus méritos como reyezuelo franquista. Para hacer valer su autoridad, aquella mañana del 16 de marzo de 1943 dio unas palmadas para convocar a la pareja de guardias civiles que estaba en ese momento de servicio en la estación. Quería exhibir su poder, demostrar quién mandaba allí, que el aduanero supiera lo inconveniente de no agasajarlo en su comedor como deseaba y merecía. Quería que Juste se convenciera de una vez de lo poco que le convenía convertirlo en su enemigo.

Laurent sabía del deseo de Casanarbore por que lo invitara a cenar a su casa. *Monsieur* Juste, lo llamaba siempre con su voz de flauta desafinada. Era sabido por todos que en aquel comedor del valle de Los Arañones se degustaban los mejores caldos, nunca faltaba el madeira ni el whisky escocés, además de tabaco de la mejor calidad y muchos manjares. Esta opulencia gastronómica era posible porque el jefe de la aduana francesa recibía estos presentes desde los despachos de aduanas repartidos por el mundo, de la misma manera que él

enviaba productos locales a sus compañeros. Al fin y al cabo tenían, por su calidad de funcionarios del servicio, el transporte gratis. Pero el motivo por el que el señor gobernador quería provocar a toda costa la amistad entre ambos no era solo culinario, sino porque para su excelencia era un agravio no sentarse en el mismo sillón que antes habían ocupado otras altas personalidades. Allí había estado, entre muchos otros, hasta el general Queipo de Llano. De estas idas y venidas a Casanarbore le llegaba puntual noticia, estaba al tanto de todo lo que se cocía en aquel salón que muchos llamaban la segunda embajada de Francia en España. Que el jefe de la aduana francesa lo aceptara allí constituiría la manera más efectiva de apretar aún más el perno con el que asfixiaba hasta extremos insoportables a sus conciudadanos, a los que podría perseguir a un lado y a otro de la frontera.

No sabía que contar para esto con el favor de Juste era imposible. Solo le había chocado la mano en una ocasión y, tal vez sugestionado por lo que de él conocía, le pareció viscosa. Tal como exigía su cometido informativo para la Resistencia, sabía con detalle a través de Tricio, algún guardia y numerosos informantes muchas más cosas suyas. No le resultaba difícil recabar testimonios porque su excelencia era tan singular que quienes le hablaban de él disfrutaban poniéndolo al día de sus peripecias, sin saber que estos datos constituían la base de los informes que enviaba a sus contactos en Pau. A los enlaces franceses debía participarles cualquier cuestión de interés que se produjera por los alrededores de la terminal ferroviaria y el cargo de Casanarbore lo situaba en ese punto. En cuanto a los modos y costumbres de aquel hombrecillo, parecía que eran la muestra de que traducía su escasa corpulencia en unas desmedidas ínfulas de grandeza. Su mayor e inexplicable cualidad era, a decir de todos, su atractiva señora doña Mimín. Hasta su mujer, Arlette, le había dicho que se trataba de una persona extraordinaria: culta, muy sensible con las injusticias sociales, que dedicaba la mayoría de su tiempo a reparar los desaguisados que su marido perpetraba en las humildes vidas de quienes lo sufrían. Era tan agradable y perfecta que resultaba inexplicable que cohabitara y, menos aún, se encamara con alguien así. Por tanto, concluía madame Juste siempre que salía el tema: *avoir anguille sous roche*, «anguila bajo la roca», que en su versión en español venía a decir que había gato encerrado. Añadía además la mujer de Laurent que no era por dinero por lo que estaba con él, porque ella era muy rica, según le había dicho Pilar, la dueña de la fonda La Serena. Hasta la francesa también había llegado el rumor que relacionaba a la gobernadora, como la llamaban allí, con Esteve Durandarte. No se lo

había contado a Jana porque no le gustaba hablar de amantes, líos de alcoba y enredos semejantes. Prefería mantenerse al margen de cualquier habladuría y dedicarse solo a comentar lo que era cierto.

Don Gervasio les hizo a los guardias una seña que mezclaba el desprecio con la displicencia:

—Vayan a ver con qué nos encontramos aquí. Seguro que habrá sorpresas. —El gobernador no sabía nada de los judíos a los que salvaban después de ocultarlos allí, pero acompañaba su orden con este farol como si en vez de miembros de las fuerzas del orden se tratara de perros de caza.

Nadie intervenía, así que él continuaba:

—Y registren los vagones. Pídanles la documentación a todos. Y todos quiere decir sin ex-cep-ción. —La última palabra la remarcaba con su pronunciación atildada.

Juste se vio obligado a intervenir. Lo trató con toda la distancia y profesionalidad que pudo:

—Mire, su excelencia, no nos conviene que se retrase la salida del tren...

—¿Nos? ¿Ha dicho nos?

—Don Gervasio, de que el convoy parta en hora a que no lo haga se derivan muchos contratiempos: piense que en los vagones hay viajeros que se dirigen a Lisboa. —Y calló porque no quería levantar la liebre.

—Se dirigen, usted lo ha dicho, pero ahora están en Huesca, mi provincia. —Estos dos últimos términos los acentuó en todas sus sílabas—. Así que, *monsieur* Juste, le rogaría que no interfiriera. Me es usted simpático. —Cuando dijo esto, el aduanero francés vio sobresalir primero sus dientes y después hasta los colmillos para componer una sonrisa de roedor.

—Este tren, como sabe, tiene correspondencia en Zaragoza, después en Madrid, deje que parta. Dígaselo al jefe de estación, que se dirija al factor, que levante la bandera de una vez y el maquinista lo ponga en marcha. No podemos esperar más.

—Juste, ¿qué le pasa? Parece que se lo lleva el diablo. ¿No me estará ocultando algo? ¿No mandará opio a Madrid, verdad?

La pareja de civiles había comenzado por los vagones más próximos a la locomotora. Los judíos estaban en los de cola. Pero era cuestión de minutos que llegaran hasta ellos. Juste temía que los guardias se dieran cuenta de que el idioma en que algunos se expresaban no se correspondía con aquel en que estaba escrito su pasaporte; si se daban cuenta de que los de las fotos eran otros, parecidos a ellos, pero otros, si tenían la suficiente experiencia como

para advertir que las páginas de algunos documentos acababan de salir de fábrica... Sudaba.

—Don Gervasio... Soy una persona honorable y usted me ofende.

El gobernador civil no parecía escucharlo, sino que elevaba el rostro unos cuarenta y cinco grados y con la boca cerrada miraba hacia las montañas. Con aquel gesto pretendía ignorarlo, que se sintiera despreciado, aunque el francés sabía que lo que buscaba en realidad era que se sometiera, que condescendiera a agasajarlo tras demostrarle que si alguien tenía autoridad allí era él. Eran las seis y diez.

Entre todos los chismorreos de los que era objeto el gobernador civil, aquel que relacionaba a su mujer, doña Mimín, con el bandolero era el que más le hería. La animadversión que Casanarbore provocaba a los oscenses, sobre todo a los que vivían en Canfranc, era casi general, porque consideraban su cargo una imposición. Y por ese motivo muchos se alegraban de lo que se rumoreaba sobre la infidelidad de su esposa. Don Gervasio siempre solía aparecer por los alrededores de la estación los días en los que no se trabajaba porque esta había sido cerrada durante unas horas para hacer posible el trasiego de mercancías entre el gobierno español y el alemán, las maniobras que Juste organizaba de forma conjunta con Wagner. Era tan frecuente esta coincidencia que muchos recelaban del político, ya que parecía que acudía atraído por el fulgor del oro. Debajo de los andenes de la estación reptaban túneles como si se tratara de intestinos. A través de estos pasos se descargaban los vagones franceses para llenar el tren español sin que los artículos que contenían fueran bañados por la luz natural del día, ni la artificial de la noche. Protegidos de la vista de todos y de la codicia de muchos.

Jana había subido desde el vestíbulo hasta su cuarto porque quería ver cómo se alejaba el ferrocarril desde su ventana. Cogió el libro de Dumas sin reparar en que eran ya más de las seis y el tren no arrancaba. Distraída, con una mano quitó el polvo de la consola sencilla cuyo único adorno eran las patas torneadas sobre las que reposaba. Leyó el principio de *El conde de Montecristo*. Después de la fecha decía:

> *El vigía de Nuestra Señora de la Guarda dio la señal de que se hallaba a la vista el bergantín* El Faraón *procedente de Esmirna, Trieste y Nápoles. Como suele hacerse en tales casos, salió inmediatamente en su busca un práctico, que pasó por delante del castillo de If.*

Pensó que Montlum tenía razón y que no podía haber comenzado aquella novela en otro momento: ella también tenía a la vista aquel ingenio humano de hierro sobre los raíles, con el estómago de la caldera ardiendo, la furia refrenada para que no se desbocara en dirección a Jaca y Sabiñánigo, que, sin embargo, y sin que aún supiera

por qué, permanecía inmóvil. El jefe de estación no hacía sonar su silbato para autorizar la salida. Lo que más deseaba era que el tren se perdiera al final del paisaje, que se alejara con quienes habían sido sus huéspedes efímeros cuanto antes. Pero el desfile de los vagones ante aquel palacio varado allí todavía no comenzaba.

Enseguida supo el motivo de la detención del convoy. Sin que nadie subiera a su habitación a contárselo, acertó con que tenía que ver con la presencia allí del gobernador, el señor don Gervasio Casanarbore.

Jana se puso muy nerviosa. Cuando ya creía que no quedaba nada, todo se complicaba en el último momento. Apoyó la frente en el cristal. Entonces, como para compensar la rijosa presencia de Casanarbore, lo vio: Esteve caminaba con mucha decisión hacia su amigo el oficial de aduanas y su excelencia don Gervasio.

Jana tuvo ganas de bajar para presenciarlo todo en primera fila, pero se quedó. En aquellos momentos de incertidumbre, de tensión, era cuando más debían extremar las precauciones. Pudo admirar a Esteve a sus anchas, la camisa blanca ceñida a ambos lados de la cintura, el pantalón ajustado, las botas... El bandolero miró alrededor antes de situarse frente a Laurent y el gobernador, levantó por un momento la vista hacia donde ella estaba, de casualidad, porque no podía verla desde allí, y se dirigió a don Gervasio. Le tendió la mano con mucha familiaridad, pero este le rechazó el saludo. No escuchaba desde allí lo que se decían. Por suerte, después se lo contó Juste y de esta forma pudo completar la escena que entonces tenía lugar ante sus ojos.

—Señor gobernador, a sus pies, qué sorpresa.

Don Gervasio continuó inconmovible. Entonces fue cuando Durandarte añadió:

—Y dígame, ¿cómo se encuentra su señora?

—¿Qué? —Aquella interrogación más parecía un graznido. El gobernador emitió esa sílaba con un sonido de ave, rasposo—. ¿Qué has dicho?

—Me interesaba por la salud de doña Mimín, su excelencia.

—¿Cómo te atreves? Cuatrero, delincuente, escoria... —Este último calificativo se lo escupió.

La cólera le hacía salir rayos por los ojos, la saliva le desbordaba las comisuras de los labios, se mesó el escaso cabello que además de circundarle la calva le crecía en la parte más alta de la cabeza en forma de varios muelles ralos. Con su actitud evidenciaba de nuevo que también estaba al tanto de las habladurías. Era para él todo lo contrario a una pregunta inocente o a una simple cortesía.

—Arrodíllate, ¿me oyes? —Durandarte rio, aquellos gestos tan fuera de lugar eran muy propios de don Gervasio—. Pídeme perdón, me has ofendido. Te cortaré a tiras, ¿me oyes? Lo voy a dejar todo bien atado para que eso sea posible. Con mis propias manos te desollaré, miserable. Qué poco te queda de vida.

—Bien. No le quepa duda entonces a su excelencia de que si es así disfrutaré los días que me queden, o las horas, si son menos, en inmejorable compañía. —Durandarte dijo estas frases con una calma que admiró a todos.

Aquello era mucho más de lo que don Gervasio podía soportar. Sintió que lo desafiaba, que con «inmejorable compañía» solo podía estar refiriéndose a doña Mimín.

Desde las ventanas del tren se asomaban muchos a contemplar aquel lance. Juste se pasaba el pañuelo con disimulo sobre la sien,

después se frotaba con él la mejilla. Durandarte y Casanarbore continuaron mirándose durante medio minuto eterno. Hasta que este último vociferó, se le escapó un gallo que convirtió en aún más atiplada su voz:

—Guardias, aquí, rápido, detenedlo. Fuera de aquí con él —ordenó mientras no dejaba de agitar los brazos, las piernas, la cabeza, todo el cuerpo como para expulsarlo no solo de la estación, sino sobre todo de su vida.

Juste temió que acudieran otros guardias civiles, pero no fue así, sino que descendió del tren la misma pareja que recorría los vagones. Jana suspiró de alivio, al menos la inspección se había detenido antes de llegar a los coches cama.

—Vamos —dijo uno de los agentes mientras cogía a Durandarte del brazo. Lo llevaron hasta la verja de la estación donde tenía atado a Farsante, su caballo. Hasta él parecía sonreír.

—Anda, lárgate, que ya está bien. Cómo te gusta jugártela, un día de estos te vas a meter en un lío del que no va a haber quien te saque. Ándate con ojo que al señor gobernador el que se la hace se la paga —le dijo uno de los guardias y el otro asintió.

Desde su puesto de vigilancia ante la ventana de su cuarto, Jana escuchó por fin el silbato del jefe de estación. La máquina humeaba con la caldera repleta. Miró hacia las montañas y se sintió agradecida a sus cumbres consecutivas porque aquellos senos en fila de los Pirineos acogían en su refugio a Durandarte.

Deseó tenerlo ante sí, comprobar si era capaz de sostenerle la mirada, olerlo, que se lo trajera hasta allí la tierra, el barro, el monte. La misma cordillera era la sierra también que separaba las dos mujeres que ella era: la camarada eficiente, metódica, infalible, al menos hasta entonces, de aquella otra que guardaba el secreto de su enardecimiento por quien menos le convenía. Consiguió distinguir a un hombre a caballo que subía por la ladera. Se le veía majestuoso, desenvuelto, incluso le dio la impresión de que estaba feliz. Había reprimido el ansia de bajar al andén, ese dominio ya era el primer paso hacia el olvido.

No llovía, al menos de momento, pero los que escapaban por fin en aquel tren vieron cómo la escena tras las ventanillas se volvía acuática ante sus lágrimas, aquel umbral que los había recibido y cobijado durante unas horas adoptaba distintas formas en sus lenguas: *wolność* en polaco, *szabadság* en húngaro, libertad aquí. En muchas ciudades de Europa central, entre la ceniza tras los bombardeos, los escombros, los techos de los refugios y el miedo, resonaban ocho letras como un salmo entonado en varios acentos, a veces

pronunciadas de forma irreconocible, pero que se referían a un único destino. La esperanza entonces se llamaba Canfranc.

Antes de ir a la fonda La Serena a telefonear, y de volver para comenzar a trabajar en el hotel, Jana fue a casa del jefe de la aduana. Necesitaba conocer todos los detalles de lo que había sucedido y también celebrar la huida de quienes acababan de abordar aquel tren con destino a la libertad. Sin embargo, a pesar de su triunfo, no había podido quitarse de la cabeza la inquietud que la embargaba. El desasosiego que la dominaba cuando conducía a los refugiados a la habitación bisiesta no la había abandonado.

Pero al ver a su amiga, su confidente, y aprovechando la ausencia de Laurent, volvió a pensar en Esteve y por un momento olvidó sus preocupaciones.

—Lo he visto.

Fue lo único que pudo decir.

—¿A quién? —Arlette levantó la mirada para llamar a sus hijos—: *Fille, fils*… —Sin darse cuenta de que Auguste ya estaba allí, los apremiaba para que no llegaran tarde al colegio.

—A Esteve Durandarte. Se alejaba hacia las montañas. Era él, sin duda.

—*Oui, oui. Il était sur le dos.* De espaldas. Hasta de espaldas y de lejos has visto que era él. Ay, Jana. —Arlette la miró con cierta condescendencia, no sabía si sentir lástima o si compadecerla, pero tenía claro que no iba a felicitarla.

—¿Lo conoces?

Arlette se encogió de hombros. A continuación y en perfecto español, de la misma manera que había hablado antes, añadió:

—Y tú tampoco.

—Arlette, Laurent te lo cuenta todo.

—Menos mal que yo a él no —le respondió incluso antes de que acabara de hablar. Arlette sabía que si en ese momento le contaba que era el amante de doña Mimín, Jana se quedaría muy abatida. Se hizo el propósito de decírselo en la siguiente ocasión que se le presentara.

—¿Desde cuándo lo conoces? ¿Qué sabes de él? —Jana no escatimaba esfuerzos para sonsacarle más información y a Arlette le resultó difícil callar.

Jana le acarició el pelo al niño que se balanceaba sobre un caballo de madera, al que se agarraba con una sola mano mientras hacía girar la otra sobre su cabeza con el puño cerrado como si fuera a lanzar una cuerda y decía:

—*Allez*, Farsante, *allez*, vamos. —No cabía duda de que él sí había oído hablar de Durandarte.

Entonces Juste entró en su casa Juste:

—Este Durandarte es precisamente lo que nos faltaba. —Como ambas lo conocían captaron enseguida la ironía. Jana guardó silencio. Arlette se detuvo con la jarra de la leche en vilo y la miró. Pero como no continuaba, Jana no se pudo callar:

—¿Qué pasa, Laurent?

—Pues que no sé por qué confío en él. —El oficial de la aduana apretaba los puños con fuerza—. Bueno, sí lo sé, porque no tengo más remedio, que si no...

—¿Qué ha pasado? —le preguntó entonces Jana como si no hubiera visto nada.

—¿Que qué ha pasado? Pues que no se le ha ocurrido otro momento que este para provocar al gobernador. Menuda pelea de gallos, a ver quién podía más. ¿Y sabes lo mejor? Que tenemos un lío enorme encima. Me ha dicho el maquinista que hay un nazi que se ha vuelto loco porque le han robado unos caballos purasangres. Los mandaba a Italia desde Alemania y nunca llegaron. ¿Y sabes a quién vieron en Marsella casualmente con tres ejemplares de las mismas características? A Durandarte. Los metió en el tren a Pau seguramente para traérselos aquí. Lo que nos faltaba.

Jana decidió señalarle lo que de verdad era importante:

—Pero, Laurent, ¿no te das cuenta? Los ha salvado.

—No sé, Jana, no sé. De nuevo hemos corrido demasiados riesgos. Así no podemos continuar. —Sostenía con una mano la cortina porque se disponía a volver a su oficina.

—Nadie nos avisó de que venían tantos.

—Son vidas, Jana, personas, niños. A algunos solo les interesa hacer dinero con su desgracia. —Con esto Juste se refería a quienes los llevaban hasta Pau, que en su opinión no se ocupaban de su organización ni de sus papeles—. Dicen, ya se apañarán con ellos en Canfranc. —Y lanzaba las manos al vuelo para mostrar la indiferencia de aquellos a quienes les importaban menos.

—Hay algo más, Laurent, he contravenido las órdenes. —Jana hizo una pausa para buscar la forma más adecuada de comunicárselo—. Hay una madre y una hija, son húngaras..., tienen todos los papeles en regla, hasta salvoconductos y el permiso para cruzar la península, pero no han querido subirse al tren. —Y en ese punto interrumpió la explicación.

—¿Y por qué? No, Jana, no... Tenías que haberlas obligado. No podemos flaquear, cualquier duda, cualquier indecisión podemos pagarla muy cara. Ya lo sabes, no hace falta que te lo repita cada día.

—Verás, Laurent... Lo sé, pero tal vez si se quedan podamos

salvar a otra persona, a su marido, se llama Sándor —dijo de forma más apresurada, como para que esta información fuera rotunda, le llegara entera, con más fuerza.

—Jana, ser sentimentales es un lujo que no podemos permitirnos —le dijo mientras movía la cabeza a un lado y a otro—. Lo podemos pagar muy caro —repitió.

—Hay tanto dolor alrededor que si nosotros podemos reducirlo un poco..., mitigarlo. Es difícil negarse. Y la niña es tan pequeña...

—No quiero que se repita. ¿Lo has oído? —Juste se pasaba las manos por el pelo, se las llevaba hasta la nuca, se estiraba la tela del uniforme sobre los hombros.

Jana sabía que aquello era un sí, pero evitó sonreír. Juste tenía razón.

Pero no había ido allí a hablar solo de eso. A pesar de su euforia por haber visto a Esteve y porque los fugitivos habían logrado escapar, no podía desembarazarse del peso que la oprimía.

—Laurent, no quiero preocuparte, pero tengo sospechas, cada vez más. Me siento vigilada, como si alguien estuviera tras mi pista, o peor, como si me apuntaran con un arma. Además hay otra cosa, algunos entre tantos a quienes ya hemos ayudado a alcanzar la libertad pueden haber contado cómo escaparon. Sabes que la Gestapo tiene ojos y oídos en todas partes, y brazos y piernas. Hasta en América. Mi sensación no tiene por qué ser tan sobrenatural.

En la casa de los Juste siempre se había sentido reconfortada. Por algo tan sencillo como que se trataba del hogar de una familia.

Juste se acercó a ella, se sentó y le cogió la mano para apretársela con demasiada fuerza:

—Estar alerta no es malo, Jana, impide que bajemos la guardia. —La miraba con calma, con toda la calma que a ella le faltaba—. Tenemos un gran deber con todas estas personas perseguidas. Piensa en nuestra labor, en el bien que hacemos. Pero también sabes que puedes dejarlo, que yo lo entenderé.

Laurent se había tranquilizado. Todo su enfado por el comportamiento de Durandarte y por que Jana hubiera permitido quedarse a las húngaras había desaparecido sustituido por una gran ternura. Jana necesitaba su apoyo.

Arlette, con el codo sobre la mesa y los dedos sobre su párpado derecho, movía la cabeza. Juste sabía lo que su mujer estaba pensando.

—Jana, tú no tienes familia, y créeme, en las circunstancias que vivimos es una ventaja.

Jana hubiera querido contener las palabras que dijo a

continuación, pues solo conseguiría intranquilizar más a Arlette. A pesar de eso no pudo parar:

—Se nos llevarían a todos. —Lo sabía desde el primer momento, desde el primer segundo en que se embarcó en aquella aventura de salvamento, pero hasta entonces no había sentido aquella amenaza tan presente, como si antes fuera un riesgo muy lejano—. Hasta a tu pequeño Auguste. Serían despiadados.

Soltó la mano de Laurent para coger la de su amiga, aquella mujer de piel clara y ojos muy oscuros. A Jana le gustaba cómo se le marcaban los pómulos, la forma de su nariz, la barbilla también huesuda. A principios de siglo se habían puesto de moda unas esculturas en miniatura, la mayoría representaban a mujeres modernas muy estilizadas que hacían deporte o danzaban de forma nada clásica. Si tuviera que describir de alguna manera a la francesa, la asimilaría a ellas, a esas tallas que llamaban criselenfantinas, porque Arlette era una obra de arte. Aunque en aquellos momentos su belleza también aparecía transmutada. Se la notaba crispada aunque intentara disimularlo. Solange y Auguste, los dos hijos pequeños del matrimonio, acababan de irse al colegio francés de Canfranc, la mayor, Maude, estudiaba en el liceo de Madrid. Su ausencia les permitía hablar con crudeza, sin tapujos.

—Solo tenemos una vida, pero con ella podemos salvar muchas. Intentan ahogar a los judíos, pero nosotros los devolveremos a la superficie. Y solo una cosa más, Canfranc es la puerta a la libertad de Europa. No exagero.

Pero Jana estaba en lo cierto, sus temores no eran infundados, porque a la misma hora en que ellos mantenían aquella conversación, a unos dos mil kilómetros, en un despacho del cuartel general de la Gestapo situado en una antigua escuela de artes y oficios en la calle Prinz-Albrecht de Berlín, un oficial recibía dentro de un sobre con la enseña nazi un meticuloso informe firmado por Karl Otto Koch, comandante del campo de concentración de Buchenwald, desde donde lo remitía. Dentro de los cuadros y líneas con los que se parcelaban aquellos documentos oficiales le explicaba con letra abigarrada, picuda, nerviosa, que sus tres caballos purasangre habían desaparecido. Había decidido trasladarlos desde Weimar a unas instalaciones hípicas de Ciampino, cerca de Roma, para que gozaran de una mejor atención, pero nunca llegaron allí. El último paradero de ellos del que tuvo noticia fue Marsella. Tras esta introducción añadía que al investigar sobre dónde podrían hallarse hizo un descubrimiento de forma azarosa al seguir la pista de algunos trenes franceses que se dirigían a la frontera española. Había un lugar pequeño, recóndito,

detrás de la cordillera pirenaica, otra frontera además de la de Irún-Hendaya y Port-Bou, que él no conocía a pesar de encontrarse allí un destacamento alemán al mando de un tal capitán Wagner, de actitud más que relajada con lo que se refería a la solución final de la cuestión judía. Al oficial del cuartel general de la Gestapo en Berlín, su superior, le proponía enviar allí a Eberhard Gröber, uno de sus mejores guardias de Buchenwald, de carácter férreo, disciplinado, inflexible y severo para poner orden y que acabara con la fiesta.

El hombre que leía la carta se acercó hasta un mapa europeo que ocupaba por completo la mitad superior de una de las paredes de su despacho. Repasó la costura rocosa entre Francia y España, se acercó a menos de cinco centímetros de aquellos nombres y al final clavó el dedo índice, como si quisiera atravesar la pared con una broca, sobre las ocho letras de Canfranc.

Cuando Jana se dirigía hacia La Serena, sabía que era difícil que se encontrara con Esteve porque lo había visto alejarse en dirección a las montañas; a pesar de eso, no pudo evitar pensar que tal vez hubiera vuelto al valle. Pensó que, si así fuera, antes de acercarse al teléfono se colocaría junto a él en la barra y con la excusa de llamar a Tricio o a Pilar le rozaría el brazo, solo la tela de la manga, pero así él la vería, tendría que mirarla. Después de la llamada al doctor Mallén, que él sin duda escucharía, podría demorarse unos minutos, darle la oportunidad de que le dirigiera la palabra, algo, pensar en tomarse un vermú allí a su lado ya era demasiado atrevido porque entonces sí que parecería que estaba esperando a que le hablara. Enseguida movió la mano ante los ojos, con un aleteo rápido, como si quisiera alejar aquel desvarío. Tenía mucho que hacer, no podía despistarse y menos con cuestiones que no llevaban a ningún lado.

Al abrir la puerta de La Serena le llegaron los mismos retazos de frases de siempre, como si lo que se hablara allí perteneciera a la misma e inacabable conversación, pero no estaba Esteve, solo el taburete junto a la barra sobre el que ella lo había imaginado.

—Se les escapan muchos, parece. Son soldados de tropas expedicionarias, los hacen prisioneros, luego no los vigilan y se les van. ¿Y adónde? A Canfranc.

Circulaban muchos rumores. Se trataba de atribuirle un origen a cada cara, o al menos apostar.

—¿Sabes qué les dicen en el consulado? Que digan que son canadienses.

Y así era. A los soldados apresados se les recomendaba destruir todo documento, cambiarse el nombre y que se declararan canadienses. Era el mismo consejo que se les daba a los judíos para

que eludieran la repatriación si eran detenidos, para que no los internaran en campos de adjetivación engañosa o los forzaran a trabajar para el Reich hasta que murieran.

Los más viejos de aquel bar no se mostraban tan comedidos. Ante aquella farsa reían porque le encontraban chispa a todo, no les impresionaba la guerra, la tercera que algunos vivían ya, de más o menos cerca. Los uniformes que a otros les imponían, e incluso asustaban, a ellos les parecían bastante ridículos. Alardeaban de un descreimiento casi absoluto, por lo que muchas veces, apartadas las apariencias, daban en el blanco con sus comentarios:

—Canadienses dicen que son todos. Grande tiene que ser aquel país sin duda para que quepa tanta gente, o igual, fíjate, son ambulantes, se turnan para estar dentro, unas veces unos y otras, pues otros.

—Eso ya no se lo cree nadie: franceses, americanos e ingleses dicen que son de allí porque según cuentan se hablan las dos lenguas, pero es que hay otros que también dicen ser del Canadá y no hablan ninguna de ellas, que no se sabe ni en lo que hablan.

Jana les dio los buenos días. Algunos de los más ancianos ya tomaban a aquellas horas mistela con anís. Ella seguía en ayunas, a pesar de que para entonces ya había pasado bastante tiempo desde que se había levantado. Vio como uno de los que conocía, porque abastecía de leña al hotel, se dirigía al dueño:

—Tricio, ¿y para cuándo te ponen a la sombra otra vez?

Ya se tomaban a broma las detenciones de quien regentaba La Serena.

—En cuanto vuelva Paquito —le contestaba Tricio, refiriéndose con aquel apelativo a Francisco Franco.

Cada vez que el generalísimo visitaba Canfranc se lo llevaban. Lo consideraban incómodo para el régimen, desafecto, un rojo al que quitaban de en medio, pero no tenían ningún cargo contra él. Solo despejaban el terreno de supuestos enemigos o personas poco afines para que el caudillo no tuviera que enfrentarse a ninguna situación desagradable. Lo consideraban un subversivo, sabían que allí oía mucho.

Jana se asomó a la cocina para saludar a Pilar, la mujer de Tricio.

—¿Cómo va, criatura?

—Bien, Pilar, trabajando mucho. ¿Puedo llamar?

—¿Y cómo no vas a poder, reina mía? Mira que eres guapa. Y soltera —le dijo la dueña de La Serena con picardía. Se puso delante de la barra y señaló a sus parroquianos—. En estos ni fijarte, que son más viejos que Matusalén.

A Jana no le cabía duda de que la mayor parte del éxito de aquel establecimiento se debía al carácter de sus dueños. A ella apenas la conocían y la trataban como si hubiera nacido en el pueblo de Canfranc, como si no hubiera llegado, como tantos, con el esplendor del paso internacional. Laurent le había contado que Tricio era el principal enlace allí con la Resistencia. No le faltaban motivos para admirarlos a ambos.

—Que he visto que no nos queda casi nada en el botiquín del hotel, y voy a preguntarle al doctor Mallén, a ver si nos hace el favor de mandarnos un poco de todo.

—Anda, anda, seguro que sí, pues es poco amable el médico —le decía Pilar mientras la veía alejarse paralela a la barra, con el delantal bien ajustado—. Quién tuviera esa cintura, que la tuve, ¿eh? No te vayas a creer que yo siempre he sido así.

Jana se giró antes de llegar a la pared en la que estaba el teléfono, al lado de las puertas del baño, y le sonrió. En la esquina, donde ya no se esperaba encontrar a ningún cliente, estaba Mirs, el suizo que ordenaba el tráfico de los camiones de oro. La miraba, pero de una forma muy distinta a como lo hacía Pilar, como si la sopesara, y se sintió tasada, otra de sus mercancías. También era madrugador para beber. Por el vaso, Jana supo que lo que se llevaba a la boca era ginebra. Después se pasó la lengua por los labios sin dejar de mirarla. Le había escuchado decir a Laurent que para su esparcimiento se desplazaba a Huesca cada viernes por la noche. Le resultó fácil imaginar a lo que se dedicaría en la capital de la provincia.

Se acercó hasta el teléfono de la fonda sin dejar de mirarlo. Intentaba apartar la vista de él, pero no podía. Pidió a la telefonista que le pusiera con el doctor Mallén y esperó. Escuchar al otro lado su voz la tranquilizó. Mientras estaba con el auricular en la mano entraron varios soldados más o menos de su edad. Jana sabía que allí, mientras se reía y bebía, se conspiraba, pero con el mayor disimulo posible, que se representaba una mascarada porque nada era lo que aparentaba ser, tenía mucho de baile de disfraces. Por las noches había muchos extranjeros y nadie sabía a ciencia cierta siquiera si su nacionalidad era con la que se presentaban, como sucedía con tantos que se decían canadienses. Aquellos que aparecían por allí tanto podían ser del Abwehr, la organización de inteligencia militar alemana, del M16, el M19 y el SOE (Special Operations Executive), británicos que llevaban a cabo actos de sabotaje, reconocimiento táctico y acciones de espionaje contra las potencias del Eje. Incluso se había visto a algún norteamericano del que se sospechaba que pertenecía a la OSS, oficina que articulaba, entrenaba e incluso

financiaba movimientos de Resistencia en países que les eran favorables. Tampoco faltaba de vez en cuando alguien del Deuxième Bureau francés, o segunda oficina del Estado Mayor. Aunque el servicio había sido disuelto oficialmente y sustituido por el de Vichy, seguía operando en secreto.

—Doctor, sí, soy yo, Jana de Canfranc. —La camarera notó como los allí presentes no se molestaban en fingir ningún disimulo, también eso los obligaba a todos a decir lo justo y a enmascarar el sentido—. Una caja, con seis unidades: tres y tres. Se han terminado las últimas sulfamidas. Sí, eso, Prontosil. Sí, gracias a usted como siempre, doctor Mallén. —Marcó mucho estas dos últimas palabras para que a nadie le quedara duda de quién era su interlocutor.

El médico veraneaba en Canfranc y además solía pasar allí con su familia los días de Pascua y Navidad en los que en vez de estar de vacaciones, ocioso o dedicado a pescar, a pasear por el monte o a disfrutar de otras aficiones, aprovechaba para atender a algún paciente, alegando que era porque se trataba de amigos y conocidos. Solo se permitía una actividad que nada tenía que ver con la práctica de la medicina: las largas charlas con Laurent Juste, la persona que le hacía volver siempre.

Un soldado alemán que iba en dirección al baño pasó demasiado cerca de Jana, que se sobresaltó. El militar, en vez de entrar, se apoyó en la pared para mirarla con todo el descaro del que fue capaz, de forma que se vio obligada a continuar aquella representación ante él.

—Exactamente, apúntemelas y gracias como siempre. —Después de colgar ignoró al joven que vestía el uniforme de brigadista bávaro. Tricio y Pilar estaban detrás de la barra. Jana les dijo que anotaran la llamada en la cuenta del hotel.

Cuando iba a salir escuchó una frase. El tema de la conversación había cambiado, ya no era la guerra sino Durandarte. Hablaban de él. Se detuvo y enseguida se le ocurrió una excusa para volver a entrar:

—Pilar, ¿tú me podrías dejar un molde para el horno? —le dijo enseguida.

—¿De qué tamaño?

—Es que tiene que ser especial. Es para hacerles una tarta a unos recién casados que se van de viaje de novios y quieren que tenga forma de corazón —improvisó mientras escuchaba lo que decían los clientes del bar.

—Lo de Esteve sí que es valentía, la mujer del gobernador nada menos. —El hombre que pronunció esta frase aplaudía.

Jana se había quedado inmóvil allí frente a Pilar, tenía los ojos muy abiertos, quería captarlo todo. Mientras hablaba con la dueña de

La Serena, sus clientes añadían más detalles sobre aquella historia.

—Demasiada hembra para su marido —dijo otro mientras enarbolaba el vaso de mistela con anís. Y a continuación les tradujo esta expresión como pudo a los guardias alemanes, *Herrliche Frau*, y a los clientes franceses *une femme magnifique*, de esta forma se pudo enterar también el suizo.

—Pues no, Jana, moldes de corazón no tengo, redondos, rectangulares y con ondas, sí, pero podéis cortar el pastel después de hecho con esa forma. Lo hacéis más grande y ya está, y las recortaduras, para vuestros desayunos. —Mientras Pilar le respondía, la mayoría levantó sus vasos a la vez, que decían *Prost* y otros Salud o *À ta santé*.

Jana le contestó como pudo que así lo harían. Tricio les acercó a los de una mesa, tal vez porque se trataba de los más asiduos, un periódico en el que aparecía doña Mimín, la esposa del gobernador; el trozo de papel circuló de mano en mano hasta que llegó a un hombre que, ya desinhibido lo suficiente por el alcohol, lo besó.

—Pues sí que se lo tiene que pasar bien Durandarte —exclamó.

Ella no pudo evitar mirar la foto. Era una mujer bellísima, delgada, con las facciones muy marcadas, los pómulos altos, los ojos grandes y un cuello muy largo. No quedaba ninguna duda de a qué se referían. Continuaron desgranando los pormenores de aquella supuesta y necesaria, según algunos, sobre todo para ella, relación entre la dama y el héroe de las montañas.

Jana estaba de nuevo cerca de la puerta, rodeada por los parroquianos, pero se sentía como si no hubiera nadie más allí. Entendió por qué se había alterado don Gervasio de aquella manera en la estación cuando Esteve le preguntó por doña Mimín. Parecía que todos estaban al corriente menos ella. Entonces se dio cuenta de que llevaba allí plantada demasiado tiempo. Les dio las gracias de nuevo a los dueños y después, como si nada de lo que había escuchado la hubiera afectado, se dirigió a los demás como para cerrar el paréntesis que se había abierto desde que terminó su llamada:

—Recuerdos del doctor Mallén para todos. —Algunos levantaron las manos, otros movieron la cabeza arriba y abajo y otros hicieron ambos gestos a la vez.

En cuanto cruzó la calle hasta el puente sobre el río Aragón, las lágrimas se le agolparon y apretó los puños para evitar que se le derramaran. Se sentía irritada. Ese comportamiento convertía para ella a Durandarte en alguien con pocos escrúpulos, ya que su amante era una mujer casada. Pero, además, había algo más grave: lo que diferenciaba este chisme del resto era que los otros hablaban de su

pasado, pero este hablaba de su presente, de lo que sucedía entonces. A todo esto se sumaba que si se encamaba con la señora de Casanarbore eso demostraba que no le importaba arriesgar su vida por ese amor, que debía de ser sin duda muy grande para empujarlo a jugárselo todo por una pasión. Durandarte había captado su atención nada más saber de él, pero la historia de esa infidelidad le indicaba que era necesario apagar cuanto antes lo que le había provocado. Se dijo que era inevitable que le hubiera interesado, pero tenía que pasar página si no quería verse arrastrada por situaciones que no le convenían nada.

Entró en la estación y atravesó el zaguán del edificio de viajeros. Desde que se había despertado a las tres de la mañana para comenzar con los preparativos de la evasión, había vivido tantas emociones que parecía que en vez de media jornada había pasado bastante más de un día.

El zigzag de un relámpago cambió la luz, dándole por unos instantes un tono violeta. Sobre la marquesina, soportada por columnas y pilares metálicos, comenzó a golpear la lluvia con tanta fuerza y estruendo que parecía pedrisco. Entonces las lágrimas comenzaron a desprendérsele a borbotones.

Corrió a su habitación y apretujó la historia de Edmond Dantés contra sus senos. No podía dejar de llorar. Le pasaba muchas veces después de vivir momentos de tanta tensión como aquellos, de ver marchar hacia otro continente a quienes en muchos casos antes de la guerra no habían salido de su barrio. Aquel desfile de vidas truncadas, ya imposibles de recomponer, mostraba la debilidad de aquellas gentes que no oponían batalla, sino que se sumían en el silencio como si tanta violencia no pudiera contestarse con palabras. Recordó una de las ocasiones anteriores, la más nefasta; en el momento en que salían solos los últimos diez, llegó una patrulla alemana y sin decir palabra, como si los hubieran reconocido como ciudadanos de otra estirpe, los apuntaron con sus armas, se los llevaron hasta un camión y nunca más supieron de ellos. Aquel fue el peor momento. A su impotencia se sumaba una desazón imposible de paliar, todo sucedió tan rápido que no les dio tiempo de actuar, aunque de todas formas no hubieran podido hacer nada, era imposible enfrentarse a los que conducían aquel camión y solo hubieran conseguido que los detuvieran también a ellos. Lo último que vio dentro de aquel vehículo fueron las manos de los que se llevaban, que se despedían para siempre.

Pero en aquel momento a todos aquellos recuerdos y sensaciones anteriores se sumaba el desengaño que sentía por lo que había escuchado en la fonda. Había idealizado a alguien sin conocerlo de

nada y entonces lo descubría lleno de sombras.

SEGUNDA PARTE

DE MARZO A MAYO DE 1943

A pesar de que habían pasado un par de días desde lo sucedido en la estación con Durandarte, don Gervasio no dejaba de rumiar aquel incidente. Cuando su chófer le preguntó hacia las siete de la tarde dónde quería que lo llevara, le hizo una seña para que se alejara y se dirigió a pie a su casa con la intención de que se le disipara un poco la rabia. Empujó con fuerza el portalón de forja de Villa Dorada, su casa en Canfranc. Al cruzar el jardín vio a doña Mimín en el invernadero, no entendía por qué hasta allí dentro llevaba pamela. Quería estar siempre elegante aunque no tocara. Su mujer trasplantaba unos bulbos que a los pocos meses estallarían en colores. Siempre le gustaba llevar flores en sus viajes, de esa forma, mientras las transportaba, antes de regalarlas, la adornaban a ella. Se clavó las uñas al apretar las manos. Tenía ganas de golpear algo.

Abrió la puerta del recibidor y mientras recogía unas cartas de la bandeja de plata donde siempre se las dejaban, en el centro de una consola con tapa de malaquita jaspeada, se le acercó un criado:

—Señor, ha venido un hombre a verle.

—No estoy para nadie. —El gobernador no había conseguido desprenderse aún del malhumor que le había provocado la burla de Durandarte. Pensó que la única manera de borrárselo sería con la juerga que había planeado para aquel sábado sobre algo que le rondaba la cabeza desde hacía tiempo; pero como necesitaba cierta planificación, les había concedido a sus invitados una semana para que se prepararan. Entonces solo faltaban cuatro días.

—Como usted quiera. Le diré entonces que se marche. —El sirviente inclinó la cabeza ante él.

Casanarbore apenas le había prestado atención, pero con estas dos últimas frases cayó en la cuenta de lo que su servidor le decía.

—Espera un momento. ¿Quién es? ¿Dónde está? ¿Departiendo amigablemente con doña Mimín? —El gobernador no podía resistirse a utilizar las palabras más largas entre todas las que conocía.

—No, señor, la señora está con sus orquídeas. Está esperando en la parte de atrás de la casa. Fuera.

—Pregúntale qué quiere, pero que no entre. Ya veremos si me interesa lo que tiene que decirme. Me acuden como moscas. Muertos de hambre. —Mientras decía esto tiró del abrecartas con demasiada fuerza, tanto que la mano le quedó levantada como un metro. Parecía que manejaba un florete de esgrima en miniatura.

El gobernador tenía muchos informantes a los que pagaba según le fuera de utilidad lo que le contaran. Algunos no dudaban en denunciar a sus vecinos por un poco de dinero.

El criado volvió enseguida:

—Dice que hace un rato en la reja de la estación escuchó a Durandarte hablar con sus hombres de algo interesante.

—Ya estamos con las entregas a plazos. Si no te ha dicho de qué se trata más vale que se largue. No estoy para suspenses.

—Dice que quieren dar un golpe con unos caballos, que los trajeron en el tren de la noche, que parece que su precio es tan alto como si fueran de oro.

—Saldré yo, no quiero que entre aquí gentuza.

Don Gervasio dio la vuelta a la casona. En el invernadero su esposa sonreía al inclinarse sobre un semillero. La odió.

—¿Qué quieres? —le dijo de malos modos al hombre que esperaba allí.

—Nada, don Gervasio, solo contarle algo por si le interesa. Escuché a Durandarte hablar con sus hombres de unos caballos, parece que son de un nazi, de un jefazo, y que valen una fortuna.

—A mí eso ni me va ni me viene. Esa no es mi jurisdicción. —Marcó mucho las sílabas de esta última palabra, como siempre hacía cuando usaba términos así.

—Es que parece que ahora los tienen aquí, en el refugio de montañeros abandonado en el que viven.

—Lárgate, ya me has entretenido bastante, con las cosas que yo tengo que hacer. —Se sacó un par de billetes del bolsillo de la chaqueta con los que se quitó de encima al visitante.

Su prioridad en aquellos momentos era ultimar todo lo que tenía que ver con su siguiente hazaña, la del sábado de aquella semana. Seguro que cuando se supiera también contribuiría a su celebridad, y de paso se quitaría aquel mal sabor de boca que el encontronazo con el bandolero le había dejado. Conseguiría que su nueva gesta también trascendiera. Sería una de las más celebradas y quería dedicarse a ella con calma. En aquella ocasión lo que se le había ocurrido era proponerles el siguiente reto a sus más cercanos aduladores: ver quién era capaz de preparar la cena más cara. No le importaba que gran parte del país estuviera sumido en una miseria que parecía no tener fondo, él se situaba siempre en el extremo opuesto a cualquier acto de caridad, no tenía misericordia con nadie. Desde hacía tres días ya había comenzado a divertirse viendo cómo sus invitados se volvían locos intentando conseguir los manjares más exóticos. Muchos ni siquiera tuvieron la necesidad de sobornar a nadie, pues la mayoría de los miembros de las fuerzas del orden se prestaron a ayudarlos, no porque quisieran recibir nada a cambio, sino para que no se les restara ni una perra a sus ya de por sí exiguas ganancias. A aquellos gerifaltes

les bastaba con que hicieran la vista gorda con el estraperlo. Si estos invitados decidían pagar precios astronómicos por algunas mercancías, allá ellos, el dispendio no era de su incumbencia porque no se trataba de ningún delito, solo, en casos como aquellos, de una obscenidad palmaria. Uno de sus secuaces le participó a Casanarbore que estaba dispuesto a viajar a París en dos días en busca de productos de las colonias francesas cuyos nombres aún no tenían traducción al castellano.

En algún lugar de la senda de Camille, entre el Col de Bessata, Lizara y Somport.

Viernes, 19 de marzo de 1943

Desde que Jana lo viera alejarse hacia las montañas, Durandarte seguía allí, en el refugio, en sus quehaceres habituales, con los dos hombres que siempre le acompañaban: Silvino y Arnaldo, a los que más que compinches consideraba sus hermanos.

A pocos metros del contrabandista, fuera de aquella construcción, sus dos compañeros parecían un par de pastores sin ovejas. Arnaldo estaba de espaldas, con las piernas separadas trazaba un arco líquido sobre la coronilla de rey, una planta de delicadas flores amarillas. No vestían de una forma tan aseada como él, sino con ropas muy gastadas, y el desaliño los hacía parecer bastante más viejos de lo que eran en realidad. Esteve tenía treinta y cinco años y ellos apenas cinco más. A pesar de vivir en el monte conseguía que sus camisas, además de blancas y limpias, estuvieran crujientes por efecto del planchado con almidón. Las malas lenguas, que tenían explicación para todo, decían que no había ningún misterio, que esto era así porque se encargaban de su colada en la casa de verano de su excelencia, el señor gobernador don Gervasio Casanarbore, que las sirvientas lo consentían igual que lo hacía su señora.

Se juntaron ante la entrada. Reunirse allí todas las mañanas para organizar el día era una de sus costumbres. Entre marzo y octubre pernoctaban en el refugio, que en ocasiones acogía hasta a diez hombres. Nunca a mujeres. Esa era una norma inviolable. A veces necesitaban refuerzos para sus acciones, y el número de participantes aumentaba según lo que se trajeran entre manos en cada momento. Eso sí, aunque el número de la cuadrilla creciera por las necesidades de sus maniobras, el jefe siempre era el mismo, Esteve Durandarte. Eso les quedaba claro a todos los que se unían. Después de él, el mando recaía en sus inmediatos subordinados, ellos dos. Esta forma de organización había surgido de una manera natural y más tarde se vio refrendada por los éxitos de Durandarte.

Aquella mañana, Esteve los puso al tanto de los tejemanejes de

Casanarbore, que se estaba enriqueciendo a pasos agigantados con la venta de salvoconductos a quienes querían atravesar la frontera en cualquiera de los dos sentidos.

—Qué cruz, Esteve. Ese hombre es una maldición. Qué ganas de descerrajarle toda la munición. —Silvino se tocó la carabina que llevaba al hombro—. Si te decides, avísame, eso no me lo perdería por nada del mundo; y después que nos busquen —dijo a la vez que trazaba un círculo en el aire con el dedo.

—Nos encontrarían. Ya sabes que a mí me tiene entre ceja y ceja —le dijo el bandolero.

—Pues yo pienso igual que Silvino. ¡El gusto que nos daríamos! Después que nos lleven presos a la torre del Reloj de Jaca y de ahí a Huesca, pero ya no nos quitarían lo *bailao*.

—Las palizas tampoco nos las ahorraría nadie. No tiene nada que ver con su mujer, con lo generosa que es ella... —Durandarte se quedó con la mirada suspendida durante unos instantes, después continuó—. Nosotros a lo nuestro.

A pesar de que hacía dos décadas que el albergue estaba deshabitado, los bandidos lo habían elegido como refugio por su ubicación, difícil de encontrar, y la robustez de sus muros, de sus vigas y pilares. La chimenea parecía un dragón de piedra apoyado sobre la casa. Era de unas losas diferentes, grandes y redondeadas. El tejado de pizarra gris oscuro era largo como las faldas de una mesa camilla. El porche se unía a la techumbre principal en la entrada y por uno de los lados. A ambas cubiertas les faltaban bastantes fragmentos. Tenía ventanas de distinto tipo, unas grandes y las otras minúsculas, como respiraderos. Durante buena parte de la temporada el refugio estaba oculto entre las nubes, de forma que solo sobresalía a la vista el triángulo que culminaba la construcción. Por dentro era tan espacioso que cabían los caballos en pie. Constaba de dos salas, una la utilizaban como cuadra y en la otra Durandarte y sus hombres comían y dormían. Ellos tres se parecían mucho a aquella edificación: recios, sin ningún adorno, desafiantes y sólidos.

Durandarte se encargaba de transmitirles las novedades y sus planes, que ellos nunca discutían porque sabían que seguir al pie de la letra sus instrucciones era lo que más les convenía. Lo admiraban y además les hacía ganar bastante dinero.

—En unos días comenzarán a cruzar por las montañas los primeros fugitivos. Ya hace dos semanas que acabó el invierno, así que no tardarán. Pero primero tienen que reunirlos en Toulouse y llevarlos hasta Pau, y eso lleva tiempo. Por cada uno nos pagarán lo que vale un piano.

—¿Y mientras tanto? —le dijo Silvino—. No vamos a estarnos de brazos cruzados, menudo aburrimiento. —Le dio un codazo a Arnaldo a la vez que el eco le devolvía las primeras carcajadas de la mañana.

—De momento, hasta que lleguen los que tendremos que escoltar, nos vamos a encargar de pasar unas cajas. Sabéis que a nosotros lo que contengan nos da igual, pero he leído la relación.

—Tabaco —dijo Arnaldo.

Esteve Durandarte sacó un papel de su faja.

—Esta vez no. Son siete mil docenas de botones de nácar, cien docenas de peinetas, ciento sesenta y tres piezas de tul de varios colores y sesenta y ocho kilos de extracto de esencia. Solo hay un riesgo, pero muy grave…

Los dos lo miraron con expectación.

—¿Cuál? No te entiendo, Esteve, ¿qué nos puede pasar por transportar telas y perfume? —le preguntó Silvino.

—Que nos afeminemos. Eso es lo que nos puede pasar. —La carcajada del contrabandista resonó contra las laderas del Pirineo. Se le saltaron las lágrimas por la ocurrencia y se pasó los dedos pulgar e índice bajo los ojos para retirarlas. La risa de Durandarte se contagió enseguida a los otros dos.

—Una mercancía muy muy peligrosa —corroboró Arnaldo.

—Cuidado, Esteve, no se te abulten los pechos bajo la canana —añadió Silvino—. Menudo riesgo. Precisamente a ti, que tienes tantos que tocar. Y cuéntanos, ya que estamos, cómo los tiene la gobernadora. Si son como dicen, igual que todo lo que está a la vista... —Y después de decir esto silbó.

Durandarte miró al suelo y comenzó a mover el pie. Trazaba un camino de medio metro con la bota.

—Que digan lo que quieran, en algo tienen que entretenerse —les respondió.

—Tú siempre has tenido buen paladar, Esteve. Te han dado igual francesas que españolas.

—No tantas, Silvino, o mejor te lo digo, no tantas como hubiera querido. Pero eso sí, con todas me avine bien, la prueba es que quedaron contentas y no me odian. Vosotros lo habéis visto.

Después de quedarse callado un par de segundos, Esteve volvió a ponerse serio para hablar de la mercancía que tenía que pasar al otro lado de la frontera:

—En total pesará como un hombre, así que una vez la recojamos junto al río, hasta donde me cubriréis, la bajaré yo solo a la estación a lomos de Farsante.

—¿Te acompañamos?

—No, iré solo, así llamaré menos la atención. Tengo que dejarlo todo en el patio trasero de la iglesia, pero me quedaré vigilando. No me esperéis en el camino, subíos. Y también quiero ver cómo arranca el tren. No me fío de que me vuelvan a decir que se han perdido los fardos y no cobremos.

—Esteve, respecto a los caballos, alimentar al doble no es tarea fácil. Aunque, eso sí, también es verdad que nos dan más calor por la noche dentro del refugio que si solo estuviéramos con los tres nuestros.

—De ahí sí que podemos sacarnos una buena lana. La semilla ya está sembrada.

Silvino se refería al ardid mediante el que habían mantenido la conversación sobre los caballos al lado de la reja de la estación junto a uno de los soplones de don Gervasio. Aquella representación la habían ensayado bien. Como el gobernador siempre se presentaba tan bien acompañado, solo tuvieron que demorarse hasta que pasó cerca de ellos uno de sus informantes. Entonces comenzaron con el teatro como si estuvieran contándoselo entre ellos y no lo supieran ya de sobra.

—¿Es verdad que eran de un jefazo nazi? ¿De un comandante? —le preguntaba Arnaldo.

—Mejor, así valdrán más —respondía su compañero ante la estupefacción de su oyente, uno de los correveidiles de don Gervasio, que era incapaz de disimular lo mucho que le interesaban aquellas palabras por las que después cobraría.

De dentro de la estancia que habían acondicionado como establo con un pesebre a media altura, les llegaron los relinchos a coro de los tres purasangres como si supieran que estaban hablando de ellos. Convivían muy bien allí con los suyos, no acusaban la altitud de las montañas, pero tendrían que sacarlos pronto.

—Y lo que nos vamos a divertir al ver la cara de pasmarote que se le queda a don Gervasio cuando sepa de quién son. No hay como mezclar la devoción con la obligación —intervino esa vez Silvino.

Se notaba que en su forma de tratarse, además de camaradería, había amistad y mucha admiración.

Entraron a desayunar, sacaron el puchero del fuego y vertieron el agua sobre la achicoria. Mientras Silvino derramaba un buen chorro de aceite en el pan duro que habían asado en la parrilla, Arnaldo dejaba caer sobre las anchas rebanadas un pellizco de la sal que guardaban en una taza de barro.

—Lo que daría por un café —dijo Durandarte—. Os prometo que vuelvo pronto al menos con medio kilo, ya nos lo merecemos.

Así era siempre. En cuanto tenía un deseo le surgía a la par la

manera de alcanzarlo, encontraba siempre atajos como le sucedía con el camino hacia Canfranc; además del túnel de Somport que horadaba la montaña, parecía que había otro exclusivo para él y su caballo por el que transitaba sin ser visto, en un recorrido de ida y vuelta en el que apenas ocupaba una hora por trayecto. Tenía un mapa de aquella orografía tan interiorizado que parecía que se correspondía con las líneas de las palmas de sus manos: conocía los pasos, las gargantas que le permitían dejar de lado las pistas principales, ascendía y descendía con Farsante como si ambos fueran uno de tan compenetrados que estaban. Sabía por qué vados cruzar el río. Se deleitaba en aquellos recorridos durante los que se sentía hijo de esos picos, sobre todo del poderoso Balaitús o Marmuré, del que se contaban muchas leyendas. Su preferida era una que hablaba de su origen. Decía que antes de convertirse en una mole de roca era el dios de los Pirineos, el que manejaba las tormentas y los rayos. Se enamoró de Cubella, la hija de los dioses menores Anaye y Arafia, quien lo rechazó como había hecho con todos sus pretendientes anteriores porque quería vivir con su familia y cerca de los animales del bosque. Balaitús intentó raptarla, pero ella llamó a todas las hormigas de la Tierra que la cubrieron. Cuando él se alejó, horrorizado por la visión de su cuerpo, ella quiso guardar a los insectos en su interior como agradecimiento por salvarla y se atravesó el corazón con un puñal. Su pecho se convirtió también en piedra, en la Peña Foratata o agujereada. Desde las laderas de esta montaña dicen que aún se escuchan dentro del macizo hueco los latidos de Cubella y que como las guardó a todas dentro de sí no hay hormigas en todo el valle. Desde entonces el gigante de granito Balaitús tiene que conformarse con contemplarla de lejos. Pero su pasión no la enfrían ni los glaciares que lo cubren.

NÁCAR, PEINETAS, TUL
Y EXTRACTO DE ESENCIA

Villa Dorada, residencia de los Casanarbore,
sábado, 20 de marzo de 1943

El día de la estrafalaria cita fijada por su marido para celebrar la cena más cara, doña Mimín había sufrido el ultraje de ver cómo le arrancaban sus orquídeas para decorar la casa. Los criados la avisaron antes de cumplir con esta nueva orden del gobernador, pero solo para que lo supiera. En el invernadero acarició la parte superior de los tallos como si se tratara en realidad del cuello de unas mujeres decapitadas. No amaba a su marido, pero a aquellas flores sí. Las mimaba, se extasiaba ante su delicadeza. Se sobresaltó con el estruendo del gramófono. Sonaba la primera de las muchas marchas militares con las que don Gervasio amenizaría aquella velada. Se tapó los oídos y elevó la vista sobre el mirador de cristal del salón. Su doncella Palmira estaba asomada a la ventana de la alcoba de doña Mimín. Sintió sus ojos como una defensa y fue hacia allí sin detenerse en la primera planta. Le dijo a su empleada que aquella noche no saldría de su alcoba, que tomaría algo ligero allí y que si ella la acompañaba le haría un favor porque cuando se juntaban los amigos de don Gervasio los temía, no quería mezclarse con ellos, y menos acompañarlos en aquel banquete tan disparatado. Sabía que con esto lo contrariaba porque la quería allí, junto a él, como testigo de su hazaña.

Conforme llegaban los convocados, Casanarbore los reunía ante la chimenea del palacete, les servía una bebida «para abrir boca», decía, y después les comunicaba que podían preparar lo que quisieran, que él se reservaba el honor de ser el último. Mientras tanto cavilaba sin calma, para dar con un ardid que le permitiera bajarle los humos a su mujer de una vez por todas. Era gobernadora gracias a él, se decía, como si el cargo fuera matrimonial.

Durante un par de horas, tanto la cocina como el salón se llenaron con el aroma de la trufa blanca, del azafrán y de otras especias desconocidas; sobre uno de los bancos de madera maciza había una urna con dos langostas sumergidas en agua para que en el momento de cocerlas estuvieran aún vivas. En una fiambrera de metal, entre dos grandes trozos de hielo, esperaban una docena de cortes de atún de aleta azul. Había latas de caviar Alma, del pez esturión Beluga albino del mar Caspio, queso de leche ordeñada a hembras de alce sueco, patatas fertilizadas con algas marinas, hongos japoneses, nueces de macadamia, ingredientes y materias primas que nunca antes se habían visto en aquella región. Cuando cada uno hubo preparado lo suyo,

Gervasio Casanarbore se acercó al hallar, colocó unas trébedes, el trípode de metal que se usaba para elevar sobre la leña ardiendo las ollas y otros utensilios para cocinar, y miró a los demás con una mueca sardónica, de alimaña. Resultaba muy extraño ver al señor gobernador en aquellos menesteres. Solo por asistir a su trasiego sus invitados ya sentían que valía la pena participar en aquella apuesta.

Descolgó una sartén de la pared trasera de los fogones y cruzó con ella el salón, elevándola como si se tratara de un estandarte; antes de agacharse frente al hogar, sacó de cada bolsillo de su pantalón un huevo. Echó un chorro de aceite y de una caja labrada que estaba sobre la repisa cogió un fajo de billetes de cien pesetas. Calcular la cantidad que sumaban producía vértigo. Los colocó bajo las patas de metal y les prendió fuego. Cuando los aplausos cesaron quebró las cáscaras contra el reborde de cobre.

Esa fue su nueva bravuconada. Enseguida los detalles corrieron como la pólvora por la región, incluso se comentó que alardeó de haber obtenido ese dinero con la venta de salvoconductos firmados de su puño y letra muy bien pagados por quienes querían atravesar la frontera empujados por la desesperación. Siempre hacía que estos certificados tuvieran una vigencia muy corta por si se complicaban los trámites y los agraciados veían cómo caducaban en sus manos antes de utilizarlos. Contingencia que los obligaba a volver para renovarlos.

Don Gervasio se relamía en su despacho por los ecos que le habían llegado tras la ocurrencia de la cena. También había sabido gracias a sus informantes que el gerifalte alemán al que pertenecían aquellos tres caballos de carreras interceptados en Marsella era el comandante del campo de concentración de Buchenwald. A Casanarbore estos animales, el arte de su crianza, que fueran purasangres o no, no le quitaba el sueño, pero era incapaz de desaprovechar un negocio que apelara a su codicia. Tenía que encontrar esos caballos, aunque no para devolverlos a su dueño. Ya sabría dónde colocarlos o qué favores pagar con ellos. Su procedencia también le daba igual. Solo le interesaba en tanto que les añadía valor.

Pero lo que el gobernador desconocía era que el dueño de los equinos era además el mismo oficial que había redactado el informe sobre Canfranc que se leyó con tanta atención en los cuarteles generales de la Gestapo. Aquel documento en el que rogaba a su superior en Berlín que trasladara allí a uno de sus mejores hombres.

Eberhard Gröber ya se encontraba en París. El oficial parecía la escultura de un atleta griego vestido con el uniforme del Reich. Su rostro solo se diferenciaba de los de mármol en el intenso azul cobalto de sus ojos. Eran jaspeados, como si en ellos se superpusieran motas brillantes a las vetas de varias láminas de vidrio. Tenía el perfil esculpido con una precisión académica. Las líneas de su mandíbula, de su nariz y de sus pómulos eran tan rectas que componían unos rasgos demasiado fríos.

El mayor Gröber había aterrizado en el aeropuerto de Le Bourget, donde lo recogieron con un Mercedes blindado. No llevaba séquito. Siempre que podía elegir prefería la soledad. Lo decidió así porque en Canfranc se encontraría rodeado de los soldados del reemplazo de la brigada de Alta Montaña de Baviera, algunos agentes de las SS y otros miembros de la Gestapo, como él, con los que no tendría más remedio que convivir. También estaría allí el, en su opinión, relajado y pacífico capitán Wagner con su ayudante Tadeusz. Dos nulidades que más que velar por los intereses del Reich parecía que estaban pasando sus vacaciones en los Pirineos.

Gröber disfrutó de unos días de asueto en París mientras terminaba de llegar su equipaje enviado desde la capital de Alemania. Visitó mientras tanto lo que para él eran sus dos máximos templos: el palacio de la Ópera y el Louvre. Sobre el primero, diseñado por el arquitecto Garnier, había leído mucho y quería disfrutar de su belleza sin intermediarios. Quería acopiar aquel esplendor, la magnificencia de París, porque no sabía con qué iba a encontrarse en su nuevo destino. Con el mismo automóvil que lo recibió recorrió los Campos Elíseos, la Madeleine, el Trocadero, y se fotografió ante la torre Eiffel. De esa forma imaginó que sería el nuevo Berlín una vez ganaran la guerra. Terminó la mañana en el museo nacional, de donde los franceses se habían llevado más de tres mil obras a castillos y conventos para impedir que los alemanes se las apropiaran. Por ese motivo, Gröber solo pudo visitar una sala en la planta baja. Pasó junto a una réplica en yeso de la Venus de Milo a la que no le prestó la más mínima atención porque no se trataba de la estatua original. Tampoco se detuvo ante la fila de niños que pasaban frente al edificio del Louvre. Iban de dos en dos, cogidos de la mano, apenas medían medio metro de estatura, una de sus maestras capitaneaba el grupo y otra se situaba al final. El oficial, al cruzar entre ellos, tiró a uno de los pequeños al suelo. El niño se golpeó contra su bota y su cabeza se quedó a escasos centímetros del borde de la acera. Comenzó a llorar y las dos instructoras abandonaron sus puestos para correr hacia él y

consolarlo. El mayor Gröber no detuvo su marcha, ni siquiera miró atrás. Le pidió al chófer que lo llevara a un café de la plaza de la Concordia. Después le dijo que podría vivir sin muchas cosas, pero nunca sin el arte, mientras admiraba por el cristal trasero del vehículo la grandiosidad de aquel palacio real convertido en museo.

Estación de Canfranc, domingo, 21 de marzo de 1943

Aquella madrugada, cuatro días después de su llegada, Dagmar se despidió del resto de sus compañeros de fuga, que al fin habían recibido los papeles para seguir viaje. No quiso despertar a Sieglinde. A partir del momento en que los demás se marcharan solo quedarían ellas en la habitación bisiesta. Se sucedieron los abrazos y la misma palabra en varios idiomas: *szerencse*, en húngaro, *szczęście*, en polaco, *Glück*, en alemán, suerte, en castellano. A pesar de que hablaban en voz muy baja, Sieglinde se despertó y los miró de uno en uno, de una forma tan solemne que parecía que hubiera madurado años.

Los que saldrían aquel día en el tren de las seis de la mañana se apresuraban a guardarse sus nuevos documentos en los bolsillos interiores de las chaquetas o en los bolsos en el caso de las mujeres. De aquellas hojas de papel y rectángulos de cartón dependían sus vidas.

Los dos jóvenes enamorados, que a ella le habían despertado tantos sentimientos de añoranza, se empeñaron en irse en autobús. Jana no pudo convencerlos de que el tren era más seguro. No se privaron de nada, incluso recorrieron el paseo de los Melancólicos la tarde antes de marcharse.

—De acuerdo, tenéis los papeles en regla y con la ley en la mano las autoridades no os pueden detener —les decía Jana en alemán en un último esfuerzo por convencerlos—. Pero son falsos, y pueden descubriros; y aunque no sea así, aunque logréis engañarlos, pueden deteneros igual. Hay muchos antecedentes de detenciones... —Y buscó la palabra—... arbitrarias.

Después les entregó dentro de una caja de cartón su particular regalo de despedida: una tarta de bizcocho rellena de praliné con forma de corazón.

Si habían decidido comportarse como turistas tenían derecho, aunque no hubieran elegido el destino más adecuado para ello. Para Dagmar y Sieglinde esa separación significaba que se alejaban los últimos con los que habían constituido aquella otra familia temporal, con los que compartieron tanto miedo, hambre, sed y humillaciones añadidas a su desgracia. Dagmar acariciaba a su hija, le estiraba el vestido, le decía que todo estaría bien, que no se preocupara, que ya estaban a salvo y que dentro de poco se reunirían con Sándor. Así

quería creerlo ella también.

Estación de Canfranc, lunes, 22 de marzo de 1943

Cuando Laurent Juste cruzaba del muelle de la aduana francesa hasta su oficina, sintió el sol en su espalda como si lo llamara para que se girase. Miró hacia las montañas y disfrutó de los guiños de luz que aparecían y desaparecían. Todo estaba en orden, los documentos sellados, la copia pegada en los paquetes que se transportarían… Dejó que aquella placidez, aquella sensación de que todo iba encajando poco a poco, lo envolviera y cerró los ojos un instante. El descanso fue muy breve porque enseguida escuchó que algunas personas se acercaban. A escasos metros a su izquierda tenía a don Gervasio Casanarbore, que acababa de entrar en el andén una vez más. Fiel a su costumbre de no pasar nunca desapercibido, llegó rodeado por sus más cercanos esbirros, además de por dos parejas de la guardia civil y otros tantos policías. Juste hizo de tripas corazón para acercarse a él y preguntarle qué se le ofrecía.

—Espero el tren —le dijo como toda respuesta, porque sus miras estaban puestas en aquel momento más arriba, en alguien con una autoridad superior a Juste, tanta que incluso superaba a la suya propia, pero solo de puertas hacia afuera, en la parte francesa de la estación. Por este motivo, en aquellos momentos el oficial aduanero no era nadie para él. Lo ninguneó de tal forma que parecía que hubiera olvidado su deseo de que lo invitara a su casa.

Laurent entró en su oficina y tras cerrar la puerta lanzó una imprecación que asombró a los empleados del servicio aduanero. El gobernador lo soliviantaba como no lo conseguía nadie.

Cuando la máquina entró en el andén comenzó a sonar el himno alemán mientras los guardias del puesto se apresuraban a situarse cerca del convoy. Antes de que el tren se detuviera vieron un brazo que hacía el saludo nazi desde una de las ventanillas. Una vez que descendieron todos los pasajeros, cuando ya parecía que no quedaba nadie, los brigadistas se situaron a ambos lados de la puerta de uno de los coches en posición de firmes, con los fusiles apoyados sobre el hombro, las miradas cruzadas y perdidas como si formaran también con ellas un pasillo de hilos invisibles. Don Gervasio, detrás y en el centro de aquella formación, comenzó a aplaudir cuando una figura con el característico abrigo negro de cuero de la Gestapo descendió. Se acercó a él, primero lo saludó con la mano en alto, después le palmeó la espalda como queriendo dejar muy claro a los escasos espectadores de la escena, casi todos llevados por él hasta allí, que tenía con el recién llegado una gran relación, a pesar de que era la primera vez que se veían. Ni siquiera habían hablado por teléfono. El gobernador

fue avisado de la llegada de Gröber a través de la llamada de un secretario del Ministerio de Gobernación. Desde este organismo se le conminó a recibirlo con honores y a brindarle una efusiva bienvenida.

Sin embargo, no hubo vítores ni ninguna muestra de entusiasmo entre quienes quedaban allí, los que recogían su equipaje o fumaban, a pesar de que Casanarbore le había ordenado al alguacil que anunciara en varios bandos la llegada del alto cargo alemán. Nadie del pueblo se molestó en acercarse al andén aquella mañana, solo estaban allí quienes lo hacían respondiendo a su obligación. Para compensarlo, y sin dejar que trasluciera su contrariedad ante la plataforma desierta, su excelencia desplegó todas sus dotes de anfitrión, agasajándolo con sus gestos, con su saludo, con sus propuestas en un alemán rudimentario que había ensayado durante toda la semana anterior y que resultaba ininteligible para el recién llegado.

Juste salió de su oficina y vio cómo cruzaban ante él sin saludarlo, con una camaradería solo unidireccional, no recíproca. Al oficial se le veía más aburrido que sorprendido por tantos y tan exagerados ademanes con los que Casanarbore pretendía agradarlo sin conseguirlo, a juzgar por su expresión. El alemán reparó en el uniforme de Juste, pero tampoco se detuvo.

—Vamos, vamos. Nos espera doña Mimín, *Frau* Mimín. Y cerveza, mucha cerveza, *Bier*.

Después de casi dos guerras, aquella fue la primera ocasión en la que el jefe de la aduana sintió deseos de disparar contra alguien. Se le pasó por la mente la imagen de un batracio, de un sapo al que una bala agujereara y le sacara un surtidor de sangre verde, espesa, pastosa..., hasta que quedara desinflado sobre el suelo, como si la fatuidad se le hubiera escapado por aquel agujero. Pero no perdió la calma y, en vez de saltar sobre uno de los guardias civiles y quitarle su arma reglamentaria, se fue hacia el maquinista para preguntarle si había visto a Didier en algún punto del trayecto. El hombre se rascó la cabeza antes de moverla a un lado y a otro. Juste no podía dejar su puesto y acercarse hasta el horno para pedirle a Montlum que indagara, y Durandarte andaría por las montañas con sus traslados de mercancías.

Después del desplante del gobernador, Laurent Juste decidió entrar en su casa para buscar consuelo en Arlette.

—No puedo soportarlo más. Un día de estos voy a cometer una tontería, bueno, una tontería no, un crimen necesario, no sabes cuánta gente me lo agradecería.

—Laurent. —Arlette lo abrazó.

—Es ese mequetrefe, ese gobernador de pacotilla, esa alimaña.

Tengo ganas de matarlo. —Juste se soltó para continuar gesticulando.

—Nadie ha conseguido nunca sacarte de quicio. Haz como si no existiera, no le debes nada, no tiene ningún poder sobre ti.

—Sí que tiene poder sobre mí, el de volverme loco. Ha venido a recibir a un oficial de la Gestapo, se lo ha llevado sin dejarle saludar siquiera al capitán Wagner.

—De este nuevo es de quien te tienes que preocupar, no de don Gervasio. —Arlette dijo estas palabras de una forma automática y solo al escucharse fue consciente de lo que significaban.

—Estará de paso. Una parada antes de dirigirse a Madrid y este aprovecha para hacerse el importante. Es un cretino, un majadero, una desgracia. —El jefe de la aduana apartó una de las sillas de la sala de estar, frente a la cocina, y se sentó con las manos apoyadas en la cara.

—Cálmate, Laurent.

Casi al amanecer, Juste escuchó el ruido del motor de un coche que se detenía ante la reja de la estación que daba al río Aragón; después, el chirrido de la puerta de hierro y el taconazo de los guardias, que se encontraban en un extremo del andén, cuando se cuadraron al paso del oficial que don Gervasio había ido a recibir bastantes horas antes. Apenas asomado, el aduanero lo vio entrar en el vestíbulo. Su presencia confirmaba que no había seguido camino por carretera, no al menos esa noche. En la planta de arriba se cruzó con Jana y la saludó con una sonrisa desmedida mientras se llevaba dos dedos al plato alzado de la gorra.

La camarera sintió algo extraño, como un escalofrío que le recordó los temores que desde hacía días la asaltaban, una corriente que la recorrió desde aquellos ojos que parecían pintados con esmalte, irreales como si fueran más bien los extremos de las empuñaduras de dos espadas. Observó la nariz recta, los labios carnosos, la mandíbula marcada de Eberhard Gröber. Le resultó atractivo, pero en el peor sentido de la palabra, le despertaba un interés malsano. Pasó todo lo estirada que pudo a su lado y lo saludó de forma breve en alemán. Con este gesto tan sencillo, una cortesía a la que la obligaba su trabajo, despertó sin pretenderlo su interés de forma inmediata porque Jana hablaba su lengua sin ningún acento y además no parecía española, con aquella piel tan blanca, espolvoreada de pecas como si fueran de harina tostada, los bucles pelirrojos le asomaban bajo la cofia que apenas podía contener una melena que se adivinaba muy voluminosa, difícil de domar. Contaba además con otro rasgo muy valioso para Gröber: sus ojos le parecieron iguales que los suyos. La camarera continuó hasta el extremo del pasillo porque no quería que supiera por dónde se desviaba para ir a su cuarto.

En tres días pasaron decenas de trenes pero Eberhard Gröber no se subió a ninguno. Tanto Jana como Laurent deseaban que se marchara de Canfranc cuanto antes, pero no fue así. Por las tardes el oficial ocupaba una mesa en un rincón de la cafetería, bajo un farol de vidrio y dos helechos. Desde allí miraba a Jana mientras se acariciaba el cuello moviendo un dedo arriba y abajo como para comprobar que mantenía su barba rasurada hasta el extremo. Jana bajaba la vista, deseaba que apareciera Durandarte, aunque solo fuera para que la sacara de allí. La mirada del alemán la congelaba, la paralizaba, la dejaba sin aliento, la manejaba desde lejos, la volvía torpe, atolondrada. Otras veces, Gröber no salía de su habitación o de repente daba un portazo a altas horas de la madrugada y bajaba a hablar con los guardias.

La primera vez que lo vio, Montlum se echó a temblar de tal manera que Jana lo tuvo que meter de nuevo en la cocina de un tirón en la chaqueta. Había ido a dejar el pan y a punto estuvo de desmayarse. Nunca lo había visto así, controlaba muy bien sus emociones, aunque era bastante más sentimental que Laurent. Pero el estremecimiento no se le pasaba y tampoco articulaba palabra, por lo que Jana decidió acompañarlo hasta el horno, estaba segura de que sus palabras lo tranquilizarían durante el paseo hasta la calle principal de Canfranc. Salieron los dos de la estación. Su amigo cruzaba cabizbajo el puente, ella lo llevaba cogido del brazo. Sobre los ojos de Montlum pasaban fotogramas de los hechos terribles que había presenciado en Francia. En Aragón se sentía salvaguardado del horror, hasta que este llegó a su piel como un viento helado.

Al poco tiempo les quedó claro a Juste, a Jana y a Montlum que el alemán no se iría de allí, al menos tan pronto como deseaban. Se había instalado en una de las mejores habitaciones del Hotel Internacional y por todo lo que tenía en ella se notaba que su estancia no iba a ser provisional, viviría allí como lo hacían algunos oficiales mientras que el resto se alojaba en el hotel Ara en el pueblo de Canfranc y los soldados en la fonda La Serena. Y por si aún les quedaba alguna duda a Juste y a Jana, tuvieron que hacerse a la idea de que permanecería allí durante un tiempo indeterminado cuando supieron que había tomado posesión del mando de aquel puesto de vigilancia fronteriza, ya que su rango era superior al de Wagner. Este era *Hauptsturmführer*, capitán, mientras que Gröber había alcanzado el rango de *Sturmbannführer* o mayor.

Juste sabía que, a pesar de su cordialidad, el capitán Wagner no le contaría nada sobre Eberhard Gröber que comprometiera la misión de aquel destacamento allí: la vigilancia de toda aquella persona o

mercancía que atravesara en una dirección u otra la frontera. Tampoco lo haría Tadeusz, pero sí alguno de los guardias, tras beber en exceso en la fonda, o el siguiente sábado por la noche después del baile. De todas formas, como no podía esperar hasta entonces, decidió adelantarse. Necesitaba saber a quién se enfrentaba. Fue al bar y le hizo una seña a Tricio, que salió por la puerta que comunicaba con el corral mientras Laurent rodeaba el edificio:

—Han mandado a un pájaro nuevo.

—Los relevan para que no se cansen, y eso que no hacen nada.

—Este es diferente, me da mala espina. Es un jefazo. Algo buscan.

—Pues aquí pueden encontrar de todo. —Y rio.

—Tricio, estate atento a ver qué se habla, cualquier cosa, me mandas aviso.

—Descuida y tranquilo, que no será nada.

—Voy a llamar a Pau, al dentista, a ver qué saben allí. Entraré en un par de minutos.

Como si antes no se hubieran visto, cuando Juste atravesó la puerta, el dueño del bar lo saludó con mucha energía desde detrás de la barra.

—Voy a llamar, Tricio.

—Sírvase usted, don Laurent —le dijo tratándolo de usted, algo que casi nunca hacía aunque se encontraran en público, como si de esa forma quisiera fingir más distancia entre ellos a pesar de que todos sabían de su amistad.

A los pocos días, el maquinista, que tenía una relación más estrecha con el obrero ferroviario Didier, sacó de debajo del cesto de su comida una servilleta doblada en forma de triángulo. Juste se la guardó en el bolsillo. No dejó que lo dominara la ansiedad y se quedó por el andén durante un buen rato. En cuanto entró en su despacho se encerró en el baño y leyó el informe recién traído de Francia al que acompañaba una fotografía muy reciente:

> Nombre: Eberhard Gröber.
>
> Apodo: *Ich* porque siempre comienza sus frases con esta palabra, *Ich*, «yo». Le pusieron este mote sus compañeros de la policía secreta porque hablaba mucho de sí mismo.
>
> Oficial de la Gestapo. Ostenta el rango de mayor.
>
> Oficina IV de Investigación de Oponentes. Grupo IV C.
>
> Sección IV C 2. Asuntos de custodia preventiva.
>
> Mano derecha del comandante Karl Otto Koch. Destinado en el campo de concentración de Buchenwald.
>
> Fecha y lugar de nacimiento: 1 de noviembre de 1907. Halle del Saale, Sajonia-Anhalt. Su familia se trasladó a Leipzig cuando él tenía cinco años. En esta ciudad pasó su infancia y juventud. Estudió solfeo, piano y violín en la Escuela Superior de Música.
>
> Otras características: tiene una dicción perfecta de la que ha eliminado todo acento sajón.

Anotación: ese deje es objeto de burla en el resto de Alemania.

Gröber marca mucho las sílabas y las pausas. Habla además inglés, francés e italiano.

No fuma. Se manifiesta muy de acuerdo con la ley antitabaco nazi. Es muy disciplinado con la bebida, solo toma una copa de champán los sábados por la noche. Se sospecha que padece epilepsia y que ese es el motivo por el que evita la bebida.

Muestra cierta obsesión por su aspecto físico y por el estado de su uniforme. Al igual que Hitler, sigue una dieta vegetariana estricta, sin embargo, se le ha visto comer casquería y caza. En público alardea de que evitar la ingesta de carne depura el espíritu. Al igual que el Führer, dice no soportar el maltrato animal, que se sacrifiquen aves o pescados.

Muy perfeccionista, culto, de carácter soberbio, tenaz, ambicioso, tanto que en el fondo muchos creen que aspira incluso a sustituir a Hitler a la cabeza del Reich.

Sin amigos conocidos.

Otros datos: en el campo de concentración de Buchenwald organizó un sistema de apuestas con los suboficiales por el que aventuraban en qué momento morirían algunos prisioneros sin que ellos intervinieran en el desenlace que debía producirse por enfermedad. No contaban los que estaban obligados a trabajos forzados, eran fusilados o formaban parte de experimentos médicos.

Fue amante de la mujer del comandante Koch, Ilse, supervisora de las SS en Buchenwald, que lo simultaneaba con otros guardias del campo. Esta *Oberaufseherin*, asistente femenina principal, es famosa, entre otras cosas, por coleccionar los trozos de piel con tatuajes que ordena arrancar de los cadáveres.

El agente Gröber es especialista en delitos de motivación política, en la persecución de cualquier opositor del régimen, en especial francmasones, testigos de Jehová, gitanos y sobre todo judíos.

Eran apenas dos cuartillas, pero la información que contenían horrorizó a Laurent Juste. Se sentó en el suelo, al lado de la taza turca, y se entretuvo haciendo añicos aquellos papeles; primero cortó en muchos trozos las hojas, después hizo bolitas con algunos de ellos que arrojaba al sumidero, otros se los comió. Permaneció un buen rato con los ojos cerrados, los dedos pulgar e índice sobre sus párpados, el codo apoyado en la rodilla. No quería salir. Por primera vez pensó en rendirse. En alejarse de allí cuanto antes. Se incorporó y comenzó a arrojar cubos de agua sobre aquel agujero como si de esa manera pudiera deshacerse de la amenaza que representaba la presencia allí de Eberhard Gröber. Cuando Laurent Juste salió del baño aparentaba cinco años más. Parecía que ya hubiera cumplido los cuarenta y nueve.

Con la llegada de Gröber, a don Gervasio le llegó también otra noticia: a quién pertenecían los caballos. Se enteró durante la cena, y la noticia le produjo acidez de estómago. Estaba muy alterado. Contaba sus pasos en el recibidor de su mansión a la espera de su visita. Durante todo el tiempo que tuvo allí al mayor, temió que le llevaran los caballos justo entonces, y que este supiera de inmediato que se trataba de los que se le habían extraviado a su jefe. Pero hasta las diez de la mañana no llegó Arnaldo, enviado por Durandarte, ante

el portalón de Villa Dorada. Los criados del gobernador vieron a un hombre apocado, con aspecto de pastor, que al lado de aquellos ejemplares magníficos, de crines fuertes y ojos de ternera, parecía aún más tosco. No iba a regatear porque no tenía sentido hacerlo.

—¿Quién te manda? ¿Junto a quién has sustraído los caballos? ¿Por qué no viene él? ¿Me teme?

—Yo se los traigo como había ordenado.

—Sé que trabajas para el rufián de Durandarte, y que no tiene más remedio que ofrecérmelos a mí porque nadie por la contornada tiene mi capacidad adquisitiva. —Siempre que el gobernador podía utilizar dos palabras prefería hacerlo así a expresar lo mismo con una sola—. Dime, ¿me equivoco?

—Yo no sé nada, su excelencia.

—¿Tampoco sabes que sois unos muertos de hambre sin futuro? A ti también te pagará más de lo que mereces. Es fácil ser generoso con el dinero de otros. Ser un ladrón, que no cueste esfuerzo ganarlo. A ver. —El gobernador se acercó a los caballos y simuló que sabía cómo obrar en aquellos momentos.

Como si se tratara de un tratante de ganado, les miró los dientes, sin atreverse a abrirles demasiado la boca por si le caía encima la baba espesa y olorosa de los equinos. Los miró detrás de las orejas, pasó las manos por el lomo de cada uno, les levantó las patas para ver el estado de sus herraduras y después se sacudió su ropa por si acaso se le había impregnado alguna sustancia campestre.

—No valen mucho, la verdad.

—Yo no entiendo, señor. Si se los queda tengo que volver con medio millón de francos.[4]

—No me hagas reír. Y una bolsa de brillantes además. Sé quién te manda, así que te voy a dar la mitad, que ya es mucho. Ahora mismo llamo a tres de mis sirvientes y te sacan en volandas al camino. Me los quedo y santas pascuas.

—No es como usted piensa, don Casanarbore. Pueden pensar que me he quedado con la otra parte y colgarme. —Arnaldo quería llevar la mentira hasta el final.

—¿Quién te va a colgar? Dime. —El gobernador seguía convencido de que quien estaba detrás de aquello era Durandarte.

—Mire —Arnaldo bajó la voz—, es que no son nuestros… Nos han encargado que los vendamos. El dueño está hasta el cuello, tiene deudas de juego, usted ya sabe que esas deudas son sagradas. Solo le puedo decir que es un militar alemán. Nada más.

Uno de los guardeses de la casa de verano del gobernador le quitó al mensajero las riendas de la mano y se llevó los caballos hasta un

cercado a la derecha de la casa. Una vez allí los hizo correr. Mientras tanto, Gervasio Casanarbore entró hasta el salón, cogió de la caja labrada que siempre estaba encima de la repisa de la chimenea un fajo de billetes a ojo, igual que la noche de la cena de los huevos fritos, y se lo entregó al enviado de Esteve.

—Lárgate. Y ten el pico cerrado.

Mientras esperaba a que Arnaldo volviera de casa del gobernador, Durandarte fue al pueblo viejo de Canfranc a recoger un nuevo fardo de camisas limpias. Tenía la intención de dejarse ver mientras se realizaba la transacción de los equinos para tener de esta forma una coartada. Quien hacía la entrega era Arnaldo, alguien cercano, pero en todo caso no era él. La señora Benilde era una de las lavanderas de más edad de entre las que se ocupaban de la ropa del hotel. Las prendas de Esteve pasaban desapercibidas cuando se juntaban todas las mujeres en el río porque se confundían con las del uniforme de los camareros. Ella las distinguía por los botones, pero sobre todo por la talla. A veces intercambiaban hasta una docena. Era quien más ganaba de todas. En la puerta de su casa, mientras se tocaba el sombrero, Esteve le dijo:

—Gracias, es usted como una madre.

—El gusto es mío, joven. Hasta más ver.

Cuando ataba el bulto en la silla de montar de Farsante vio al fondo de la calle a Jana Belerma. La primera vez que Esteve planeó con Juste la forma en la que entretendría a los guardias alemanes, el jefe de la aduana le dijo que una de las camareras del hotel estaba con ellos, que sería quien se encargaría de los judíos en cuanto estos cruzaran la playa de vías y Didier abriera la puerta del vestíbulo. Durandarte tenía la corazonada de que se trataba de ella.

Jana se dirigía al mismo sitio que Durandarte y, a pesar de que tanto había querido encontrárselo en La Serena la tarde en la que se fueron los últimos fugitivos, en aquel momento las cosas ya eran muy distintas porque su opinión sobre él había variado a bastante peor. Esteve cruzó la calle en dirección a la tienda de ultramarinos. En la puerta, sobre un caballete parecido al que usan los pintores, estaba la caja redonda de madera sin tapa, para exhibir las sardinas de bota como si la flor plateada que formaban anunciara aquel comercio más que su rótulo. La báscula blanca esmaltada ocupaba una tercera parte del mostrador. A un lado se apilaban los papeles de estraza para envolver los productos. Sobre el tablero colgaban de clavos las ristras de embutidos como una cenefa de ondas. Los botes de conservas se alineaban en la estantería del fondo y los garbanzos se remojaban a la entrada en una vasija de barro flanqueada por un saco de cincuenta

kilos de arroz y otro de lentejas.

Jana debía salir con frecuencia del hotel, lo cual no solo le permitía romper con la monotonía de su trabajo, sino algo bastante más importante: como casi siempre era ella la encargada de aprovisionarse de algún artículo que se hubiera acabado y se veían obligados a comprar al detalle hasta que recibían la nueva partida, aprovechaba estas ocasiones para realizar cualquier tarea que tuviera que ver con sus labores furtivas.

Cuando fue a cruzar la puerta de la tienda y vio a Esteve dentro se detuvo. Se había prohibido cualquier acercamiento a él. Ambos estaban en lo mismo, eso no iba a variar, pero desde que supo lo de doña Mimín él significaba para ella peligro.

Durandarte estaba de espaldas ante la vitrina que ocupaba la pared de la derecha hasta el techo. En vez de avanzar el otro pie, Jana retrocedió en la puerta. Fue un acto reflejo, no lo pretendía, se debió a la impresión de encontrarse con él donde menos lo esperaba.

—Ay, hija, menudo pisotón, me has chafado el callo del meñique —le dijo una de las vecinas que en ese momento entraba en el establecimiento.

—Perdone, he perdido el equilibrio. ¿Le duele?

—No, no es nada, menos mal que eres menudita, que si no, me atraviesas.

Jana le cedió el paso a la mujer. Aún no sabía si entrar o alejarse. Escuchó a Durandarte hablar con el tendero mientras este le ponía café; con la pala de metal lo cogía del saco para echarlo en un cucurucho de papel. Después fue con él hasta donde tenía el molinillo. Giró varias veces la manivela y antes de abocar el contenido del cajón de madera se lo dio a oler. Aspiró con los ojos cerrados y cuando volvió a abrirlos la vio a su lado.

—Vaya —dijo como todo saludo. No se esperaba que ella también hubiera entrado en los ultramarinos.

Jana lo miró y le pidió agua del Carmen a la tendera. Algunas clientas del hotel le tenían tanta fe a este preparado de toronjil que se lo bebían para curarse de cualquier dolencia e incluso para prevenirlas. Si se sentían a punto de desmayarse, si querían tranquilizarse, si tenían trastornos estomacales o menstruales, para todo servía ese elixir prodigioso.

Jana y Durandarte se quedaron en silencio. Como ya no tenían ningún motivo para permanecer allí salieron a la calle. Esteve se detuvo junto a Farsante y ella continuó sin despedirse. Cogía el envoltorio con fuerza, con la esperanza de que el líquido le hiciera efecto con solo tocar el vidrio que lo contenía. Pero no sentía sosiego,

sino mucha agitación. En los brazos, desde los codos hasta los hombros, comenzó a notar que se le erizaba el vello. Durandarte la adelantó, le recordó por el sombrero al jinete de los anuncios de Nitrato de Chile, aquellos que decoraban algunas fachadas, sobre todo en las carreteras, con sus azulejos amarillos y negros. De pronto se dio la vuelta y le sonrió. Jana pensó que para esa sonrisa necesitaba muchos antídotos, que si no supiera todo lo que sabía de él, su reacción habría sido otra, pero que entonces solo podía quedarse con la parte del bandolero que le interesaba. Así que decidió no demorarse más y, ya que se lo había encontrado, pedirle lo que le rondaba por la cabeza desde que tenía a sus acogidas allí. Tampoco perdía nada.

—El martes llegaron unas fugitivas húngaras. Hasta ahora me traducía un soldado que estaba con ellas, pero ya se ha marchado. Necesito localizar a alguien que hable su idioma.

—¿Húngaro? Pues yo no tengo el gusto —le respondió como si se tratara de un malentendido o en algún momento Jana hubiera pensado que él era de esa misma nacionalidad.

—Por aquí pasa mucha gente… —añadió ella. Esteve parecía tener prisa.

—Vi a uno que hacía fotografías. Me dijo que quería llevarse la estación con él, la imagen…, que bastante miseria había visto ya en otros lugares de España. Por eso sé que llevaba bastante tiempo viajando. No sé si aún estará.

—Pues necesito que lo encuentres —le dijo con un tono tan imperativo que a él le pilló por sorpresa—. Es cuestión de vida o muerte. —Jana se detuvo en sus rasgos: la piel tostada, los ojos verdes, el cabello muy negro.

—Como todo con esta gente. —Durandarte tiró de las riendas, se tocó el sombrero y salió al galope sin decir nada más. Enfiló en una dirección que bien podía llevarle a la casa del gobernador. También a muchos otros sitios, pero ella no pudo evitar asignarle aquel destino.

Jana le había transmitido el recado como quería. Eso era lo importante. Se sintió satisfecha. Le parecía un acierto tratarlo de aquella manera porque estaba convencida de que para él resultaba una novedad que alguien le diera órdenes. No había nada entre ellos, se dijo. Solo la alianza para salvar a otros. Nada más, se repitió. Y para fortalecer este pensamiento concluyó que si había salido tan deprisa hacia allí era porque debía de estar ansioso por encontrarse con doña Mimín.

A quien Durandarte iba a recoger a la salida del pueblo era a alguien que venía de aquella misma casa, de Villa Dorada, pero se trataba de una persona muy distinta a la señora Casanarbore. Jana, de

espaldas, muy convencida de la fortaleza de sus intuiciones, ya no pudo ver a Arnaldo, que se reunía con Esteve para emprender el regreso a las montañas.

Hotel Internacional, Estación de Canfranc, martes, 30 de marzo de 1943

Que Casanarbore friera los huevos con un fajo de billetes dejó de ser la principal noticia sobre él en cuanto comenzó a correr el rumor de lo que había hecho con su mujer. Se repetía a sí mismo que ella se lo había buscado, por altiva, por desdeñosa, y comenzaba a rebuscar palabras aún menos comunes para describirla: displicente, encastillada…, se sentía muy orgulloso de su vocabulario, lo afilaba y exhibía como si se tratara de un arma.

Cuando su nueva jugarreta llegó a oídos de Juste, este decidió que nunca lo invitaría, ni a su casa ni tan siquiera a un anís en la cafetería de la fonda, que se cuidaría mucho de tenerlo a menos de cinco metros y porque no tendría más remedio. El aduanero se escandalizó con aquello, que tomó como su prevención definitiva ante aquel sátiro que quería mancillar con su presencia las mismas paredes que arropaban a sus hijos. El más difícil todavía de don Gervasio se comentó con tanta prodigalidad de detalles que consiguió mediante aquel altavoz que constituía La Serena lo que él deseaba: que su fama trascendiera hasta Suiza, Portugal, Francia, Inglaterra e incluso Canadá. Tanto se extendió el rumor que hasta Jana supo algo. A Montlum le sorprendió que cuando se acercó a la cafetería para despedirse de ella, lo interrogara sobre la historia. Cuanto había sucedido ya era de dominio público.

—Montlum, solo una cosa, no te entretengo nada, ¿tú sabes lo del gobernador? ¿Qué ha hecho ahora? Dicen que esta vez la tomó con su mujer. Como se comenta mucho, pero entre dientes, no sé de qué se trata. —De toda aquella historia a Jana solo le interesaba lo que pudiera tener relación con Esteve.

Su amigo no solo no encontró ningún inconveniente en contárselo, sino que además le vio una utilidad a que lo supiera porque de ese modo se mostraría precavida si se veía obligada a tratar con el gobernador en los salones del hotel.

—Que organizó una jarana de nuevo, reunió a sus secuaces y se ve que como no tenía huevos que freír les propuso otro juego. Les preguntó qué pagarían por ver como Dios la trajo al mundo a doña Mimín, que lo decidieran cuanto antes y le entregaran el parné. Juntó los billetes, que dijo que los unos por los otros, que el que hubiera puesto más por el que hubiera puesto menos, que eso le daba igual, que cuantos más para opinar mejor.

—¿Y la obligó a desnudarse delante de ellos?

Jana se llevó la mano a la boca.

—¡Qué asco, Montlum! Solo de imaginar algo así… ¿Y ninguno hizo nada para impedirlo? ¡Menudos caballeros!

—Todos le obedecen por su propia conveniencia, a esas fiestas les sacan después mucho partido.

Los dos se quedaron en silencio, frente a frente, Jana dentro de la habitación y Montlum en el pasillo. La camarera temió que se marchara sin continuar:

—¿Y qué pasó? ¿Se atrevió o se echó atrás?

—Entonces le dijo al criado que servía las bebidas que fuera a llamar a doña Mimín. —Para alivio de Jana, Montlum no se detenía en el relato—. Antes de dejarlo marchar le dio unas instrucciones al oído. Cuando su mujer estaba en la puerta dicen que salió él y le colocó un saco de tela en la cabeza, que después la llevó de la mano hasta delante de la chimenea.

—¿Y a nadie se le ocurrió pensar en lo abyecto de todo aquello? Tienes que decirme quiénes eran, Montlum. Menudos energúmenos. Que se sepa.

—Dicen que ella no hablaba, que después le sacó las medias, que le silbaban pero para animarle a que siguiera; le quitó el cinturón, la falda, la chaqueta, todo. Después la obligó a darse la vuelta para mostrarles sus nalgas, agacharse, meter la cabeza en el hallar. Parece que se divirtieron mucho a costa de ella, claro.

—Pobre mujer, no pudo elegir peor marido. —Ella sabía muy bien a qué se refería con estas palabras, pero su amigo no.

—El saco no se lo quitó durante todo el tiempo que duró el numerito —dijo, señalándose la cabeza.

—Sería para que no la vieran llorar. Menudos salvajes.

—Pues no, no era por eso. Le tapó la cabeza porque no era ella, era la doncella. Se llama Palmira.

—La humillación es la misma, Montlum, se trate de una mujer o de otra es rastrero, como él y como todos los demás que le siguieron la corriente. ¿Sabes qué? A la próxima igual se le ocurre al animal ese que quiere ver en cueros a alguna de las esposas de sus secuaces. A eso se exponen.

—Pues no me extrañaría. Después dicen que siguieron con la borrachera, que brindaron mientras les decía que había hecho lo mismo que Goya cuando pintó la maja desnuda, que el cuerpo era el de la criada en vez del de la duquesa.

—Y le reirían la gracia, seguro, le aplaudirían como micos, como monos de repetición, que es lo que son, cuando en realidad por lo que babean es por relevarlo en el cargo. Me dan náuseas.

—Las dos mujeres se parecen mucho, tanto como si fueran hermanas, aunque esta es más joven que la patrona. Además, como la esposa de don Gervasio la lleva vestida igual que ella cuando salen, el equívoco aún es mayor. Dicen que durante esta semana lo ha esquivado, que se fue a Huesca y cuando él llegó se volvió aquí. Aunque quieran vivir separados, cuando haya procesión o lo llamen a Madrid tendrá que acompañarlo para guardar las apariencias.

—Menudo sátiro. Es un depravado, pero a nadie le conviene estar a malas con él, por eso pasan estas cosas. Si un solo hombre le hubiera parado los pies no se habría llegado a esa situación. Qué bochorno.

—Dicen que con esto el que ha salido ganando es Durandarte, que así puede verse más con su amante, que alejarse de don Gervasio y acercarse a Esteve es lo que aquella mala acción trajo como consecuencia. Eso sí, la que pagó el pato fue la criada.

Jana no se esperaba el derrotero que había tomado aquella conversación. Había querido saciar su curiosidad, conocer con más detalle algo que ya sabía todo el pueblo, por si había algún aspecto que le interesara, pero cuando lo confirmó se sintió muy desasosegada. Que de todo aquello hubiera resultado que los amantes tuvieran todo a su favor para dar rienda suelta a lo que sentían la malhumoró. Lo imaginaba tomando el café que le había visto comprar en compañía de la esposa del gobernador mientras ambos reían. Esperaba que al menos cumpliera con su encargo y le encontrara al fotógrafo húngaro.

La misma historia sobre doña Mimín y su sirvienta voló hasta las montañas. Durandarte se dirigió a sus hombres:

—¿Sabéis qué? Ya está bien. Vamos a darle un escarmiento a la sabandija esa.

—Pareces un marido burlado, Esteve —le dijo Silvino.

Sus amigos no hacían más que lanzarle indirectas sobre la señora de Casanarbore, pero él seguía sin soltar prenda. Solo hablaban de mujeres en broma y tal vez ella le importaba demasiado como para intercalarla en las risas que siempre suscitaba entre ellos el tema.

—Me da igual lo que parezca. Esa alimaña nos está colmando la paciencia a muchos. Va a recibir su merecido con la merma de lo que más le duele, su dinero. —Durandarte no soportaba el abuso de autoridad y lo que don Gervasio había hecho con su criada excedía esta consideración: más que una injusticia era una humillación—. Lo que más me cuesta creer es que en aquella cena no hubiera un solo hombre que le parara los pies.

Eran las mismas palabras que le había dicho Jana a Montlum. A ella le hubiera gustado saber de esa coincidencia, tal vez la habría

colocado sobre el platillo de la balanza casi vacío, el que no contenía el amor adúltero del bandolero por la gobernadora, como la llamaban sus compañeros. Después de estas palabras continuó dándoles órdenes. Quería que todo se concretara al anochecer. Lo antes posible.

Los tres demostraron una vez más su habilidad para moverse por aquel territorio tanto de día como de noche. Unas horas después, sus sombras se acercaron a la valla junto a la casona del gobernador y soltaron a los caballos. Estos los reconocieron de inmediato y hasta parecía que se alegraban de verlos. Movieron las cabezas una vez liberados de las cuerdas para sacudirse del todo la presencia de las ataduras en torno a sus cuellos. Como si supieran lo que estaba sucediendo, no relincharon. Su nobleza también se manifestaba en estos gestos. Los llevaron hasta el comienzo del bosque, donde habían atado los suyos a unos árboles, y enseguida se dispusieron a volver hasta el refugio de montañeros abandonado. Durandarte, Silvino y Arnaldo cabalgaban los suyos con cada uno de los otros atados detrás.

La estancia palaciega les había sentado bien a los animales. Durante aquellas horas les dieron comida, agua, los cepillaron e incluso se acercó un herrero a la casa del gobernador para desinfectarles las pezuñas y reponerles el par de clavos que se les habían perdido durante tanto trasiego de tren desde Alemania. Siempre se trataba de tener la mercancía, cualquiera que fuera, en óptimo estado. Pero en aquella ocasión el goce de aquel género había sido efímero. En vez de vendérselos se podría considerar que solo se los habían alquilado durante unas horas.

Eran unos ejemplares magníficos, parecían de metal bruñido más que seres vivos, y además no solo se trataba de los caballos del comandante del campo de concentración de Buchenwald, también había otra conexión entre ellos y alguien más: habían viajado en el mismo tren que Dagmar y Sieglinde Géllert hasta Marsella, sirviéndoles de calefacción a ellas y a los otros judíos que llegaron escondidos a la ciudad portuaria. Como su dueño, Karl Otto Koch, había dado la orden de que su vagón no se abriera hasta que llegaran a su destino, les dejaron bastante paja y agua para todo el trayecto; de esta forma, aquel grupo de fugitivos no pasó sed durante las largas horas que tardaron en alcanzar el Mediterráneo. La niña húngara les acariciaba las crines, les hablaba, les contaba cuentos que siempre protagonizaban los de su especie. Hasta los besaba bajo los ojos. Su madre le pedía que tuviera cuidado, pero ella no se alejaba, se sentía correspondida porque notaba que cuando relinchaban también reían. Sin duda, si la volvían a ver la reconocerían. A Sieglinde le hubiera dado mucha alegría saber que estaban tan cerca y tan bien cuidados.

MALOS PRESAGIOS

Estación de Canfranc, sábado, 3 de abril de 1943

Aquella mañana quedó en el tren una maleta de cuero marrón con herrajes en las esquinas. Parecía olvidada por algún viajero y la llevaron hasta el mostrador de la aduana internacional para rellenar el formulario que la catalogaba como objeto perdido. Estaba cubierta por etiquetas de más de veinte países, algunos tan exóticos que despertaron la curiosidad de los empleados. Mientras discutían sobre dónde se encontraban y si se trataba de territorios insulares o continentales, Juste se retiró con su discreción habitual para abrir en su despacho un neceser que contenía perfumes, cremas y cosméticos. Sacó todos los frascos y los alineó en su mesa. En el fondo del estuche había una caja plana y alargada con dos guantes, y junto a ellos más de cien billetes de libras esterlinas. A pesar de todo lo que sucedía, el jefe de la aduana no descuidaba en ningún momento su obstinada entrega a la causa por la que luchaba.

El consulado británico de San Sebastián corría de forma muy disimulada y generosa con todos los gastos y financiaba las actividades de la improvisada red de espionaje y evacuación que dirigía Juste. Aunque estos cuantiosos ingresos no eran regulares, las remesas siempre podían ser interceptadas. También corrían el riesgo de que se descubriera el intercambio de información secreta, sobre todo de mapas que situaban los aeródromos de Francia y España, en muchos de los cuales se detallaba la llegada de barcos de guerra a los puertos del norte o la forma en que se abastecían y repostaban en Vigo las naves alemanas. Eran muchos los datos que se camuflaban y copiaban tanto en la aduana internacional de Canfranc como en otras agencias consignatarias privadas de los alrededores. La vía de comunicación secreta continuaba desde el norte de Aragón hasta la capital del País Vasco, desde donde se enviaba a la embajada de Gran Bretaña en Madrid, y de allí a la sede del cuartel general del alto mando aliado en Londres.

Antes de que llegara Gröber a Canfranc, Juste realizaba todos estos gestos de una forma precavida, pero casi automática. Se desempeñaba como espía y miembro de la Resistencia con la misma pulcritud y afán de perfeccionismo que ponía en todo lo que hacía. Pero desde que el mayor de la Gestapo habitaba entre ellos notaba cierto hormigueo de la sangre y un leve temblor al coger las mercancías más delicadas, aquellas que en su exterior se correspondían con lo que decían las etiquetas y ocultaban otras en su interior.

No quería perder la calma, pero cada vez le resultaba más difícil

conservarla. Los ojos del oficial eran una presencia constante, los sentía sobre la nuca como si alguien le oprimiera el cuello con dos dedos. Y aún le inquietaba más que no se hubiera dirigido a él, que todavía no hubieran intercambiado una sola palabra, como si primero quisiera estudiarlo de lejos, como si no tuviera ninguna prisa.

Esa tarde Jana Belerma colocaba los servilleteros en un cajón, eran como anillos gigantes, aros, algo que ella nunca tendría en el dedo, pensó. Solo le quedaba guardar los cubiertos, luego podría marcharse un rato a su cuarto.

Las horas de mayor tranquilidad para los empleados del Hotel Internacional eran las que iban desde las cinco y media hasta más o menos las siete y cuarto de la tarde. Una vez terminados los turnos de comidas, arregladas las habitaciones, tras la sobremesa y la siesta, solo un par de compañeros suyos permanecían en el bar. Hasta el momento en que debiera ocuparse de la mantelería, de preparar todo para las cenas que se servían bastante temprano y de responder a los requerimientos para la noche, aprovechaba esos preciados minutos, pocos más de cien, para las labores inaplazables que desarrollaba en su cuarto. Por ese motivo quería terminar cuanto antes en la cafetería.

No podía quitarse de la cabeza el encuentro con Esteve en la tienda; se había comportado de forma muy distinta a cuando se enfrentó a Casanarbore en el andén. Entonces le había parecido desafiante, vital, y ella necesitaba sonreír de nuevo, respirar después de los seis años oscuros, luctuosos, de incienso y naftalina que había vivido en Zaragoza tras la muerte de sus padres. Quería sentir aquella fuerza, aquella vitalidad, el vigor en estado puro. Pero no podía provenir de él porque ya vivía aquello con otra, con una mujer que, más que ser de clase alta, pertenecía a la élite social. Jana había asumido que su romance con doña Mimín lo alejaba de ella de forma irreversible. Lo que más le llamaba la atención de todo aquello era que fuera capaz de desafiar de esa manera y con tanta desvergüenza a la máxima autoridad provincial. A Esteve le gustaba jugar con fuego tal vez porque no tenía nada que perder.

Se puso de mal humor al imaginarlo llevando en brazos a esa mujer. Lo vio posarla con delicadeza sobre un lecho, recorrerla con sus manos. No soportaba que brindaran, que ella oliera el almidón junto a su cuello... Se crispaba con solo imaginarlo.

Y no solo era Durandarte el que ocupaba su mente. La inquietud, el temor que desde hacía días la embargaba se negaba a abandonarla. Estaba tan distraída embebida en tan lúgubres pensamientos, que se cortó con uno de los cuchillos que en ese momento estaba guardando. Al ver la sangre pensó en algo que Montlum le había dicho: en los

campos de exterminio a los espías les seccionaban el cuello con una guillotina, pero para que el método fuera aún más cruel les colocaban la cabeza hacia arriba sin vendarles los ojos, se los mantenían abiertos a la fuerza de forma que vieran bajar la cuchilla. Se estremeció. Ese sería uno de sus posibles finales si la Gestapo la descubría.

La sangre manaba de su dedo. Jana se lo llevó a la boca; luego se lo envolvió en una servilleta y salió hacia su habitación.

13

Estación de Canfranc, domingo, 4 de abril de 1943

Jana comprobó que no había ningún huésped en el pasillo y se detuvo ante la librería que ocultaba el acceso a la habitación bisiesta. Dejó una caja de madera con más libros al lado para fingir que estaba colocándolos si alguien se acercaba y entró en aquella penumbra muy despacio por si la madre y la hija húngaras dormían. No quería sobresaltarlas. Ni ella ni la otra mujer aludían a que el plazo que les había dado se había sobrepasado con creces. Jana descartaba, por poco seguras, todas las posibilidades que se le presentaban para que se marcharan. Había estado indecisa: que se fueran a Villanúa no cambiaba nada, aún llamarían más la atención en un pueblo sin estación ferroviaria internacional. Jaca tampoco suponía una buena alternativa, pero pronto se le ocurrió dónde esconderlas para que estuvieran a salvo. Antes les permitiría un nuevo aplazamiento porque creía que Durandarte había encontrado al fotógrafo que haría de traductor y Jana se había propuesto no desperdiciar aquella oportunidad. Sabía que la noticia iba a animar mucho a Dagmar, pero prefirió decirles primero en alemán que tenía un regalo para ellas y reservarse la otra información hasta que tuviera todas las garantías de que fuera cierta:

—*Ein Geschenk*. —Y añadió en español—: Un regalo.

—*Egy ajándék* —tradujo la madre.

Eran los seres más indefensos que había conocido nunca. Su debilidad no provenía de la falta de vigor físico ni de ninguna enfermedad, sino de la tristeza que les producía la ausencia de Sándor. Sentían su falta como la amputación de un miembro, de su cercenamiento les brotaba la hemorragia que las empalidecía.

Se habían negado a que las pusiera a salvo de la implacable maquinaria de exterminio alemana y seguían allí, como sombras. Jana temió que la soga que había decidido echarles acabara por estrangularla a ella.

Les dio el neceser que se había recibido aquella misma mañana en la aduana, del que Juste sacó la caja de guantes que contenía las libras. Cuando vieron aquellas marcas francesas y olieron el jabón y la colonia les brillaron los ojos, sacaron la borla del estuche de maquillaje y comenzaron a acariciarse con ella la cara. Reían por fin.

—Y tengo otro regalo. *Und ein weiteres Geschenk*. Pero os lo contaré después. *Nachher*.

No quería adelantarles nada por si no salía bien. Primero iría a La Serena. Tricio la había mandado llamar, y con la excusa de devolverle una tartera a Pilar se acercó hasta la fonda. El dueño contactaba sobre

todo con los soldados aliados que habían atravesado la frontera de forma clandestina para unirse a las tropas que enfrentaban a las del Eje. Los asistía solo el tiempo necesario hasta que reponían fuerzas, de forma que, ya recuperados, pudieran alcanzar uno de los lugares de salida del mapa.

—Me han dicho que andabas buscando a alguien —le dijo Tricio. Jana estaba segura de que si su pretensión había llegado a oídos del dueño de la fonda era porque Durandarte había cumplido con su encargo, pero disimuló, hizo como que aceptaba que la iniciativa partía del hombre que estaba detrás de la barra.

—Sí, que traduzca. Es por unas clientas del hotel, solo será una tarde, no hay quien se entienda con ellas. —Jana miraba a los soldados acodados en la barra; como no sabía hasta qué punto podían entender qué decía, disimulaba lo máximo posible. No le servía cualquiera, no podía ser un guardia alemán de ascendencia húngara que las delatara a las tres. Daba por descontado que eso Esteve lo tenía claro.

—¿Dónde le digo que se presente? ¿En el hotel? —Estas últimas palabras fueron pronunciadas en honor de todos aquellos que, más por aburrimiento que por interés, no les quitaban los ojos de encima.

—No, me avisas cuando esté aquí y las traigo yo al pueblo. —Era mejor hacerlas pasar por dos clientas del hotel. Por las ropas que les proporcionaría nadie pondría en duda que se trataba de una madre y una hija muy adineradas; y en las guerras quienes se llevan siempre la peor parte son los pobres. Antes de pedirles la documentación, los guardias se lo pensarían; además, su compañía también suponía una garantía.

De vuelta a la estación, Jana advirtió que aquel día parecía haber una concentración de varias patrullas ante la fachada que daba al río. Deseó que los vehículos se fueran alejando. Tricio le había dicho que el húngaro era fotógrafo, y pensó que seguramente su oficio sería otra tapadera, a juzgar por los lugares que visitaba. Según el marido de Pilar, había llegado a Marsella durante la Guerra Civil desde París, y de allí había marchado a Portugal, donde fotografió Oporto. Después fue a Marruecos, Tetuán y Tánger, donde había fotografiado los zocos, las casas blancas de una belleza que, como resultaba indescriptible, solo podía captar con su cámara. Y ahora estaba allí, a pesar de las dudas de Durandarte, porque le había fascinado aquel edificio ferroviario con apariencia de palacio de novela de Dumas.

No habían pasado ni dos horas de su encuentro con Tricio, cuando Valentina le dijo que un señor fotógrafo que se llamaba Robert Müller la esperaba donde ella sabía. Jana sonrió. Su aprendiza tenía la

virtud de desenvolverse con mucha facilidad, nunca veía obstáculos y cualquier cosa le resultaba fácil.

Jana vistió a Dagmar y a Sieglinde de la forma más lujosa posible. Sacó por primera vez desde que estaba en Canfranc todas sus joyas y las repartió entre la madre y la hija para que se adornaran con ellas. Dagmar cobijaba a su pequeña bajo una sombrilla de raso con puntillas en los extremos, les había empolvado la cara con el estuche de maquillaje que había en el neceser interceptado por Juste para recoger las libras y las había llenado de lazos: en la cintura, en el pelo, en el mango del parasol. Dagmar llevaba unas gafas de sol olvidadas por una clienta. Con aquella apariencia parecían dos turistas millonarias.

Bajaron hasta el vestíbulo. Wagner estaba de espaldas ante el quiosco, se entretenía con la prensa. Las tres, de forma instintiva nada más ver el uniforme, comenzaron a andar de puntillas. Cuando estaban a punto de alcanzar la puerta, él se volvió. Jana les hizo un gesto para que continuaran y se detuvo:

—Señorita Belerma. —Jana dio un respingo al escuchar su apellido. Sin duda tenían bajo control a todo el personal.

—¿Qué desea, capitán?

—¡Qué deseo! Esa es una gran pregunta, la gran pregunta. ¿Y usted?

Le sorprendió el cariz que tomaba la conversación. Estaba convencida de que era resultado del aburrimiento del oficial, no lo imaginaba poniendo en marcha esta clase de ardides para sondearla. Tenía los nervios a flor de piel, Dagmar y Sieglinde estaban fuera solas, pero ella debía detenerse un par de minutos para poder avanzar después:

—Que acabe la guerra, cuanto antes, eso es lo que quiero —le dijo al oficial.

Wagner suspiró de una forma que ella no supo cómo interpretar. Jana decidió que había llegado el momento de despedirse.

—*Auf Wiedersehen, Herr Wagner!*

Él le sonrió a la vez que le hacía una reverencia muy marcial.

Dagmar y Sieglinde estaban pegadas a la pared bajo la marquesina del andén como si quisieran ocupar el menor espacio posible. Solo les quedaba llegar hasta la reja y recorrer la calle principal hasta más o menos la mitad. La niña se detuvo en el puente y lanzó una piedrecita al río. Jana tiró de su mano y se puso a señalar las construcciones, en dirección a la montaña, la torre de la iglesia..., para dar la impresión de que estaba actuando como guía de aquellas dos extranjeras adineradas.

Los vehículos del ejército tenían los motores encendidos y Jana pensó en todas las veces que había visto entrar en ellos a los detenidos. Notó que las piernas le flaqueaban y comenzó a andar más rápido. Escuchó un silbido, pero no volvió la cabeza. Ya estaban en el pueblo. No podía llevar a Müller a la habitación bisiesta, mostrar aquella estancia secreta a un desconocido hubiera sido una temeridad. Por eso había quedado con él en el restaurante Yola. Allí era más frecuente la presencia de mujeres que en el bar de la fonda. No sabía si podrían estar un minuto o una hora, pero en cualquier caso tenían que encontrarse con su compatriota. Fingirían un encuentro casual entre personas del mismo país. Jana vio en la barra a un hombre joven junto a una cámara fotográfica plegable de las que tenían fuelle como los acordeones.

—¿Podemos ocupar la mesa del rincón? Sí, la de dentro —le preguntó al dueño del establecimiento que salió enseguida de detrás de la barra.

—Son tres, ¿no?

Dagmar y Sieglinde hablaban en húngaro a su lado. Robert Müller se dirigió a la madre:

—*Magyarország melyik részéről vannak?*[5]

—*Budapeströl vagyunk.*[6]

—¿Les molesta si las acompaño mientras *termino café*? —Esta vez lo dijo en un castellano esforzado porque se dirigió a Jana.

De esta forma que los cuatro tomaran asiento en la misma mesa resultó muy natural.

—Señorita Belerma, le haré de traductor, pero ustedes tienen que permitirme *que les tome fotografía* —dijo con la voz varios tonos más baja.

—Muy bien, cuando salgamos.

—Mejor ahora, *después poca luz.*

Jana no había contado con eso, pero consideró que era lo que correspondía en un encuentro con alguien que se dedicaba a aquel oficio. Tendría que exponerse de nuevo, los guardias estaban por todas partes, habían tenido suerte de que a esas horas no ocupara ninguno el comedor porque, como ella había previsto, los oficiales que comían allí solían acudir bastante antes, sobre la una, y ya eran más de las tres de la tarde. Pidieron unas tortillas de bacalao y salieron al exterior atendiendo el ruego de Müller. Para él también era la mejor manera de actuar.

Mientras desfilaban hacia fuera, Jana le dijo a Dagmar al oído que era de confianza, que se lo habían recomendado, que no las traicionaría.

Robert les pidió que se situaran delante de una pared con yedra y las tres a la vez se llevaron las manos debajo de las orejas para comprobar sus peinados. Rieron por ese gesto. La niña le preguntó a su madre si podía coger un gato que las observaba para que también saliera. Lo que sentía hacia los animales, más que una atracción, tenía todas las características de una necesidad vital; si pasaba demasiado tiempo sin su contacto se ponía triste. Aún soñaba con los caballos con los que habían viajado hasta Marsella. Las dos mujeres se sacudían las faldas con prisa, juntaron sus cabezas y Sieglinde se colocó en medio con el animal en brazos.

—¿Preparadas? *Készen állsz?*

El gato afirmó con un maullido, pero cuando Müller disparó el fogonazo lo asustó de tal manera que el pobre animal dio un salto de al menos cinco metros, parecía que lo habían propulsado, resultaba imposible que hubiera alcanzado aquella distancia solo con la fuerza de sus patas. Sieglinde soltó una carcajada. Jana cayó en la cuenta de que era la primera vez que la oía reír de esa manera despreocupada, sin sordina, y se emocionó.

Cuando volvieron a entrar, los platos las esperaban sobre el mantel a cuadros rojos y blancos. Comenzaron a conversar. Se añadieron a la historia bastantes más detalles de los que ya le había contado el militar en la habitación bisiesta.

Sándor Géllert estaba desaparecido. Dagmar había intentado recabar información sobre él a través de la embajada española en Budapest desde la noche en que se lo llevaron a rastras de su piso en la calle Kertesz, muy cerca de la sinagoga Dohány. En aquella sede diplomática se ayudaba mucho a los judíos con el pretexto de que en su mayoría se trataba de sefardíes, descendientes de quienes habían sido expulsados de España cinco siglos antes. Según las informaciones militares, Sándor no había causado baja en el ejército. A través de la carta de un vecino a su mujer, en la que lo nombraba, supo que ambos estaban prisioneros, eran forzados a trabajar en una de las llamadas fábricas de guerra alemanas. Intentaron seguirles el rastro a través del modelo de pistola que se producía allí y que el autor de la carta citaba, pero entonces las autoridades alemanas ya habían aprobado una normativa para que no apareciera el nombre de los talleres en las armas, solo se grababa un código para evitar que los aliados pudieran localizarlos y bombardearlos.

Dagmar no sabía dónde estaba su esposo, pero prefería morir antes que irse a América sin él. No podía soportar imaginarse la angustia de Sándor, el dolor que debía suponerle no saber si ellas estaban vivas o si ya habían muerto. El fotógrafo Robert Müller miró a

Jana con mucha seguridad:

—*Encontraremos mi paisano. Cámara lo ve todo* —dijo mientras acariciaba el ojo de cristal del objetivo sobre su regazo—. *Tengo ligera idea dónde puede estar según esto me ha explicado.*

Jana buscaba un traductor y había encontrado bastante más en aquel hombre decidido, que también pertenecía a la raza de quienes no anticipan el miedo y por tanto no lo viven antes de hora, sino que manejan las circunstancias difíciles solo cuando estas llegan. En cuanto se terminaron el queso con membrillo que habían pedido de postre se despidieron. Él les dijo que se retiraba porque aquella tarde ya no le quedaba más luz que domar.

Dagmar y Sieglinde Géllert volvieron al Hotel Internacional con otra cara. Sin embargo, pronto tendrían que abandonar aquel lugar. Jana las había expuesto, habían pasado aquella tarde como turistas y, por tanto, para continuar con esa coartada, la próxima vez que se las viera tendría que ser junto a las vías para partir de allí, cruzar bajo la mirada de los guardias rumbo a su destino aún temporal. Entonces no se lo comunicó, pero ya había decidido que ellas ocuparían un lugar que necesitaba que sus ventanales fueran abiertos, las sábanas arrancadas de los muebles y del resto de los objetos que cubrían, que se ahuyentara el polvo y los recuerdos.

Las mandaría a Zaragoza, al piso que había sido de sus padres.

Jana veía a Durandarte colocar una maleta muy pesada en el compartimento que había sobre su cabeza, tenía el cuerpo tenso por el esfuerzo, casi pegado a ella, con las piernas separadas en el pasillo; después bajaba los brazos y la miraba hasta detenerle el pulso y la respiración, la atravesaba. Ella guardaba sus manos juntas dentro del bolso para resistirse a tocarlo. Entonces le sonreía, como si solo llevara un segundo allí, mientras le preguntaba si podía sentarse a su lado. A los pocos minutos y como en un descuido, Esteve juntaba la pierna a la suya y Jana sentía sus músculos, su dureza, el calor que desprendía, el cosquilleo que le transmitía solo con su roce, una sensación impura, inmoral, obscena, que no podía resistir. Debajo del asiento se desprendía del zapato y apoyaba la planta del pie desnuda sobre las tablas de madera del suelo del vagón, mientras con disimulo se retiraba algunas gotas de sudor de la frente. En ese momento, a diferencia de lo que le había sucedido antes, ya podía olerlo y escuchar su voz. Se la había llevado consigo desde el encuentro frente a la tienda de ultramarinos. Esteve le murmuraba cosas sobre el destino y no solo se refería al de aquel tren.

Escuchó unos golpes en la puerta. Jana abrió los ojos y la escena se le disipó de la mente.

—Por fin, Jana, pensaba que no estabas —le dijo Montlum.

—Sí y no —dijo estas dos palabras como si fuera un juego.

—Perdona si te he interrumpido.

Ella negó con la cabeza, cerró la puerta y salió al pasillo. Los dos bajaron hasta la cafetería. Una vez allí, ante la cristalera, Jana le acercó una silla y ella se quedó de pie. Montlum comenzó a liar un cigarrillo con la picadura que llevaba en una latita grabada con dos iniciales. Con la voz muy baja le dijo:

—Montlum, voy a alojar a las húngaras en el piso de mis padres. Las vieron los guardias cuando fuimos al restaurante Yola y ahora sería muy extraño que siguieran en Canfranc. Ya las tengo que sacar de aquí.

—Te ayudaré con eso, además tenemos una misión.

—Ay, Montlum, cuando hablas así creo que estás de broma. Más órdenes por si no hubiera bastante con todo esto. —Señaló las vías como si con aquel gesto ya lo dijera todo.

—La guerra es la guerra. Te lo dice un veterano. —Le guiñó el ojo y Jana pensó que su amigo, ya curado de espanto, pertenecía al mismo bando que los parroquianos más ancianos de La Serena, que no se tomaban en serio lo que tenía que ver con la contienda—. Si lo que voy a contarte resulta bien, los cuatro nos garantizaremos una salida

airosa de todo esto.

—¿No somos cinco? —Con esta pregunta Jana le reclamaba que incluyera también a Durandarte, pero sin decírselo de forma directa.

—En realidad, somos seis. La participación de Valentina y Durandarte es fundamental, pero Juste está ahora molesto con él por lo de los caballos. Por el contrario, está muy satisfecho con el continuo ir y venir arriba y abajo de Didier.

—Es su trabajo. Tendría que recorrer la línea de todas maneras.

—Sí, Didier se movería por los mismos sitios, pero sin riesgos. —A Montlum no le pareció adecuado que Jana no tuviera en una mayor consideración su cometido. El operario era un hombre discreto, muy amable y educado.

—Algunas noches me despierto muy agitada, me ahogo, Montlum, me clavo los dedos sobre los pómulos y ¿sabes lo que intento arrancarme de la cara? Una máscara de gas. Ya sabes lo que cuentan los que han escapado.

—No te preocupes. —Montlum bajó tanto la voz que ella tuvo que sentarse frente a él, al otro extremo de la mesa. Miró a ambos lados para asegurarse de que no la veía nadie y entonces le cogió el cigarrillo de los dedos y lo aspiró con mucha delectación. Acercaron sus cabezas adelantando los hombros—. Tengo un listado de personas que debemos conseguir que salgan de la ratonera. Con nombres y apellidos… famosos —dijo remarcando mucho esta última palabra.

—¿Actores? —Jana pensó, entonces que lo tenía tan cerca, que Montlum debió de ser muy guapo porque aún resultaba atractivo.

—De todo. Tienen que cruzar por aquí. Antes de que se abriera el frente del este habrían atravesado Rusia hasta llegar a Shanghái para embarcarse, pero ahora eso ya no puede ser. Lo más seguro es que vayan acompañados por sus consortes. Llegarán de forma escalonada. Se trata de Marc Chagall, Max Ernst, Joséphine Baker y su marido y Alma Mahler. ¿Conoces a alguno?

—Si no conociera a Joséphine Baker significaría que no estoy en este mundo. ¿Alma Mahler es familia del músico?

—Es su viuda. Después se casó con un arquitecto, aunque se quedó con el apellido del primero. Ya va por su tercer matrimonio. Su marido de ahora es un escritor judío. Quieren escapar a Nueva York.

—¿Y el que se llama Chagall?

—Es pintor. Pinta cuadros azules y verdes, amarillos… Es un prodigio. Dibuja el amor, Jana, lo puedes sentir en las parejas que se abrazan, y también la música, llena sus láminas de violines.

—Por eso te gusta tanto, porque ese es tu instrumento. Ojalá pueda seguir pintándolos dondequiera que llegue. —Jana suspiró. Le

faltaba aún mucha información, pero presentía que aquello iba a ser algo grande que lo cambiaría todo.

—Y otra cosa: recuerda este nombre, Fred Deyermond. Es un periodista de Nueva York que está en Marsella, desde donde dirige una red de rescate con la que pone a salvo sobre todo a intelectuales y artistas; se comunicará con nosotros a través de Didier o cuando el pobre Laurent vaya otra vez a Pau al dentista. Yo lo conocí en París, es muy amable, siempre está feliz a pesar de que parece que no lo pasó nada bien en su infancia, y menos aún de joven. Lo acosaban, fue víctima de novatadas muy crueles. Tal vez por eso está tan sensibilizado. Nos avisará de cuándo llegan a Canfranc los que tenemos que pasar. Vendrán por el monte en vez de en tren. Tenemos que poner todos nuestros sentidos en que salgan de aquí sanos y salvos. El caso de Joséphine Baker es especial, ya te daré más detalles.

Conforme los nombraba Montlum, Jana los memorizó.

—¿Te ha dicho hoy Laurent todo esto?

—Sí, acaba de volver de su consulta mensual. Recibir toda esta información le ha costado otro empaste que no necesitaba. Si ese odontólogo no tuviera ayudante, otro gallo cantaría, pero claro, nunca se sabe con los desconocidos... Con la buena dentadura que ha tenido siempre, lo he visto comerse chuscos de pan duros como piedras. Yo le decía que los remojara primero, pero él ni caso.

—¿Ah, sí? ¿Y eso cuándo? —Jana volvió a tomarle el cigarrillo de la mano.

Su amigo se dio cuenta de que al decir aquella frase tendría que explicarle unas cuantas cosas más. Pero ya no había vuelta atrás.

—En la guerra. Pero no en la de ahora. En la del 14.

—¿Estuvisteis juntos en el frente? —A Jana le sorprendió que hasta entonces ninguno de los dos hubiera aludido a que se conocían desde bastante antes de la llegada de ambos a aquella estación.

—Sí, pero es un secreto, nadie lo sabe aquí. Nos conocemos desde hace más de veinticinco años y como ves ya no puedo vivir sin él. Creo que él tampoco sin mí, y ahora tampoco sin ti, seguro. La primera vez que nos vimos fue un día de 1917.

—Cuéntame algo más de él, Montlum. Lo admiro mucho, pero sé muy poco de él. Es tan reservado…

—Sí, eso es cierto. —Sonrió al evocar algún viejo recuerdo—. Fue un buen soldado en la primera guerra.

—¿Por qué no se alistó? Sé que admira mucho a De Gaulle y que le hubiera gustado servir a sus órdenes.

—Sí, lo admira mucho. Y cuando supo que las tropas de la Resistencia se organizaban en el norte de África a las órdenes de De

Gaulle, quiso unirse a la lucha. Pero ya no es un chaval, por su edad está en la reserva y los dirigentes de la Resistencia pensaron que sería más útil en un puesto fronterizo que luchando en el frente. Y aquí está… —Miró a Jana con cariño y sonrió—. Estamos, mejor dicho.

—Sí. —Jana pensó en Arlette y recordó las palabras que Laurent le dijera hacía unos días—. Pero tú y yo no tenemos responsabilidades; él, sin embargo, tiene a Arlette y a los niños. Se juega infinitamente mucho más que tú y que yo.

Ambos se quedaron pensativos unos instantes, hasta que Jana, esta vez sonriendo para alejar los malos pensamientos de su cabeza, dijo:

—Así que la primera guerra nada menos... Dime, Montlum, ¿cómo os conocisteis?

—Te lo contaré otro día, cuando tenga más tiempo. Ahora debo volver al trabajo.

—Te lo recordaré.

Montlum le dedicó una sonrisa y se despidió.

Jana miró a su amigo mientras se alejaba. Era un hombre admirable; a pesar de todo lo que había pasado irradiaba felicidad y se la contagiaba a todos los que tenían la suerte de conocerlo.

Al otro lado de la ventana parecía que había caído el telón, se difuminaban las montañas, los raíles habían perdido brillo y los gorriones ralentizaban el vuelo, se esponjaban, se volvían imprecisos, eran como borlas de plumas suspendidas. Los contornos de los muebles de la cafetería también se habían desdibujado. Llegaba hasta allí el aroma del café. Se escuchaba un mayor trasiego. A Jana ya le quedaban pocos minutos para incorporarse al trabajo. Se anudó el delantal que llevaba en la mano todo el tiempo junto con la cofia.

Aquella tarde tuvieron estos escasos momentos de paz antes de que los acontecimientos comenzaran a acelerarse.

EL DIOS DE LAS VENGANZAS

Estación de Canfranc, lunes, 5 de abril de 1943

Cuando el tren se apartó, Jana levantó la vista de aquel libro de Dumas que tanto hablaba de contrabandistas: *He querido ocupar el puesto de la Providencia para recompensar a los buenos…, ahora cédame el suyo el Dios de las venganzas para castigar a los malvados,* decía casi al final del capítulo séptimo de *El conde de Montecristo.*

En el *Heraldo de Aragón* había leído que acababa de estrenarse una película francesa sobre él. Desplazarse hasta un cine de Toulouse le resultaba casi imposible porque sus actividades le impedían viajar con demasiada frecuencia si el desplazamiento era de varios días, pero contaba con otros medios de transporte: las decenas de novelas que la llevaban donde elegía cada vez.

Aquella mañana, una vez que los viajeros entraron en el edificio, solo quedó una figura inmóvil en el andén. Le llamó la atención. Desde su puesto en la segunda planta se sentía dentro de una burbuja de cristal como los personajes de los cuadros que le había descrito Montlum cuando le comunicó que esperaban ilustres e inminentes pasajeros.

Volvió a bajar la vista. El recién llegado era un hombre con sombrero de ala de cuervo y abrigo negro, sin equipaje, del que no se adivinaban sus ojos. Jana sintió un escalofrío y de forma refleja se frotó los brazos por encima de la camisa del uniforme para borrar con aquella fricción la sensación desagradable que le produjo. Era alto y desgarbado, tanto que parecía necesitar el banco sobre el que se sentó para no desmontarse como si estuviera hecho a piezas. Más que humano parecía un espantapájaros arrancado de un campo de trigo.

Lo más sorprendente de todo no fue que no enlazara con ningún tren, sino que no se moviera de su asiento durante las siguientes veinticuatro horas. Cuando Jana bajó al andén para ayudar a Valentina, que volvía con un encargo del pueblo, vio cómo los guardias le pedían la documentación en alemán y que él respondía en ese mismo idioma. Por tanto, era alemán y, además, tenía su pasaporte en regla, ya que no lo conminaron a que abandonase la estación y menos a que los acompañara. Tal vez le faltaba algún visado que esperaba recibir allí. Era una posibilidad, pero que hubiera pasado la noche a la intemperie, sin refugiarse siquiera en el *hall*, y que los soldados se lo hubieran permitido no era comprensible. Se hizo el propósito de no perderlo de vista e informar a Laurent Juste con disimulo en cuanto se cruzara con él. Contaba con la mejor coartada para visitarlo en cualquier momento, su amistad con Arlette.

Como corresponde a una persona con exceso de celo profesional,

Jana estuvo en todo momento al tanto de sus idas y venidas. Enseguida supo que se apellidaba Voltor, aunque sospechó que esta manera de dirigirse a él sería en realidad una deformación del término germano que debía figurar en su cédula de identidad.

Pronto comenzaron los rumores. Solo lo dejaron entrar en la fonda el primer día, después ya no, porque Tricio le dijo que olía muy mal, que apestaba a carroña, como si comiera carne en descomposición. Cuando bajaban los desperdicios a los cerdos lo veían rondar el corral. Montlum era el único que le daba pan, lo dejaba sobre el alféizar de alguna ventana cuando estaba seguro de que el alemán lo veía. Jana no quería que se acercara a él porque intuía que su inquietante presencia acabaría acarreándoles alguna desgracia. Barruntaba la tragedia. Cuando recorría el andén, quienes esperaban allí se apartaban a su paso, sacaban pañuelos y se los llevaban a la nariz y a la boca. Laurent Juste daba palmas para que se alejara como si se tratara de un perro vagabundo. Su presencia suponía para Jana la certeza de que los trenes que llegaban hasta la terminal también podían traer en sus estómagos el vómito, la escoria de aquellos tiempos. Lo sintió desde el primer momento como un mal augurio, un imán para la mala suerte, una señal que enviaban las tinieblas que se cernirían sobre ellos si no lo impedían. Todo él era su sombra. En aquellas sensaciones resumía Jana la presencia allí de Voltor.

Aquellos días estaba muy ajetreada porque recibir a los transeúntes ilustres les suponía a todos los implicados muchos preparativos. No debía plantearse si era justo que para salvarlos a ellos: a Chagall, a Max Ernst, a Alma Mahler o Joséphine Baker, tuvieran que anteponerlos, aunque solo fuera de forma temporal, a otros refugiados judíos. Estos seguirían pasando a través de la montaña, pero fuera de su control. Solo esperaba que Durandarte se ocupara, como le habían dicho sus compañeros que hacía, de que ninguno de ellos se perdiera. No era extraño el hallazgo de cadáveres. No había podido evitar acordarse de él al ver un caballo atado en la reja de la estación. Estaba exactamente en el mismo lugar en que dejó Esteve el suyo la mañana que le preguntó al gobernador por doña Mimín y evitó de esa manera que el registro de los vagones continuara.

Jana estaba a punto de entrar en el vestíbulo cargada con un par de bandejas que había recogido en el horno donde trabajaba Montlum. Alimentaba solo olerlas. Estaban repletas de lazos, trenzas y tortas de alma. De repente se chocó con alguien que salía. El hombre había vuelto la cabeza porque hablaba con alguien que se quedaba en el *hall*. Quiso decirle que mirara por dónde iba, reprenderlo, pero la furia

desapareció al momento:

—Perdón, te he asustado. Déjame que te ayude. —Aquella vez, Durandarte no le dijo «vaya», como en la tienda.

Una de las bandejas había caído al suelo, pero la tela que la cubría evitó que su contenido se desperdigara. Solo quedó fuera una de las tortas de alma con su forma de media luna. Aunque la cólera se le disipó enseguida al ver que no era para tanto, a la camarera le brillaban los ojos. Encontrárselo hizo que de forma inmediata se le reavivara la curiosidad por él.

Esteve recogió la bandeja y se la colocó a Jana encima de la otra que llevaba. Ella sintió la presión contra sus pechos y después él volvió a agacharse a por la pasta solitaria. Quiso colocarla también sobre el mantel que cubría las otras, pero ella lo detuvo:

—Gracias, pero tírala, no puedo hacerlo yo con las manos ocupadas. —No quería llevar de ninguna manera a la cocina una pasta que se había caído al suelo. De nuevo volvió a tratarlo de aquella manera autoritaria como si fuera la forma de marcar distancias entre ambos.

—¿Quieres que lo lleve yo? —le dijo Durandarte con mucha amabilidad.

—No, no, ni hablar —contestó con la intención de ser en aquella ocasión tan breve como él lo había sido en el encuentro anterior.

Pero en vez de despedirse, permaneció frente a él, mirándolo. Esteve se llevó el pastel a la boca y comenzó a mirarla con una mezcla de descaro y curiosidad. Jana vio cómo clavaba sus dientes en la masa, cómo sus labios se llenaban de cristalitos de azúcar. Tal vez ella no se movía porque la había hipnotizado aquella manera lenta en que asomaba la confitura de calabaza al partirse, el movimiento de su mandíbula. Imaginó el sabor del anís en su lengua, en sus encías, y sin darse cuenta abrió la boca también. Él seguía mirándola, pero ella se rehízo enseguida y se despidió con bastante aspereza. Aún no sabía ante quién se encontraba y había decidido al menos ser cauta.

—Adiós.

Él no le contestó al saludo. Solo le sonrió de la forma exacta en la que ella necesitaba que alguien le sonriera. Pero enseguida se acordó de su relación con doña Mimín. Su lucha se repetía: le atraía todo lo que tenía que ver con su físico poderoso, excesivo, con su desenvoltura, pero no quería dejarse llevar porque atisbaba un muro al final de aquello que solo consideraba ligereza o insensatez suya.

En la cocina de la cafetería descargó sobre la mesa central las dos bandejas con bastante estruendo y se dejó caer sobre una silla. Valentina se le acercó enseguida:

—Jana, ¿qué pasa? ¿Te encuentras mal? Estás muy pálida, pero muy muy muy pálida. ¿Has visto un fantasma?

—No sé lo que he visto. —Ante ella ya no tenía que fingir, pero tampoco quería dar explicaciones.

La niña la abanicaba con uno de los menús. Ante los ojos mareados veía pasar las letras del café, de los licores, de las infusiones.

—Jana, ¿se te pasa?

—No quiero que se me pase. —Jana era consciente de que le gustaba lo que había sentido, eso no se lo podía negar, pero hubiera deseado que las circunstancias fueran distintas. Desde aquel día, cada vez que veía una torta de alma, se le hacía la boca agua.

Viernes, 9 de abril de 1943

Aquella mañana, Laurent, una vez finalizados todos los trámites aduaneros para el convoy que en un par de minutos partiría de allí, hablaba con una pareja y una señora bastante mayor que los acompañaba. Eran suizos, él, ingeniero y agente comercial de una marca de motores.

Su esposa y la tía de esta aprovechaban aquel viaje de negocios para conocer Madrid. Tenían un toque soberbio y sus cabezas ocupaban el extremo más opuesto posible a sus pies, a costa de estirar tanto el cuello, los tendones y las venas se les tensaban en su parte frontal y lateral.

El jefe de la aduana francesa debía ser cordial, hablar con todos, hacer también de relaciones públicas de su país, pero sin implicarse demasiado. Tal vez esto último era el *quid*, su norma íntima que le permitía soportar a todo tipo de personajes que cruzaban por allí. Eso sí, podía mostrarse amable con la mayoría, cortés, incluso servicial y solícito con algunos a los que en otra coyuntura no hubiera dirigido la palabra porque su trabajo para la Resistencia suponía sobre todo disimular, pasar lo más desapercibido posible, no decantarse, no defender a unos ni acusar a otros. Podía fingir con todos menos con el gobernador civil. En él había encontrado el límite de su paciencia.

Mientras se desarrollaba esta nueva representación teatral sucedió algo imprevisto. Como siempre, la conversación había comenzado por la guerra, comentaron los bombardeos de la RAF sobre algunas líneas de ferrocarril alemanas y los rumores de una posible reunión entre Hitler y Mussolini en el palacio austriaco de Klessheim in Wals-Siezenheim, muy cerca de Salzburgo. Pero, sin duda, lo más grave era la entrada de los alemanes en el gueto de Varsovia para llevarse a sus habitantes, se decía que a un campo de trabajo en Treblinka, al noroeste de la Polonia ocupada. Para estupefacción del francés, aquel

viajante de maquinaria habló en un tono alto y soberbio de ciertas maniobras del Tercer Reich:

—Pues mire, no me parece mal una cierta purga. Hay demasiados elementos subversivos alimentados por el sindicalismo. Los rabinos ensucian la mente, les inculcan la codicia para que sean como urracas y se lleven a sus nidos todo lo que brille. ¿Y qué me dice de tanto cíngaro, de tanto homosexual y los traidores? Nunca ha habido tantos.

Laurent Juste se sentía muy incómodo. Aunque tenía un sueldo elevado, muy superior al de sus colegas del norte, porque el trabajo en el paso fronterizo era el mejor pagado, aguantar aquello era demasiado, no podía soportar el asco que le producían esas palabras que justificaban la violencia indiscriminada contra los inocentes.

—Ya verá qué limpia quedará Europa después de esto. Había muchas ratas, demasiadas, riesgo de peste, por tanto. Y los retrasados, impedidos, inválidos serán por fin libres en el más allá, en la otra vida, lejos. Dejaremos de sentir ese horror que nos sale de dentro cuando nos cruzamos con ellos.

Y rio tras concluir estas frases. Su esposa y su tía política afirmaban. Juste hacía rato que callaba.

—Bendito el hombre que nos libra de los dementes, de los tullidos y los lisiados, de los deformes. Solo son lastre del que hay que librarse. ¿Higiene racial la llaman? Pues eso.

El jefe de la aduana vio acercarse a Voltor, pero ya tenía demasiado con aquel energúmeno como para ocuparse en ese momento del mendigo. El suizo gritaba como si quisiera proclamar a los cuatro vientos sus ideas, airearlas, que todos supieran que estaba de acuerdo con el *Führer* y sus medidas de selección social. Algunas personas se santiguaron, las de su familia no.

Juste respiró al ver el reloj. Ya se iban. Cuando el ingeniero de motores se disponía a subir al coche del tren, en vez de apoyar el pie en el primer peldaño, la pierna se le coló en el espacio entre este y la plataforma y quedó como un muñeco desmadejado con una pierna en ángulo recto respecto a la otra. Juste sintió un dolor muy intenso, pero solo psicológico, en los testículos. No tuvo más remedio que ayudarlo a incorporarse, pero no podía ponerse en pie y acabó su discurso en la enfermería con una de sus extremidades partida.

Algunos testigos le dijeron a la guardia civil que lo había empujado el hombre del abrigo negro al pasar por detrás de él. Esto no se pudo probar, era cierto que Voltor estaba muy cerca cuando sucedió, pero Juste se negó a acusarlo porque no lo había visto. Cuando Laurent se lo contó, Jana sintió no equivocarse en relación a aquel episodio y a los todavía más nefastos que sucederían.

Una noche de mucho frío, a pesar de que ya estaba muy avanzada la primavera, Voltor acumuló varios trozos de madera y periódicos con la intención de calentarse, maniobra que coincidió con un pequeño incendio cerca, en un pajar. A pesar de que la hoguera se apagó en cuanto comenzó a llover y sobre la precaria construcción que ardió había caído un rayo, de nuevo las sospechas se cernieron sobre él.

A partir de 1933 y según el código penal de la Segunda República, se debía poner a disposición del Juzgado Especial de Vagos y Maleantes a cualquier persona sin recursos o con ellos pero mal habidos, lo que incluía nómadas, proxenetas, pordioseros, a los que la mayoría de las veces no se les sancionaba, sino que se les advertía, porque no habían cometido ningún delito y su única condición era la del infortunio. A esta ley se le llamaba la Gandula y a su requerimiento sometieron a Voltor. La policía tuvo en aquella ocasión la delicadeza de contar con un intérprete, lo que propició que lo soltaran al día siguiente, después de que pernoctara en el calabozo.

En cuanto volvió a merodear por la estación y Jana lo vio, le ocurrió algo extraño. Lo achacó al cansancio, pero según cómo miraba su silueta, como si fuera una trampa de su percepción, esta se transmutaba en la de Gröber, a pesar de la diferencia de edad, de estatura, de vestimenta. No pudo evitar interpretar esto como una señal, como la advertencia de que debía establecer una relación entre los dos.

Jana estaba inquieta porque no encontraba a Valentina por ningún lado. Las toallas que su aprendiza tenía que haber repartido por las habitaciones se apilaban sobre una banqueta. Al lado estaba la cesta de mimbre con las pastillas de jabón y una montaña de sábanas usadas que tendría que haber metido en fardos para entregárselas a las lavanderas. No la había vuelto a ver desde la tarde anterior, cuando se cruzaron en la escalinata. Su ayudante llevaba entonces una infusión.

—Es para el alemán. Ha mandado a un soldado al mostrador para pedir que se la llevaran a su habitación.

—¿Que se la llevaras tú? —le preguntó Jana.

—No, quien fuera.

Al recordar esta conversación tan breve, Jana sintió un escalofrío al pensar que Eberhard Gröber la podría haber retenido allí durante toda la noche. Las escenas más terribles comenzaron pasar por su cabeza a consecuencia de lo que les había contado Juste a ella y a Montlum. En el informe que había recibido sobre él quedaba muy claro que era un sádico y un desalmado.

Jana no pudo soportar tanta opresión y salió corriendo del edificio, cruzó el puente y llegó a la calle principal. Llamó a la casa de los padres de la niña.

Antes de que pudiera decir nada, Leonor, la madre de Valentina, le dijo con la voz quebrada:

—¿No me digas que no está contigo? —La mujer tenía un cuerpo seco, sarmentoso, el cabello recogido en un moño tiraba de sus facciones—. ¿Que no se ha quedado a dormir en el hotel? —Esto segundo la camarera no se lo podía asegurar, pero prefirió callar.

—Ay, Jana, algo ha pasado. Ella nunca ha faltado a trabajar desde que la llamasteis y siempre viene después. Cuando se queda con la hija de los franceses, con Solange, me avisa, siempre me avisa.

Jana no fue capaz de contestarle y comenzó a correr en dirección al hotel como si con la velocidad pudiera arreglar algo. Se sentó en la misma silla de la cocina en la que se había dejado caer después de chocar con Durandarte y les contó a sus compañeros que Valentina había desaparecido con la esperanza de que alguien supiera de ella y que la desmintieran de inmediato, pero no sucedió así. Tenía ganas de aporrear la puerta de Gröber, de destrozarla a patadas, de gritar. No podía manejar tanta angustia. Pero se recompuso como pudo y comenzó a servir las mesas de la cafetería.

El mayor de la Gestapo la saludó con un leve ademán cuando Jana entró en la sala. No podía encararse a él y preguntarle por la aprendiza, sin más y ante todos, a pesar de que mientras él disfrutaba

de su desayuno Valentina podría estar atada en su cuarto después de haber sido torturada durante toda la noche. Pensó en subir hasta su dormitorio, pero no sabía si se encontraría dentro con algún otro militar. Tenía la mejor habitación. Además de la alcoba y el baño más grande de todos, contaba con otro salón para reuniones. Como este segundo cuarto era también su oficina, podría estar allí uno de sus subordinados.

No le dijo nada cuando se inclinó para dejarle el plato sobre la mesa, pero de vuelta a la cocina se mordió las uñas, le costó hasta levantar los brazos, los sentía desmadejados, sueltos; la cabeza le pesaba como si fuera de hierro y tenía los hombros atenazados. Si Gröber la había asesinado, como Jana creía, después se habría deshecho del cuerpo, no lo iba a guardar en su armario o a esconderlo debajo de la cama. Limpiaban todos los días.

Subió al piso de arriba y entabló conversación con la camarera que se disponía a arreglar la habitación del oficial. Como parecía que su compañera se sentía a gusto con la charla, Jana entró tras ella y se puso a ayudarla: abrió la ventana, entre las dos hicieron la cama, y cuando la limpiadora se metió en el baño, ella cerró la puerta del dormitorio por dentro y también la de la sala de reuniones después de comprobar que no había nadie allí, ya que ambas estancias tenían salida al pasillo.

Nada de lo que estaba a la vista reclamó su atención. Había muchos libros, la mayoría de arquitectura y de música, y Jana pensó que para transportarlos habría necesitado al menos dos maletas grandes. Sobre el escritorio había bastantes documentos, todos con el sello de la Gestapo. Dedujo que en el otro salón guardaría el resto de los papeles oficiales, pero en aquellos momentos le interesaban más sus enseres personales que lo que tenía que ver con su cargo. Sobre la mesita de noche había un cuadro como una postal grande en el que se leía *Salzquelle,* término que ella sabía que hacía referencia a un manantial de agua salada. En el armario se alineaban sus uniformes, el abrigo largo de cuero, otra gorra de plato igual que la que llevaba puesta en aquel momento en la cafetería, un traje de civil, ropa y zapatillas para jugar al tenis, una raqueta, las botas de montaña y dos pares de zapatos, unos de charol y otros de piel de serpiente.

La limpiadora cantaba mientras frotaba con esparto y amoniaco los azulejos del aseo. Jana vio desde allí fuera los útiles de afeitado, la hoja afilada sobre el mármol. Decidió continuar solo durante un minuto más. Su compañera no le diría nada. Se sentó en la cama, abrió el cajón de la mesita y sacó unas fotografías. La mayoría eran de unos niños que hacían gimnasia en lo que parecía el patio de un

colegio. En otra Gröber tocaba el violín vestido con un chaqué. Había bastantes mapas plegados, una brújula, un reloj de oro y una caja con unos gemelos.

De pronto, la manivela de la puerta comenzó a moverse arriba y abajo y Jana sacudió con fuerza el cajón para cerrarlo de golpe. Entonces vio una caja de cristal que había estado en el fondo y que se había desplazado hacia delante por la sacudida. Solo fue un segundo lo que tardó en empujarlo, pero le dio tiempo a apreciar su contenido y a horrorizarse: lo que contenía aquella urna alargada eran dos ojos claros, de un azul aún más intenso que el de las piedras que adornaban sus gemelos. El brazo que acababa de cerrar el cajón se le quedó frío y rígido como el vidrio. Después sintió que se congelaba entera. Aquellas esferas se habían extraído de un cuerpo humano y depositado en esa caja. Desde dentro, desde sus paredes transparentes, la inmovilizaban.

Mientras tanto Gröber gritaba al otro lado de la puerta como si siguiera en Berlín:

—*Aufmachen, wer ist da?* —Y repitió en español—: Abran, ¿quién está ahí?

Jana cruzó la habitación y giró la llave con suavidad. Le temblaban las manos. Su compañera salió del baño y se quedó mirando a la puerta con un paño de algodón en las manos. Jana se pegó al armario. El alemán entró, tenía el ceño tan fruncido que el gesto le empequeñecía los ojos. Pero enseguida relajó la cara:

—Vaya, usted aquí, en mi privacidad —dijo marcando esta última palabra en todas sus sílabas. A la otra mujer la ignoró como si en vez de tratarse de alguien del servicio de aquel establecimiento fuera parte del mobiliario. Sin embargo, y a pesar de que la condición de Jana era más o menos la misma, continuó dirigiéndose solo a ella con mucha amabilidad—. Y, dígame, ¿qué hace aquí? Tan cerca de mi cama...

—*Entschuldigung, ich tue die Reste vom Abendbrot auf's Tablett.*

Se le ocurrió decirle que estaba allí para retirarle la bandeja de la cena. La frase le salió bastante entrecortada, tartamudeaba, pero él lo atribuiría a que no estaba habituada a hablar en alemán. Tomó la vajilla y su base de la mesa que había ante la ventana, y se dispuso a salir.

—Carmen, me voy ya —le dijo a su compañera.

El alemán giró sobre sus talones para contemplarla desde todas las perspectivas, no cambió su sonrisa en ningún momento.

—*Auf Wiedersehen* —se despidió Jana.

—Hasta cuando quiera —le respondió él en castellano.

La mujer de la limpieza salió enseguida del baño, se paró un

momento ante él, dudó si decirle algo y al final calló y se fue también.

Después de esto, nadie podría convencer a Jana de que Gröber no era el culpable de que la joven ya no estuviera entre ellos. Había leído que algunos asesinos guardan partes de sus víctimas como trofeo, y aquellos ojos dentro de la urna tenían el mismo color que los de Valentina. Jana sabía que en ese momento tenía que avisar a las autoridades, pero decidió esperar porque esa acción significaba la muerte de su esperanza.

Desde aquel corazón dentro de la estación que era el hotel, la mala noticia comenzó a irradiar, de forma que en apenas cuarenta y ocho horas la desaparición de Valentina ya era un hecho conocido por todos. Se hicieron bastantes cosas en aquellos dos días: lo denunciaron, por la noche los vecinos recorrían las calles con antorchas, se detenían en cada casa para preguntar, para indagar sobre lo que pudiera haber sucedido. En estas búsquedas se unían las gentes del pueblo a las autoridades. Algunos habitantes de Canfranc se internaban en la montaña o recorrían el paseo de los Melancólicos clavando varas en el suelo.

—Mala cosa es esta. —Era la frase que más se escuchaba.

Juste contactó con la Resistencia por si alguien al otro lado de la frontera sabía algo sobre el paradero de la niña… El jefe de la aduana internacional abrazaba a su hija de la misma edad que Valentina sin motivo, sin ton ni son, porque la necesitaba cerca, respirarla, que no se esfumara como la otra.

Quienes consideraban otras posibilidades también estaban muy lejos de esclarecer nada: no podía negarse que Voltor resultaba nauseabundo, que espantaba, como repetían Tricio y Pilar, los de La Serena, pero también era cierto que hasta entonces no se había podido demostrar ninguna de sus supuestas maldades: ni lo del suizo que se rompió la pierna ni que él hubiera prendido fuego a la antigua caseta de aperos usada como almacén de paja, un cobertizo que dentro de la tormenta suponía la mejor mecha posible. Sin embargo, todos los que aún le tenían cierta confianza, e incluso compasión, vieron esfumarse estos buenos sentimientos el primer día de mayo cuando también desapareció sin dejar rastro. Esgrimían que no hacía falta ser un inspector de novela para relacionar ambos hechos: la ausencia de la niña y la suya. Pero aún había algo más. Otro de los habituales llevaba también varios días sin dejarse ver por allí, se trataba de Durandarte. Y él fue el candidato preferido para muchos. Lo veían capaz de raptarla, ya que el rumor que lo asociaba con doña Mimín lo mostraba como alguien carente de límites y de la más mínima decencia, según quienes lo acusaban. A esta hipótesis añadían que lo del viejo era

imposible, que antes de conseguir llevarse a Valentina se habría desbarrancado, que yacería entre las zarzas donde serviría de festín a las alimañas.

Mientras tanto, los aullidos de la madre de Valentina interrumpían el sueño de sus vecinos, los gritos le salían de las entrañas y pasaban a través de su garganta destrozada. Su marido ensayaba con ella un consuelo inútil de abrazos y caricias.

Cuando se cumplió el tercer día de la desaparición de la niña, Jana le llevó agua del Carmen a Leonor. Quería tranquilizarla, pero sin que la delataran sus palabras, sin que transparentaran lo que de verdad creía. Pretendía ayudarla como fuera. Le mintió al decirle que estaba convencida de que su hija aparecería con vida cuando menos lo esperara. Le infundió ánimos. Pero le resultó muy difícil mantener la sonrisa cuando esta mujer le mostró la fotografía de la comunión de su hija, celebración que había tenido lugar tres años antes. Pensó en el retrato que conservaba del día de la boda de sus padres. En su caso, sabía que se trataba de una imagen de dos personas que ya no estaban, pero en el caso de Valentina hasta esto era una incertidumbre.

La casa estaba hueca, sin Valentina era solo una cáscara. Dentro se había instalado un luto agorero, por anticipado. Las contraventanas estaban cerradas, no se guisaba, la madre no se levantaba de la mecedora, no iba al río a lavar la ropa, las costumbres que suponen el motor de la cotidianidad estaban suspendidas. Nada era necesario.

—Traeré comida del hotel. Me puedo llevar las sábanas y las toallas para que las laven.

—¡Qué buena eres, hija! Cómo te mereces a alguien como tú, pero claro, luego llegan los hijos y pasa lo que pasa. Valentina nunca le había hecho daño a nadie, era incapaz. Todos la quieren, pregunta en el horno y verás. Es una bendición del cielo. Nosotros la tuvimos tarde, éramos ya mayores y nos habíamos hecho a la idea de envejecer con la sola compañía de los vecinos. Y llegó, al principio hasta pensé que la falta era un desarreglo, que ya se me retiraba la sazón, pero no. Era un ángel.

Jana decidió hacer de tripas corazón y fingir un rato más:

—Venga, Leonor, ya verás que después todo quedará en nada. Igual se ha ido a ver a alguna amiga de las que veranean aquí, a Huesca o a Zaragoza. A su edad se hacen muchas locuras, y más tarde incluso. Toda la vida, de repente no sabemos por qué, de pronto hacemos algo que nadie se espera, ni siquiera nosotros mismos.

—Mi hija nunca haría algo que nos hiciera sufrir, no está en su naturaleza. Ella no es así.

—Dicen en la estación que mañana en cuanto amanezca van a organizar otra batida, pero más extensa, que han hablado con las autoridades y van a llegar hasta Olorón, no les van a poner impedimentos para cruzar al lado francés tratándose de lo que se trata. Es una medida excepcional, se están haciendo muchas cosas.

Jana sabía que esa búsqueda se aprovecharía también para que cruzaran los Pirineos bastantes judíos, pero no se lo dijo. No era oportunismo, sino la manera que tenían de articular lo que sucedía en el pueblo con las circunstancias de la guerra. Con tantos miembros de las fuerzas del orden desplazados al monte, la vigilancia durante las primeras horas de aquella mañana sería más laxa que nunca.

—Dios te oiga, hija —le decía la madre de Valentina—. Yo agradezco toda la ayuda, pero también tengo miedo, mucho miedo de que encuentren lo que no quiero. Preferiría esperar aquí, que mi marido entrara y saliera y yo junto a la ventana hasta que la vea aparecer en compañía de él. Es muy duro esto, lo peor. Así que cuídate tú también, no vayas a darles un disgusto a tus padres.

Jana no le dijo nada respecto a estas últimas palabras, había ido a consolarla un rato y hubiera sido muy egoísta por su parte añadir el relato de otra desgracia. Leonor quería a Valentina allí, en su casa. La invocaba, pero viva. No podría soportar que le llevaran su cadáver desmadejado, desollado, profanado… Quién sabía en qué estado.

Desde la planta de abajo de la casa les llegó a Jana y a Leonor el sonido inconfundible que anunciaba un aviso del servicio de socorro de Radio Nacional. En aquella ocasión el puesto de la guardia civil había facilitado los datos para su emisión:

> *Ha desaparecido de su domicilio en el pueblo oscense de Canfranc Estación la niña de trece años Valentina Báguena Alastruey, de complexión delgada, cabello rubio largo hasta la cintura, ojos azules y piel blanca con pecas. En el momento de su desaparición vestía una chaqueta de punto color celeste sobre una blusa blanca y falda gris perla. Cualquier persona que pueda facilitar algún dato sobre su paradero deberá llamar al número de teléfono de la fonda La Serena sita en la misma localidad.*

A la mañana siguiente todo estaba preparado para la batida. A la búsqueda de Valentina se unieron también bastantes voluntarios extranjeros. A todo esto se sumó que Arnaldo la noche anterior les había ofrecido varios juegos de azar a los guardias alemanes que tendrían que patrullar durante algunas de esas horas para extremar las precauciones y alejar cualquier obstáculo que pudiera interferir en el paso de los judíos. Les dijo que si los querían tenían que recogerlos en La Serena a la mañana siguiente antes de que volvieran los rastreadores. Eran varias cajas con distintos juegos de mesa que Esteve sabía que los soldados apreciarían, pues les ayudarían a pasar las largas horas de aburrimiento. Y así fue: a los vigilantes les pareció

muy tentador añadir a sus veladas la diversión que supondrían las apuestas, un acicate más para que las horas en aquel destino se deslizaran de forma más amena, pero no demasiado rápidas. Su esperanza era que terminara la guerra antes de que los relevaran, casi todos venían del frente y sabían que salvarse una vez era posible, pero dos ya resultaba bastante insólito, por lo que la única intención que tenían de tentar a la suerte la canalizarían a través de aquellos juegos. Arnaldo les pidió la mitad del dinero, la otra mitad, dijo, la pagarían a la entrega, y ellos se lo dieron gustosos; sabían, le dijeron, que no los iba a engañar, ellos no eran como Casanarbore. Cuando comentaron esto, ambos rieron y luego relincharon para que el bandolero supiera de lo que estaban hablando. La nueva ocurrencia de Durandarte ya había llegado a sus oídos y a todos les había parecido muy gracioso burlar de esa forma a un individuo tan ridículo como el gobernador. El temor que inspiraba Gröber lo aislaba de sus subordinados, por eso no le contaron lo que todo el mundo sabía. Sí se lo contaron a Wagner, pero cuando el capitán fue a comunicarle a Gröber los rumores que corrían sobre los caballos, este se mostró muy ofendido y le recriminó que quisiera inmiscuirse en asuntos de alto nivel que en nada le incumbían. Una gran equivocación que dificultó mucho su investigación sobre el robo.

De acuerdo con el bandolero, Jana, Didier y Montlum estuvieron atentos para conducir a los evadidos desde un par de kilómetros antes de Canfranc hasta un recodo de la carretera en dirección a Villanúa, donde los esperaba un autobús contratado por el consulado inglés. Tomarían el tren en Huesca. En esta ocasión los evadidos eran todos hombres porque necesitaban que pasaran por rastreadores si eran interceptados por una de las patrullas.

La madre de Valentina esperaba en la mecedora la vuelta de su marido. Leonor había iniciado por su cuenta otras pesquisas en paralelo desde que se le ocurrió que el mejor sitio para esconder un muerto era el cementerio. Por eso pasaba muchas horas allí: miraba las tumbas por si la tierra aparecía removida, recorría con los dedos las juntas de obra para comprobar si la arcilla, el yeso o la cal estaban frescos. Nadie se moría allí sin que toda la comarca se enterara y cualquier alteración podría significar que se había utilizado como escondrijo alguno de aquellos huecos excavados. Notaba en las miradas de quienes se cruzaban con ella su certidumbre, el convencimiento de que la esperaba ya muerta, que se acercaba al camposanto para estar presente cuando la llevaran allí, hasta la mesa de mármol de la sala de al lado de la capilla.

Los que fueron al monte encontraron bajo unos matorrales un par

de horquillas y un trozo de tela que resultaron no tener ninguna relevancia, porque tanto los hierrecitos para el pelo como el jirón que parecía parte de un pañuelo eran demasiado comunes y podían pertenecer a cualquiera. Quien antes había sido el carabinero republicano Dorian Lander, y desde hacía unos tres años, guardia civil, ya sin ideología conocida, puso al corriente de estos hallazgos a Jana, y le dijo que Voltor se apellidaba en realidad Woltraum, según las indagaciones de la policía de fronteras. Sus guardias habían dado con parte de su documentación: arrojada por él mismo a unas zarzas, o perdida en alguna de sus huidas de la estación y del pueblo, hasta donde antes de desaparecer iba a aprovisionarse sobre todo de basura. La camarera le explicó al guardia que Woltraum significaba en su lengua «querer el espacio», una expresión muy bella. Lander no captó toda la información, distraído en apreciar cómo se separaban sus labios y se ahuecaban sus mejillas.

Jana seguía sospechando de Gröber, no soportaba que la persiguiera con su mirada de escarcha, que la desafiara. Y había algo peor: se sentía responsable, e incluso más, culpable. Se la habían asignado como aprendiza y ella, junto con Juste y Montlum, la había involucrado en sus asuntos. Los de la Gestapo podían interrogarla, acusarla, poner fin a su vida tan corta. Jana la tenía presente todos los minutos del día, su cara pecosa como la suya, como si fuera su hija, el pelo rubio que le caía como una capa ligera, tan lacio y largo que parecía un tocado con forma de rectángulo, un tapiz. Siempre sonreía. Ella le decía que estaba demasiado delgada, por eso se movía como una lagartija, muy deprisa, como si para desplazarse se deslizara.

Del bandolero seguía pensando que se hallaba disfrutando de su amor adúltero. Imaginar ese comportamiento la soliviantaba, pero no lo veía como el autor del rapto de Valentina. Sin sus fabulaciones, Jana volvía a su concha, al claustro que le construía su descrédito, ya muy elaborado, sobre las relaciones sentimentales.

Esteve no aparecía por Canfranc. Antes de desprenderse de los caballos quería dejar todos los cabos bien atados. No podía cruzar con los animales por la estación ni por el pueblo y, como le habían dicho sus hombres, mantener a los seis animales les daba mucho trabajo. Solo el abastecimiento, proveerlos de paja, de hierba, de forraje o de heno, ya había alterado sus costumbres. Además debían sacarlos, darles una vuelta por el monte cada día para que no se les agarrotaran los músculos y siguieran igual de brillantes.

Tenía que venderlos con urgencia y para conseguir agilizar ese trámite se desplazó al valle de Los Arañones. En medio de todas estas cuitas se había descubierto desde hacía unos días pensando en la

camarera del Hotel Internacional. En el tono enérgico que empleaba, como si supiera lo que quería en cada momento, cómo pedirlo e incluso cómo conseguirlo. No era del tipo de mujeres que había conocido hasta entonces, que, como le decían sus compadres, siempre se ablandaban ante él. No parecía responder a las galanterías: rechazó su ayuda. Parecía acostumbrada a tratar con hombres. Durandarte tenía ya claro que también colaboraba con la Resistencia, como Didier, como Juste, como Montlum, como él mismo o tantos otros allí. No sabía cómo había llegado a Canfranc. Dudaba de su oficio a juzgar por su torpeza con las bandejas. Y más cosas: temía que el mayor alemán pusiera los ojos en ella y la investigara.

La madre de Valentina vio entrar a Esteve en el pueblo y no se lo pensó. Descendió por las escaleras de su casa como si en vez de pies se desplazara con un trineo sobre una ladera helada y le interrumpió el paso:

—Baja del caballo, miserable. ¿Dónde está mi hija? Es una niña. —Mientras le decía esto tiraba de él, lo agarraba de la camisa, del pantalón, del cinturón, pretendía hacerlo caer. Durandarte descabalgó.

Cuando Leonor le golpeó en el pecho sonó como un timbal. Él la sujetó por los codos. Enseguida la mujer se dejó caer. Había gastado sus últimas fuerzas en aquellos golpes y ya no podía hablar. Esteve la levantó y continuó caminando sin volver a subirse al caballo que guiaba cogido de las riendas.

—Asesino, ¿qué le has hecho? Dínoslo. ¿Estaba rica? —Se escuchó a uno de los vecinos gritar desde una ventana.

Al contrario de lo que solía suceder, aquella noticia no había llegado hasta el refugio secreto de Esteve en el Col de Bessata. Era algo excepcional, pero había sucedido así porque no tenía que ver con sus negocios, ni con los judíos, ni con los alemanes.

Antes de recibir más invectivas e insultos decidió tomar la delantera, se plantó en medio de la calle principal y aunque la mayoría de los postigos estaban cerrados a cal y canto, gritó:

—Yo puedo hacer algo. Sabéis que nadie conoce el Pirineo como yo, puedo peinar cada metro. Eso os ofrezco.

Entonces se escucharon algunas voces que se alternaban, la mayoría de hombres. Salían de las casas:

—¿Para qué? ¿Para que pensemos que no has sido tú?

—Mal lo tienes, Esteve. Se te van a llevar. Aquí no te cree nadie.

—Eso, y dinos, ¿cómo va a poder el viejo ese, el mendigo alemán, con la chiquilla? ¿Dónde la va a esconder si no se sabe cobijar ni él? Eso es cosa tuya. Demasiada soledad es la que tú tienes.

Durandarte les respondió a todos con una sola frase:

—Cuando aparezca tendréis que retirar cada una de esas palabras.

Sin amedrentarse lo más mínimo, un vecino bajó a la calle, se colocó enfrente de él y le dijo:

—Así sea. Ojalá. De momento tú aquí, ¿no? A ver cómo va todo y qué se sabe. No nos vas a engañar, que somos perros viejos. Mira, tú, que no sabemos ni quién eres ni de dónde has salido, ni qué escondes.

Durandarte no tuvo más opción que volver a ponerse el sombrero y marcharse. Sin sonreír no parecía él. Sus rasgos eran los mismos, pero conjugados de otra manera más sombría, taciturna, le faltaba la expresión que lo convertía en único. Con aquella cara resultaba un hombre atractivo, pero demasiado rudo, el más montaraz de todos, como si se hubiera formado con fragmentos de uno de los picos del Pirineo para después convertirse en un ser humano, el proceso contrario a lo que había sucedido según la leyenda con la cima a la que llamaban Balaitús.

Farsante trotaba. Durandarte saltaba sobre la silla de montar. De esta forma lo vio Jana cuando salía del edificio de viajeros. En pocos metros se cruzarían. Esta vez, al contrario de lo que había sucedido cuando se chocó con él en la entrada del vestíbulo de la estación o cuando se encontraron en la tienda de ultramarinos, lo divisó con antelación. Sintió un pinchazo en el pecho, la sangre muy fría le recorría de arriba abajo una columna vertebral que notaba de hierro en contraste con las piernas de trapo. Nada había cambiado respecto a su convencimiento de que él no había sido, que no había secuestrado a Valentina, y de forma apresurada, en apenas dos palabras, suficientes para un juramento consigo misma, se hizo el propósito de que iba a detenerlo, que hablaría con él y que esa sería su contribución más efectiva para que aquella niña, que podía haber sido ella misma a esa edad, la hija mediana de Laurent Juste o cualquier otra, fuera encontrada en buen estado, y no descuartizada después de haber sido violada como vaticinaba la mayoría. Y se prometió que sería capaz de ponerse de acuerdo con él por esta causa porque era el más adecuado para encontrarla, si es que antes no confirmaba sus sospechas sobre Gröber. Deseaba equivocarse, que no fuera verdad que el mayor la hubiera asesinado, que aquellos ojos dentro de la urna no fueran de la niña. Dentro de la ofuscación y del dolor aún era capaz de razonar. Le haría volver del revés la cordillera, hasta que Valentina no apareciera entera, su madre no dejaría de lanzar aquellos alaridos que ni la locomotora cubría porque parecían factura del inframundo. Jana no sabía que él ya se había ofrecido a hacerlo. Y puso en práctica la forma decidida que tenía de estar sobre la tierra, la menos segura sin duda, pero también la más válida porque su manera de ser anterior, su

retraimiento, su timidez, solo le habían procurado sinsabores.

Jana y Esteve se cruzaron justo en el centro del puente del río Aragón, delante del edificio de viajeros de la estación, el color naranja de la tarde parecía contenido, rabioso. Ella se arrebujaba en su jersey de punto de garbanzo, de esta forma el escalofrío parecía consecuencia del aire vespertino. El caballo se movía con lentitud. Jana endureció la expresión para disimular el nerviosismo. Lo tenía ya a un metro escaso. Lo notó abatido y por un instante recordó las palabras de quienes le auguraban una especie de locura capaz de llevarlo a cometer las acciones más reprobables a causa de tanta soledad. Sus hombres no contaban. Al menos, eso es lo que veía al fondo de sus ojos. Estaba convencida de que si se había parado era porque necesitaba hablar con alguien, con quien fuese. Pero Durandarte ya la sentía más cerca, no por sus escasos encuentros anteriores, sino por el tiempo que había dedicado a pensar en ella. Aquella mujer lo intrigaba. De su estilo solo las había visto en las películas. Cuando le cruzó esto por la mente se relajó y comenzó a hablarle:

—Esos que están ahora en el bar de la fonda creen que me he llevado a la niña, que la tengo raptada para satisfacerme con ella. —La miraba como si las palabras que esperaba de ella fueran una sentencia.

Hacía tiempo que Jana había dejado de juzgar si una situación era o no normal, ya no le interesaba esa cuestión desde que la guerra, o las guerras, lo habían puesto todo patas arriba aventurándolos a todos en una nave de los locos a la deriva.

—Yo creo que tú no has sido. —Solo fueron esas palabras, no articuló ninguna más durante los siguientes cinco segundos. Sus tirabuzones cobrizos se agitaban libres, en poco tiempo estarían de nuevo encerrados bajo la cofia y sujetos por la redecilla.

Durandarte quiso coger aquellos rizos con la mano, elevarlos para verlos caer después. Jana levantó la vista del suelo y comenzó a hablar. Ella misma se sorprendió al escucharse llamarlo por su nombre pero la circunstancia lo merecía. Así sonaba más convincente:

—Esteve, tienes que ayudarme a encontrarla, por favor. Nadie mejor que tú conoce la montaña. —En su tono, más que súplica había determinación. De nuevo las palabras de ella coincidían con las de él. Era lo que acababa de decirles a algunos vecinos de Canfranc. Después añadió—: Sé que también pudieron llevársela en un tren y que ahora esté lejos.

—No sé —dijo Esteve de una manera demasiado fría, se detuvo, como si todo el asunto de la desaparición de la niña no tuviera nada

que ver con él, pero enseguida añadió—: Yo también tengo mi teoría, como todos. Ya veremos quién gana.

—Pero lo de que la subieran en un tren sin que nadie la viera... Muchos viajeros pasan continuamente. Van y vuelven. Alguien habría visto algo. Lo que pienso es terrible: que la han matado en el hotel el oficial alemán y algún subordinado suyo para divertirse. Hasta me imagino que han tapiado el cuerpo, puede que esté ahí, que no se haya ido a ningún sitio, que esté ahí pero muerta —dijo mientras señalaba hacia el edificio—. Sí, todo es posible y más aquí, pero no por eso debemos abandonar la búsqueda.

Farsante se movió como si quisiera ponerse en camino, como si él decidiera cuándo debía darse una conversación por concluida, pero Durandarte lo retuvo esta vez, tirando de la rienda. Entonces continuó hablándole a Jana muy despacio. Al hacerlo bajó la voz y para compensarlo se inclinó. Sus ojos quedaban a la altura de los de Farsante:

—Mira, yo soy el que más se juega en esto y no precisamente por la niña. Si me quitan de en medio, si me encierran, muchas cosas dejarán de funcionar, al menos tan bien.

Así eran las conversaciones allí, siempre a medias, se callaba más de lo que se decía, era como otra lengua aparte, una forma de relacionarse que se aprendía pronto. Jana sabía entonces que se refería a las personas que rescataba de las montañas abandonadas por los falsos guías y a las maniobras en las que participaban ambos.

Aunque era el momento menos oportuno, Durandarte aprovechó para estudiarla en profundidad. Él sabía mirar a una mujer sin que esta lo advirtiera más que cuando él deseaba que así fuese. Le gustó cómo le quedaba el jersey. Sus pechos lo tensaban. Tenía el cuello largo y la piel muy blanca, como si no fuera de allí, como si hubiera surgido de un lago de Escandinavia. Fijaba la mirada con mucha fuerza. Tenía las pestañas pelirrojas y curvadas. Una apariencia de muñeca de porcelana, pero nada frágil, se dijo.

Jana se dio cuenta en aquel momento de que doña Mimín le despertaba algo más que celos: envidia. Le obsesionaba la idea de que estuvieran juntos. Y esa fijación era muy reveladora.

Llevaban un rato callados, como si la conversación hubiera acabado pero quisieran alargar un poco más aquel encuentro. Al menos Jana había levantado el rostro que le agachaba la tristeza. Después del incidente con las bandejas, tenerlo tan cerca le suponía recordar cómo clavaba los dientes en la pasta de la torta de alma. Entonces Esteve reía, pero en aquel momento estaba muy serio. No podía negarse que todo lo que tenía que ver con él le servía de escudo

ante la monotonía, el peligro e incluso ante la monotonía del peligro.

El lomo del caballo quedaba a su altura y por tanto también sus piernas, que arrancaban poderosas bajo su cintura. Quería despedirse, pero se sentía tan bien allí que hasta tuvo ganas de preguntarle por la esposa del gobernador. Se controló. Ella no hubiera soportado una pregunta similar tan directa. No le hubiera gustado. Se sentía satisfecha porque había conseguido anteponer la necesidad de buscar hasta el último recurso para dar con Valentina a la dificultad que le suponía comunicarse con alguien que apenas conocía y, sin embargo, bastante a su pesar, consideraba excepcional. Alguien cuyo reino no parecía ser de este mundo, sino de un lugar al que le gustaría ir alguna vez, pero solo de visita.

—La encontraremos. —Después de decir esto, Durandarte se despidió con el convencimiento de que se llevaba algo de ella con él.

Que el encuentro sucediera de esa manera le procuró a Esteve un confortable alivio después de la animadversión que había sentido un rato antes por parte de muchos. Estaba enardecido tanto por el físico de la camarera como por la curiosidad que ella le despertaba. Le atraía mucho sondearla, descubrirla, saber de sus circunstancias anteriores, de sus planes… Pero se dijo que hasta ahí, que no seguiría adelante aunque le costara. Él ya formaba parte de un matrimonio y no podían ser tres, con su esposa ninguna otra mujer se llevaría bien porque, como le gustaba decir: él ya estaba casado con su libertad. A ella se debía.

Madrid, lunes, 17 de mayo de 1943

Juste se marchó a Madrid para entrevistarse con el embajador británico Samuel Hoare. Lo decidió en cuanto fue capaz de asumir el contenido del informe sobre Eberhard Gröber. Se había deshecho de aquel documento tal como debía pero sus párrafos aparecían en su mente a cada momento para procurarle nuevos escalofríos. Por primera vez percibía la amenaza encarnada en alguien, como si todos los anteriores temores imprecisos hubieran tomado corporeidad con la presencia del mayor en Canfranc. Laurent sabía que de su capacidad para conservar la calma dependía mucho.

Esta vez el mensaje con el día y la hora de la cita, la confirmación de que lo recibiría el representante británico, como le había solicitado él desde un teléfono en Pau, le llegó a través de Tricio. Fue la secretaria del diplomático quien se lo transmitió. El dueño de La Serena también atendía llamadas, pero solo cuando su establecimiento estaba cerrado.

El mecanismo por el que se entendieron fue distinto en esta ocasión. Juste llamó a Madrid desde el Café du Palais de la calle Saint Jacques en la capital de Aquitania antes de acudir a la consulta de su dentista. Durante sus desplazamientos a Pau usaba gafas y sombrero, y procuraba dejarse ver lo menos posible, tanto en el tren como en las calles, porque cualquier pasajero podría reconocer al jefe de la aduana francesa de la estación de Canfranc, aunque fuera de paisano y hubiera añadido a su indumentaria esos dos complementos.

Aquel día fue el primero que entró en aquella cafetería. Solo dijo dos frases:

—*I'm the french piano-tuner. I have to tune the piano of The Teatro Real.*[7]

Laurent no dejaba de repetirse que él era un hombre de acción, que no podía desfallecer, que nada sucedería si seguían siendo tan cuidadosos como hasta entonces, que no había ningún motivo que impidiera que engañaran a Gröber como hacían con los otros guardias alemanes, que no era para tanto a pesar de que su leyenda sanguinaria le precediera. Los sucesos terribles que aparecían descritos en el informe sobre su comportamiento en el campo de concentración de Buchenwald le procuraban un frío inmediato y eran la principal materia de su estado de alerta.

Solo tenía un mensaje para el inglés, pero muy claro: estaba dispuesto a entregarle varias copias en papel cebolla de los albaranes que atestiguaban el tráfico por Canfranc del oro que los alemanes habían obtenido de una forma muy cruel. Estas pruebas evidenciarían

la rendida entrega, el servilismo continuo e incesante de Franco a Alemania. Laurent Juste sabía por el embajador británico que su homólogo alemán llamaba a capítulo a Franco semana sí semana también para conminarle a mostrarse inflexible con los evadidos del Reich.

A cambio de esta información, Juste quería pedirle que intercediera ante el caudillo para que se aplicara la ley según la cual, como país no beligerante, España debía dejar pasar, sin entregarlos a los alemanes, a los refugiados que hacía prisioneros tras descubrirlos durante el cruce furtivo de cualquiera de las fronteras. Ponerlos a disposición de las autoridades del Reich los condenaba a una muerte segura. Terminó por relatarle su preocupación por la presencia del oficial de la Gestapo Eberhard Gröber en la estación de Canfranc. Le contó a Hoare lo que leyó en el informe y el alto comisionado le dijo que ya sabían de quién se trataba:

—Un hombre muy culto, cultísimo. Su gran pasión es la música. —A Juste le sorprendió que desviara la conversación hacia el arte—. Lo ha leído, visto y oído todo, ha asistido a todos los conciertos y representaciones de ópera que ha podido, sabe mucho de arte, de pintura y escultura, recita de memoria poemas, pasajes del *Quijote*, de *Julio César*, de *Hamlet*, de *El mercader de Venecia*, de *Robinson Crusoe*... Dicen que en los salones nadie aguanta a su lado más de dos minutos porque resulta muy cargante. Ya sabe que la máxima aspiración de la mayoría en estos tiempos es divertirse en esas situaciones, o mejor dicho, durante el escaso tiempo que saben que les queda. Juste, vayan con cuidado, es un monstruo. Le voy a contar algo, un chisme que circula por ahí sobre su familia y sus prácticas en el campo de concentración de Buchenwald. Dicen que su madre no salía de la cama, que estaba todo el día echada, pero no por enfermedad, sino porque quería, que dirigía toda la intendencia doméstica y la vida de su hijo y de su marido desde esta posición, que se hacía la mártir, que maltrataba a su padre, les racionaba el dinero, era muy rencorosa, hablaba mal de todo el mundo y cuando no tenía ningún motivo para hacerlo, lo inventaba. En fin, una joya a la que el padre de Eberhard, sin embargo, cuidaba con devoción hasta que murió de una sepsis, de una septicemia, con la sangre intoxicada tal vez por el mismo veneno que segregaba.

Juste permanecía en silencio porque no quería perderse nada y menos interrumpir el hilo del pensamiento de Hoare. Aquella información era para él, para todos los que operaban en Canfranc, oro en paño. Cuanto más supieran de su enemigo, más fácil les resultaría controlarlo. El embajador continuó:

—Él nació cuando su madre ya era mayor, por lo que cuando murió ella, Eberhard apenas tenía veinte años. Seis meses después de enviudar, su padre se casó con una chica muy atractiva a la que parece que a Gröber le resultaba muy difícil ver como su madrastra. Dicen que la humillaba en público y en privado porque se había enamorado de ella. Así, para alejarse de aquella casa abandonó sus estudios de música y entró en la policía secreta del régimen nazi. Cuando lo destinaron a Buchenwald, a apenas hora y media de la casa paterna en Leipzig, ¿sabe qué hacía? Llevaba ropas de su progenitor y su nueva esposa, seleccionaba a una pareja de prisioneros, los que más se les parecían según él, se los llevaba a un sótano junto a los hornos crematorios y los obligaba a hacer el amor ante él. Después, siempre según otros guardias de allí, los penetraba a los dos. Al salir de la celda ordenaba a sus subordinados que hicieran desaparecer los cuerpos de aquellos amantes furtivos que había sorprendido en flagrante acto de adulterio. Añaden quienes lo vieron que siempre tenía el detalle de despedirse de los que iban a ejecutar en su idioma materno, que alardeaba de conocer todas las lenguas de los países ocupados por el Reich.

Entonces Juste quiso intervenir pero no pudo. La cortesía le obligaba a continuar la conversación pero era difícil después de aquello.

—Los otros dos mandos destinados en la frontera no son así. —Fue todo lo que se vio capaz de decir el oficial de la aduana internacional.

—Laurent, no pueden ser como él porque como Gröber no hay nadie —continuó el embajador—. Hágame caso, no vuelvan a las andadas. Esperen. Es muy peligroso, si los descubren les espera algo peor que el infierno. Le aseguro que esta fiera no se relaja ni mientras duerme. Ustedes descansen, ya vendrán tiempos mejores, prepárense para la victoria final. Mientras tanto veré qué puedo hacer, de qué forma amedrentaré al títere este de Hitler que tenemos en Madrid para que afloje la mano con los judíos.

—Se lo agradezco, señor, esas pobres gentes…

Con este pensamiento salió Juste del despacho.

Un veterinario que dijo que se encargaba de supervisar las caballerizas del palacio de El Pardo se alojó en la fonda La Serena. Tenía noticia de que hasta allí habían llegado unos caballos que debían haber embarcado en Marsella. Que se tenía que hacer cargo de ellos. En el bar nadie le respondió cuando los interrogó al respecto. No querían líos. Entre ellos se trataban de una forma, con los forasteros establecían cierta distancia y con los extranjeros esta era aún mayor a pesar de que a algunos llevaban meses viéndolos a diario. Si dos personas cuchicheaban en la barra no podían evitar mirarlos. De esta forma se establecía la tensión, por un lado se pretendía ignorar todo lo que allí sucedía y por otro no se perdía de vista a nadie; pero una vez a solas los residentes de Canfranc hacían cábalas sobre los nuevos.

—Desde que están estos aquí se pica el vino —decían de vez en cuando señalando a los alemanes. Esa era una creencia general.

—Y otras cosas también se agrían.

El señor Mirs, aquel suizo orondo que organizaba la flota de camiones repletos de lingotes, bajó con el propósito de todas sus mañanas: tomar una ginebra bien fría. Sus compatriotas estaban allí y mantenían una extravagante conversación cuyo tema principal era la posibilidad de prenderle fuego al mar. Mirs se detuvo a escucharlos.

—Eso es imposible, hombre, ¿tú no has oído lo del agua y el aceite? Pues imagínate el agua y el fuego.

—Cada vez hay más rumores de que los aliados van a desembarcar en las costas francesas y para que los alemanes no crucen el canal de la Mancha dicen que lo están llenando de gasolina, petróleo y creosota. Si entran por Calais solo tienen que salvar unos treinta kilómetros desde Dover hasta el cabo Gris-Nez.

—Mucho sabéis vosotros para ser chóferes —les dijo su superior —. Tenéis que estar más a lo vuestro y menos a lo de los demás, que eso no os incumbe.

—Es que ya han instalado las tuberías submarinas desde las que rociarán a los invasores. Se abrasarán contra una muralla de fuego.

—Seguro que le estáis haciendo el trabajo a alguien. ¿Quién os ha dicho que hagáis correr ese bulo? Lleváis demasiado tiempo aquí. Somos suizos y trabajamos para los alemanes, por eso nos interesa que ganen la guerra. ¿O quién os paga a vosotros acaso?

Esa misma estrategia de contención del paso hacia las islas británicas se había difundido en el café Bavaria de Ginebra, en El Cairo, Nueva York, Ankara y Estambul. Diseminar ciertos infundios era uno de los procedimientos de la inteligencia y el contraespionaje para producir desinformación y crear cortinas de humo que por una

parte ocultaran los escenarios reales y por otra aumentaran el grado de nerviosismo del enemigo para propiciar que cometiera errores.

El aburrimiento del señor Mirs, tantas horas de soledad en la habitación acompañado de mapas, libros de contabilidad, el continuo despacho de correspondencia, las llamadas a su jefe en Madrid desde allí abajo, hicieron que, a pesar de saber que aquello era un cuento, deseara seguir escuchándolos. Tomó de un brazo al enviado de El Pardo como para demostrarle que sabía que seguía allí.

—Ahora hablamos usted y yo —le dijo. Parecía que aunque se esforzara en disimularlo le interesaban mucho todos aquellos datos bélicos bastante fantásticos que se desgranaban entre carajillos.

—¿Pues sabe qué más dicen? —continuó uno de los conductores más jóvenes; entonces se le acercaron unos cuantos aduaneros alemanes que también vivían en la fonda y varios funcionarios de una brigada volante que eran los encargados de «examinar eventualmente», es decir, siempre, los vagones de tungsteno que cruzaban por allí para que las armas del ejército alemán aumentaran su grado de blindaje—. Que se han realizado ensayos con barcas forradas de asbesto, lo que le dicen también amianto, para resistir el fuego, que lanzaron a los soldados en un ensayo a un estanque encendido y que solo quedaron las naves, todos se socarraron.

Las conversaciones con el guion escrito muchas veces por los servicios secretos suponían auténticos malabarismos entre quienes se dedicaban a la distracción y necesitaban muchas orejas para que sus estratagemas surtieran el efecto deseado. Aquel bar en Canfranc Estación era un punto clave para dirigir el rumbo de la contienda; a los soldados les interesaba cualquier información, necesitaban saber si iban a ser movilizados para volver al frente, si verían pronto a sus familias, cuánto se alargaría aún la guerra. Estas dudas se las transmitían a sus superiores, citaban como fuentes lo escuchado allí, de modo que rápidamente, a veces en horas, estas sartas de embustes llegaban hasta el mando supremo de las fuerzas armadas alemanas, a los comandantes y jefes del Estado Mayor del Reich. Todos estos mensajes tenían algo en común: su carácter confidencial, del que siempre se advertía. Así los interesados en que se difundiesen aquellas patrañas se aseguraban de que volarían aún más rápido hacia el cuartel general desde el que Hitler dirigía los avances del bautizado como Tercer Imperio.

De esa forma se desarrollaba la vida en Canfranc, como si en vez de tratarse de un enclave en el Pirineo, estuviera a escasos kilómetros del frente. No era ninguna casualidad que este fuera el lugar de actuación de Juste, de Jana, de Durandarte, de Montlum, de Didier y

de tantos otros.

Estación de Canfranc, martes, 18 de mayo de 1943

Cuando Jana apenas había comenzado a subir la escalera del vestíbulo, sintió una mano que la cogía con firmeza por el brazo. Era Laurent Juste. Parecía que la hubiera estado esperando.

—Aunque termines tarde, ven esta noche a casa. Arlette necesita verte. —El jefe de la aduana francesa dijo esta última frase con un tono bastante más elevado que la anterior. Le interesaba que el par de guardias que se acercaba lo escuchara. Uno de ellos era Dorian Lander, el que Juste más conocía, el mismo que meses antes le refirió el oprobio que el gobernador había practicado con su esposa delante de sus secuaces. Era muy joven, apenas habría cumplido veinte años, rubio y muy alto, con estas características y solo con cambiarle de uniforme podría haber pasado por uno más de los guardias alemanes. Que quienes vigilaban las instalaciones supieran de la amistad entre su mujer y la trabajadora del Hotel Internacional le convenía mucho al jefe de la aduana.

Unas horas después, Arlette les puso delante a Jana, Montlum y a su marido el café con el mejor aroma que la camarera había olido nunca, el que les llegaba desde Lisboa a bordo del tren, recién traído de la colonia portuguesa de Angola. Era cierto que lo que se degustaba en aquella segunda embajada de Francia en España no tenía parangón. Vieron cómo recorría el pasillo y cerraba las puertas de las habitaciones de los niños antes de volver junto a ellos. Tenían muchos asuntos pendientes sobre los que necesitaban intercambiar información.

—Laurent, el doctor Mallén ha llamado a Tricio esta tarde —le dijo Jana—. Ya puedo mandar a las húngaras. Uno de los estudiantes de Medicina las acompañará a casa de mis padres. Ellas llevarán las llaves del piso.

—Bien, pues cuanto antes mejor. Aún no entiendo por qué han estado aquí tantos días. Un asunto menos.

—Conforme pasaba el tiempo me daba la sensación de que el peligro disminuía. No sé, Laurent, las veía recuperarse poco a poco, además estaba lo de Robert Müller, el fotógrafo. Creo que ha sido muy conveniente.

—Jana, el peligro no es menor, es siempre el mismo, conciénciate de eso —le dijo y enseguida cambió de tema—. Casanarbore está hecho una fiera, peor que nunca. Desbarra. Los que están cerca de él dicen que sus desvaríos lo llevan a darles cada día órdenes más absurdas.

—Espero que no nos afecte a nosotros —dijo Jana.

—No tengo ninguna duda de que de una manera u otra nos alcanzará su malhumor —añadió Montlum mientras se tocaba la nuca.

—Voy a deciros lo que vamos a hacer. Vamos a ayudar a Durandarte para que se quite de encima de una vez esos equinos de la discordia. Ya tengo los papeles preparados, los permisos de la dirección pecuaria central, del instituto de reforma agraria, y dos documentos más, uno de un jefe del arma de caballería y otro de un capitán del cuerpo de veterinaria militar. No os voy a decir cuáles son verdaderos y cuáles falsos. Por un clavo de una herradura se perdió una guerra, pero como este enredo siga así, por los purasangres vamos a perder nosotros el cuello. La suerte que tiene Durandarte es que Casanarbore no tiene ni idea de dónde está el refugio en el que se oculta.

—¿Nos vamos a meter ahora a cuatreros también o solo seremos tratantes de ganado por un día? —Jana no quiso disimular la sorna ni la sorpresa.

—En La Serena está alojado el jefe de las caballerizas del palacio de El Pardo. Las noticias también parece que van al galope. Quiere llevarse los caballos a Vigo por el Cantábrico, es veterinario y me han dicho que es un hombre muy inquieto, que no para.

Juste les transmitió esta información de la forma más aséptica posible aunque preveía la reacción de los dos.

—¿Pero si son del alemán, del jefe de Gröber? —añadió Jana—. ¿Franco se los va a robar?

—En esos negocios nosotros ni entramos ni salimos. Nos da igual que estén de acuerdo, que Franco se haya ofrecido a cuidárselos o que no lo sepa, quiero que se acabe de una vez ese litigio antes de que nos salpique a todos.

—Le manda minerales, los ayuda de todas las formas posibles, hasta naranjas les regala a los alemanes, y después se queda con los caballos. Eso sí que tiene gracia —dijo Jana. Cada día en Canfranc aumentaba su escepticismo por todo lo que la rodeaba. Nada era como le habían enseñado en el colegio.

—Las guerras son irracionales, poco hay que entender de ellas —dijo Montlum.

—Respecto a nuestros objetivos, la cosa se está poniendo cada vez más difícil. Estamos entre la espada y la pared —continuó Juste.

—Espadas hay muchas en nuestro caso, no solo una —le respondió Montlum, que cada día estaba más pesimista. Su carácter se había ensombrecido, cada vez eran menos las ocasiones en las que sonreía.

Laurent no necesitaba mostrar su aprecio hacia ellos con

convencionalismos inútiles, por eso les hablaba de forma tan directa. Jana sabía que a pesar de las apariencias estaba muy nervioso, que ese era su estado invariable desde la primera vez que supo de Eberhard Gröber. Alargó la mano sobre el mantel, lo cogió de la muñeca como si fuera enfermera y notó cómo el torrente de sangre acelerada alcanzaba una velocidad vertiginosa que contrastaba con su tranquilidad solo exterior.

—Todo se está complicando mucho. Cada vez tenemos menos margen. —Y bajó la voz—. Hoare me dijo que gracias a los falangistas fanáticos que nos gobiernan en cada provincia, nosotros hemos sido agraciados con uno de los mejores ejemplares, el ínclito Casanarbore, los tentáculos del régimen llegan a todos los rincones y que en la frontera, es decir, aquí, en Irún y Port-Bou, se está poniendo un especial celo en obedecer a la voz de su amo, que ya sabéis en qué idioma habla. Están apretándoles las tuercas desde la Dirección General de Seguridad para que esto no se convierta en un coladero, que se detenga a cualquier persona sospechosa de paso ilegal y a quienes les ayudan a cruzar. Por eso han mandado a Gröber. Esto va a peor. A quienes descubran colaborando se les aplicará la legislación militar. El embajador alemán le ha pedido a Franco que en vez de encarcelarlos aquí le sean entregados a la Gestapo, que ellos sabrán qué hacer.

Jana, en el fondo, estaba aterrada pero no quería manifestarlo. Intentó quitarle importancia:

—No es nada nuevo, lo peor que nos puede pasar es que nos esfumemos ya sabéis de qué forma, que nos conviertan en humo.

—Jana, seguramente dices eso porque tú no tienes familia y, créeme, como siempre te digo en estas circunstancias, es una ventaja —le dijo Arlette—. Hay que extremar las precauciones, *précautions extrêmes, prudence* —continuó en su particular y bilingüe modo de expresarse en el que cada vez ganaban más terreno los términos en castellano—. Más cuidado, *plus que jamais,* más que nunca.

Laurent continuó:

—Sabéis que no dudo de vuestra discreción, pero no debemos bajar la guardia y eso significa no hablar con nadie, no replicar a lo que escuchemos, sea lo que sea. *Qui trop parole, il se mesfait*, quien tiene boca se equivoca, decís aquí, y, aunque tú eres inteligente, a cualquiera pueden pillarnos despistados, hay muchos oídos y ojos a nuestro alrededor. Para mí fue nauseabundo tener que soportar a aquel suizo que acabó cayendo a la vía, pero aguanté. Conforme avanza la guerra la situación se hace más desesperada, ahora estamos en un momento crucial. La intervención en el norte de África es

inminente.

—Montgomery contra Rommel —añadió Montlum.

—Y ahí entramos nosotros, aunque tampoco os lo creáis. Si se desarbola al Africa Korps, las tropas alemanas allí, la balanza se inclinará tal vez de forma irremediable, esperemos, a favor de los aliados.

—Tenemos el encargo gordo además —añadió Montlum.

—Así es. Antes de una semana llegará el primero, Chagall, creo que Montlum ya te ha hablado de él, Jana. Sabes que para mí nadie es más que nadie, pero si ayudamos a que salgan por aquí algunos intelectuales y artistas, los americanos nos firmarán todos los certificados, salvoconductos y visados de ultramar que necesitemos para los otros judíos a los que nadie conoce. Tenemos que hacerlo muy bien. Esto puede cambiar mucho.

Ya tenían claro que no habría más llegadas de refugiados a la habitación bisiesta mientras tanto. Darían prioridad a los que enviaba el comité de Fred Deyermond. A la luz de los últimos acontecimientos resultó providencial que coincidieran ambos hechos porque el traslado allí de Eberhard Gröber lo desaconsejaba por completo. En aquellas circunstancias lo más sensato hubiera sido abortar el operativo de todas maneras, aunque no fuera inminente la llegada de los otros, de los famosos, solo porque estaba allí el de la Gestapo. Pero de todas formas encargarse de aquellas personas les parecía excesivo y no solo por su importancia histórica y lo decisivo de aquel nuevo plan, sino porque cada vez las exigencias eran mayores. Así se lo trasladaron a Juste, quien se limitó a decir:

—Señal de que confían en nosotros.

Para esta operación Laurent también contaría con Durandarte, detalle que decidió no revelar aún a sus camaradas. Aquella contingencia añadida que se llamaba Eberhard Gröber podía dar al traste con cualquier actuación, aunque ya contaban con un triunfo durante su estancia. Sus órdenes a los soldados habían interferido el paso de los judíos mientras se buscaba a Valentina, por lo que los huidos tuvieron que permanecer varias horas escondidos en el refugio de montaña que utilizaban Esteve y sus hombres. El éxito radicaba no solo en que los evadidos estaban en lugar seguro, sino sobre todo en que habían conseguido pasar por encima del oficial, y de algo más importante, del miedo. A pesar de esas acciones de salvamento aisladas, el horror era inmenso: el gobierno del Reich estaba a punto de declarar apátridas a los judíos, lo que suponía que sus pasaportes serían confiscados, igual que el resto de documentos que los identificaran como ciudadanos alemanes, austriacos, polacos,

húngaros, checoslovacos, etcétera. Solo les quedaba aquella solución: conseguir la mayor cantidad posible de *Danger visas*, de visados de emergencia, y salvar con ellos cuanto antes a todos los que pudieran.

Era una situación de emergencia, el jefe de la aduana llevaba la voz cantante, no porque quisiera imponerse a ellos, sino porque ninguno tenía demasiado tiempo:

—Fred Deyermond, el periodista estadounidense, sigue en Marsella. Dice que no se piensa marchar hasta que consiga sacarlos a todos. Es admirable lo que hace este hombre. —Montlum miró a la camarera y se entendieron sin mediar palabra—. Sí, ya sé que no es más que un eslabón, pero también nosotros. Dice que puede conseguir salvoconductos por centenares, que su relación con el cónsul checoslovaco es excelente, pero nosotros no estamos en condiciones de arriesgarnos. Necesitamos otra cosa, las *Danger visas.*

—Hay embajadas que están otorgando visados para Siam, para el Congo y para China, el caso es que puedan salir, dónde acaben es lo de menos. Se trata de sobrevivir —dijo Montlum.

—Las *Danger visas* son la única salida porque no se atreverán a detener a quienes las lleven al ser cosa del gobierno norteamericano. —Laurent se refería a que, a pesar de que se trataba de documentos emitidos por Estados Unidos, se respetaría a quienes los portaran como parte de un acuerdo que no se podía vulnerar respecto al desplazamiento de personas entre los dos continentes. Todo lo contrario de lo que los alemanes llevaban a cabo con los judíos, a los que detenían y confinaban de forma indiscriminada.

—Dicen que se encarga de ellas la esposa del presidente Roosevelt en persona —añadió Jana.

—Os diré lo que haremos, ya lo tengo todo pensado: en vez de entregar cada una de ellas a una sola persona, ampliaremos su validez a una familia, cuanto más numerosa, mejor: tíos, primos, abuelos... Ese es el plan. De esa forma podemos multiplicar hasta por diez el número de judíos salvados.

—Laurent, es demasiado fácil. No termino de creérmelo.

—No lo hagas de momento, Montlum. Antes tenemos mucho trabajo. Nada menos que sacar de Francia al pintor, a Ernst, a la Baker y a su marido, Alma Mahler... —Juste se detuvo—, y me han obligado a que se amplíe este compromiso a otro grupo en el que está el hermano del escritor Thomas Mann. No he tenido más remedio que aceptar, no nos queda otra si queremos obtenerlas. Lo conseguiremos.

Jana cogió de las manos esta vez a Arlette y a Laurent, se conocían hacía apenas unos meses, pero en aquella situación los amigos se convertían en familia, en su caso la única. Brindaron los

cuatro con un par de dedos de coñac que el aduanero acababa de servir.

—Por la libertad, *pour la liberté*.

Ella pensó en quien más le preocupaba en aquellos momentos, en Valentina.

Jana y Montlum salieron al andén, pasaron delante de los guardias alemanes que flanqueaban el vestíbulo y entraron en el edificio de viajeros. Montlum tenía que ir al pueblo, y Jana pensó en acompañarlo hasta el horno, pero sabía que él no le permitiría volver sola después. Aún tenía ganas de conversar más, así que para retenerlo un poco le lanzó una pregunta. Hablaron como casi siempre, en voz muy baja. Se quedaron junto a la fachada desde la que se veía el pueblo. Se escuchaba un búho y de vez en cuando algunos murciélagos cruzaban en vuelo rasante, pero no había nadie más que ellos. El tiempo parecía detenido:

—El otro día me dijiste que cuando tuvieras tiempo me contarías cómo conociste a Laurent. Cuéntamelo ahora, venga, ¿cómo os conocisteis?

—Pues fue muy gracioso, y eso tiene más valor porque era en medio de la guerra. Jana, tendrías que habernos visto, con dieciocho años recién cumplidos él y yo con veintiocho. Parece que a ambos nos movilizaron al mismo tiempo a pesar de la diferencia de edad. Nos conocimos en la Alta Silesia, una región entre Polonia y Checoslovaquia, nada menos. Aún ahora no puedo aguantarme las carcajadas cada vez que me acuerdo de aquella tarde. Verás..., eran más de las siete, había oscurecido y vi cómo se recortaba un jinete al fondo del paraje en el que yo estaba. Lo mejor es que era intermitente, aparecía y desaparecía. ¿Y sabes por qué? Porque no dejaba de caerse, tres veces en la misma calle.

—¿Era Juste? ¿Y qué le pasaba?

—El ejército le había asignado el caballo de un borracho, de tal forma que cada vez que el animal veía la enseña de un bar se echaba al suelo tal como hacía con su dueño anterior. Le era tan fiel, a pesar de que este había muerto, que no había manera de levantarlo a no ser que fuera porque al lado hubiera otra taberna. Me acerqué hasta el soldado que lo cabalgaba y me lo contó. Aquella noche bebimos juntos. Nos hicimos amigos de inmediato. No me equivoqué con él, es pura bondad. Lo de las caídas continuas cuando el caballo se reclinaba le ocurría porque era incapaz de maltratarlo. Prefería esperar a que volviera a levantarse, y si no lo hacía desmontaba y esperaba a que se pusiera de nuevo en pie. Otras veces no tenía más remedio que entrar en el establecimiento para hacerle creer que él también bebía. Es uno

de los mejores hombres que he conocido… O el mejor. Estoy convencido de que quedarse huérfano de padre cuando apenas tenía un año le marcó bastante más que a otros en las mismas circunstancias.

—¿Y cómo murió su padre?

—Pues como un héroe.

—¿En la guerra?

—No. De una pulmonía después del chapuzón que se dio para sacar del agua a un hombre a punto de ahogarse.

—Por eso él tiene que salvar a todos de los que tiene noticia que están en apuros. —Jana miró cómo se quemaba el papel de fumar mientras su amigo aspiraba su cigarrillo.

—Su madre está bien y hasta donde sé es tan testaruda como su hijo. —Los dos rieron porque era una opinión compartida.

—¿Y cómo llegasteis aquí? —El relato de aquel episodio había hecho que la admiración que Jana ya sentía por ellos fuera aún mayor.

—Laurent tenía el sueño de ser oficial de la marina, ir a la academia naval, pero una vez liberado de sus obligaciones militares con veintiún años, después de la guerra, ya no se vio con ánimos. Entonces, como siempre ha sido tan inteligente, se presentó al concurso para ganar una plaza de aduanas en cuanto se enteró, sin estudiar ni nada, y aquí está. Hace unos años lo destinaron a Hendaya, allí aprendió español y después estuvo una temporada en París, pero no se acomodaba, no le gusta tener jefes. Extrañaba el campo también, pero al menos aquella estancia en la capital nos sirvió para reencontrarnos. Y de milagro, porque lo querían mandar a Indochina, pero dijo que no.

—Menuda historia, Montlum. Estáis llenos de historias.

—En mi caso será por la vejez. Aunque no quiera, los años se acumulan.

—Pero cuéntame más, por favor, cómo apareciste tú aquí. —Jana estaba entusiasmada con aquellos detalles. Les suponía a ambos vidas legendarias.

—Yo me vine dos años después de que Pétain firmara el armisticio con Alemania. Estaba bastante cansado de vagar. Llegué a finales de julio.

—Solo medio año antes que yo, entonces.

—No sabía dónde ubicarme, la guerra es una encrucijada, desorienta. Mi intención, la primera, era solo visitar aquí a Laurent, que me contara cómo estaban las cosas, cuánto faltaba para que acabara el conflicto, él que sabe tanto…, pero me convenció para que

me quedara.

—Y te buscó un trabajo.

—Bueno, dos trabajos. —Jana y Montlum rieron porque aquello respondía a la situación de ambos—. Hasta entonces tocaba el violín en cabarets, en espectáculos de *music-hall* y en otros locales de medio pelo…

—Menudo cambio.

—Pero a todo se acostumbra uno. La noche de mi llegada, cuando Arlette y los chicos se acostaron, Laurent y yo nos quedamos en compañía de una cafetera que puso sobre una tabla de madera en el centro de la mesa, dos tazas, dos copas y una botella de coñac. Entonces no se nos había ocurrido mezclarlo aún, como hacen los españoles con el carajillo. Me lo contó todo: que trabajaba para la Resistencia desde que intentó unirse a De Gaulle y le dijeron que aquí, en el Pirineo, resultaría más útil; y lo que no le había dicho a nadie, que debía mantener el equilibrio entre esta labor de espionaje a favor de los aliados a la vez que permitía el paso de toneladas y toneladas de minerales para el ejército alemán.

—Ya, y no paran los envíos.

—Lo peor es que con estos materiales se refuerzan las armas alemanas, de manera que para que Franco salde su deuda la guerra se alarga. Lo dicen todos.

—Otro ya se habría vuelto loco con este ir y venir, pero él no. Es de otra pasta. Nunca pierde los nervios ni la paciencia. ¿Cómo lo hará? —Después de decir esto, Jana le acarició la mano a Montlum—. Me alegro tanto de que estés aquí… —Y añadió—: Me dejas con la boca abierta. Y lo bien que disimuláis… Nadie se lo imaginaría. A mí me enroló de otra manera. Otro día te lo cuento y tú me explicas cómo es que hablas tan bien español.

—Ah, eso te lo puedo contar enseguida, pues hablo tan bien por amor. La mejor manera de aprender lenguas, un método inigualable. Menudas sois las españolas con los incautos gabachos. Nos miráis y ya estamos perdidos.

—Nunca he oído a un gabacho que se llame gabacho a sí mismo, Montlum, eres único. También quiero que me cuentes otra cosa. —Jana decidió ser lo más directa posible—. ¿De todo lo que se cuenta de Durandarte tú sabes qué es verdad y qué no?

—Uy, uy, uy, así que te interesa Esteve Durandarte nada menos. —Parecía que Montlum se inclinaba por la vertiente romántica.

—Es por pura curiosidad. —Jana intentó desviar la conversación. Nunca había soportado que le buscaran novio. Cuando aceptó en Zaragoza una relación tampoco estuvo muy atinada, pero al fin y al

cabo había sido decisión suya—. Todos hablan de él —continuó— y yo apenas lo he visto tres veces en los meses que llevo aquí. Le he pedido ayuda para encontrar a Valentina. Lo que necesito saber es quién es y si puedo contar con él o busco otros medios.

—Jana, está movilizada la guardia civil, la policía armada, los gendarmes la buscan al otro lado y los vecinos no paran de organizarse para rastrear el monte.

—Lo sé, pero siempre se puede hacer algo aunque solo sea para no quedarse con la sensación de que se podría haber hecho más.

CASTILLOS DE NAIPES

Canfranc Estación, domingo, 23 de mayo de 1943

Sobre las siete de la tarde, Laurent Juste entró en La Serena. Lo había citado allí Biel, zaragozano y consignatario de una agencia privada de aduanas con quien mantenía una relación estrecha que iba más allá de lo laboral. El oficial francés lo consideraba uno de sus mejores amigos, le tenía el mismo afecto profundo que al doctor Mallén.

Uno de los parroquianos del bar leía el periódico en voz alta a los de su mesa con cierto aire de superioridad y después comentaba las noticias. A Juste le distraía escucharlos, pero sobre todo ver la manera en que se tomaban todo aquello:

—Dicen que el convoy ha partido de Dover con tres destructores y dos cruceros. Están al caer. No van a tener frío allá por Marruecos los italianos y los alemanes. —Y dicho esto miraba hacia la barra donde había un par de soldados de la brigada de alta montaña de Baviera—. Aquí sí que estáis bien vosotros, os ha tocado la lotería, hijos míos.

Y estos levantaban el vaso sin entender casi nada.

—Otros dicen que la invasión será por Túnez.

—Los diarios cuentan lo que les interesa. No hay que creerse *na* de lo que viene en ellos. Tricio, pon otra ronda.

Entonces Laurent vio entrar a Biel, que se quedó en el extremo de la barra más cercano a la puerta y a la vez más alejado de los tres guardias alemanes que había allí. Comenzaron a hablar mientras permanecían de pie. Biel hacía girar el sombrero con ambas manos, después lo dejaba sobre el mármol, se llevaba la mano a la nuca para frotarse la piel durante varios segundos. Se le veía nervioso, preocupado. Apenas estaban a cuatro metros de los soldados, por eso le dijo en voz muy baja:

—Laurent, me han ofrecido dinero, mucho, a cambio de información. Solo tendría que dar los datos de los destinatarios y remitentes de determinados envíos, mandar yo mismo documentos a quien me dijeran, conseguir mapas, croquis de instalaciones, sobre todo de aeródromos, cosas así. Sabes que además por mi afición a la montaña no me resultaría muy difícil hacerme con ese material. Me llamó un tal Steinadler la otra mañana, quiere que nos veamos en Huesca este viernes.

Biel aparentaba bastantes más años que Laurent Juste, llevaba la gabardina arrugada, el francés supuso que no por falta de plancha sino porque trabajaba con ella puesta, se le veía tan ajetreado que ni siquiera sería capaz de colgar aquella prenda en la percha cuando entraba en su oficina. Tenía los ojos vivos, el pelo ceniciento pero limpio, y no dejaba de pasarse los dedos bajo los labios como si no

supiera dónde meter su mano, que una y otra vez sacaba del bolsillo para delinear este gesto. Lo más curioso para el aduanero bretón era que Biel le describía lo que él estaba haciendo pero para el otro bando.

—No te metas en líos. Tienes cinco hijos. Steinadler es águila de piedra en alemán. Uno de los símbolos de los nazis. A saber con quién y con qué te encuentras. Piensa en tu familia.

—Es que en ellos pienso. Yo quiero darle un porvenir a cada uno, que el mayor se quede conmigo en la agencia, pero carrera para los otros, y eso vale mucho, sea en Zaragoza o en Madrid, son muchos cuartos y a la chica la quiero casar bien.

—Si te metes en esto y te cogen se acabó. La única ayuda para tus hijos sería como hijos de viuda, miseria y compañía. Y eso cuando se la concedieran. Adiós a los estudios y a tu consignataria. Biel, que tú eres un hombre sensato.

Juste no pudo evitar sonreír, aunque el otro no podía adivinar el motivo, ante lo que era a todas luces una contradicción. Le aconsejaba a su amigo que no se dedicara a lo que él ya se estaba dedicando. Eso sí, había una diferencia fundamental, que además era su coartada para no caer en la incoherencia: él no ayudaba a los teutones en su desafuero exterminador. Solo dejaba que les llegara el mineral para no resultar sospechoso, un tráfico para una industria de guerra que estaba convencido de que tenía los días contados.

Cuando el dueño de La Serena advirtió que había terminado su conversación con Biel, hizo pasar al jefe de la aduana a la cocina, cerró la puerta y le enseñó una tarta.

—Vino uno hace un rato a pedirme que se la guardara, me dijo que se iba en el tren de las seis y que no quería que se le malograse por la falta de frío, vendrá a recogerla luego, cuando salga el tren. Por el espacio que ocupa en el refrigerador me ha pagado tanto como debe valer. Dice que es para celebrar la mayoría de edad de su hija en Madrid.

—Pues te ha convenido el alquiler. —Juste no entendía por qué le relataba aquel hecho tan nimio.

—A mí la repostería me interesa lo justo, solo catarla —continuó Tricio—, que después se me pega al riñón y me da cólico. Sobre todo la que lleva clara montada.

—Tricio, no entiendo nada de lo que me dices. —Juste no salía de su asombro al verse obligado a participar en aquella conversación sobre pastelería.

—Cuando el supuesto padre de la supuesta hija que cumple veintiún años se ha subido a la habitación, la he pinchado. Me he

entretenido un rato en atravesarla con una aguja de hacer media. Estaba preñada.

Tricio le tendió un paquete envuelto en un plástico rígido y en ese momento Laurent supo el sentido de todo aquello.

—La han horneado con esto dentro, no es que la hayan cortado después en dos para meterlo en medio. Es un manual con todos los aviones que tiene ahora la RAF en funcionamiento… Es información para los alemanes.

—Nos encargaremos de que no la reciban. Lo guardaremos a buen recaudo. —Laurent le quitó el envoltorio aún manchado de merengue y se lo guardó.

—Les he puesto dentro un papelito escrito a máquina: «Buen provecho». —Al decir esto, Tricio se frotaba una mano contra la otra.

—¿Y el peso? Lo notarán.

—Solucionado, Laurent, les mando de regalo un recetario de repostería en francés, ya que tanto les interesa el tema. Ya verás la cara que se les pone al abrirla. Te he contado todo esto porque se lo dejó Arlette a mi mujer. Dile que no se lo podrá devolver, pero que estas páginas prestarán un alto servicio.

—No se te escapa ni una. Eres un hacha, que decís aquí.

—Tengo buen maestro.

Lunes, 24 de mayo de 1943
Jana se armó de valor para decirles a la madre y a la hija húngaras que aquel sería su último día allí, por fin, que al amanecer partirían hacia Zaragoza. Sabía que Dagmar no replicaría porque habían excedido con creces el plazo y que su buena suerte podría agotarse. En los otros momentos en los que Jana había intentado que abandonaran el Hotel Internacional siempre había surgido algo que la hacía desistir: una sospecha, un estado de ánimo, una corazonada, después los últimos hallazgos, tan nimios en realidad, relacionados con Valentina, o que se acabaran los billetes. Era innegable que durante aquellas semanas se había aferrado a cualquier señal o pretexto para aplazar su partida y que esto se había debido no solo a que velaba por la seguridad de la madre y de su niña, sino a su necesidad cada vez más inmanejable de compañía. Esto nunca se lo diría a Montlum ni a Juste.

Dagmar se había comunicado durante aquella quincena un par de veces más con el fotógrafo húngaro. De momento, habían encontrado un nombre parecido al de su marido en una lista de detenidos a los que después de agruparlos en un corral de ganado, en espera de que hubiera los suficientes como para justificar el viaje, los trasladaron a la cárcel de la torre del Reloj de Jaca. Necesitaba aferrarse a ese dato impreciso, confiar en que aquel par de garabatos trazados por un guardia significaban que Sándor estaba vivo o que hasta hacía poco lo había estado, además a menos de media hora de camino.

Quiso ir hasta allí en cuanto lo supo y, aunque le resultó difícil retenerla, Jana consiguió disuadirla con el argumento de que si la detenían a ella Sieglinde se quedaría sola. Sabía que en un caso así ella se haría cargo de la niña, pero no se lo dijo a la madre. Quería asustar a Dagmar y apeló a lo que era su mayor anclaje en este mundo.

La húngara esgrimía su intuición, lo que le decía el corazón, que coincidía con las informaciones que recibió antes de abandonar su ciudad. Lo más importante era que de nuevo tenía esperanza.
Estación de Canfranc, martes, 25 de mayo de 1943
Laurent se había rehecho, al menos en apariencia, no le quedaba otro remedio mientras permaneciera allí, pero aún le faltaba vivir un sobresalto más aquella semana. A los pocos días de volver de Madrid, a media tarde, escuchó el inconfundible sonido de las partes metálicas de las botas Marschstiefel que sonaban de esa manera solo en una circunstancia: cuando los soldados se cuadraban al paso de un superior. Albergó la esperanza de que se tratara de Wagner, pero no fue así, sino que su peor presagio se cumplió. Uno de los guardias, al

que parecía que Gröber había tomado como asistente personal, descorrió la cortina de la puerta del despacho de Juste. Esta oficina daba también al andén, al contrario de lo que sucedía con las otras dependencias de la aduana a las que solo se accedía desde el vestíbulo.

—Aún no he tenido ocasión de presentarle mis respetos, señor Juste, y eso que ya llevo bastante tiempo aquí. —Aquella demora lo decía todo.

El oficial bretón le tendió la mano. El francés de Gröber, como su físico, también era perfecto, demasiado, porque sonaba remilgado en exceso, artificial, de un formalismo ya en desuso.

—Siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo? —Lo invitó Laurent con toda la naturalidad que fue capaz de fingir. Aquel era uno de los momentos cruciales para el que tenía que servirle todo su entrenamiento.

Mientras le decía esto, Laurent se dirigió hacia el armario del fondo. Lo abrió y el mayor Gröber pudo ver el mueble bar en su interior.

—Yo solo bebo una copa de champán los sábados por la noche. Gracias. —Confirmaba con esto con toda exactitud uno de los detalles del informe. Esperaba que también fuera cierto lo de la epilepsia, porque de esa manera tenía un punto débil.

—Como quiera.

—Mire, Juste, iré al grano: a mí me han destinado aquí muy a mi pesar porque tanto el Estado Mayor de la Gestapo como las SS tienen noticias de ciertos acontecimientos que se están produciendo.

—Esto es una frontera. No dejan de pasar cosas, mercancías, personas...

En vez de continuar, Gröber guardó silencio, molesto por la ironía. No le gustaban los juegos de palabras ni los dobles sentidos.

—Escúcheme. Yo pertenezco a la oficina cuarta de investigación de oponentes. Imagino que estará al tanto de que nuestro cometido son los asuntos de custodia preventiva. —En aquel momento quien se irritó fue Juste porque Gröber utilizó aquel eufemismo, el de «custodia preventiva», para referirse a los campos de concentración de la administración nazi—. Yo —dijo, el *Ich* que le hizo famoso, pero en francés de nuevo— soy especialista en delitos de motivación política, es decir, en la persecución y captura, en la captura, ¿me ha oído?, de cualquier opositor a nuestro régimen. Me dedico a la detención y arresto de gitanos, homosexuales, judíos y cualquier otra plaga de las muchas que se ciernen sobre nosotros. ¿Me ha entendido?

—Gröber, he tenido mucha paciencia con sus compatriotas del

Reich. Llegaron el invierno pasado, se enseñorearon de todo esto a pesar de que la estación está en la zona libre de Francia. Pero también le digo que en todo este tiempo no he tenido un solo encontronazo con el capitán Wagner, ¿y sabe por qué? Porque es un señor, un caballero.

—Juste, no se la juegue. Piense en su pequeño Auguste, en la jovencita Solange, ya está hecha toda una mujer. Es tan guapa. Cada mañana me asomo para verla pasar de camino al colegio... —Gröber dejó esta frase en suspenso para darle a Laurent la oportunidad de imaginar todo tipo de atrocidades con lo que le estaba insinuando—. No voy a consentir que se burlen de mí. Nada va a suceder a mis espaldas, y si sucede ante mis narices no le quepa la más mínima duda de que quienes anden en esto no tendrán los días contados, sino las horas. No me gustaría, señor Juste, que nuestra relación terminara de esa manera. Sería una lástima. Usted es un hombre demasiado válido para el futuro de Europa.

—¿Me está acusando de tráfico ilícito? ¿Es eso? Es un delito grave, teniendo en cuenta además que yo soy el encargado del servicio internacional de la aduana en esta estación. Cosa que estoy seguro que usted sabe. No puedo creerme que desconozca algo tan evidente. Si no, dígame, ¿qué significa este uniforme? —Juste vio una posibilidad de desviar su atención hacia el tráfico de mercancías. Si lo estaba sondeando, si era un farol, esa era la mejor ocasión para despistarlo.

—Yo no le acuso de nada, solo le advierto que tenga cuidado, que ejerza esa supuesta responsabilidad de la que tanta gala hace. —El oficial nazi confirmaba con expresiones como esta que también se había informado sobre el aduanero.

Con esto último, Juste consideró que había dado por concluida su entrevista, pero aún faltaba el último acto. Del bolsillo de su guerrera, un corte inapreciable debido al meticuloso planchado de la prenda, extrajo un papel, una cuartilla doblada por la mitad que dejó sobre el escritorio del aduanero.

—Aquí tiene, échele un vistazo. Creo que nuestros datos no coinciden.

Dio una voz de mando para que los soldados que hacían guardia en la puerta corrieran la cortina. Juste no se atrevió a desplegar aquel papel, sabía que se podía tratar de cualquier cosa, pero de nada bueno. Lo miró como queriendo adivinar su contenido. Se entreveía una tabla con las líneas muy marcadas. La desazón lo consumía. Romperlo sin saber qué decía hubiera sido una insensatez. Se levantó, cerró con llave la puerta de metal que había tras la cortina y extendió aquella nota. Con leer las tres primeras líneas tuvo suficiente:

Forges d'Abel
Commune d'Urdós
Centrale hydroélectrique

Eran los datos técnicos del suministro, remitidos desde la subestación de energía. Eberhard Gröber había hecho los deberes. En los cuadros se alineaban las fechas, las horas y la potencia. Solo se registraba un apagón durante los últimos seis meses, el servicio no se interrumpía con la frecuencia que Juste había hecho constar en sus informes. Las instalaciones resistían bien al viento y soportaban el paso de las máquinas de tren francesas sin que se apreciaran apenas variaciones en el fluido.

Juste se puso a jugar con el interruptor del flexo: encendía la bombilla, la apagaba, la volvía a encender, la miraba. Cuando ya llevaba un rato así la tocó con los dedos y se quemó.

Poco después de las cinco y media de la mañana Jana recorrió el pasillo hasta la habitación bisiesta. Quería asegurarse de que Dagmar y Sieglinde no se habían dormido y que ya estaban preparadas. El despertador de campanas que les había prestado se escuchaba tanto cuando marcaba los segundos que este ruido parecía el de los pasos de un guerrero con armadura que cruzara el cuarto. Por ese motivo no habían pegado ojo en toda la noche. La camarera les llevó una maleta nueva, de las que quedaban a veces en la consigna, para que dejaran allí la de cartón que tan poco tenía que ver con sus atuendos estrenados el día de la comida en el restaurante Yola. La niña llevaría el neceser que le había regalado la tarde de la despedida de sus compañeros de huida. Jana se sintió orgullosa porque, además de que las veía muy bien, notaba que su estado de ánimo había mejorado. Se señaló el reloj. Las dos asintieron y, cuando las vio realizar el mismo movimiento, pensó que, como no se imaginaba que Dagmar envejeciera algún día, parecerían en unos años hermanas en vez de madre e hija.

Ya estaban casi en el rellano de la primera planta, cuando Eberhard Gröber abrió la puerta de su habitación. Jana sabía que se trataba de la suya porque conocía de memoria el sonido que correspondía a cada una desde la escasa distancia en la que se encontraba. Lo acompañaba uno de sus asistentes. Para esquivarlos, las hizo entrar en el baño común que utilizaban los huéspedes cuando se hallaban fuera de sus alcobas. Las tres se quedaron ante los espejos enmarcados sobre los lavabos, a oscuras. Veían sus siluetas reflejadas y dentro de ellas el único detalle de sus ojos brillantes.

Cuando se apagó el ruido de las voces, Jana se asomó para asegurarse de que el mayor alemán ya estaba en el vestíbulo. Pidió a sus protegidas que se mantuvieran unos pasos por detrás de ella y

salieron del escondite.

En el andén vio a Gröber entrar en la oficina de la aduana internacional y se preguntó qué querría el alemán de Juste. Fuera lo que fuese, en ese momento ella tenía otras cosas en la cabeza. Solo faltaban diez minutos para que arrancara el tren y quería que sus amigas se acomodaran ya en sus asientos para evitar más escollos. Cuando ellas se disponían a subir por la escalerilla del último coche de viajeros, llegaron un par de guardias civiles que llevaban de la rienda a los tres purasangres, ya enjaezados con los distintivos de las caballerías de Franco. Los acompañaba quien, por todo lo que les había contado Juste, Jana dedujo que sería el jefe de las caballerizas del caudillo. El hombre vestía como si se tratara del padrino de una boda, con un traje negro que le quedaba bastante estrecho en los hombros y un chaleco adamascado, un atuendo que le daba un aspecto ridículo en esas circunstancias. Durante los días que estuvo alojado en La Serena, Juste negoció con él sobre los caballos. Durandarte no se podía dejar ver y de esta forma el jefe de la aduana le pagaba al contrabandista en secreto algunos favores.

De pronto, uno de los caballos que los guardias civiles estaban metiendo en el vagón sobre dos vigas de madera se descontroló. Juste escuchó los relinchos desde su oficina. Tenía a Gröber enfrente, dándole vueltas a su gorra de plato mientras degustaba con mucha parsimonia un agua de Vichy y le preguntaba por el suministro eléctrico. Si el caballo se desbocaba y recorría el andén podría provocar una desgracia. El oficial alemán aún no se había percatado. Juste se levantó con la excusa de ir a ver a qué se debía tanto alboroto y le pidió a Gröber que esperara unos minutos hasta que lo solucionara.

—Permiso, mayor Gröber, me requieren afuera. Vuelvo enseguida, siéntase cómodo.

El alemán se incorporó, pero para alivio de Juste volvió a sentarse enseguida sin llegar a levantarse del todo. Juste cerró la puerta por fuera al salir.

En el andén Juste vio a Sieglinde, la niña húngara que Jana se disponía a enviar junto a su madre a su piso de Zaragoza, asomada a una de las ventanas del tren. Señalaba a los caballos mientras decía:

— *Ők, anyu!*[8]

Dagmar tiró tanto de su brazo para que se sentara que le rasgó la manga del vestido.

—*Még mindig.* —Con estas palabras la apremiaba a que se estuviera quieta.

La niña parecía que también se había descontrolado y Juste

movió la cabeza con mucho disgusto, pues aquella escena confirmaba sus peores temores.

No se paró a ayudarlas, sino que se dirigió a toda prisa a la enfermería. Abrió una de las vitrinas de la sala de curas donde habían llevado al suizo para entablillarle la pierna y cogió un bote con un rótulo que decía Luminal, era la marca comercial del fenobarbital, un barbitúrico de propiedades instantáneas, más potente incluso que el éter, y lo mezcló con alcohol.

Jana contemplaba la escena junto al quiosco, a través de una de las cristaleras *art déco*. Relacionó lo que sucedía con algunas palabras de la niña, con su deseo de coger al gato cuando Müller les tomó la fotografía, con su cariño desmedido por los animales. Sabía que el mayor de la Gestapo seguía en el despacho de Juste y que si se dirigía hacia el convoy sería el final para Sieglinde y para Dagmar, y tal vez también para ella misma. Y en aquella ocasión la palabra «final» tendría un significado muy rotundo.

Laurent Juste tuvo suerte, y Gröber no se levantó del asiento durante los minutos en que él estuvo ausente. Veía su cabeza asomar por el respaldo de la silla, así que abrió con mucho cuidado para que no le oyese y atravesó la habitación de una zancada. Necesitaba sorprenderlo de espaldas porque llevaba en la mano derecha un paño de algodón impregnado con las dos sustancias que había combinado en la enfermería. No se detuvo, se lo colocó a Gröber sobre la nariz y la boca; el oficial comenzó a bracear, a agitar la cabeza, pero Juste tuvo la suficiente fuerza como para mantenerle la espalda apoyada contra el respaldo de la silla mientras sufría un par de convulsiones. En ningún momento vio al aduanero. Por fin inclinó la cabeza de forma que su barbilla tan prominente se le clavó contra el esternón.

Laurent sudaba muchísimo. Contempló un instante al mayor y luego se dirigió a la mesa donde había dejado el informe de la central eléctrica al salir, lo cogió y se lo metió en el bolsillo. Miró nuevamente a Gröber y se dirigió a la puerta. Salió.

Todo estaba bastante calmado. No había ni rastro de la niña húngara. Al menos ya no se asomaba a la ventana. El jefe de estación estaba dando los pitidos de rigor, con el banderín rojo levantado. La locomotora arrancó y el tren emprendió la marcha.

Se dirigió hacia donde estaba Jana, viendo aliviada cómo se alejaba el tren.

—Acompáñame a mi oficina, ven.

Sin decir nada, Jana lo siguió. Juste abrió la puerta que comunicaba con el andén y la cerró de forma inmediata tras ellos. Entonces vio al mayor Eberhard Gröber sentado con la cabeza abatida

contra el pecho.

—¿Qué te parece? —La rigidez del resto del cuerpo del mayor impresionó a Jana. Además el alemán tenía los labios y la piel de las orejas azuladas—. Es cianosis, se debe a la falta de oxígeno. No he tenido otra alternativa. Padece epilepsia, lo decía el informe, por eso no toma alcohol.

Laurent Juste se sentó frente a él y en pocas palabras le contó a Jana lo que había sucedido y por qué se había visto obligado a dejar fuera de combate a Gröber. Le dijo que tenían que aparentar normalidad por si recobraba la conciencia.

—¿Y cuando despierte, Laurent? ¿Qué vas a decirle?

—¡Qué vamos a decirle! Porque tú estarás presente. Le diremos que ha sufrido un ataque; ahora hay que reanimarlo, que no sospeche nada.

—Pero se va a a dar cuenta… El informe de la central eléctrica… Lo buscará… —No entendía cómo Laurent podía estar tan tranquilo.

—No se acordará. Lo habrá olvidado todo.

Jana lo miró incrédula pero no replicó. Salió para volver al cabo de unos minutos con una taza de valeriana. Gröber no dudaría de que le estaban prestando auxilio si los veía tan atentos.

Juste le acercó una tabaquera con rapé a la nariz mientras le daba una palmada sobre los huesos de los pómulos. Eberhard Gröber abrió los ojos.

Como le había dicho a Jana, Laurent confiaba en que también hubiera perdido la memoria, cosa frecuente en algunos ataques de epilepsia. Si había conseguido provocarle un desequilibrio químico con el alcohol y el Luminal así sería, de lo contrario tendrían mucho que explicarle para salvar el pellejo.

El mayor estaba aletargado, los miraba sin verlos, decía Freya... mientras movía la cabeza como si hablara en sueños.

Cuando le tendió la tisana ya estaba más incorporado sobre la silla:

—Sin azúcar, por favor —le dijo con mucho aplomo para volver a sumergirse de nuevo en un estado delirante.

—Mayor, ha sufrido un desvanecimiento. Ahora debe descansar. Avisaré al teniente Tadeusz para que lo acompañe a su habitación. —Dicho esto se asomó a la puerta para llamar a uno de los guardias.

Gröber volvió a mirar a Jana y a pronunciar el mismo nombre:

—Freya, estás aquí, me has seguido...

Que el aturdimiento continuara, que la desconexión del oficial con el entorno fuera tan evidente era lo que más los beneficiaba. Golpearon con los nudillos la puerta, Juste apartó la cortina y a través

del cristal biselado pudo distinguir las siluetas de los compañeros del oficial alemán. Cada uno se pasó un brazo de Gröber sobre el hombro. A Jana le interesaba mucho no perderse detalle de lo que decía por si nombraba a Valentina. Consideraba que Juste se había comportado como el hombre de acción que era, que tanto a él como a Montlum se les notaba que ya habían sobrevivido a una guerra. Eso también lo tenían en común con ella.

Mientras Tadeusz y el soldado le quitaban las botas a Gröber, le desabrochaban la camisa y le aflojaban el cinturón, Jana se acercó a la mesita de noche donde había encontrado los ojos dentro de la urna, pero no continuó con el registro cuando los dos hombres salieron; le parecía demasiado arriesgado y no quería volver a tener aquella visión de las esferas sueltas. Solo de pensarlo, de saber que estaban allí, la recorrió un escalofrío. Miró a Gröber, parecía una figura de alabastro sobre un sepulcro. Entonces cayó en la cuenta de que lo que en aquellos momentos la asustaba era su belleza. Su perfección por un lado sobrecogía pero también lo convertía en alguien irreal. Se acercó a él para comprobar que respiraba, tenía sus labios a dos centímetros y se detuvo a mirarlos, estaban muy bien dibujados, abultados en el centro… Jana pensó que resultaba muy contradictorio que detrás de aquella belleza anidara la maldad. Cuando iba a retirarse, Eberhard Gröber abrió los ojos, la cogió del brazo y volvió a decir:

—Freya.

Jana corrió hacia la salida de la habitación y cerró de un portazo. Solo se encontró a salvo una vez que se lanzó sobre su cama en su cuarto, donde ya nada le impidió que le salieran las lágrimas a borbotones. Lloraba por las húngaras, porque habían estado bajo su responsabilidad más expuestas que nunca y por lo que Juste se había visto obligado a hacer.

Durandarte no se había dejado ver por allí en ningún momento. La salida de Dagmar y Sieglinde la había tenido muy ocupada, pero al día siguiente procuraría saber en qué andaba y si tenía alguna pista sobre la niña.

Hacia el mediodía, Jana supo que Eberhard Gröber volvía a ser el mismo. Mientras regaba las plantas del pasillo lo oyó gritar. Reprendía a alguien en su sala de reuniones.

—*Waren die Pferde in einem Wagen? Die Pferde Kommandanten Und wo sind sie jetzt?* [9]

—*Ich weiß nicht, Sir*[10]—le respondía con titubeos uno de sus guardias.

—*Vorwärts! Los! Sie wissen nichts. Und Ich weiss nicht, was Ihr in Canfranc machen.*[11] —Estaba tan furioso que le daba igual

contradecirse, pronunciaba el nombre de la estación con la segunda a como si fuera una e y lo terminaba en sh—. *Ja ich weiß.*—Entonces se detuvo para darle más fuerza a su expresión—. *Ihr verbringt hier wohl den Urlaub. Rufen Sie Kapitän Wagner herbei. Sofort!*[12]

Jana dejó la regadera de zinc en una esquina junto a la puerta del baño del pasillo, antes de que el ayudante de Gröber abriera la puerta, y bajó a la oficina de Juste. A ningún empleado de la aduana le sorprendería verla allí. El desmayo y la posterior recuperación del mayor fue el acontecimiento del día. Y que la camarera que se encargó de acompañarlo fuera a informar al jefe de aduanas de su estado no tenía nada de particular.

LA CÁRCEL DE LA TORRE DEL RELOJ

Viernes, 28 de mayo de 1943

Jana estaba segura de que Esteve cumpliría con su promesa y llevaría a cabo sus pesquisas sobre la desaparición de Valentina, aunque solo fuera por su propio interés. Cada día que pasaba era más pesimista sobre el desenlace, pero se animó cuando Didier le dijo que le habían dado una carta para ella. Jana enseguida se dio cuenta de que estaba representando una comedia en honor a los pasajeros que en ese momento descendían del tren, sobre todo cuando vio a Esteve. Se guardó la nota en el bolsillo y dejó su lectura para más tarde. No imaginaba que tenía que ver con Valentina.

El bandolero estaba ayudando a descender a las damas, muy cortés. Después de varios días en las montañas necesitaba información, saber quién llegaba y qué mercancías transportaba aquel convoy para poder comerciar con éxito y, además, quería asegurarse sobre todo de que las pesquisas que había seguido en relación con la niña eran las acertadas. La experiencia le había enseñado que a veces la mejor manera de esconder las verdaderas intenciones era mostrar otras tan llamativas que sirvieran como el biombo más tupido. Era un maestro en desviar la atención y dominaba como nadie el arte de la observación, captaba muchos detalles que para otros pasaban desapercibidos. Además, sin los caballos se sentía liviano, desembarazado, necesitaba celebrar que los había vendido por segunda vez, y al mejor postor. Le alegraba saber que no los convertirían en carne, sino que estarían muy bien cuidados en Vigo. Él también les había cogido cariño, pero aún le faltaba dar con la niña. En eso no podía fracasar y el tiempo corría demasiado raudo en su contra.

La que se desarrollaba en la estación era una escena galante, de aquellas que tanto complacían a la aristocracia para llenar su ocio. Las mujeres esperaban adrede en el espacio entre los coches hasta que las tomaba de la mano, de una forma tan obsequiosa que parecía que las invitaba a bailar un vals. Jana estaba junto a Arlette, a quien no le dijo que nunca lo había visto tan radiante.

—Eso les gustaría, que las sacara a bailar, míralas, no pueden disimularlo. Babean.

—Como tú —le dijo la francesa riendo.

—Eso no es verdad, Arlette, es un desaprensivo. Seguro que ha venido porque sabía que llegaba ella. —Y pronunció esta palabra con mucha inquina a la vez que aparecía la última pasajera. Se trataba de doña Mimín, la encantadora y burlada esposa de don Gervasio. Su educación no le permitía apuntarla con el dedo, pero no podía evitar

sulfurarse ante aquel encuentro que consideraba todo un espectáculo —. Menudo fin de semana les espera.

—Y tú aquí, aburrida. —Esta vez Arlette quiso añadir algo más pero se contuvo. Le divertía mucho la situación, que Jana se desesperara por negarse a sí misma lo que sentía, pero tampoco quería ser cruel con ella.

Con doña Mimín, Durandarte se esmeró aún más, tales fueron sus palabras y sus gestos que Palmira, su doncella, no sabía cómo comportarse, se le notaba el rubor.

—Arlette, me parece una vergüenza que se muestren así en público. Para bien o para mal, ella está casada. —Mientras decía esto, Esteve la hacía girar como si se tratara de la figurita de una caja de música.

—¿Y él, Jana? *Et lui?* No te olvides de él, no sabemos si está *marié*, casado. Parece que la culpas a ella por ser mujer.

—No es cualquier mujer, Arlette, es la esposa del gobernador civil. Debería al menos guardar las apariencias.

—¿Y si no quiere? Menuda condena tiene ya la pobre. Me estás resultando muy conservadora, Jana, *conservatrice*, te creía más *révolutionnaire*, ¿revolucionaria se dice? —Y volvió a reír porque notaba a su amiga desquiciada.

En aquel momento llegaron varios hombres de uniforme: dos carabineros que entonces se alternaban con la guardia civil y tres agentes de la policía armada. Los primeros se acercaron a Esteve Durandarte y le pusieron los grilletes en un abrir y cerrar de ojos. Entonces Jana se echó las manos a la cara.

—Arlette, que se lo llevan. No puede ser.

—*Tout le monde*, todo el mundo —se corrigió de inmediato al caer en la cuenta de que también sabía decirlo en el otro idioma— sabe lo que ha hecho con los caballos. Y si todos lo sabemos, ¿no crees que habrá llegado también a oídos del gobernador? Si no lo ha detenido antes habrá sido porque no daba con él, pero ya ves, en la primera ocasión que ha tenido, en cuanto él ha bajado al valle, *chassé*, cazado. *Il lui a volé*, le ha robado, *c'est une réalité*. Eso es un hecho, nos guste o no.

—Pero don Gervasio es un malnacido, se aprovecha de los pobres, de los desesperados, es una sanguijuela que engorda sus arcas a costa de los que menos tienen. ¿Por qué lo defiendes?

—Jana, a veces pareces una niña, mi cuarta hija, *ma quatrième fille*, te voy a llamar. Hay que hacer *justice*. Nunca llueve a gusto de todos, decís aquí.

—Justicia, vaya palabra, ¿y la guerra es justa? ¿Que mueran

tantos inocentes lo es?

En aquel momento Juste se acercó hasta ellas y Jana no pudo evitar decirle:

—Laurent, tienes que hacer algo, que no se lo lleven. Puede ayudar mucho a que encuentren a Valentina.

—Jana, su detención no tiene nada que ver con nosotros, esta vez se ha excedido. Por mi parte ya he hecho bastante ayudándole a quitarse de encima los caballos. En todo lo demás tengo las manos atadas.

Durandarte forcejeaba para que no lo tocaran, ya tenía suficiente con los brazos inmovilizados. Cuando pasó por delante de ellos, a pesar de la situación sonrió, más que con insolencia, con orgullo, y guiñó un ojo. No cabía duda de que el gesto iba dirigido a Jana. Ella no le correspondió con una sonrisa, sino que levantó la barbilla y miró hacia el lado opuesto.

Una vez que perdieron de vista la figura de Durandarte, Jana se dirigió al jefe de la aduana:

—Laurent, ¿dónde se lo llevan? —Sus ojos le suplicaban cualquier información que aliviase su angustia.

—Cerca, a la cárcel de la torre del Reloj de Jaca. No te preocupes, pronto estará de regreso. Solo son unos caballos, por mucho que digan que valen —respondió Laurent, un poco sorprendido por el interés, a su juicio desmedido, de Jana.

—No me preocupo, es solo curiosidad —dijo ella intentando disimular.

—Jana, desde que te conozco esa es la frase menos ocurrente que te he oído. —A pesar de lo que suponían, estas palabras en aquellos momentos la tranquilizaron. La había llamado por su nombre y además se había remontado a sus inicios, a cuando comenzaron a colaborar. Tal vez eso significaba que se le había pasado el enfado por lo sucedido con las húngaras.

La camarera tuvo ganas de añadir: «Me da igual», pero se contuvo. Lo apreciaba demasiado como para manifestarle cualquier desaire.

Respecto a la detención de Durandarte, había otro motivo de preocupación añadido que les señaló Arlette con su sagacidad habitual: cuando sus esbirros le contaran a su excelencia la detención con pelos y señales, el detalle central y amplificado sería el que se había producido mientras el susodicho o antedicho, según como se redactara la documentación oficial, se hallaba en compañía de su esposa. Por este motivo, sin duda, las represalias serían aún peores, a pesar de que era puro azar que el apresamiento se hubiera producido

en ese momento. Con aquel dato tan cierto no quedaba por tanto nada claro que su estancia en prisión durara poco.

Jana decidió sobreponerse y ser práctica. Si llevaban a Durandarte al penal de Jaca contaría con el mejor informador posible para la madre y la hija húngaras. De esta forma sabrían a ciencia cierta si Sándor Géllert había pasado por allí.

Nadie se había atrevido a tocar a Durandarte por el tema de la niña, en torno a su desaparición todo eran sospechas, igual que las que recaían sobre Voltor, pero cuando lo extraviado fue el dinero del gobernador y los tres jamelgos recién adquiridos, lo interceptaron en cuanto puso un pie en el pueblo. Respecto al primer asunto, el más feo de todos, jugaba a su favor que seguía sin saberse nada del mendigo alemán, aquel pájaro de mal agüero que tanta incomodidad les producía a todos con su presencia desagradable. Nadie lo había reclamado desde Alemania, no había llegado al cuartel de allí ninguna denuncia sobre su desaparición, parecía no tener arraigo, como si de verdad se tratara de un cuervo, o un ave más similar aún, un buitre.

Con todo aquel ajetreo, Jana se había olvidado del mensaje que le había entregado Didier. Se tocó el bolsillo del delantal para cerciorarse de que seguía allí. Subió la escalinata para leerlo en su habitación. El tratamiento la inquietó; por una parte era tan formal que sonaba a broma y por otra encerraba una disyuntiva nada tranquilizadora.

> *Estimada señorita o señora Belerma:*
>
> *El azar no nos ha propiciado otros encuentros, así que me dispongo a dirigirme a ti por este medio. Seré breve: tenemos bastantes pistas sobre lo que ha sucedido con la niña. Quien la ha retenido parece que no quiere un rescate ni nada en concreto, lo que empeora de forma consustancial las cosas. En este momento no hemos conseguido dar con el paradero de su raptor, pero ya estamos muy cerca. Aún no sabemos si es peor que él esté con ella o que no esté, porque esto segundo, si ella se encuentra encadenada, de alguna manera, podría suponer su muerte por inanición. No quiero intranquilizarte, solo pedirte un poco más de tiempo, el necesario que me permita cumplir con mi promesa.*
>
> *Atentamente,*
>
> *E. D.*

A pesar de su reducida extensión, esa nota le iba a proporcionar a Jana bastantes horas de cavilaciones. El primero en quien pensó fue en Esteve y se le llenaron los ojos de lágrimas… Entonces se dijo que quizás no fuera de él. Las iniciales coincidían, como también coincidían con las del protagonista de la novela de Dumas y eso no significaba que la hubiera escrito Edmond Dantés. Lo lógico era que fuese de Esteve, sí, pero no podía imaginarse a Durandarte expresándose de aquella manera, con una caligrafía tan cuidada y clara, sin borrones que reflejaran el más mínimo titubeo. Esa era la carta de un hombre culto, no de un bandido, de modo que si la había

escrito él, Esteve tampoco era quien decía ser y había decidido manifestárselo de aquella forma velada. La alusión a su estado civil la había alterado. Estaba convencida de que nadie tenía dudas, al menos allí, de que ella era la señorita Belerma.

Había una nota esperanzadora en esa carta: las noticias sobre Valentina parecían buenas. Pero Esteve la había escrito antes de su detención. Ahora ya no podría cumplir su promesa.

Las patrullas alemanas aparecieron en cuanto se percataron de que bastantes hombres se organizaban frente a la estación. Se habían reunido allí para iniciar la última salida al bosque, si en aquella ocasión no encontraban algo determinante darían ya por desaparecida a Valentina. Algunos vecinos no solo habían participado en la anterior batida, sino que incluso se desplazaron hasta Zaragoza y Huesca por si alguien la había visto por los alrededores de sus estaciones. En el pueblo eran continuas las suposiciones sobre dónde estaría y qué le estarían haciendo, además aumentaban con los días y las distintas versiones se acumulaban: que si se la habrían llevado a Barcelona a servir, a la fuerza, y la tendrían retenida, no podría ni llamar por teléfono, o si por lo guapa que era la querrían de cupletista, *ay, don Laurent, llame a Francia, a ver si la tienen en París*, le llegó a suplicar la madre de Valentina al jefe de la aduana, aunque él ya se había puesto en contacto con sus enlaces de la Resistencia por si sabían algo. Desde su oficina telegrafiaron a las gendarmerías de los pueblos limítrofes, pero siguieron sin novedad, nadie había visto a la niña española, tampoco ningún excursionista, montañero, pastor o leñador. Juste reclamó incluso la colaboración de los *passeurs*.

Los de la benemérita habían interrogado a todo el que la vio la tarde de su desaparición y habían recorrido todos los lugares por los que había pasado. Nadie había averiguado nada, por lo que esa última patrulla no tenía muchas esperanzas de obtener algún éxito.

Los guardias apuntaron los nombres de todos los de la partida para comprobar más tarde si volvían los mismos que habían salido, así nadie aprovecharía la excusa de la niña perdida para cambiar de país. Una precaución muy acertada que, por suerte para los fugados la ocasión anterior, había llegado con bastante retraso.

Una vez que cumplieron con el mandato de identificarse, que como siempre que procedía de los alemanes aceptaban a regañadientes, la partida se dirigió hacia la montaña. Allí el ruido de sus pasos y conversaciones ahuyentaba a los osos pardos y a los lobos. El riesgo era caminar a solas porque, sin duda, en el caso de que no marcharan agrupados, los animales los atacarían. Estaban muy atentos a los huesos que encontraban en el camino, los examinaban con mucha atención para saber cuánto tiempo llevaban allí y asegurarse de que eran de ganado. Después del invierno los depredadores estaban más hambrientos que nunca.

Unos cuantos hasta llegaron al nacimiento del río. Valentina, como la mayoría de los de allí, no sabía nadar, si había caído al agua podía haber sido arrastrada hasta la desembocadura o quedar varada

por la vegetación. Se acercaron hasta la confluencia del Gállego con el Aguas Limpias, su primer afluente, siguieron caminando hacia la pequeña catarata del Saliente, se quedaron a las faldas de la peña Foratata o agujereada, la que decían que guardaba el corazón de la diosa a la que pretendió Balaitús, el pico donde se originaban las tormentas. Tal vez había caído o la habían lanzado dentro de aquella cavidad que era, según los lugareños que creían en la leyenda, el hormiguero más grande del mundo.

—Venid, aquí parece que hay algo —gritó en medio de una ladera uno de ellos. Querían que no fueran de nuevo unas pruebas tan insuficientes como las horquillas y el trozo de pañuelo.

Esta frase dio paso al temblor, no solo de los que rastreaban las zonas boscosas alrededor de los macizos, sino de las montañas, que también se agitaban; a pesar de que era una mañana sin viento, había repentinos remolinos de aire que formaban conos giratorios. En la zona se les llamaba balturnos.

Si lo encontrado era el cuerpo de Valentina, todo habría terminado. Como vecinos bien avenidos, seguían sin abandonar a la familia a su suerte, cualquiera que fuera esta. Quienes se unieron aquella mañana al rastreo no solo eran de Canfranc y de Canfranc Estación, sino también de varios pueblos cercanos: de Villanúa, Borau, de la pedanía de Aratorés, con ellos recorrieron el barranco de los Arones, el de Ip, el de Aguaré y el de Cherimosas, una zona de neveros cerca de un refugio. Además de los civiles había varios policías de paisano, a pesar de las instrucciones de que no abandonaran el puesto de guardia tantos a la vez y durante tanto tiempo. Los que se quedaron duplicaron sus fuerzas para que no se notara la ausencia de sus compañeros.

Cuando llegaron hasta el valle de Tena a través de la montaña, el lugar desde el que se había dado el grito de alerta, el padre estuvo a punto de desmoronarse. Había querido permanecer al mando en todo momento, quiso agradecer a todos los que estaban allí su interés por si después ya no era capaz.

Pero no se trataba del cuerpo de Valentina. Lo que habían encontrado era un ejemplar de *Maravillas*, la revista infantil. De ella sobresalía el recortable de una muñeca a la que se podía cambiar de oficio: enfermera, monja o gimnasta con todos sus accesorios, el termómetro, la cruz, la cinta de satén...

Mientras los mayores, algunos con la escopeta al hombro, escudriñaban aquellas páginas apergaminadas, algunos niños señalaron a la cima de la loma más cercana:

—Un cuervo muy grande —dijo uno de ellos.

—No, hombre, que es un buitre —le respondió el que estaba a su lado mientras con un tirachinas lanzaba una piedra en aquella dirección.

El más pequeño del grupo dijo:

—¡Pero si lleva sombrero!

—Que no, que son las plumas de la cabeza, no entendéis nada de pájaros —concluyó el que parecía capitanearlos y que tendría unos once años.

—Si los buitres de aquí no llevan... Son calvos, dice mi padre —continuó el de la honda de cuero.

—Pues a mí me parece un hombre con abrigo —dijo el más pequeño.

—Qué va, si grazna y todo. ¡Cómo va a ser un hombre!

Los mayores estaban inmersos en el tebeo, buscando alguna pista entre sus páginas, y no prestaron atención a los niños, a pesar de que parecían referirse a Voltor.

Cuando, terminada su infructuosa búsqueda, volvieron al valle de Los Arañones, encontraron a la madre de Valentina junto a la verja negra del camposanto. Allí mismo le entregaron el número 180 del tebeo *Maravillas* de la biblioteca Flechas y Pelayos. Su hija tenía algunos de la misma colección, era una publicación que se vendía mucho. Las hojas estaban muy descoloridas, y daba la impresión de que llevaba varios meses a la intemperie, bajo la lluvia e incluso la nieve anterior. Parecía, le dijeron a Leonor, que no era de su hija.

Leonor subió la escalera y dejó sobre el escritorio de la habitación de Valentina el tebeo estropeado. No se le ocurría nada mejor que hacer con él. Miró las seis viñetas de la portada y se distrajo con sus diferencias, cada una variaba de la anterior en muy pocos detalles. Cuando terminó este recorrido por los dibujos, se le ocurrió que tenía que buscar los demás para comprobar si estaba repetido o aquel pertenecía a su hija, como no quería creer. Tomó la decena escasa que poseía la niña y los examinó con atención: el que le habían traído no coincidía con ninguno. Elevó la vista, sus ojos se detuvieron sobre la fotografía de la comunión de Valentina, la misma que Jana le había pedido para llevársela a un conocido que era pintor, según le dijo, y que era en realidad el maestro grabador que le proporcionaba los sellos de caucho y las planchas con que estampaba los pasaportes. En cuestión de minutos, le hizo un retrato a carboncillo según sus indicaciones respecto a los cambios debidos a su crecimiento que apartaban a la Valentina de entonces de la niña del retrato.

Lunes, 31 de mayo de 1943

> *[…] que con un asiento y la cama de pieles formaba todo el ajuar de la celda […] Danglars había reconocido también al bandido cuya existencia no quiso creer cuando Morcef trató de naturalizarlo en Francia. No solo le había reconocido a él, sino también la celda en la que Morcef estuvo encerrado, y que según todas las posibilidades era el alojamiento de los extranjeros.*
>
> *—¡Helo aquí, excelencia!*

En aquellos momentos la lectura de esos pasajes de *El conde de Montecristo*, lejos de proporcionarle entretenimiento y permitir que se evadiera de todo lo que tenía que ver con la desaparición de Valentina, desasosegaba a Jana porque se parecía demasiado a las circunstancias que ella estaba segura que estaría viviendo Esteve Durandarte en la cárcel de Huesca, adonde sabía por Juste que lo habían trasladado después de su paso por la torre del Reloj de Jaca. De forma que esos detalles la depositaban en el presente y le impedían evadirse.

Sus sentimientos hacia el bandolero seguían siendo muy encontrados. Por una parte no podía olvidarse de su conversación sobre el puente, cuando le habló con tanta franqueza, pero tampoco podía olvidar sus gestos insolentes y, sobre todo, su relación con doña Mimín. Todo eran habladurías, pero cuando los vio juntos en la estación, por la forma en que se miraban, ya no le quedó la más mínima duda de que mantenían un romance. También supo otra cosa, incluso antes de que se la señalara Arlette: lo que Durandarte despertaba en ella se podía calificar de cualquier forma menos de indiferencia. Su escarceo la soliviantaba demasiado, tanto que la delataba ante sí misma. Desde hacía semanas tenía muy claro que aquella fijación era demasiado recurrente. Ella abominaba de los chismorreos, solo le preocupaba la vida de sus seres queridos, tan pocos en aquel momento, y le parecía una pérdida de tiempo ocuparse en estos aspectos de los demás. Por eso todo lo que tenía que ver con lo que Durandarte le despertaba resultaba tan contradictorio... Se preguntaba si doña Mimín sería capaz de ir a visitarlo a la cárcel y se besarían allí, en su celda inmunda, contra la pared sucia. Lo más incongruente de todo era que desde que se había producido su detención, tal vez por la impresión que le supuso saber de boca de Arlette lo que probablemente le esperara, Durandarte se había instalado en sus sueños. Como si su presencia no pudiera dar lugar a escenas de otro tipo, estos eran muy tórridos, lo que aumentaba el conflicto que mantenía consigo misma, tanto que llegaba a preguntarse si habría perdido la razón. Era cierto que había estado sometida a circunstancias terribles: la guerra, la muerte de sus padres

durante el bombardeo, los casi seis años posteriores hasta que partió a Canfranc... Jana asumía aquellos vaivenes, era consciente de sus desajustes, pero la mayor parte del tiempo se sentía capaz de aparentar que todo estaba bien.

Sin embargo, en sueños, ya sin ningún control, algunos resortes le saltaban en la mente; durante este estado de abandono se le disparaban. Ante eso la consolaba una idea muy poderosa: ella no era responsable de todo lo que le cruzaba la cabeza y el cuerpo mientras dormía. Aquellas vivencias eran su válvula de escape, la manera dosificada de descargar la tensión que de otra forma no habría podido contener. Esa era la explicación posible de por qué soñaba con Durandarte noche sí y noche también como si el hecho de que estuviera en una celda y no en su refugio de las montañas lo volviera más accesible. A veces estas sensaciones eran de una nitidez y una carnalidad tan palpable que todo lo que sucedía en ellas le parecía que lo había sentido en vigilia. Esteve se había enseñoreado de tal forma de su inconsciente que había desalojado de allí a cualquier otro actor, incluso a sus padres. La ventaja era que después se despertaba descansada, confortada, incluso satisfecha. Sin embargo, la ahogaba la culpa. A pesar de sus intenciones de comprenderse, no se perdonaba ni en sueños. Ella no era libre. Y de esa situación no podía escapar ni siquiera dormida.

Igual que sucedía en aquellos capítulos de la novela de Dumas, Esteve Durandarte estaba en un calabozo que más parecía una cuadra. Las paredes se deshacían con la humedad, el suelo era de tierra y solo el hierro alternaba con estas materias dentro de aquella penumbra continua. Aquel día recibió una visita. No se trataba de doña Mimín como Jana había imaginado, sino de su esposo, don Gervasio. Su excelencia entraba y salía de todas las instituciones, recintos y dependencias de la provincia como si fueran las habitaciones de su casa. En su arrogante consideración, su poder era omnímodo (om-ní-mo-do), como le gustaba decir a él con una de aquellas palabras que casi nadie entendía, para aludir a que su autoridad lo abarcaba todo.

—Vaya, vaya, vaya, a quién tenemos aquí. A la leyenda —dijo mientras dibujaba con los dedos en el aire un cartel.

Durandarte no lo miró. Estaba sentado en un rincón debajo de un ventanuco de forma que el sol escaso de las diez de la mañana caía sobre él como si fuera una limosna de luz. Con reconocer su voz le había bastado. Estaba tranquilo: tenía las rodillas flexionadas, se las agarraba con las manos cruzadas, la camisa blanca abierta, hecha jirones, y la melena suelta; le habían requisado la cinta de cuero por si intentaba estrangularse con ella, sin saber que nada quedaba más lejos

de su voluntad. Su estado allí era el de quien espera resignado a que el tiempo pase para verse otra vez libre. No tenía ninguna duda de que así sucedería. En el penal de Jaca apenas estuvo unas horas porque Casanarbore había hecho que se lo acercaran más, hasta allí, para gozar de su proximidad. Le gustaba tenerlo en su territorio, en el núcleo provincial de su potestad.

Hasta esa reunión de los dos personajes más distintos que nadie pudiera imaginar llegaban alaridos desde otras celdas. El jefe del Movimiento en aquella demarcación sonreía. Por motivos como aquel, Esteve se negaba a mirarlo. No quería darle la satisfacción de que la puesta en escena de su mezquindad y de su vileza contara con él como espectador. Como el bandolero continuaba inmóvil y por su actitud el gobernador sabía que no lo honraría con un grato coloquio, llamó a un par de guardias que sin mediar palabra lo ataron con una cuerda que le rodeaba cada una de sus muñecas y que pasaron después por una argolla clavada entre la junta de las piedras de la pared. A don Gervasio le entregaron un látigo sobre una bandeja cubierta de una tela granate con borlas doradas a ambos lados. Lo presentaban de esta manera como si aquel instrumento de tortura fuera un objeto sagrado. A Esteve se le ocurrió que en su empuñadura llevaría grabadas las iniciales G.C. El gobernador lo hizo restallar primero contra el suelo de tierra para probar su firmeza y elasticidad y que de paso el otro supiera lo que le esperaba.

El primer latigazo le abrió la caja del dolor. Continuó callado, con cualquier cosa que dijera, Casanarbore se sentiría provocado y llamaría a uno de sus carceleros para que lo relevara una vez que él se hubiera cansado de azotarlo. Su situación empeoraría todavía más porque, a pesar de la escasez de alimentos, a quienes lo custodiaban se les veía aún bastante fornidos. La sangre comenzó a manarle desde el primer bandazo, sintió escozor, la quemazón de la herida abierta. El siguiente correazo ya fue sobre la carne viva. Mientras recibía el cuarto, el silbido de la tira cortó el aire pero no consiguió tapar los jadeos entrecortados del gobernador. Durandarte creyó que se debían a su esfuerzo, pero enseguida se dio cuenta de que aquellos resuellos tenían un cariz más emparentado con la excitación. No cabía duda de que disfrutaba con su martirio; que además se lo infligiera él, sin intermediarios, aumentaba su placer, pero aun así su reacción era desmesurada. Apenas un par de minutos después de comenzar, la respiración de Casanarbore era demasiado fuerte, se esforzaba en tragar oxígeno, como si le faltara. A Esteve se le pasó por la cabeza que muriera allí, que le diera un infarto a consecuencia de tanta agitación. Después escuchó como un ronquido entrecortado que

enseguida se mezcló con un chillido largo, como de roedor al que le han pisado la cola. Casanarbore no se molestó en disimular lo más mínimo que acababa de descargar la tensión que tenerlo allí atado, casi desnudo, bajo su látigo, le había producido. Esteve no pudo verlos, pero sus espasmos musculares cesaron enseguida, fueron muy breves, propios también de un mamífero de escaso peso y volumen como era el caso de don Gervasio. Se recompuso y, queriendo sonar solemne, algo imposible con su voz de flauta desafinada, le dijo a modo de despedida:

—Así aprenderás. Mi mujer es sagrada. A Mimín no la toca nadie.

—Ni usted —musitó Durandarte.

—¿Qué has dicho, escoria? —La voz del gobernador sonó tan aguda que parecía que hablaba en un falsete aún más hiriente. Con la humedad entre las piernas, don Gervasio salió de la celda. Los guardias no volvían a desatarlo. A pesar del aturdimiento que le producía el dolor de las heridas abiertas por los latigazos y de la soga que le desollaba las muñecas, a Durandarte aquella experiencia le proporcionó una certeza muy rotunda sobre las apetencias sexuales de su excelencia.

Ya en la calle, el señor gobernador dio unas palmadas para que acudiera su chófer, como si espantara palomas. Esteve sabía que su estancia allí detenía muchas cosas: si a pesar de sus indicaciones algunos fugitivos se arriesgaban a pasar las montañas sin ayuda, él no podría salvarlos, de la misma forma que sentía cada minuto como una oportunidad menos de hallar a Valentina con vida. Abrió los brazos y los movió con fuerza, pero solo le sirvió para comprobar que le era imposible liberarse de aquellas cuerdas. Un pensamiento lo atormentaba: no poder cumplir con la promesa que le había hecho a la camarera de encontrar a la niña. Sin su palabra no era nadie y no quería verse desposeído de ella de aquella manera.

EL PALACIO DE LA LUZ

Cárcel de Huesca, domingo, 6 de junio de 1943

Antes del amanecer ya se había formado una cola de un par de cientos de personas delante del edificio de la prisión. En su mayoría eran mujeres familiares de los presos. Entre las madres, hermanas, sobrinas, hijas, esposas o tías, estaba Jana Belerma con un documento recién fabricado por ella misma por si tenía que certificar qué grado de parentesco la unía al bandolero. Había elegido el de prima porque tampoco quería aumentar, aunque fuera inventada, su proximidad a él. Había decidido hacer de tripas corazón y desplazarse allí porque no hacerlo le parecía una manera de eludir su compromiso con Sieglinde y Dagmar Géllert. Al menos eso era lo que se había contado a sí misma, sin poder negarse que ver a Durandarte también le despertaba mucha curiosidad, no sabía si sana o insana. Había muy pocas personas en su vida y tenía la esperanza de que Esteve alguna vez formara parte de ese limitado círculo al que pertenecían aquellos a los que podía llamar amigos.

Cuando apareció un guardia ante el portalón del centro fueron tantos los gritos que Jana prefirió quedarse callada hasta que cesaron. Como Durandarte no estaba entre aquellos que metían las caras entre los barrotes de las rejas, de tan flacas que las tenían, porque no esperaba que nadie fuera a verlo, ella pidió que lo avisaran.

—Tú, rufián, tienes visita, ha venido una que dice que es tu prima. Sal, pero no tardes —le dijo uno de sus carceleros.

Durandarte estuvo a punto de responderle que él no tenía primas, pero se calló a tiempo. No podía quedarse allí sin saber quién le aguardaba afuera. Le costó incorporarse en su celda, como si el hecho de ser tan alto le complicara aún más estirar los brazos y las piernas para deshacer su postura plegada de tantas horas seguidas.

Bajó las escaleras despacio, sus músculos agarrotados no le permitían avanzar de otra manera, y, cuando se acercaba al umbral separado de la calle por varios metros y muchas rejas, se tapó los ojos, pues la luz lo laceraba, y se detuvo porque no quería caminar a ciegas. Entre sus dedos vio a la multitud agolpada allí.

—Vamos, muévete —le dijo uno de los guardias de la puerta a la vez que lo empujaba con tanto ímpetu que casi lo tiró por los peldaños. Antes de caer, Esteve se sostuvo de la barandilla con la mano derecha. En ese momento, como si estuviera en lo alto de una de las cumbres del Pirineo, se puso la otra mano a modo de visera y vio a una mujer sola, que no hablaba con nadie. La reconoció. Su presencia allí era lo más parecido a un sueño, una sensación de lluvia en el infierno.

Una vez que Jana lo tuvo enfrente, al principio, entre tanto barullo, lo veía mover la boca, pero no podía escucharlo. Al final entendió que le decía:

—Nunca me voy a olvidar de esto. —Hablaba con tranquilidad. Se le notaba cansado pero también alegre, al menos en aquellos momentos. Ella había ido hasta allí a visitarlo y esto tan solo le bastaba. Era la primera vez que la veía sin el uniforme y la sintió arrebatadora.

—¿Qué? —Jana seguía esforzándose. En apariencia su peso no había disminuido, pero sus ojos tenían menos brillo y los pómulos estaban más marcados por efecto del agotamiento. En cambio, mantenía la misma sonrisa arrogante.

—Eso —se limitó a añadir él.

Jana llevaba un vestido de flores camisero bastante escotado para la época del año en la que estaban, aunque allí los días en los que hubiera podido lucirlo a cuerpo eran pocos incluso avanzado el verano. Lo cubría con una chaqueta de punto calado. Las dos prendas pertenecían al vestuario del que les proveían los ingleses para camuflar a los judíos. Su ropa de la época de Zaragoza había dejado de servirle y eran muy escasas las ocasiones en que podía lucir algo distinto a la ropa de trabajo. Con aquel atuendo que ella sabía que le favorecía mucho no quería provocar a Durandarte, sino hacerle ver que, si contaba con los medios adecuados, también era capaz de vestir y comportarse como una dama, que lo único que doña Mimín tenía de especial era su dinero. Este era el desafío que se había marcado aquella madrugada antes de salir de Canfranc: impresionarlo, que supiera que no era una más, que no iba a caer rendida a sus pies, sino que había viajado a Huesca porque su colaboración con la red lo exigía.

Esteve apuntó con un dedo hacia una esquina, ella recorrió muy seria la tapia en paralelo a él. Durante aquellos escasos pasos no se miraron, el prisionero prefirió no alzar la vista para que no le descubriera en los ojos la ilusión que le hacía que ella estuviera allí. En el rincón más apartado de la entrada central pudieron acercarse un poco. Entonces él le volvió a sonreír de la misma manera que lo hizo cuando se chocaron con las bandejas en el vestíbulo de la estación, con el gesto exacto que ella necesitaba pero por el que no iba a dejarse arrastrar.

La víspera, Jana había preparado una cesta de mimbre con queso, membrillo, plátanos y hasta una lata de leche en polvo americana que le dio Arlette. No quiso escribirle un mensaje porque sabía que examinaban a conciencia los paquetes antes de entregárselos a los

presos. El contenido del bote se lo comería a pellizcos o lo mezclaría con el agua que les daban una vez al día dentro de un pote de metal. Pero era calcio al fin y al cabo, mejor que la cal de las paredes que arrancaban otros para masticarla e ingerirla. Sobre la cesta, que Jana después entregaría en la puerta, como si fuera una frazada que tapaba el interior, había una camisa blanca, mullida, planchada, que ella había cogido del hotel para que sustituyera a la que llevaba hecha trizas. Durante el trayecto en tren había ensayado lo que le diría, qué respondería él…, pero de nada le sirvió cuando Esteve comenzó la conversación de una forma muy inesperada. Se notaba que era alguien práctico, a quien no le gustaba nada perder el tiempo.

—El miércoles a las siete en punto cruzaré el puente del río Aragón de nuevo. Ya verás —le dijo Esteve mezclando los gritos con los gestos.

—¿A que no? —Jana no pudo evitar el tono de desafío. Le salió de forma automática porque estaba segura de que era muy difícil que lo soltaran—. No es todo tan sencillo, Esteve. —Jana remarcó mucho la palabra no.

—¿No? —Cuando le dijo esto volvió a sonreír, las marcas a cada lado de sus ojos parecían colas de peces. Jana tuvo la impresión de que no se refería a salir de allí, sino que la interrogaba sobre las posibilidades que tenía con ella. Se apresuró a transmitirle lo que la había llevado allí.

—Juste me ha encargado que te diga que aproveches mucho todo el tiempo que estés aquí encerrado, que tú sabrás a qué se refiere, y además pregunta por un húngaro, se llama Sándor Géllert, por favor. —Estas dos palabras las dijo en un tono bastante más bajo, casi inaudible, para suavizar su expresión, porque cuando comenzó con su enumeración notó que en el rostro de Esteve se dibujaba algo parecido a la desilusión. Era como si se apagara. Cerró la boca y dejó caer la mirada.

A Esteve le había quedado muy claro el mensaje y también que no había nada más. Para conformarse se dijo que tampoco tenía mucho sentido conseguir la libertad y atarse a una mujer. Lo que a continuación le contó Jana lo interpretó como un pago muy generoso por los escasos servicios que le solicitaba. Le dijo que le llevaba unos dólares de plata, la moneda habitual en el comercio de la frontera. A ella se los había proporcionado Juste, no eran muchas piezas porque así sería más difícil que las descubrieran, pero si conseguían burlar la vigilancia, a Jana no le cabía duda de que él sabría sacarles el máximo partido. Montlum le había explicado el truco para abrir un plátano con un hilo de forma que después no se notara; hasta que lo consiguió

le tocó comer bastante puré de esta fruta para no desperdiciarla. Pero después de tanto ensayo estaban en la cesta con las monedas de plata dentro. Lo más grave que podía suceder era que las encontraran y se las quedaran. Si así ocurría los guardias estarían atentos por si ella volvía a llevarle otra mano de plátanos.

Mientras lo tenía enfrente, Jana pensó que verla allí hablando con el bandolero hubiera escandalizado a sus padres. El alboroto en la puerta de la cárcel de Huesca ya había mermado un poco, por eso Durandarte tuvo que gritar menos esa vez:

—Ha valido la pena que me encarcelaran. —Aquello no le importaba que lo escucharan los que los rodeaban.

Esteve se sabía mejor que muchos otros y disimularlo le hubiera resultado hipócrita. Él era así, para bien y para mal, pero a pesar de sus palabras y de sus ademanes lo sintió vulnerable. Le cruzó un pensamiento nefasto por la cabeza, pero decidió que a ella no le incumbía su vida íntima, que allá él. Eso sí, no podía ni imaginar qué clase de atracción le producía aquella mujer, doña Mimín, para que fuese capaz de vivir tantos riesgos por ella. No pudo evitar relacionar la seducción que ejercía la esposa del gobernador sobre él con una cuestión de poder, como si conquistarla fuera también un desafío, una muestra más de su temeridad. Y también se dio cuenta de que estaba obsesionada con la relación de ambos. No supo si responderle a aquello, solo sonreírle o no hacer ninguna de las dos cosas. Mientras lo pensaba, un guardia al que no habían visto llegar le dio a Esteve un culatazo en los nudillos de la mano con la que agarraba la reja para indicarle que ya había terminado el tiempo de visita. Quiso acercarse aún más a Jana a través de aquella celosía de forja, pero ella ya se había apartado sobresaltada.

Esa mujer era única, trabajaba lejos de su casa sin que pareciera necesitarlo, sus modos, su educación la delataban, era amiga de sus amigos, sin importarle que estos fueran varones, se la veía muy desenvuelta, se bastaba a sí misma. Sabía que era de Zaragoza y, sin embargo, parecía sentirse en Canfranc como en su casa. Todo un misterio, un hermoso enigma, pensó el bandolero mientras se alejaba hacia el interior tenebroso del penal de Huesca. No sabía si era por efecto de aquel entorno en el que Jana contrastaba tanto, pero, a diferencia de las veces anteriores, le había descubierto una belleza sobrenatural, como si le manara de dentro. La mirada que mantuvieron pareció solidificarse, como si fuera un puente entre ambos que obrara una especie de pacto del que aún no supieran a qué atendía.

Jana se quedó allí hasta que lo perdió de vista. Se había sentido

muy a gusto a su lado a pesar de las circunstancias. Pero de inmediato se recompuso de aquel pensamiento con un antídoto que se enunció para sí misma: a todas les sucederá igual y después a saber cómo acabarán. Luego se acercó hasta el cuerpo de guardia, al otro lado del paso de ronda que separaba los locutorios generales, para entregar los víveres.

La cárcel estaba dividida en cuatro galerías con forma de aspas de molino, desde las que llegaban gritos, proclamas y algunos vivas. A los que aún quedaran allí el siguiente año los trasladarían al nuevo baluarte del orden que ya estaban construyendo en esa misma ciudad. Para estrenar la nueva cárcel tendrían que contar con la fortuna de uno de los pocos indultos que llegaban por goteo, no haber sido asesinados mediante la aplicación de la ley de fuga o fusilados después de un consejo de guerra por adhesión a la rebelión. También tendrían que estar libres de cargos por tenencia de armas y explosivos, acreditar que no eran masones, ni sindicalistas de la CNT, no haber vendido periódicos que no hubieran pasado la censura, ni estar afiliados a las Juventudes Libertarias, no haber promovido huelgas, ni ser enemigos de la fuerza pública… En resumen, no haber sido juzgados y condenados por el solo hecho de estar vivos. Jana albergaba la sospecha de que por muy seguro que estuviera Durandarte de que su cautiverio iba a durar poco, también conocería el nuevo edificio.

Como aún faltaban varias horas para coger el tren de vuelta a Canfranc, Jana Belerma se fue al cine. Eran muy pocas las oportunidades que tenía de hacerlo, así que aprovechó aquella. El palacio de la luz le pareció el mejor nombre posible para una sala de proyecciones, aunque se tratara de una construcción muy precaria cubierta por un toldo. No dejaba de sentir con mucha intensidad la presencia de Durandarte e imaginaba que estaba con ella y ambos se dirigían a ver una película como cualquier otra pareja. Más le valdría, se dijo; cualquier cosa menos estar donde está. La vida era muy difícil para todos en quellos tiempos, y más para las personas con las que ella se relacionaba. Si unos años antes le hubieran contado todo aquello no lo hubiera creído, le habría parecido el argumento de una de esas películas que se exhibían en la gran pantalla de aquel solar de la plaza Cervantes. Una historia más de las que se sentían con mucha pasión, pero solo mientras duraban.

Cuando compró la entrada lo que quería era un billete que la transportara lejos, a donde fuera, que le permitiera estar en otra realidad, pero sin exponerse, aunque tampoco podía negarse que quería que ese pasaje fuera de vuelta porque a pesar de todo

necesitaba seguir en Canfranc con Juste, Arlette, Montlum, Didier y… Detuvo esta enumeración mental porque no quería llorar al pensar en Valentina. Con las manos ocupadas por la gaseosa y la bolsa de pipas, se sentó para dejarse inundar por la imagen del vuelo de un águila que anunciaba el *Noticiario y Documentales Cinematográficos*.

Lunes, 7 de junio de 1943

Un repiqueteo sobre el cristal de la puerta de la oficina de la aduana avisó a Juste. Uno de los aprendices de La Poste, los correos y telégrafos franceses, le entregó un telegrama.

—*Son jeu.* Su juego —le dijo. Laurent fingía que mantenía una partida de ajedrez por este medio con un colega suyo destinado en París. De esta forma sus mensajes no despertaban ninguna sospecha. Él se había negado a transmitir fórmulas del tipo «las cigüeñas emigraron» para referirse a los judíos, o frases semejantes que de tan absurdas llamaban la atención más que cualquier otro recado, como hacían otras redes de espionaje.

Antes de que aquel chico se retirara lo leyó en voz alta:

—*Zugzwang* —dijo mientras levantaba una ceja.

—*Un seul mot? Votre ami est allemand?*[13]

—*Il est français. Il s'agit d'un mouvement. Je vais vous apprendre à jouer quand la guerre sera finie.*[14] —De esta forma lo despidió, ofreciéndose para enseñarle a jugar una vez que acabara la guerra.

Respecto a la jugada, no entró en más detalles porque una de sus primeras normas era que no se debía perder de vista que a veces los más sagaces son los que menos lo aparentan. Literalmente significaba «obligación de mover». Para Juste no había más que añadir. Si alguien lo leyera con la mente puesta en el tablero interpretaría que solo podía realizar una acción, fuera de él le advertían de que algo no iba bien con el primero de los enviados. Se trataba de Chagall, el pintor.

Un hombre encogido llegó en el siguiente tren. Miraba a todos lados y llevaba una carpeta bajo el brazo. Nada más poner un pie en el andén los guardias alemanes le pidieron la documentación a la vez que le cerraban el paso en su intento de acceso al vestíbulo. Obraban con tal decisión que parecía que alguien les había informado de que estaría allí a aquella hora.

Jana, Montlum y Juste disimularon su impaciencia de forma que no se notara que lo estaban esperando. Ni siquiera podían mirarlo, todo tenía que convertirse en una coreografía en la que cada paso encajara con los de todos los demás que se movían a través de aquel escenario.

—*Herkommen.* Venga aquí —le dijo uno de los soldados. Jana sudaba; de momento ya lo habían detenido nada más bajar del tren. La primera en la frente. Pensó en la traición, cualquier persona podía dedicarse a delatar, venderse al mejor postor. Le habían cambiado el nombre en los papeles, no podía aparecer allí como Moishe Segal porque enseguida darían con su origen al llamarse como el padre de

su pueblo. Juste los observaba aparentando indiferencia, como si aquella escena que se desarrollaba ante sus ojos no tuviera nada que ver con él, como si lo único que le llevara a permanecer allí fuera la curiosidad por saber qué sucedía. Continuó su paseo paralelo al tren hasta que vio surgir la cabeza de Didier de una de las ventanas y subió.

—¿Qué pasa?

—Es más terco que una mula. Se ha negado a esconderse en Oloron. ¿Sabe qué me ha dicho? Que su obra lo salvaría o lo condenaría. Habrase visto. Estoy muy harto de todo esto, Laurent. Nos faltaban los artistas.

Juste bajó del convoy de un salto, y volvió hasta el umbral del vestíbulo que no le dejaban franquear al recién llegado.

—*Dokumente* —le decía en aquel momento el otro soldado. Según su cédula de identidad era bielorruso de origen y de nacionalidad francesa; según su pasaporte pasaba de la cincuentena y por tanto ya no estaba en edad militar. Cuando iba a mostrarles el *laissez-passer*, el salvoconducto galo, los dos cartones atados con cintas que llevaba bajo el brazo se le deslizaron al aflojar la presión contra su cuerpo. El suelo del andén se ilustró con sus pinturas, se llenó al instante de hierba, de estanques turquesa, de azul celeste. Había un violinista, payasos, ángeles, acróbatas, novios que sobrevolaban pueblos... Los guardias se quedaron inmóviles. No sabían qué hacer. Uno de ellos entró en el puesto de vigilancia y el otro le preguntó:

—*Was ist das*?[15]

—*Mon travail*[16] —le respondió en francés Chagall con mucho orgullo.

—*Sieht aus wie von Kindern gemalt. Es sind wohl keine jüdischen Kinder?*[17]

Montlum pensó en todos los niños que habían partido hacia un futuro libre desde la habitación bisiesta. Se agachó y comenzó a recoger los dibujos con mucha delicadeza. Para él eran sagrados. Entre las dos últimas láminas metió los billetes para el tren. Si se detenían en el registro necesitaba llevarlos, se los pedirían y lo deportarían si no los mostraba.

Un empleado de la oficina de aduanas que dirigía Laurent se acercó de una manera que aparentaba ser casual, como si su jefe no se lo hubiera ordenado aquella tarde. Lo que le entregaba era su as en la manga ante los problemas que el telegrama sobre el ajedrez le había anunciado.

—*Monsieur* Juste, tiene que abrir inmediatamente este sobre, es urgente. Se nos había traspapelado. Lo siento, señor.

Se trataba de una carta de recomendación del cónsul británico en San Sebastián, un documento que Laurent guardaba por si necesitaba usarlo alguna vez con alguien de su familia. Pero aquella tarde decidió que si se complicaba el paso del pintor bielorruso su responsabilidad le obligaba a utilizarlo. En aquellas líneas se decía que quien portara aquel documento se convertía en ciudadano protegido, era una medida tan excepcional que no quedaba más remedio que cumplirla. También en las guerras existían salvedades.

El pintor judío le regaló a Montlum en agradecimiento por ayudarlo —en apariencia solo a recoger sus pinturas del suelo— una tabla; le dijo que se llamaba *El asno verde, L'Âne vert,* y otro dibujo con un gallo sobre el que había dos personajes.

Tadeusz, el asistente de Wagner, que había sido profesor de lenguas clásicas en la universidad de Heidelberg antes de la guerra, se acercó a ellos al verlos hablar.

—Teniente, ¿le parece este arte degenerado? —Era Wagner, que lo miraba con atención mientras señalaba unas láminas esparcidas aún sobre el andén ante el vestíbulo de la estación.

—Con su permiso, capitán Wagner, yo creo que solo hay una forma válida de arte, el que conmueve.

Les había resultado toda una sorpresa aquella accidental exposición en horizontal.

—Nunca dejará de admirarme el talento —añadió Wagner—. Vaya con sus pinceles, siga, pero tenga cuidado, otros tal vez no sabrán apreciarlo como nosotros.

Con estas últimas palabras parecía referirse a los gustos más clásicos de Gröber, quien no estaba por allí pero que en cualquier momento podía sumarse a la discusión estética, sin duda, para condenarlo por aquellos cuadros. Cuando dijo esto miró como en un acto reflejo hacia arriba, hacia el lugar aproximado en el que se encontraba la habitación del mayor. El azar siempre es el que lo decide todo. Chagall se había salvado por los pelos, por un capricho de aquellos dos oficiales que decidieron dejarse llevar por sus gustos artísticos. No habían contravenido las órdenes del Reich respecto a la solución final, sino que detuvieron el interrogatorio bastante antes de que ningún dato desvelara que era de ascendencia semita. Si fue intencionado o no, nadie podría probarlo.

Mientras se desarrollaba el incidente, Chagall permaneció sentado sobre su maleta en un gesto que a Jana le resultó muy curioso, al menos en aquellas circunstancias. Cuando el hombre se levantó, ella pensó que el régimen nazi aplicaba la misma aleatoriedad para detener a alguien que para no hacerlo, aunque estas segundas

ocasiones eran las menos.

Jana se sacó un resguardo del bolsillo del delantal y se dirigió a la aduana con la excusa de recoger un paquete de libros. Lo habían abierto para la inspección. Como si nada de lo que acababa de suceder fuera real, Juste le preguntó:

—¿Te gusta Dumas? —El envío que le acababa de llegar era *El tulipán negro* y otras dos novelas de ese autor.

Jana estaba convencida de que nunca se habituaría a esas situaciones. Tras lo que acababan de vivir la esperaba un coloquio literario. La expresión templar los nervios no podía adecuarse mejor a la manera de actuar de Juste. Por eso decidió contraatacar para demostrarle que ella también era capaz de comportarse como él, o mejor incluso.

—Ahora estoy leyendo *El conde de Montecristo*, me lo recomendó Montlum. A Edmond Dantés lo acusan de trabajar como espía para los ingleses. ¿Lo sabías?

—Sí, claro, lo leí en el colegio. —Entonces Juste bajó la voz y le dijo al oído—: Parece que me influyó mucho.

Ella no pudo contener la carcajada. Necesitaba reírse y cuando lo hizo se dio cuenta de los días que habían pasado sin que le mudara el rostro. Aquellas sombras sobre su ánimo eran imposibles de apartar. La invitó a que pasara por su casa al día siguiente para tomar un café por la tarde. Jana era consciente de que el jefe de la aduana multiplicaba sus atenciones hacia ella para intentar mitigar, aunque solo fuera por un rato, el desconsuelo que le provocaba no saber nada de Valentina.

Cuando volvió a centrar su atención en el envío, comprobó que en el remite decía «Étienne Guinart», movió la cabeza a un lado y a otro para indicarle que se había equivocado de destinataria, pero Juste se lo acercó. Jana tomó el paquete y se marchó a su habitación.

Martes, 8 de junio de 1943

Al día siguiente la reconfortó la compañía del matrimonio Juste durante su descanso vespertino. Como era su costumbre, Laurent fue al grano, comenzó dando respuesta a la pregunta que había quedado en suspenso sobre la identidad de quien le escribía:

—Étienne Guinart es un aristócrata, tiene bastantes cosas en común con el de la novela que estás leyendo —comentó con el bisbiseo habitual.

—Laurent, te aseguro que no necesito más distracciones, tengo la mente muy ocupada.

—A veces se salvan personas de una en una, de cien en cien, pero con esto que te voy a contar, y que no me cabe duda de que

llevaremos a cabo, los liberados serán millones y te aseguro que no exagero. Vamos a pasar por aquí un radiotransmisor. Con él se comunicará por primera vez la Resistencia desde Francia con el mando aliado en Gran Bretaña. Desde Zaragoza lo llevarán hasta San Sebastián. Como siempre, de ahí a Londres vía Madrid.

—Con tantos alemanes aquí… —Jana fue incapaz de decir nada más.

—Aunque no lo creas, es la ruta más segura. En esos libros, que te pasaré más adelante para algo que te voy a explicar enseguida, está toda la información. Este hombre, Guinart, es valiosísimo. Trabaja en el SOE, Special Operations Executive, el cuerpo de élite de Churchill para operaciones encubiertas y sabotajes. Lleva una vida nada contemplativa. Después de entrenarse en Manchester durante medio año saltó en paracaídas sobre suelo francés, lo detuvieron por volar algunos tramos de vía férrea y una estación eléctrica, se lanzó del camión en el que lo trasladaban en marcha, esquivó todos los tiros con los que intentaron acribillarlo, robó un coche oficial nazi que tenía las llaves en el contacto y volvió a Inglaterra en un submarino. Dicen que además tiene un hijo bastante parecido a él. Se ve que son una saga. Ahora Étienne trabaja allí para que París sea libre cuanto antes. Cuando le llegue el radiotransmisor nos avisará por el mismo medio. ¿Qué te parece?

—Me parece de novela. ¿Y qué tengo yo que ver en todo esto? Además, ¿no es muy arriesgado que él firme con su nombre?

—Lo hace porque no es el verdadero.

Entonces Juste le indicó que se acercara a uno de los libros de los que recibía con cierta frecuencia. Los envíos se repartían entre ambos para que su número no resultara sospechoso.

—Tienen mapas, pero no están a la vista. Los tengo que trazar yo según los números de los capítulos y las líneas de determinadas páginas.

—Y yo me encargo de afilar los lápices.

—No, escúchame. Cada vez que termines de leer un libro escribirás una reseña sobre él en francés y se la enviarás a Guinart para que la publique en la prensa, por supuesto, en la ocupada. La primera será la de *El conde de Montecristo*. En ese texto irá toda la información codificada. Yo te daré los datos para insertarlos. Cualquier lector disfrutará de tus impresiones sobre el libro y solo a quien van dirigidas las palabras precisas lo interpretará de otra manera. Invéntate un seudónimo romántico, un *nom de plume*, decimos nosotros, ya lo sabes. Y mientras estas hojas vuelan una vez al mes hacia el norte nos encargaremos de que salga bien lo de la radio.

Jana pensó que Laurent tenía la habilidad de transmitir sus órdenes como si contara una historia. De esta forma, ya parecían pasado, inmodificables por tanto.

Martes, 8 de junio de 1943

> *He de significar a V. S. que el citado es contrabandista, que pasó innumerables veces la frontera, que se aprecia en él una conducta reveladora de inclinación al delito, manifestada por la comisión reiterada y frecuente de robos y otras contravenciones penales encaminadas a proteger la emigración clandestina de personas no autorizadas para ello con fines ilícitos y remuneratorios. Dada la contextura moral del detenido, no puede presumirse que se dedique en la vecina nación a nada que no sean las citadas actividades delictivas.*

Esta carta de la comisaría del sector central al gobernador parecía escrita al dictado de este, de tanto que le satisfacía su contenido. Con estos cargos se garantizaba que Durandarte pasaría una buena temporada a la sombra, y no precisamente a la de su mujer. En los mismos términos ordenó a su secretario que telegrafiara su contenido a la Dirección General de Seguridad:

> *Contrabandista. Stop. Paso frontera. Stop. Tráfico personas. Stop.*

De esta forma se resumió su expediente.

Mientras tanto, Esteve se bañaba dentro de la celda en un haz de luz bastante generoso. No dejaba de mirar el ventanuco con el gesto más habitual de cualquier preso. Permanecer allí significaba que cada vez le sería más difícil salir, llegaría un momento en que no sabrían quién era ni lo que había hecho. Se podría perder su expediente como había sucedido en tantos otros casos. Solo, sin Jana al otro lado de la reja de la cárcel, no tenía que fingir. Su confinamiento le había proporcionado aquella vivencia: que ella estuviera al otro lado del muro, como si se tratara de una aparición. Estaba seguro de que cualquier cosa que supiera de ella no lo sorprendería porque le parecía extraordinaria, un portento. Era firme, decidida y despierta. Entonces Durandarte pensó en su cuerpo, en sus senos puntiagudos, su melena rizada color fuego, en sus ojos a través de los que se le veía la audacia. Pensó que era una mujer de armas tomar, la imaginó en las montañas, a su lado, vestida con pantalón, botas y con una escopeta colgada al hombro. No pudo evitar que esa imagen lo hiciera reír. Así lo encontraron los guardias que entraron en aquel momento. Le llevaron apenas un dedo de agua y dejaron en el suelo una escudilla llena de engrudo: ese era su alimento los días más afortunados, una sopa desleída, los otros.

—¿Cómo os llamáis? —les preguntó como si entre ellos no existiera la relación de vigilantes y preso. Ninguno de los dos había cumplido aún los veinte.

—No nos está permitido hablar con los prisioneros.

—Bien, pues escuchad solo. Seguro que os gustaría ascender, dejar esto, tener una buena casa, criados, tierras, hacer a vuestras mujeres muy felices regalándoles caprichos que a ellas ni siquiera se les ocurriría que existen. —Durandarte utilizaba la información que

había captado de sus conversaciones en el pasillo que conducía a su celda, por eso sabía que los dos tenían novia—. Comer con cubertería de plata carnes trinchadas, faisán, pularda… —Se demoraba en cada palabra como si quisiera darles tiempo a que imaginaran cada una de aquellas exquisiteces.

—Vamos, que está loco. Seguro que se ha quedado así después de la paliza que le dio el señor gobernador. Delira —dijo el más bajo de los dos mientras tiraba de la manga de la guerrera del otro.

A pesar de su actitud, su compañero no se movía, hipnotizado por todas aquellas referencias.

—Cerrad la puerta —se arriesgó a decirles Durandarte porque le parecía que aquel era el momento en el que flaqueaban.

—Nosotros no recibimos órdenes de gusarapos.

—Está bien, está bien. No he dicho nada. —Y se calló.

Durandarte apoyó la cabeza contra la pared, cerró los ojos, sumido en tal silencio y quietud que creyeron que se había dormido.

—Acaba. —El que quería irse se acercó y le dio una patada en la pierna.

Esteve abrió la mano y les mostró las monedas de plata que Jana Belerma le había llevado como tropezones de los plátanos.

—Dólares americanos. Con unos cuantos de estos os forráis.

Cada uno cogió cinco. Parecía que eran el pago por el derecho a continuar hablando. Durandarte les señaló el hueco por el que entraba la luz.

—Veo que esa reja está suelta, que se mueve. Solo necesito que sea verdad, una cuerda para subir, no para colgarme, que entonces os quedáis sin nada más, una manta para que no haga ruido cuando la deje caer desde arriba y una escalera al otro lado. Vosotros sabéis cómo funciona esto, quién está y dónde en cada momento. Soy rápido, eso os lo garantizo.

—Nos fusilarán.

—No, porque vosotros no tenéis que hacer nada. Solo dormir. Nadie sabrá quién me ha traído las herramientas. Tengo muchos cómplices. —Y cuando les dijo esto les sonrió con mucha seguridad.

—Nos culparán igual.

Esteve advirtió con esta expresión que ya se habían metido en la historia.

—Eso depende de vosotros. Si os quedáis les dais esa posibilidad. La otra es que os larguéis. El mundo es muy grande y vosotros muy jóvenes. —Se detuvo porque sabía que lo que iba a decirles a continuación podía ser definitivo para convencerlos—. No sé qué hacéis en este agujero, estáis tan presos como los otros. Es todo más

fácil de lo que parece. Cuando anochezca ya sabréis cómo distraer la atención de vuestros compañeros: un incendio, un intento de fuga en otro pabellón, pero falsa alarma, que no quiero que haya damnificados, un hallazgo de material explosivo, lo que se os ocurra. Como dicen, el hambre agudiza el ingenio y el vuestro debe funcionar muy bien. —Como los guardias continuaban en silencio, continuó—: Trepo, dejo caer los barrotes de la jaula, salto. Y vosotros, cuando salgáis mañana de servicio, os acercáis al parque Miguel Servet, en el jardín de Lastanosa, podéis ir con vuestras novias para darles una sorpresa, entráis por el paseo de las plataneras hasta el centro y de debajo de la última, la más cercana al templete de la música, desenterráis una maleta. No estará muy honda. Le abona las raíces a estos árboles y por eso dan estos frutos llenos de monedas.

—Eres un cuentista. Si te hiciéramos caso eso querría decir que estamos peor que tú. —Mientras uno lo decía el otro asentía, pero Durandarte tenía claro que ya estaban en el bote.

—Allá vosotros. Esta es la oportunidad de vuestras vidas, no tendréis otra igual.

—Danos una prueba de que no es un engaño —se aventuró a decir el que le había dado la patada.

—Mi palabra.

Miércoles, 9 de junio de 1943

Jana se dirigió a casa de los padres de Valentina. Leonor sacaba del arcón algunas sábanas y toallas bordadas sin estrenar. Había comenzado a prepararle el ajuar a su hija por si después le fallaba la vista, la destreza, las manos. Acariciaba sus iniciales abultadas por el hilo. No soportaría usar aquella ropa de casa. En la puerta, Jana le entregó un fardo con toallas y sábanas, pero fue incapaz de decirle nada.

Antes de volver a la estación pasó por la fonda para llamar al doctor de la clínica universitaria. Quería saber cómo estaban los que aún permanecían ingresados.

Aquel bar tenía bastante de sala de máquinas de un barco, por las continuas negociaciones, los planes, el intercambio sigiloso de información que se llevaban a cabo allí. A aquella hora los clientes eran la quinta parte de los que solían juntarse a partir de las siete de la tarde. Había elegido el rato más discreto para llamar.

En una mesa hablaban de la construcción del ferrocarril transahariano, la nueva quimera del gobierno de Vichy, y de los españoles republicanos que estaban allí trabajando como esclavos.

—Y aún hay algunos de los que pasan por aquí que dicen que ese es su destino. Se creen que nos lo tragamos.

—¿Te has enterado de la francesa que le ha dado un botellazo al guardia de la Gestapo? Parece que cruzaba con un grupo de prisioneros y cuando les dio el alto la patrulla alemana se sacó una botella de vino del morral que llevaba a la espalda, y menudo golpe que le ha debido de aventar, que dicen que se ha quedado tendido todo lo largo que era. Han podido escapar porque el compañero se ha puesto a socorrerlo.

—Alta tendría que ser —añadió otro de los parroquianos.

—Alta y fuerte. Como para casarte con ella —concluyó el que estaba a su lado y todos rieron.

A Jana también le hizo sonreír sin querer aquella anécdota, pero la de todos fue una risa corta porque la detuvo la entrada de Eberhard Gröber. El mayor se dirigió hacia el teléfono. No se molestó en bajar la voz cuando le dijo a la telefonista que lo pusiera con el hotel Oriente de Zaragoza, a continuación pronunció lo que parecía un apellido alemán y esperó. Vio a Jana, que se dirigía a la cocina. Pasaron escasos segundos hasta que volvió a hablar, lo que parecía confirmar que había fijado una hora concreta en una llamada anterior a su interlocutor para mantener esa conversación. Ella no quiso mirarlo al pasar. A pesar de que Juste le había asegurado que era difícil que se

acordara de lo sucedido ese día, temía que recobrara la memoria de pronto y recordase el informe de la central eléctrica que Juste había destruido.

De momento, parecía que todo aquello se había borrado de su memoria.

—*Wo sind die Pferde?*[18] —gritaba Gröber al teléfono. Por el tono que empleaba parecía que hablaba con un subordinado suyo, un agente al que habría enviado para perseguirlos—. *Nicht immer ohne genauen Bericht.*

—Solo Jana entre todos los que estaban allí a aquella hora sabía que con esta frase le ordenaba que no volviera hasta que obtuviera un informe preciso sobre lo sucedido.

Gröber colgó con fuerza, giró sobre sus talones para mirarla y con otra voz muy distinta le dijo:

—*Frau* Belerma.

Aquel contraste, su capacidad de cambiar en segundos, la impresionó. Después el oficial saludó a Tricio y salió.

Jana prefirió esperar un rato hasta que se alejara porque no quería encontrarse con él en la calle. Cuando terminó de comentar con Pilar las escasas novedades sobre la desaparición de Valentina, lo del pañuelo, las horquillas, el tebeo y poco más, ya habían transcurrido unos diez minutos. Entonces se despidió de ella porque supuso que ya estaría despejado su camino hasta la estación. La dueña de La Serena le dio un capazo con un queso y un tarro de miel.

—Para nuestra amiga Arlette.

—Como si fuera Caperucita. —Sonrió Jana y salió deprisa. En media hora tenía que reincorporarse al trabajo.

Jana sintió un escalofrío al escuchar los cascos de un caballo. Solo entonces cayó en la cuenta de algo de lo que hasta ese momento no había sido consciente. Era miércoles, faltaba muy poco para las siete de la tarde y alguien demasiado convencido de su buena suerte le había dicho tres días antes que a esa hora estaría allí.

Miró hacia las montañas, comenzaba a oscurecer. Los pinos parecían desfilar por la ladera, era el mismo efecto que se veía en aquellos tambores con rendijas por los que giraba un dibujo. Respiró. Volvió a escuchar, esta vez más cerca, las herraduras de un caballo golpeando los adoquines. No podía tratarse de él; había otros caballos además de Farsante. Esteve podía mostrarse presuntuoso, pero llevar a la realidad aquellas fanfarronadas como escaparse de la cárcel ya era otro cantar. Se quedó parada para poder escuchar mejor.

Entonces vio a un jinete. Era él, Esteve… ¿Qué hacía allí? ¿Lo habían soltado? Vio algo que le pareció extraño, incluso más que su reaparición y que no estuviera preso, algo que la trastocó del todo. De los dos segundos durante los que entrevió la montura le sobró uno para darse cuenta de que no iba solo. ¿Qué pretendía al presentarse con otra mujer allí? Solo faltaba que se exhibiese con doña Mimín de aquella guisa.

El sonido de los cascos se acercaba. Hasta aquel momento todo eran habladurías pero aun así prefería esas imprecisiones que ser testigo de aquel devaneo que no podía traer nada bueno a nadie. No quería verlos juntos. Antes de que se decidiera a alejarse, Esteve golpeó con sus espuelas sin púas a Farsante y recorrió varios metros de golpe. La llamó. Jana tuvo la tentación de hacer como que no lo había escuchado e internarse en el edificio, pero no era creíble; además la perseguiría a pie, con lo que conseguirían llamar la atención de todos los transeúntes y trabajadores de la terminal. Al final no tuvo más remedio que girarse hacia ellos.

—¿Llego tarde? —Durandarte no se resistió a bromear.

La figura de Esteve ante un contraluz ya muy escaso tapaba por completo a quien lo acompañaba. —¿No podías esperar ni un par de minutos? —continuó él.

Desde donde estaba, Jana solo veía las piernas de la otra mujer, ambas al mismo lado, era muy delgada. Se agarraba fuerte del jinete, con mucha confianza. Llevaba un vestido blanco, de volantes y lazos bajo un capote militar de paño gris o verdoso, era difícil distinguir el tono a aquella hora. La camarera no abrió la boca. Estaba segura de que nada más escaparse había ido a por ella para fugarse los dos y que tenía la desfachatez de recorrer el pueblo en su compañía antes, tal

vez porque el papel de amiga piadosa y entregada, a pesar de lo poco o nada que se conocían, le había salido perfecto y quería agradecérselo.

—Teníamos una cita —le dijo Esteve mientras descabalgaba. A Jana no le cupo ninguna duda de que no utilizar su nombre se debía a que de esta forma nunca se equivocaba con ninguna mujer.

Con toda la delicadeza de la que fue capaz, Esteve cogió a su acompañante por la cintura y antes de dejarla en el suelo le dio una vuelta en el aire. Eran la viva estampa de la satisfacción. Solo veía las siluetas a unos cinco metros porque la oscuridad ya lo arropaba todo y estaban en un ángulo del puente al que no llegaba ningún reflejo de las luces del pueblo. Repetía lo que había hecho con la esposa del gobernador ante su criada cuando bajaron del tren, pero lo repetía más cerca, delante de sus narices para obligarla a presenciarlo, elevaba a la mujer como si fuera una bailarina. Y entonces Jana sintió algo que no creía que pudiera sentir. El corazón le brincó, parecía que se le descolgaba, que se le soltaba y caía hasta el estómago para rebotar y colocársele de nuevo dentro de su pecho. Gritó, rio y lloró a la vez cuando se dio cuenta de quién era. No se trataba de doña Mimín ni de otra mujer desconocida, a pesar de la estatura, del talle, era una niña. A Jana le costó balbucear:

—Valentina. No puede ser verdad. Estás aquí… —Jana estaba transmutada, era otra más feliz, diferente, que acababa de recibir un regalo, como si el destino hubiera decidido volver atrás, no continuar con lo que tenía previsto. Se abrazó tan fuerte a ella que sintió que la apretujaba en exceso. La asombró su fragilidad. —Más que una lagartija, ahora pareces su espíritu. —La niña rio.

Durandarte se alejaba. Les hizo una señal con la mano contra el sombrero. Jana corrió hacia él y le dio el queso y el tarro de miel. Era la mejor manera que se le ocurrió para agradecérselo. Besó ambas cosas antes de tendérselas para que las guardara en la alforja. Solo le dijo una palabra más y por eso eligió la mejor:

—Gracias.

Por fin algo era como en los cuentos, Valentina y Jana corrieron por la calle principal cogidas de la mano hasta la casa de sus padres. Sonreían triunfantes. Una anciana en camisón se asomó un instante a la ventana, pero las miró sin verlas. Gracias al bandolero estaban de nuevo juntas.

—¿Sabes qué? Cuando sea mayor me quiero casar con él. Es guapísimo, habla francés también. No se lo digas a mis padres, pero desde que me rescató esta tarde no quería volver —le dijo Valentina cuando se detuvieron a escasos metros de la puerta—. Sobre el caballo he venido pegada a su espalda, huele muy bien, a limpio. Me ha contado muchas cosas para entretenerme mientras llegábamos.

—Con lo que tus padres han sufrido… —Jana se vio en la obligación de responderle de esta manera, pero lo que más la impresionó fue que Esteve había producido en su compañera unas sensaciones muy parecidas a las que ella llevaba algún tiempo sintiendo—. No te voy a preguntar nada más ahora —continuó—, pero mañana volveré temprano, nada más amanezca, y se lo diremos a todos. Te ha buscado mucha gente, han venido de Villanúa, Borau, hasta de Jaca y del otro lado.

—Me tenía encerrada Voltor. —Valentina lo dijo como si este hecho le restara importancia a su desaparición, como si la compañía del mendigo alemán explicara que no había corrido peligro alguno.

—Ya hablaremos. —Jana prefirió decirle en aquel momento solo estas palabras.

Despegó la aldaba de la puerta dos veces y Valentina esperó en la parte del quicio en el que encajaba la puerta que no se abría. Leonor bajó sin ningunas ganas. Se extrañó de volver a ver allí a Jana apenas un par de horas después de su visita. En cuanto abrió la hoja de madera maciza unos centímetros, las dos se colaron por ella. Una vez dentro, Valentina la juntó tirando del pomo por dentro y se lanzó a los brazos de su madre. Mientras permanecían así, bajó su padre por la escalera. Los gritos de alegría se oyeron hasta en la fonda, pero como eran de entusiasmo nadie se movió. Ya se enterarían al día siguiente de lo que había pasado.

—Hija, hija mía —decía Leonor y no se sabía cuál lloraba más de los dos mientras la niña sonreía como si se hubiera quedado boba. No se le apreciaba ninguna secuela, al menos a primera vista—. Hija —continuó Leonor—, nos esperábamos lo peor. Jana, esto es un milagro. Tanta misa ha servido de algo. Cuando se lo diga al mosén y a todos los que nos han ayudado tanto…

—Mañana, Leonor, que ahora está muy cansada. —Jana le puso

una mano en el brazo y salió, llegaba tarde pero lo entenderían en el hotel en cuanto supieran la razón: la había retrasado la felicidad.

Jana entró en tromba en el comedor de la familia Juste, ni siquiera llamó. Les interrumpió la cena. Ellos seguían el mismo horario de comidas que en la Bretaña. Los cuatro la miraron con el tenedor a medio camino de la mesa o de sus caras, pero no se alarmaron porque su alegría era tan manifiesta que no había ninguna duda de que les iba a comunicar una buena noticia.

—Arlette, vengo a decirte que tu amiga Pilar, la de La Serena, me regaló para ti lo que había en esta cesta, pero que se lo he dado a Durandarte en agradecimiento.

—Jana, con lo sensata que eras cuando llegaste. —Arlette no pudo evitar decir de forma automática estas palabras como si fueran una apreciación. Eran el tipo de cosas que le decía a solas.

—No se trata de *eso*. Lo que ha pasado es que al volver de la fonda de telefonear al clínico y cuando volvía hacia aquí él estaba en el puente. Pero no estaba solo. ¿Sabéis a quién llevaba también a la grupa de su caballo?

Auguste comenzó a agitarse en la silla.

—No os lo vais a creer.

—Por favor, Jana, ya nos has intrigado bastante —la apremió Juste.

—Yo sabía que no había sido él, al contrario de lo que pensaban muchos, cómo iba a hacer algo así… Él, que ha ayudado a tantos en la montaña. De no ser por él muchos habrían muerto congelados, pero los ha conducido hasta aquí, a través de las gargantas, evitando que se desbarrancaran.

Y entonces les dio la noticia. El júbilo lo interrumpieron dos guardias, de los que campaban por allí a sus anchas, que llamaron a la puerta.

—La niña, *Mädchen* Valentina, encontrada, está viva, *sie lebt* —les dijo Laurent.

Bajaron la cabeza a la vez como saludo, cerraron y continuaron recorriendo el andén.

Esa noche Jana no durmió bien. Estaba nerviosa porque habían recuperado a Valentina sana y salva. La excitación, la emoción por lo ocurrido la habían hecho olvidar algo que ahora, tumbada en la cama, pensando, no podía quitarse de la cabeza. ¿Qué hacía allí Durandarte? ¿Cómo había logrado salir de la cárcel?

TERCERA PARTE

Jueves, 10 de junio de 1943

Valentina tenía al otro lado de la ventana las montañas de las que había descendido el día anterior agarrada a Durandarte. Se quedó un rato sin hacer ruido, quería disfrutar de su regreso primero a solas, que aún no advirtieran que estaba despierta. El rescate le había desdibujado bastantes cosas desagradables, pero esas serían precisamente las que querrían saber. La acribillarían a preguntas.

Acercó una silla al tocador de madera tallada que le había fabricado su padre y se pasó la mano por la cara; apenas tenía unos rasguños y la marca de un corte más profundo en la frente, de cuando se cayó la primera noche mientras el alemán la arrastraba; se golpeó contra una piedra y quedó inconsciente. No recordaba nada más hasta que ya estuvo entre las paredes de una construcción ruinosa. Agitó el aire para borrar esa escena, estaba en su habitación: acarició el peine, el espejo, la botella de colonia, su cuaderno y un par de lápices, olió un pañuelo... Necesitaba tocar, sentir que estaba allí, después de aquellos días en los que Voltor la tuvo escondida de todos. Escuchó dos golpes en la puerta y a su madre saludar al alcalde después. Se interesaba por ella. Bajó antes de que la llamaran.

—Valentina, ¿cómo te encuentras? —la saludó.

—Bien, regular, no sé. Un poco mareada. —Quería que todo aquello terminara cuanto antes, aunque era consciente de que aquel encierro le había supuesto pensar en muchas cosas por primera vez: la situación de esas personas que llegaban tan asustadas a la estación, la forma que tenían de entenderse Jana, Montlum y Laurent. Y sobre todo le dio muchas vueltas a algo, a que hay personas buenas y malas, y a que otros lo son según las circunstancias que les toca vivir.

—No me extraña que te sientas así. Sé que no es agradable, pero aún quedan unos trámites. Tienes que ir al cuartel a declarar cuanto antes. De esa forma será cuestión de horas que atrapen a ese desaprensivo. Cuanta más información facilites, mejor. Ya verás.

—Es un pobre hombre. No me ha hecho nada —dijo Valentina en un intento de protegerlo que los desconcertó. Pero era así como lo sentía. Estaba viva y no creía que hubiera corrido ningún riesgo. Era consciente de que no podría declararlo así, pero ese era su convencimiento.

—¿Te parece poco? ¿Te haces una idea de lo que hemos sufrido? Y no solo nosotros —dijo su madre.

—Él lo ha pasado peor, madre, lo nuestro han sido unos días, lo suyo es una eternidad. —Valentina había convivido con un hombre torturado, el primero que veía en aquellas condiciones, y le habían

llegado a doler sus lamentos.

—¿Se da cuenta, señor alcalde? Esta niña es una bendita, si la virgen sale de la cueva de Benardette y cruza los Pirineos, seguro que se le aparecerá a ella. Ahora mismo me cambio y nos vamos a la guardia civil. En cuanto lo cojan, si me dejan, no sé lo que le haré. —La reacción de su madre era la previsible, pero Valentina quería plantearle que quería reincorporarse a su trabajo en el hotel lo antes posible. Ella también sentía que allí era muy necesaria.

—Lo que se hará es justicia, señora. A todos nos ha tenido en vilo, nos temíamos lo peor y nos felicitamos de que esté aquí de nuevo entre nosotros. Eso es lo más importante, pero detenerlo también. —Con estas palabras se despidió el alcalde.

Un guardia joven le pidió con mucha educación a Leonor que esperara a su hija fuera. Esta lo miró un tanto contrariada, pero decidió que eran cosas de la ley y que tenía que obedecerlas.

Valentina entró sola en una oficina. En el centro había una máquina de escribir sobre una mesa con las patas terminadas en ruedas, ante ella se sentó un agente que le dijo que era el sargento del puesto. Comenzó a hablarle como si fuera un mecanismo automático.

—Nombre completo.

—Valentina Báguena Alastruey.

—Edad.

—Trece años.

—Fecha y lugar de nacimiento.

—Canfranc, 1 de marzo de 1930.

Y de esta forma el guardia continuó escribiendo durante más de diez minutos. Después comenzó a indagar sobre los detalles de su secuestro. A su primera pregunta sobre cómo había sido, ella le respondió:

—El viejo se me acercó cuando yo salía de la estación, parecía que se encontraba mal. No lo entendía. No hablaba español. Me hizo seguirlo. Pensé que había encontrado algo y que me lo quería enseñar. Cuando el recorrido se alargó le dije que tenía que volver a casa porque ya oscurecía. Entonces se enfadó y me cogió de la muñeca, tiró de mí de golpe y me hizo daño. Intenté escaparme pero me arrastró durante bastante tiempo, vi un par de herramientas a la derecha de la puerta de la cabaña ante la que nos detuvimos.

—¿Viste a alguien más en todos esos días? ¿El viejo estaba acompañado? ¿Eran varios? —El sargento le hablaba muy deprisa. Su intención, por encargo del gobernador, era saber el grado de implicación de Durandarte.

—No. —Con esta negativa Valentina respondió a las tres

preguntas que eran en realidad la misma.

—¿Te forzó? —le preguntó mientras fijaba la vista en ella con mucha intensidad.

—¿A qué? —Valentina frunció el ceño.

—Si quiso mantener relaciones contigo. —Después de su pregunta el interrogador cayó en la cuenta de que era más niña de lo que aparentaba.

—¿Relaciones?

—¿Te tocó?

—Solo la noche de la fiesta me tocó un poco el pelo cuando se echó a llorar. Me dio mucha pena...

—¿Qué fiesta?

—Desapareció durante un par de días. Yo intenté escaparme porque tenía mucha hambre, pero no pude. Había rejas en las ventanas y la puerta estaba atrancada, como si por fuera hubiera algo muy pesado. Al cabo de ese tiempo volvió cargado con un saco de arpillera, dentro había velas que habría robado en la iglesia, comida y una barra de pan. Lo fue sacando todo. Sonreía. Cuando vi el cuchillo tuve miedo.

—¿Te atacó?

—No, lo llevaba para cortar un poco de embutido que se sacó del bolsillo interior de su chaqueta. Después repartió unas flores silvestres en varios vasos y dijo algo así como *Geburtstag*. Todo el tiempo lo repetía: Valentina *Geburtstag*. Será un apellido. Bebí agua y comí la mitad de aquel pan. Lo demás no lo toqué porque parecían sobras, olía mal, como si la salchicha estuviera un poco podrida. Después sacó una especie de bollo negruzco y le puso uno de los cirios encima. Cantó una canción en la que también decía *Geburtstag*. Aquel día me dio mucha pena. Se nota que ese hombre ha padecido mucho. No le hagan daño.

—Es un delincuente y pagará por lo que ha hecho —dijo el agente como si aquella frase le hubiera salido así después de que le accionaran un resorte mecánico.

—Hablaba durante horas, se desesperaba, salía de la cabaña, corría monte abajo —continuó Valentina a instancias del agente—. Volvía sudado, jadeaba.

Por la forma de expresarse Valentina, el guardia civil notó que lo hacía con cariño, pero no añadió nada. Continuó:

—Tienes que decirme dónde estabas. ¿Cómo era el sitio? —Necesitaban localizar al mendigo lo más pronto posible para evitar que volviera a raptar a alguna otra muchacha.

—Había un hallar en un rincón y otra habitación con una cama.

Cuando se iba los primeros días me ataba, después ya no. Lo dibujé todo: una olla, un cajón de madera, botes, un jarro… El cuaderno se quedó allí. Él no tenía nada. Solo una fotografía y un papel. Los miraba todos los días y después se los guardaba en el bolsillo del abrigo.

—Valentina, tienes que decir la verdad. ¿Pasó algo más? Tu deber es contarlo todo. Encubrir a un criminal es un delito.

—Él no ha matado a nadie —dijo bastante compungida.

—Eso no lo sabemos.

Le resultaba sorprendente que la víctima defendiera a su secuestrador, pero lo suyo no eran los sentimientos de las víctimas, sino los hechos.

—Señalaba el retrato al que besaba nada más despertarse y antes de acostarse. —Valentina prosiguió su relato—. Yo le decía que no era yo. Me lo enseñaba. Era una niña muy fea, bizca, con la boca abierta y los dientes muy largos, tenía cara de loca. Él me señalaba. —Al decir esto se agitaba como si lo reviviera.

—Estás aquí de milagro. A saber qué tramaba. —Y pasó a la siguiente pregunta—. ¿Quién te trajo hasta aquí desde la cabaña? ¿Cómo te encontraron? —Hasta aquel momento solo Jana y su familia sabían quién la había liberado.

—Fue ayer. En cuanto se hizo de día oí unos gritos. Decían: aquí, aquí está. Vinieron tres hombres a caballo, llevaban escopetas. Golpearon la puerta muy fuerte, pero Voltor no abrió. Verían el humo de la chimenea. Leña traía bastante. Eso sí, muy poco a poco, de tres en tres troncos medianos. Cuando derribaron la puerta entraron a la habitación donde yo estaba. Él se escondería porque cuando los tres estaban conmigo se escuchó un ruido. Salió corriendo y uno lo persiguió, pero Durandarte le dijo que lo dejara, que ya habría tiempo de cazarlo.

—¡Durandarte! —repitió el sargento con media sonrisa como si aquel apellido fuera ya un salmo por lo recurrente que le resultaba escucharlo—. ¿Lo conocías antes?

—Antes no. Se llama Esteve —dijo con demasiado entusiasmo; enseguida se dio cuenta y continuó en un tono más sosegado—. De allí me llevaron hasta una casa muy grande donde había muchas cosas guardadas. Un refugio parecía.

—¿Y qué te hicieron? —En ese momento no se molestó en ocultar los recelos que le producía imaginarla con aquellos tres hombres.

—Esteve sacó un vestido y una capa larga y estrecha como de militar y me dijo que me lo pusiera. Después me dio unas manzanas y un plátano, casi me como cada fruta de un bocado. Me trajo hasta

aquí. En el puente de la estación nos encontramos con Jana Belerma. En el Hotel Internacional estoy a su cargo. Ella me acompañó a casa.

—¿Sabes leer? —Fue la primera pregunta que no tenía nada que ver con el secuestro.

—Claro. Voy al colegio también. Quiero ser maestra —le respondió muy satisfecha.

El guardia tiró de la hoja hasta que la sacó del carro de la máquina de escribir y rasgó el aire con un chasquido tan agudo que a Valentina le dolieron los oídos.

—Lee esta hoja y al final, abajo, la firmas. —Volvió a utilizar el mismo tono mecánico.

—¿Le darán una recompensa? —le preguntó muy seria mientras lo miraba con mucha atención.

El guardia se dijo que tendrían que pedirle a Durandarte que los condujera hasta aquella construcción en la montaña. Pensó que relacionarse con la guardia civil sin que lo detuvieran ya era bastante compensación para un cuatrero.

LA LLAVE MÁGICA

Jueves, 10 de junio de 1943

Los latigazos que le dio el gobernador en el penal de Huesca le habían proporcionado a Durandarte una certeza. A través de ellos atisbó la pasión más oculta de don Gervasio, y se propuso hacérselo saber a él mismo de forma inmediata mediante una misiva nada difamatoria y menos aún anónima. Su intención era chantajearlo para que comenzara a obedecerle, más que por miedo a perder el cargo y sus privilegios, para que sus prácticas no llegaran a oídos de su banda de escualos, de cabezas satinadas por la brillantina y con los dientes igual de afilados que estas criaturas marinas. Esteve estaba seguro de que Casanarbore no soportaría que en sus tradicionales y erróneas consideraciones se cuestionara lo que él consideraba su hombría. Más que tener un as en la manga, aquello le suponía poder manejarlo a su antojo.

A Esteve le resultaba siempre muy fácil atar cabos, y más en el caso de analizar el comportamiento de alguien tan instintivo, tan abyecto. El gobernador tenía muchos criados, demasiados, tanto en su residencia de verano como en su casona de la capital; todos jóvenes, parecidos en el físico, pero sobre todo en su actitud hacia él. Desde que hizo aquel descubrimiento sobre los entretenimientos íntimos de su excelencia, supo que tenía en sus manos una llave mágica. Convertiría la debilidad del gobernador por los mozos que le rodeaban en una bendición para muchos, y lo haría de forma muy hábil, de manera que don Gervasio no decidiera que mandándolo a la tumba o encerrándolo de nuevo se acababa la historia. Solo Casanarbore podía hacer que su fuga no tuviera consecuencias, que su expediente desapareciera sin dejar huella y que nadie lo buscara. Porque tarde o temprano acabarían encontrándolo y no tenía ninguna intención de volver a la cárcel. Sí. Su descubrimiento sobre el gobernador iba a serle muy útil.

Una de sus prioridades, la más necesaria, era mostrarle que había dado instrucciones, muchas, para asegurarse de que la extorsión no se extinguiría con él.

Antes de escribir la carta habló con doña Mimín, que corroboró sus sospechas. La admiraba porque, a pesar de su situación, siempre que podía ayudaba a la causa. Recordó el día en que Palmira lo buscó en el pueblo para entregarle una nota escrita por su ama, en la que Mimín le decía que, por el cargo de su marido, a veces llegaba a sus oídos información que podía serle muy útil. Al principio receló, pero poco a poco fue confiando en ella y ahora esa confianza era plena. Apenas se veían, solo lo justo para que las habladurías ocultaran

sospechas más graves.

Durandarte le imponía en su carta dos condiciones a don Gervasio: hacer desaparecer su expediente, que nadie lo buscara por su evasión, y que intercediera para que fueran liberados doce prisioneros de entre los varios cientos que el gobierno cobijaba en aquella ignominiosa sala de espera de Miranda. La Resistencia consideraba claves a estos doce, pues su misión era fundamental para la resolución del conflicto. La de Esteve era una más de las muchas maniobras que se articulaban desde Canfranc, pero en ese caso tenía un componente muy personal porque le afectaba a él directamente. De esa carta dependía su libertad.

11 de junio de 1943

La reacción de don Gervasio fue la esperada por Durandarte. Recibió la carta, como solían hacer con todo el correo, se la habían dejado sobre la consola de la entrada, y mientras la leía apretó con fuerza el estilete que le sirvió para abrirla, se pasó varias veces la mano por la calva hasta que se dio cuenta de que no tenía salida y se encerró en su despacho.

La petición de que desapareciera del expediente de Durandarte su condición de prófugo era sencilla. Él había ordenado su detención, y podía solucionarlo con facilidad. Lo otro le parecía algo más complicado. De todos modos, se puso manos a la obra.

Escribió las misivas de forma muy aplicada, con razones muy fundamentadas y añadiendo, además, pruebas sobre la moral de los detenidos. Tenía sus expedientes desde hacía tiempo, así que los sacó del archivador y los desplegó sobre la mesa.

> *Muy señor mío:*
>
> *Me permito adjuntar a la presente unos avales garantizándole que el ciudadano de origen checoslovaco Alois Smetana es persona de orden y afecta, a pesar de su nacionalidad checoslovaca, al Glorioso Movimiento Nacional, que desde la lejana Praga trabajó para que nuestro invicto caudillo lograra variados, convenientes e irreversibles objetivos militares en su lucha sin cuartel contra las hordas rojas.*
>
> *Por la presente le solicito que le sea concedida la libertad definitiva con el fin de que pueda embarcarse lo antes posible hacia América como es su deseo.*

La despedida siempre era la misma, atendía a la fórmula:

> *Dios guarde a V. muchos años.*

Con ligeras alteraciones, este era el contenido de todas las cartas que el gobernador se vio obligado a escribir. En otras aludía al carácter de modales correctos, a la ponderación y la mesura de los gestos del detenido al que decía conocer. También a determinadas hazañas ficticias, en las que refería que alguno de ellos había colaborado con el ejército en los años anteriores a la contienda.

Esta frenética actividad literaria, por lo que tenía de imaginativa, se le desencadenó en cuanto el cuatrero le lanzó aquel dardo dentro

del sobre. De todos sus gestos desde que se había puesto manos a la obra, el más sorprendente, incluso para él, fue que olfateara con avidez, y una y otra vez, el sobre que contenía la amenaza para encontrar algún rastro del olor de aquel al que azotó en la cárcel. Apenas dos horas después de que comenzara con este trabajo de escribano, incluyó en una de aquellas misivas el nombre de Sándor Géllert.

Una vez completada la lista que le había pasado Durandarte, decidió continuar un rato más por su cuenta, pero solo prestó atención a los datos de aquellos que presumió, por lo que se decía de la profesión del encarcelado, su procedencia y sus planes, que le podían reportar más billetes para su caja de la repisa de la chimenea. Era habitual en él ampliar siempre los negocios que le proponían. Le resultaba muy fácil aplicar este criterio tan claro, el del patrimonio del detenido. Agilizaba su trabajo e incluso le hacía agradable aquella clasificación.

Lo que no soportaba era la amenaza. Haber tenido que plegarse a los deseos de ese bandido movido por el terror ante la humillación. No podría soportar el escarnio público o algo peor, las sonrisas a su paso una vez que fuera de conocimiento general aquello que tanto le había entretenido durante años. Verse obligado a fiarse de ese bandido lo sacaba de sus casillas. Era una alimaña y ni siquiera podía estar seguro de que cumpliera su palabra una vez libre de la amenaza de una nueva detención.

Algunas de las personas sobre las que trataban esos expedientes se libraban porque conocían a altos cargos con influencias que intercedían por ellos y otros porque su dinero le resultaba muy atractivo al gobernador. Pero los demás tampoco quedaban desamparados. Había alguien que se ocupaba de los otros expedientes, de los de los rechazados, de los de los más desfavorecidos, los de aquellos que no podían comprar su dignidad, sacudirse las afrentas públicas a las que los sometían por el mero hecho de existir. Y ese alguien era doña Mimín. Ella los estudiaba para extraer las referencias que le eran útiles antes de devolverlos a las carpetas que primero archivaban vidas y después muertes. No podía evitar intervenir como en otras tantas obras caritativas, no corría ningún riesgo y, al contrario de lo que hacía su marido, se preocupaba por aquellos nombres porque eran los que más lo necesitaban. Tomaba notas y las hacía llegar a la presidenta de la asociación a cuyas reuniones acudía en Madrid con toda la frecuencia que le era posible. Esta mujer era cuñada del general Moscardó, primer conde del Alcázar de Toledo, título que obtuvo por defender esta fortificación de las tropas

republicanas durante el levantamiento militar. Las autoridades franquistas también debían mostrar ciertos gestos con los aliados a tenor de su supuesta no beligerancia, y este proceder de la señora Casanarbore, por tratarse de ella, les suponía cierta garantía. Mimín pensaba que aquellas páginas ya bastante deterioradas eran, más que el expediente, el alma de aquellos a quienes identificaban.

El ambiente estaba caldeado en La Serena aquella noche de junio, algunos discutían por el importe de varias remesas de leña, muy importante para quitar el frío en invierno y para fabricar pan todo el año. Por su precio de venta había continuas rencillas. Las voces subían de tono y Tricio salió a pacificarlos. Él y el panadero eran los que mayor cantidad de troncos consumían, por lo que les convenía estar a bien con ellos. Eso, unido al hecho de que se encontraran en su casa, lo legitimaba para imponer su autoridad.

—No vale cualquiera para leñador —decía uno.

—Y para comerciante menos —le respondía el hombre con el que discutía.

A tres metros escasos un oficial alemán pasaba información muy valiosa sobre unas baterías de cohetes. Para él eran comentarios sin mayor importancia, pero lo convertían en un colaborador inconsciente, una de las figuras más apreciadas por los servicios de inteligencia militar, porque, además de que hablaban sin saber adónde irían a parar sus palabras, lo mejor era que ni había que pagarlos ni encubrirlos, todo lo facilitaba su propia indiscreción. A quien se lo decía era nada menos que a un técnico bastante izquierdista de Zaragoza, que movía en aquel momento todos los hilos para conseguir que atravesara por allí el aparato de radiotransmisión que Juste les había anunciado a Jana y a Montlum. Aquel local era un auténtico centro de transmisiones estratégicas. Se dejaba un mensaje allí y este llegaba a su destinatario con mayor celeridad que si se codificara a través del telégrafo o se enviara por correo postal.

Dorian Lander se acodó en la barra. El sargento que había interrogado a Valentina lo había enviado allí. El dueño de la fonda, con el paño de cocina al hombro como si se tratara también de la pieza de un uniforme, le sirvió un licor de moras de Ordesa. Cuando los escuchó salió su mujer.

—¿Qué se sabe de la niña? ¿Está bien? —Sin duda la noticia de su aparición había supuesto un alivio, pero también esperaban que su cautiverio no tuviera consecuencias irreversibles.

—Esta mañana ha estado en el cuartel, parece que el mendigo alemán, Voltor, la tuvo todo el tiempo con él en un refugio abandonado, pero no le hizo nada. —Dorian Lander no cometía ninguna imprudencia; tenía órdenes de contar lo sucedido con una finalidad muy determinada. Los allí presentes la sabrían en pocos minutos.

—Pobre criatura, qué miedo habrá pasado. ¿Y cómo llegó aquí? ¿Se escapó? —Pilar se frotaba las manos en el delantal.

—La rescató Durandarte —dijo sin ningún entusiasmo.

—¿Pero no estaba en la cárcel?

—Lo soltaron. Al parecer no tenían nada contra él —dijo Dorian Lander, que había recibido órdenes de no tocar a Durandarte por el momento.

Pilar se santiguó. Los que hablaban castellano callaron, porque habían escuchado la conversación, y algunos de los franceses también, intrigados por el silencio de los otros. Pilar se dirigió a su parroquia.

—¿Veis? No tienen nada contra él. Y muchos de aquí lo acusasteis. —Parecía su defensora.

—Tenemos que detener al viejo para que esto no vuelva a pasar, rastrearemos el bosque. Necesitaremos ayuda —comenzó a decir Lander.

—Durandarte os llevará enseguida —dijo rápidamente Pilar.

—Mujer, pero si es un contrabandista —continuó Dorian Lander —. ¿Cómo vamos a fiarnos de él? Seguro que aprovecha para algún chanchullo. —Esa idea ya se le había ocurrido al sargento del puesto después de interrogar a Valentina, pero, por orgullo, por soberbia o porque tenían muy asumido que la benemérita no se podía rebajar a pedirle ayuda, querían que fuera él, Esteve Durandarte, quien se ofreciera.

—Pues porque ha salvado a la niña, por eso. De no ser por él igual se habría muerto de hambre o de frío antes de que la encontraran otros. —A Pilar le resultaba difícil callarse.

—Eso no se sabe, que aquí las fuerzas del orden trabajamos mucho —dijo él bastante airado. Parecía ofendido por el comentario de la dueña de la fonda.

—Sí, para detener a esos pobres desgraciados que llegan de tan lejos. Esos precisamente que no han hecho nada, que solo intentan salvar la piel. —Para congraciarse con la autoridad añadió enseguida —: Además Durandarte también debe someterse, todos les debemos obediencia a ustedes, ¿no? —Se notaba que no estaba nada convencida de aquellas palabras, pero consideró que eran las que debía pronunciar en aquel momento.

Así se lo dirían a Esteve: la guardia civil reclama tu ayuda para dar con el escondrijo de Voltor. Pronto llegaría a sus oídos, hasta aquel lugar secreto entre la senda de Camille, el Col de Bessata, Lizara y Somport.

Esteve Durandarte había confirmado en la cárcel lo que el fotógrafo húngaro Robert Müller les había dicho a Dagmar y Sieglinde Géllert sobre el vía crucis de Sándor. Estaba en el campo de concentración de Miranda de Ebro como muchos otros detenidos por paso de la frontera, deserción, portar documentos falsos o ninguno, tráfico de divisas, o todos estos delitos juntos, lo que podía ser el caso de su compatriota. A este lugar de la provincia de Burgos lo llamaban también depósito, en un afán por disimular su verdadera función. Estaba en aquella ciudad por tratarse de un nudo ferroviario y fue construido en ese enclave para utilizar a los prisioneros capturados durante la Guerra Civil como escudos humanos. De esta forma evitaban los bombardeos sobre esa encrucijada de caminos de hierro.

Encontrarlo sería difícil, por una parte debido al hacinamiento: aunque la estancia allí se reservaba a quienes estaban en edad militar, es decir, en torno a los veinte y cuarenta años, esto no se cumplía. También había otro factor de confusión: los guardias apuntaban mal los nombres en la ficha, por aproximación, de oído, y de la misma manera que su apellido comenzaba con ge, podían haberlo inscrito con una ese inicial, una ce hache o cualquier otra variante, sin te final, sin elle… Por obra y gracia de quien se encontrara en aquellos momentos en el registro, sería en aquellos momentos, en vez de Sándor Géllert, Salvio Sellés, Sandro Chela o cualquier nueva combinación a la que sin duda no respondería cuando lo llamaran así.

La información sobre Sándor llegó a Zaragoza, hasta la casa que habitaban Dagmar y Sieglinde, dentro de dos novelas de un autor de su país. Para que no pasaran por correos se las acercó también uno de los estudiantes de Medicina a cargo del doctor Mallén, que de paso se aseguró de que se encontraban en buenas condiciones de salud. En los libros había algunas palabras subrayadas de manera que de cada cinco se debían desestimar cuatro. Jana le había transmitido este código tan sencillo antes de que se marcharan de Canfranc. Tal vez eran exageradas tantas precauciones, pero el exceso en este caso suponía una salvaguarda. Además, el agente que había enviado Gröber para que diera con los caballos estaba cerca de ellas; su alojamiento, el hotel Oriente, tal como había escuchado Jana en la fonda La Serena, distaba apenas un kilómetro y medio de donde residían madre e hija. Les había recomendado que salieran lo indispensable, y siempre a las horas en que menos concurridas estuvieran aquellas calles del centro, pero nada podía librarlas de un azar infausto del que hasta entonces ya habían tenido demasiadas pruebas.

En cuanto Esteve tuvo un rato libre se ofreció a acompañar al

fotógrafo para enseñarle las mejores panorámicas de los Pirineos, y de esta forma pudieron hablar con mucha tranquilidad y sin testigos en un francés bastante más fluido que el castellano que manejaba el húngaro. Lo había localizado cuando Jana se lo pidió en la tienda de ultramarinos, consiguió dar con él enseguida. Por eso, en cuanto Durandarte salió de la cárcel, después de acumular allí bastante información sobre sus paisanos, decidió fijar con él este encuentro a través de Tricio.

—Tenemos el dinero, Müller. Por eso no hay que preocuparse, verá como se agilizan los trámites. Además, lo mejor es de dónde procede. Lo obtuvimos a cambio de unos purasangres que después de dormir en una mansión volvieron con nosotros. Nos prefirieron. —Durandarte utilizaba su habitual tono diligente e irónico a la vez.

—Algo he oído. Iré a ese pueblo de Burgos. Los reporteros tenemos mucha libertad de movimiento. En esta época nos catalogan por lo que llevamos en las manos, mi cámara no la consideran un arma aunque lo sea. —La manera decidida de desenvolverse también definía su carácter.

—A ver a cuántos somos capaces de sacar de ese pozo. Algún día lo celebraremos, Robert, cuando caiga el telón de esta tragedia.

Aquellas cumbres desde las que las vistas sobrecogían contrastaban con lo que sucedía más allá, en la Europa sangrante y carbonizada.

Domingo, 13 de junio de 1943

A Müller le prohibieron hacer fotografías del campo de concentración, y cuando tuvo ante sí todo aquel horror supo por qué. A las autoridades les dio igual que para que le concedieran la autorización les presentara bastantes avales y cartas de recomendación. Le dijeron que permitiéndole la visita ya bastaba, que nada de imágenes.

Müller hablaba de forma entrecortada, con frases breves, claras, que más que responder a sus limitaciones idiomáticas daban cuenta de su desenvoltura.

Lo que más le embotó los sentidos fue el olor de las letrinas del recinto. Notaba su acidez como si su nariz estuviera sumergida en una ciénaga. La putrefacción que irradiaba de aquellos urinarios sin canalización, sin salida, parecía el foco desde el que se extendía a cada lugar ultrajado del continente. Un par de internos le refirieron con mucho disimulo el trato vejatorio que se daba a los reclusos, el trabajo inhumano, que aún resultaba más penoso a causa de la debilidad por la deficiente alimentación. Cuando no se les repartía pan se les conminaba a comer serrín, y la amenaza de lanzarlos por el barranco que los guardias llamaban de los paracaidistas era continua. La

práctica consistía en atarle a uno de los internos una piedra de varias decenas de kilos y empujarlo desde arriba mientras le gritaban que abriera la tela, que se iba a estrellar.

Robert Müller supo que entre los prisioneros del campo había dos periodistas norteamericanos y un director de cine alemán. De todos los que estaban allí, el mayor peligro lo sufrían quienes habían desertado del ejército, ya que podían ser trasladados en cualquier momento a sus países de origen, con lo que esto significaba, pues en la mayoría de los casos esas naciones formaban entonces parte del Tercer Reich. Eran pilotos de aviones derribados, pero además de militares había obreros metalúrgicos, zapateros, barberos, profesores, doctores, abogados, gentes de toda condición y profesión. Muchos escaparon junto a sus familias, pero en algún momento del viaje los separaron. Sus pésimas condiciones de supervivencia no diferían demasiado de las de los guardias que los vigilaban.

Mientras Müller hablaba con los reclusos, lejos de donde él se encontraba, en uno de los barracones, dos prisioneros charlaban en voz baja.

—Dentro de poco es el cumpleaños de mi hija —decía uno de ellos. Los barracones eran unas naves inmundas que parecían estar construidas de suciedad en vez de con materiales de albañilería. Apenas les quedaba espacio alrededor de las literas para poder limpiar el suelo tal como les habían mandado.

—¿Cómo se llama? —le preguntó su compatriota sin dejar de mover el cepillo de púas de acero.

—Se llama Sieglinde, como la protagonista de la ópera de Wagner. A mi mujer, Dagmar, y a mí nos llamó la atención el nombre cuando lo leímos en un grabado. En el dibujo le daba un cuerno lleno de hidromiel a Siegmund. Nos gustó su sonoridad. Significa victoria apacible. Es bellísimo. Ganar pero sin presentar batalla. —El húngaro no reprimió las lágrimas. Traer hasta allí la belleza, aunque fuera solo a través de las palabras, aún le parecía un milagro.

—Ya verás, el año que viene lo celebrarás con ellas. No tienen ningún cargo grave contra nosotros. Eso sí, mientras deciden dónde mandarnos tenemos que sobrevivir en este agujero como sea. Al menos no estamos bajo las bombas. Mañana vienen los de la Cruz Roja, hasta puede que haya suerte y nos traigan tabaco.

—No puedo más, Miklós. No sé qué habrá sido de ellas. Qué ingenuos fuimos, pensábamos que seríamos libres al llegar a España, que si permanecíamos aquí nos asignarían una residencia provisional.

—Y lo han cumplido. Techo y comida: las hojas verdes de la col, pescado con amoniaco y la segunda infusión del café para que no sea

demasiado fuerte y nos haga daño. Ánimo, Sándor, tú al menos tienes a alguien que te espera.

—Eso quiero creer.

Sándor miró el techo manchado como si implorara ayuda y después desvió la vista hacia la puerta de aquel cobertizo que más parecía hecho para albergar ganado. Vio a un hombre que cruzaba con pasos muy enérgicos hacia la caseta del despacho del director. Era un visitante, desde fuera resultaba difícil que los distinguiera allí en la penumbra, lo prefirió. No quería más sobresaltos, tal vez solo uno más, pero que al menos fuera definitivo.

Robert Müller quería entrevistarse, además de con el director, con el cura. Ambos, en su afán por mostrar normalidad, aceptaron. Antes de llamar a la puerta se detuvo y se desvió a la derecha para acercarse a dos jóvenes que se resguardaban del sol junto a una tapia. Les enseñó la fotografía del húngaro que le había proporcionado Dagmar a Jana. Igual que los otros dos con los que acababa de hablar, tenían los ojos acuosos o resecos según el momento, como si no existiera un estado intermedio, sano, natural.

—No sé quién es. Ahora aquí todos tenemos la misma cara, de hambre, de espanto. Podría ser cualquiera de nosotros, pero no se parece a nadie con ese traje, tan peinado. —Sándor aparecía vestido de forma muy elegante, a la última moda, en la cara se le transparentaba la ilusión, las ganas de vivir. A nadie se le hubiera ocurrido pensar que quien posaba en aquella fotografía de estudio era el mismo hombre que, encorvado, arrojaba el contenido de un cubo de zinc en un rincón a apenas cincuenta metros escasos de ellos.

—Os traen por grupos —insistió Robert—. ¿Se quedan muchos por el camino? —El fotógrafo sabía que el tránsito era a través de Utebo, Tudela, Calahorra, Logroño y Haro.

—Puede estar en cualquier sitio. En alguna cuneta, acompañado por otros fusilados en una fosa común… —El prisionero hablaba con mucho esfuerzo, como si se viera obligado a responderle por educación pero tuviera la certeza de que todas aquellas palabras eran inútiles.

—También puede estar vivo. —Müller no se rendía. El hombre del cubo volvió a entrar en el barracón.

—Puede…, como nosotros de vivo —dijo el que aún no había hablado de los dos y el fotógrafo húngaro captó la ironía amarga con la que lo decía. Como si fuera una contradicción hablar de supervivencia en aquel estado.

Robert Müller se quedó con la imagen de un cuerpo cualquiera, anónimo, enterrado bajo la doble sombra de la tierra y de un árbol

sobre ella. Pero no quería resignarse y continuó la ronda hasta que un guardia le informó de que debía abandonar el recinto, con el pomposo lenguaje castrense habitual.

Aquella visita al depósito de Miranda de Ebro le proporcionó mucha materia de reflexión sobre la miseria inducida, no sobrevenida por una catástrofe natural, sino engendrada por la condición humana en guerra contra sí misma.

En la mesa de la sacristía, junto al precario altar del campo, se olvidó un paquete. Y en el despacho del administrador, otro. Cuando fueron a la pensión a buscarlo para entregárselos, explicó que no eran suyos, que le llamaron la atención también a él, lo que significaba que ya estaban allí cuando entró en aquellas dependencias. Se ampararon ambas partes en el misterio para que no fuera entregado ni recibido como un soborno. Con esas cantidades que le había dado Durandarte, Müller pretendía aliviar un poco, aunque solo fuera de momento, el estado de aquellos prisioneros. Confiaba en que al menos el sacerdote haría aquella caridad, que destinaría el dinero a ese fin. En cuanto a su liberación, era consciente de que todos los prisioneros merecían el mismo trato, pero ellos tenían que comenzar por algún lugar. Y el punto de arranque por el que se habían decidido era Sándor Géllert. No sabía nada de él, solo que en algún sitio tenía que estar.

Y no podía ser muy lejos de allí.

ANTIBIÓTICOS

Miércoles, 30 de junio de 1943

Valentina no quería permanecer en su casa y se incorporó a su trabajo a los pocos días de su rescate. Le dijo a Jana que quería ayudarla, insistiéndole en que también quería seguir con *lo otro*. Pero después de lo que había sucedido, la camarera no quería volver a tener sobre ella el peso de esa responsabilidad. Le dijo que sí, que de esa forma lo harían, pero se prometió que evitaría mandarle cualquier cosa que revistiera peligro.

Llevaba dos semanas trabajando de nuevo codo con codo con la niña, y estaba muy contenta porque había pasado mucho tiempo convencida de que una situación así no volvería a darse. Rellenaban las azucareras de terrones, tomaban nota de la cantidad de hierba para las infusiones que quedaban, alineaban después de limpiarlas las lecheras de metal. El trasiego en la cafetería era continuo. Pero lo que más la alegraba era comprobar que Valentina, después de lo sucedido, se desenvolvía con completa normalidad.

En una de sus idas y venidas por el vestíbulo la interceptó Juste. Ella leyó en sus ojos la gravedad de lo que se disponía a transmitirle.

—Tengo una caja de antibióticos esperando en la aduana. La mandó el doctor Mallén y las soluciones estaban más diluidas cuando llegaron, ahora el contenido se ha espesado, es más denso. —La observaba con atención para asegurarse de que captaba todo lo que le decía.

—Será por el reposo —le dijo Jana porque aún no se habían alejado lo suficiente de un grupo que ocupaba el centro de la sala de bienvenida de la estación. Sabía de qué se trataba. Aquellas botellitas contenían prodigios que por suerte ya les llegaban manufacturados, no tenía que tenderlos ella misma en su habitación como los de papel. Los viales de medicamento contenían manuscritos, mapas, documentos filmados, enroscados. Transformados de esa manera decían que podían conservarse quinientos años.

—Va a llegar una de nuestras invitadas ilustres, tal vez la más popular de todos —le anunció Juste con la voz tan baja que a Jana le costó entender todas las palabras—. No podemos pecar de imprudencia esta vez. Avisa a Montlum y esta noche en mi casa os expondré el plan.

Sentados en la mesa de la cocina, Juste y Montlum miraban una fotografía en la que Joséphine Baker vestía solo una falda de plátanos. Jana pensó en qué le parecería a Durandarte aquella imagen. Tenía muchas ganas de volver a verlo para agradecerle que encontrara sana y salva a Valentina. Sin duda aquella misión los aproximaría aunque,

como siempre, fuera de forma efímera. Los saludó y se sentó junto a ellos.

—Eso quisieras tú —le dijo la camarera a Montlum—, que solo fuera vestida así. De negro y amarillo.

—Esa mujer es la lujuria en estado puro —añadió Montlum—. La Venus de bronce, la perla negra, la diosa criolla, Zouzou, la princesa Tam Tam. Tiene más nombres que...

A Jana no le molestaba que Montlum hiciera estos comentarios ante ella porque no eran soeces, solo propios de alguien extasiado ante la belleza, otra muestra más de su faceta de artista. Además, para ella significaba que la consideraban una más, que no cambiaban el tono de su conversación porque se hallara presente. Pero por si acaso, antes de que dijera una blasfemia, Juste lo devolvió a la realidad:

—Vamos a centrarnos. A nosotros nos da igual a lo que se dedique. —Aunque él también sabía que aquella mulata había enamorado a París entero, que tenía una sonrisa más potente que un reflector. La sirena de los trópicos—. Vendrá acompañada de su marido —les dijo.

Jana intervino para decir que en muchos restaurantes y hoteles le habían prohibido la entrada por la procacidad de su *show*. Que ella lo había leído en un periódico francés. Y continuó Montlum:

—Eso es lo que necesitan estos caras de estatua, cabaret, a ver si se relajan un poco. Adoro a esa mujer. Cómo me reí con el charlestón en el que pone los ojos bizcos.

—Yo la vi actuar en Zaragoza con mis padres. —Durante el tiempo que tardó en decir esta frase, Jana pasó de sonreír a entristecerse.

—Por quien tenemos que preocuparnos es por su marido —continuó Juste—, se llama Jean Lion, es un magnate de las azucareras. Es judío, nunca ha escondido su condición, pero ahora su mujer lo ha hecho famoso. Ella se ha empeñado en venir a plena luz del día. Dice que no se va a esconder de nada ni de nadie, que no tiene miedo. Así se lo ha hecho saber al cónsul en Pau.

—Es valiente. Tendría que haber más como ella. A los nazis los embravece el pánico de tantos —añadió Montlum.

—Entonces, Laurent, ¿qué función tenemos nosotros? ¿Ninguna? ¿Nos vamos a dedicar a contemplar la escena? Si pasan bien y si no se los llevan. Nuestro papel es ayudar a quienes cruzan escondidos... —Jana sabía que, como otras veces, Juste se reservaba lo más importante, una vez que se aseguraba de que ya contaba con toda la atención.

—El que se juega la vida es él. De eso se trata —les dijo como

quien muestra en el último momento su mejor carta.

—¿Ha aceptado? ¿Y por qué lo hace? ¿Por amor? —Como siempre necesitaba todos los pormenores.

—Jana, esto va a ser un espectáculo. Como ella se ha encargado de que se sepa, van a venir a verla atravesar la frontera muchas personas. —Y se detuvo. Jana pensó en las *Danger visas*—. Ese va a ser el momento —continuó Laurent—. No podemos tener mejor pantalla. Todos los ojos estarán concentrados en ella. Y mientras tanto volveremos a salvar a muchos.

—Pero hay muchas posibilidades de que a él lo detengan y lo deporten. —Jana procuraba armar el puzle.

—Y lo sabe, lo ha querido así. Ella trabaja para la Resistencia. Saben lo que está sucediendo, Jean Lion se va a ofrecer como cebo. —Juste continuó con el repaso habitual de los asuntos que se traían entre manos según los últimos informes que había recibido. Les repartió unos papeles—. Esto tiene que ver con las húngaras, parece que Durandarte lo tiene todo bien organizado para sacar al menos a una docena de aquella cloaca en Miranda de Ebro. Cada vez llegamos más lejos. —Y continuó con una nueva orden—: Jana, tienes que darle la caja de medicamentos al maquinista de siempre. Ya queda menos. —Y con cierto temblor en la voz añadió—: Espero que sobrevivamos todos. Tenemos mucho trabajo por delante, pero saldrá bien. En cuanto Guinart me informe de los detalles os los haré llegar.

Cuando Jana llegó al edificio de viajeros, después de despedirse de Montlum, se encontró con Eberhard Gröber. Iba a saludarlo con la forzada cortesía habitual, sin pararse, pero él la detuvo.

—Estará contenta. *Le han* devuelto a su niña, *Frau* Belerma.

—Así es, mayor. —Jana solo atinó a responderle de esta manera.

—Dígame, ¿cómo debo llamarla, señora o señorita Belerma?

—Llámeme Jana. —Aunque suponía demasiada familiaridad que utilizara su nombre de pila, solo se le ocurrió esta salida para no tener que continuar hablando.

—¿No se aburre aquí? ¿No preferiría estar en otro lugar? ¿En Zaragoza, por ejemplo? —Gröber pronunció el nombre de la ciudad con un tono más inquisitivo, intenso, como si esa palabra fuera la clave. Jana pensó en las húngaras escondidas en el piso de sus padres.

—No, señor, aquí se vive muy bien. —Le señaló con la mirada a un grupo de guardias alemanes que reían. En cuanto Gröber miró en la misma dirección las risas cesaron.

—Pero usted sabe idiomas, es por tanto una persona preparada —continuó con su interrogatorio.

—Por eso trabajo en un hotel internacional. —Jana se preguntó

dónde pararía todo aquello. Desde el principio había advertido que no lo guiaba la amabilidad, que era todo una impostura para sonsacarle información.

—No se arriesgue, es demasiado joven y guapa para morir. —Volvió a mezclar su tono autoritario con una galantería que a Jana le resultaba muy falsa, como de manual de seducción.

—No pienso hacerlo, mayor Gröber.

Y cuando consideraba que ya había terminado, él añadió:

—¿Y su marido? ¿Qué hace? ¿Qué piensa de todo esto? De su… —se detuvo unos instantes— independencia. ¿Cuenta usted con su permiso para llevar la vida que lleva?

—No tengo marido —respondió Jana asustada. No se explicaba cómo Gröber había sido capaz de descubrir su secreto tan rápido.

—¿Está usted segura de eso? Tal vez lo que le suceda es que tiene amnesia. Escúcheme, voy a estar unos días fuera, tengo reuniones al más alto nivel, cuando regrese estaré dispuesto a que tengamos una charla. Tal vez usted me explique muchas cosas que no entiendo de aquí.

—Mayor, si me disculpa… —Jana iba a retirarse pero Gröber la agarró de un brazo con mucha fuerza.

—*Frau* Belerma, hay dos tipos de personas: aquellas a quienes se puede engañar y aquellas a quienes no. No hace falta que le diga a qué grupo pertenezco yo.

—Yo no soy uno de sus soldaditos. Además le aseguro que tengo de plomo hasta el corazón, no como el del cuento. Y como puede comprobar no me falta ninguna pierna. No sé por qué tendría que temerlo. —A Jana le gustó poder lanzarle estas palabras porque no solo le dejaba claro con ellas que su carácter no era precisamente doblegable, sino que además le servían como farol para aparentar ante él que no tenía nada que esconder.

Viernes, 2 de julio de 1943
El cumpleaños de Sieglinde le pareció a Jana suficiente motivo como para decidirse a recorrer los casi ciento noventa kilómetros del trayecto entre Canfranc y Zaragoza. La acompañó Montlum. Cuando el tren se detuvo en Jaca, el maestro que tan bien pintaba el agua les entregó bastantes grabados que juntaron con algunos documentos que también trasladaron a la capital. Los camuflaron entre los regalos para la niña. Cada uno llevaba un paquete. Jana una muñeca que le había dado Solange hacía un par de semanas. Le dijo que ya estaba mayor para jugar con ella y que podía regalársela a alguna niña del hotel. La camarera se la guardó porque pensó que se parecía a la hija de Dagmar, que era una copia suya a escala, de la misma manera que ella lo era de su madre. También le llevaban un rompecabezas de cubos que formaba seis láminas del mapa de España, en cada una aparecían unos accidentes geográficos distintos y en la que coincidía con la imagen de la tapa, los nombres de las ciudades y de los pueblos.

Todo había ido bien, nadie se había fijado en ellos, pero al salir de la estación del barrio Jesús, Jana notó un aire extraño; se volvió y se quedó mirando las seis ventanas circulares abiertas sobre la primera cornisa de la fachada. Le pareció que cada par de ellas era la lente de unos prismáticos. Se sentía observada, pero no quiso alertar a su amigo. Se aseguraría de dar esquinazo a sus supuestos perseguidores antes de llegar al portal de la calle Alfonso I donde había vivido tantos años.

Estaba aterrada. Tenía que mantener la mirada al frente, caminar erguida, con decisión, como cualquier otra pasajera, pero le resultaba difícil aparentar serenidad. Si esa sensación persistía le pediría a Montlum que se detuvieran en el Gran Café Ambos Mundos. Hubiera preferido enseñárselo en otra ocasión, pero al menos allí dentro sería más fácil verles las caras a sus rastreadores. No le serviría de mucho llegar hasta el centro por callejones. No los conocía bien y podían terminar en alguno sin salida. Si Eberhard Gröber había enviado a algún agente para que no la perdiera de vista no vestiría uniforme, iría de traje, y ese detalle hacía que cualquiera pudiera ser un emisario del mayor. Esta segunda idea la inquietó aún más.

—Jana, ¿estás bien? —Montlum vio que varias gotas de sudor le recorrían la sien.

—Sí, estoy un poco mareada, pero nada más. El tren, la gente, el cambio de temperatura, no sé. —Se negaba a hacerle partícipe de sus temores.

—¿Quieres que descansemos? —le dijo Montlum mientras le

tendía un pañuelo.

Jana no le respondió más que con una sonrisa. Aún no sabía qué sería peor. Tenía que ganar tiempo, asegurarse de que eran solo imaginaciones suyas. Como su amigo no conocía la ciudad decidió que alargaría el paseo con un rodeo todo lo grande que sus fuerzas le permitieran. Después de lo que había hecho por Dagmar y Sieglinde no podía llevarles la Gestapo a domicilio. Precisamente aquel día, el del octavo cumpleaños de la niña, en el que se había propuesto celebrar con ellas que estaban vivas.

—Si no me siento mejor te lo diré. Gracias, Montlum. —Pronunció estas palabras con el mismo tono que hubiera empleado en una despedida.

Antes de llegar al río vio las dos torres culminadas con agujas de la iglesia de Nuestra Señora de Altabás. Hacia su puerta se dirigían varios grupos de mujeres. Pensó que lo mejor sería sentarse en uno de los bancos delanteros y enseguida, antes de que comenzara la misa, salir por los altares laterales de forma que pudiera ver quiénes ocupaban los asientos de aquella nave. En aquellos momentos toda precaución le parecía poca.

—Jana, no tenemos prisa, ellas no saben que estamos aquí. Ni se lo imaginan. —Volvió a insistirle Montlum para que descansara.

—Tienes razón, ven, vamos a sentarnos un poco. Aquí estaremos frescos.

Lo guio hasta el interior del templo. Estaba muy inquieta. San Gregorio Magno los miraba. No dejó de removerse en el banco. Montlum estaba tranquilo. Observaba las tallas, el fulgor del púlpito, los tablones del suelo. A los pocos minutos, Jana le dijo que ya estaba bien, que podían marcharse. En la penúltima fila vio a dos hombres altos, con sombrero, y de forma inmediata pensó que eran alemanes. Ellos no los miraron. Una vez en el exterior se entretuvo en ajustarse la hebilla del zapato. Montlum la ayudaba sujetándola de un brazo. Quería comprobar si los que consideraba sus perseguidores abandonaban la iglesia también. Pero no salieron.

Antes de que pasaran al otro lado del puente, Jana se pegó al muro de una fábrica y entró por la primera puerta que vio abierta. Se acercó a la portería y preguntó cómo se llegaba a una dirección. Mientras, no dejaba de observar el trozo de calle que se veía desde allí. El conserje salió al patio a darles las indicaciones. Señalaba al Ebro. En cuanto volvieron a quedarse solos, Montlum le habló.

—¿Dónde vamos? ¿Qué pasa?

—Que nos siguen, Montlum, nos están siguiendo desde que salimos de la estación, por eso me metí en la iglesia y después aquí.

—Estás nerviosa. No hay nadie. —Le dijo mientras le acariciaba el brazo, la notaba temblar, tenía los ojos brillantes.

—Es Gröber, Montlum, noto cómo me está estrechando el cerco, me tiene bajo la lupa, no me deja ni a sol ni a sombra. —Jana estaba angustiada. No había querido participarle sus temores, pero en aquel momento no tenía más remedio. Se arrepintió de haber salido de Canfranc.

—Nadie sabe que hemos venido. Ni nuestros jefes. Les pedimos el día libre pero no saben para qué. Tranquilízate.

—No sé, Montlum, cada vez estoy peor, si no se acaba pronto la guerra me acabaré yo. —Jana movía la cabeza a un lado y a otro como si con ese balanceo quisiera deshacerse de lo que barruntaba.

Al fondo de la calle Alfonso I vieron la basílica del Pilar. Cuando llegaron a la última manzana, Jana sacó del bolso unas llaves y abrió el portal. Subieron por las escaleras porque el ascensor ascendía también en aquel momento y no quiso esperar en el zaguán del edificio. No quería asustar a Dagmar y a Sieglinde, de modo que decidió no abrir con sus llaves y llamar para que ellas los vieran cuando, alarmadas, pegaran sus ojos a la mirilla, cosa que seguro harían antes de abrir.

La madre y la hija, como no podían gritar, se echaron las manos a la cara. Enseguida pasaron y se besaron los cuatro.

—Es mi cumpleaños, es mi cumpleaños —decía la niña mientras miraba los dos paquetes—, y voy a tener regalos y no voy a estar sola.

A pesar del encierro las encontraron muy bien. Montlum sacó unas tortas de alma que había llevado del horno y le enseñó a Sieglinde, que era incapaz de estarse sentada mientras tomaban las pastas, varios trucos de magia. Mientras Jana hablaba con Dagmar, él le tendió a la pequeña dos cartones que encuadernaban un dibujo. La niña llamó la atención de ellas.

—¡Mirad, qué bonito! Es un gallo gigante. —A Sieglinde se le iluminaron los ojos con aquellos colores.

—Me lo regaló su autor. Se llama Chagall. Pintó varios así, parecidos, hace unos años, un poco antes de que tú nacieras —dijo Montlum sin contarles las circunstancias en las que había conocido al autor.

—Seguro que corre como un caballo —dijo la niña. En la lámina, al animal con plumas lo cabalgaba un jinete, como si fuera un arlequín, vestido de rojo y amarillo, que se abrazaba al cuello del ave.

—Eres tú, Montlum, eres tú. Ese eres tú. Te ha pintado a ti. ¿Sabes qué me gustaría? Encontrar un huevo muy muy grande del que saliera un pollo así. Lo criaría y cuando se hiciera mayor me subiría a

él para ir a buscar a mi padre. —Los progresos que había hecho la niña con el español eran asombrosos. Jana supuso que dedicaban muchas horas al día a repasar las cartillas y las enciclopedias escolares que había en aquella casa.

A los pocos minutos, Jana no sabía dónde estaba, porque mientras continuaban con la merienda que Dagmar completó con unos melocotones, escuchó unas palabras que provenían del rellano. Se sacudió la cabeza para darse cuenta de que no estaba en la habitación bisiesta, sino en el piso de Zaragoza que había sido de sus padres. En ese momento oyó que llamaban con fuerza a la otra puerta del descansillo. Buscaban a alguien, las voces llegaban hasta allí, y lo peor de todo era que hablaban en alemán. Ellos cuatro se quedaron inmóviles. Allí no los ocultaba ninguna librería como en el cuarto secreto del hotel. Jana solo podía pensar en el destino, a pesar de la distancia parecía que la fatalidad había seguido a las húngaras hasta allí. Se acercó a la pared del fondo como si quisiera traspasarla, llevándoselos a ellos también, y cruzar el cielo como las parejas de novios de aquellas pinturas que se desparramaron por el andén hacía apenas unos días.

Estos registros no eran infrecuentes, que los guardias del Reich los pudieran llevar a cabo daba cuenta del enorme poder con que se desempeñaban. Llamaban a las casas o pedían documentos a los transeúntes como si España también fuera un país ocupado.

Un vecino hablaba con los guardias. Parecía que quedaba menos, que estaban despidiéndose. Después, en vez de alejarse, el eco de sus pasos sobre la madera del suelo se los acercó aún más. Montlum y Jana se miraron. Cuando golpearon en la puerta, cada uno sintió esos puñetazos en el pecho.

—*Achtung, Tür öffnen*. —Y lo repitieron en español—. Abran la puerta.

Entonces lo que se les paralizó, además de los gestos, fue la sangre. No sabían qué les había contado el vecino. Los alemanes lo repitieron aún con más énfasis:

—*Achtung, die Tür aufmachen!* Abran la puerta, vamos.

Ninguno de los cuatro respiraba. Sin que pudieran detenerla, Sieglinde recorrió el pasillo y les abrió. Los demás se quedaron en la habitación del fondo.

Aparecieron delante de ella dos hombres inmensos, aunque no vestían uniforme, en el cuello y en la manga izquierda del abrigo llevaban un parche con una flor blanca, la del *edelweiss*, la misma que adornaba algunas cumbres del Pirineo, y que era el símbolo de su destacamento de montaña. Eran los mismos de la iglesia. A Jana no le

había fallado su intuición. Gröber los había enviado porque ese día ella había decidido viajar. Le preguntaron a Sieglinde en español dónde estaban sus padres. La niña habló con la pronunciación sin acento con la que ya se manejaba:

—Es mi cumpleaños. Espero a mis amigos.

—*Geburtstag* —le tradujo un guardia al otro. Y entonces se dirigieron a ella—. *Auf Wiedersehen*, y felicidades, pequeña señorita.

Montlum, que parecía estampado ante la ventana, también ensanchó los pulmones en cuanto se marcharon.

Sieglinde aprobó con nota aquel examen. Había quedado muy claro que podía hacerse pasar por española cuando quisiera. Los guardias no tuvieron ninguna duda de que la niña era aragonesa. Así se lo comunicarían a Gröber, de esta forma sabría que Jana tenía familia en Zaragoza. Tal vez especularía con que se trataba de su hija.

Dagmar abrazó a Sieglinde. La niña les dijo que llevaban flores bordadas sobre el uniforme, y Jana les contó la leyenda del *edelweiss*, les dijo que era el fruto del llanto de una reina de hielo, que lloró tanto cuando los gnomos despeñaron a su amado atado a una piedra por un barranco, que con sus lágrimas se formaron esas magnolias silvestres.

Sábado, 3 de julio de 1943
Hacia las siete de la mañana Esteve ya había ensillado a Farsante. Como parecía que en aquel momento tenía vía libre para moverse por el valle, por el favor que les iba a hacer a las fuerzas del orden y gracias al pequeño chantaje al que había sometido al gobernador, decidió aprovecharse.

Cruzó el poblado de Los Arañones contando los minutos que tardaría en ser reclamado para el quehacer que lo había llevado hasta allí.

Jana vio a Esteve desde un ventanal de la segunda planta, igual que el día que lo detuvieron. En el extremo del andén más cercano al puente comenzaron a reunirse bastantes hombres. Él se colocó a la cabeza después de lanzar una sonrisa hacia la cristalera y tocarse el sombrero y Jana quiso creer que aquel gesto se lo dedicaba a ella. Necesitaba darle las gracias de una forma más sosegada y por eso deseó encontrárselo cuanto antes.

En ese momento, a la vez que Esteve se alejaba, sintió una presencia, unos ojos que le taladraban la nuca bajo el moño recogido en la redecilla. Y oyó su voz. Nunca lo veía llegar, siempre aparecía de repente:

—¿También es su amigo? ¿Al facineroso lo conoce su marido? La voy a informar de algo: según la ley antitabaco del Reich, los cigarrillos, ese veneno genético que les vende a nuestros soldados con el fin de dañar a nuestra raza, le pueden costar el cuello. Dígaselo de mi parte. ¿Qué piensa? ¿Que no sé nada de lo que pasa aquí? Pues estoy al tanto de todo, al cabo de la calle, que dicen ustedes.

Jana sentía que cualquier cosa que dijera no serviría de nada. Afortunadamente el mayor no había recuperado la memoria después del ataque epiléptico, y ni siquiera había echado de menos la carta que Juste había destruido. Se daba por satisfecha con que, de momento, las cosas siguieran como estaban. Por eso lo dejó hablar. Al fin y al cabo hacía su trabajo, atendía a un cliente con amabilidad, en ese caso bastante moderada. Además, estaba orgullosa de su capacidad para dominarse. Era un triunfo en medio de tantos sinsabores.

—Usted no me conoce, *Frau* Belerma, no tiene ni idea de lo que soy capaz de hacer… de hacerle. No le voy a negar que usted me gusta, sobre todo porque no parece española, pero me debo al nacionalsocialismo, a la esperanza de Europa, y eso es lo más importante para mí. Llegado el caso, no lo dude, le aseguro que no me temblaría el pulso.

Jana volvió a pensar que aquellos ojos eran como los remates azul

cobalto de la empuñadura de dos dagas. Pero respecto a su encuentro anterior hubo un avance, no consiguió intimidarla. Se sentía liberada, como si lo que tuviera que sucederle ya estuviera trazado de antemano, con Gröber o sin él.

—Mayor —dijo para despedirse.

Su actitud dejó al oficial sin palabras. Estaba acostumbrado a que sus interlocutores lo escucharan por educación o, la mayoría, por miedo. Pero la indiferencia era algo nuevo para él.

Esteve y sus acompañantes subieron durante dos horas la montaña hasta que divisaron el refugio. El bandolero y sus hombres intercambiaron miradas de interrogación: la cabaña les pareció bastante más destartalada que el día que la asaltaron, y por los alrededores no parecía haber ningún rastro de que nadie hubiera pasado por allí en los últimos meses. De la comida que la niña le dijo que Voltor devoraba ante ella no quedaban ni los huesos. La guardia civil llevaba pistolas Astra, Llama, Martian, también los fusiles cortos que habían sido los distintivos del arma de carabineros, mucha munición, más de la que en algunas épocas lograban reunir los maquis, como si en vez de buscar a un viejo fueran a enfrentarse contra un ejército. Pero allí no había nadie.

Aunque ya los había llevado hasta el sitio según lo pactado, Esteve no se dio la vuelta, sino que siguió al mando de la expedición. Mientras los otros se mantenían a cierta distancia, él dio una patada al portalón, que cedió enseguida, de tan carcomida e hinchada que estaba su madera y tan desvencijadas que tenía las bisagras. Como contó la niña en el cuartel, si no había conseguido huir era porque Voltor colocaba delante de la entrada un banco que reforzaba con una piedra redonda enorme, tal como debió de ser la de la condena de Sísifo, el rey griego castigado a transportarla una y otra vez, hacia arriba, por una ladera del infierno.

Dentro de la caseta no había nadie. Durandarte tocó las brasas para comprobar que el hallar llevaba días sin encenderse. Pero no perdieron la mañana porque uno de sus hombres dio la voz de alerta cuando entre las matas vio lo que parecía un animal grande, un jabalí, un oso, o Voltor. Corrieron en la dirección donde aún se agitaban algunas ramas y lo persiguieron durante un par de kilómetros en dirección a Villanúa, pero sin saber de qué se trataba, si solo era una sombra o una ráfaga de viento. Atravesaron el barranco de Betigueral, el de Orbil, y antes de llegar al de Rayera se dieron por vencidos. No había ni rastro, como si hubieran corrido detrás de un fantasma que hubiera levantado el vuelo. Eran ya muchas horas monte a través durante las que solo habían parado dos veces, para almorzar y para

comer. Los guardias y los vecinos de Canfranc volvieron al pueblo, y Esteve y sus dos acompañantes se adentraron aún más en el sentido opuesto, hacia el Col de Bessata.

Lunes, 5 de julio de 1943

Fue el conductor del primer tren de la mañana el que dio el aviso; al llegar a la estación de Canfranc bajó muy acalorado para comunicarle a una pareja de guardias que desde el viaducto de Cenarbe, el que llamaban de San Juan, entre Villanúa y Castiello de Jaca, había visto que varios buitres le estaban sacando las tripas a uno vestido de negro. No atendió a razones cuando le dijeron que los acompañara al puesto para salir desde allí. En vez de eso entró en el bar a refrescarse. Lo siguieron porque querían recabar más información y les respondió que ya se apañarían, que él ya les había dicho dónde buscar, que recorrieran el trecho entre la salida del túnel y donde empezaba el caracol, como llamaban a aquella parte del trazado ferroviario, que allí lo encontrarían. La rudeza del maquinista respondía sin duda a que, aunque no lo reconociera, estaba muy afectado por la escena que según les contó había tenido a menos de cinco metros de la vía. Por la visión que les esperaba fueron pocos los que se quisieron unir. Ya lo traerán los de la benemérita, repitieron.

Cuando lo localizaron mandaron a uno de los más jóvenes a por una camilla, que improvisaron con dos travesaños y una sábana vieja doblada en tres partes para que resistiera más. Lo subieron hasta la carretera donde lo cargaron en un camión. Una vez en el pueblo de Canfranc Estación, no sabían si llevarlo al cuartel, a algún sitio que les dijeran en el ayuntamiento, un cobertizo, un almacén, o al cementerio. Al final entraron en este último con él al hombro en aquella parihuela que trasportaban en andas. Nadie se esperaba que se ofrecieran a velarlo, y menos que quienes aparecieran allí nada más entrar en el pueblo con el muerto fueran Valentina y su madre.

—A ver ahora quién paga el entierro —dijo el sargento, el mismo guardia que interrogó a la niña a la mañana siguiente de que fuera liberada por Durandarte—. Lo de no tener dónde caerse muerto es lo que le pasa a este. Nos ha caído a nosotros. A saber de dónde es.

—Madre, pediremos dinero.

—Una colecta vas a hacer para el que te secuestró. Hija mía, a ti te ha trastornado todo esto. Ya sabía yo que no podía acabar tan bien —dijo Leonor mientras se llevaba una mano a la cara y ladeaba la cabeza.

—Pobre hombre, se me llevó, pero no me hizo nada. —Valentina se encogió de hombros.

—¿Te parece poco? Nosotros casi nos morimos de tanta angustia.

—El que se ha muerto es él, madre, y yo estoy bien. Qué más quiere.

Los primeros que llegaron donde estaba el cuerpo de Voltor eran de la estación, al fin y al cabo, se enteraron antes que nadie. Aparecieron después Arlette, Laurent Juste y Jana Belerma casi a la vez que el alcalde.

El guardia le entregó a su superior una carta, un carné y una fotografía.

—Esto es todo lo que llevaba el viejo.

—Esa fotografía es la que me enseñó la noche en que me hizo aquella fiesta. Es de una niña espantosa. Parece que está en un manicomio —dijo Valentina.

La camarera se acercó y se la mostraron. Le rompió el alma… Se le marcaban los pómulos de tal manera que parecía que los huesos que le tensaban la piel sobre ellos iban a abrirla. Como era de esperar, la carta estaba en su idioma. Jana Belerma hubiera podido leerla allí mismo, Laurent y Arlette lo sabían, pero como el alcalde propuso que fueran al bar de la fonda La Serena para dársela a algún alemán, así lo hicieron. Dejaron a Voltor, Woltraum, según su cédula de identidad, solo, un poco más de lo que ya estaba desde que llegó, como sabrían enseguida, de la estación de Berlín.

El guardia civil le expuso lo que sucedía a Tricio. En una de las mesas del fondo estaba el profesor de Heidelberg y Jana se dirigió a él para preguntarle si estaba dispuesto a leer una carta que los buitres habían sacado del abrigo de su compatriota Woltraum; le dijo que los cuervos habían picoteado incluso el papel, pero que ella misma se había encargado de limpiarlo en la cocina de Pilar, que no tenía ningún resto. Tadeusz no entendió tanta prevención, al fin y al cabo aquella carta contenía la vida de un hombre y, por tanto, que estuviera impregnado de carne y de sangre era lógico. Apartó el libro que leía, *Ser y tiempo* de Martin Heidegger. Volvió a colocarse las gafas, se aclaró la voz y comenzó a leer.

Berlín, viernes, 7 de enero de 1943

Soy un hombre al que le han extirpado todos los órganos, pero para mi desgracia continúo con vida. Estos criminales, los verdugos que no sienten, me han vaciado; ya no soy yo, ya no soy nadie. En mi oficina del Departamento de Cartas Perdidas del Servicio de Correos, entre mis compañeros, los rumores que se referían a lo que sucedió antes con otros se comentaban desde hacía varios años, pero eran tan repugnantes, salvajadas imposibles de creer, que nadie les daba pábulo, las apartaban de sus mentes aduciendo que se trataba de propaganda antinazi, que eran los subversivos, los que querían terminar con el régimen salvador, los que expandían estas patrañas. Los que hablaban de la ley para el control de la progenie se referían a ella como una medida terapéutica, preventiva, cuando se trataba solo de una manera de llevar a cabo asesinatos masivos con total impunidad.

El papel estaba muy estropeado. El teniente Tadeusz tenía que deducir algunas palabras que los pliegues de la carta habían mutilado.

Entonces estas prácticas se nombraban en los términos habituales, científicos, como si de la noche a la mañana todos fuéramos médicos. Querían limpieza, pureza, deshacerse de los enfermos mentales, de aquellos que padecían y transmitían enfermedades hereditarias, se esterilizaba a los que se consideraba inferiores. Las voces aumentaron, algunos afirmaban que habían comenzado a matar de forma indiscriminada a los internos de centros psiquiátricos, cualquiera que fuese el motivo que los había llevado hasta allí: alegaban compasión, misericordia, piedad... Se exhortaba a las familias a que entregaran a sus hijos discapacitados. Uno de aquellos edificios monstruosos donde se les hacía desaparecer estaba muy cerca de nosotros, en Brandeburgo, allí debería haber acudido yo con mi hija.

A las familias se les comunicaba que el paciente había fallecido a consecuencia de una enfermad incurable, sin ahondar en más detalles, de esta forma concluía el asunto, esa era la última formalidad, la manera en que el régimen ponía punto y final a esta operación de exterminio implacable. A algunos en vez de suministrarles veneno les inyectaban barbitúricos, estos fármacos les provocaban pulmonías, una muerte lenta, angustiosa, asfixiante. A los que no decidían gasear, tal vez porque era difícil trasladarlos, los dejaban morir de hambre atados a sus camas, todo se justificaba según el coste de sus pensiones en Reichsmarks, y por el riesgo de contaminación de la raza que suponían.

Toda esta información pavorosa es la que conseguí reunir durante los meses anteriores a mi desgracia, aunque se hablaba poco de ello, solo algunas palabras en voz baja, cuchicheos sobre las continuas desapariciones de inválidos, enfermos mentales, ciegos, sordos e incluso alcohólicos. El personal sanitario trabajaba bajo juramento de silencio y lealtad al gobierno nazi. A cambio obtenían un sustancioso aumento de sueldo, era dinero sucio que además cobraban en Navidad. Se les obsequiaba con sidra y vino en grandes cantidades para que hicieran su trabajo borrachos. Otros preferían drogarse con la misma morfina que dispensaban, así los delirios de su fantasía, de sus pesadillas, de sus noches en vela se mezclaban con la realidad de forma que ya no sabían por qué debían sentirse culpables.

Tadeusz se detuvo. Era como tener entre las manos la certeza del mal, la confirmación de que las atrocidades no eran una anomalía, sino que se extendían de manera industrial como si sobre el mapa de Europa creciera una mancha de podredumbre. Al profesor le resultaba muy difícil continuar, era muy duro también para todos los que lo rodeaban: los dueños de La Serena, Valentina y su madre, Jana, Laurent Juste, Arlette, el alcalde y el guardia Dorian Lander, pero para él aún resultaba peor. Además también habían puesto la oreja muchos

de los que antes bromeaban en las mesas vecinas. A pesar de que se sentía sin energías para recorrer aquellos surcos de letras que tantos cadáveres enterraban, continuó con su acento que hacía difícil descifrar algunos pasajes, aunque no entender ciertos detalles era un alivio:

> *Me convertí en un especialista, no porque yo me dedicara también a estas prácticas, sino porque sabía que cada vez estaba más cerca de la boca del lobo. Desde que mi mujer murió en el parto porque nuestra hija venía atravesada, no de pie, ni de cabeza, solo sabían que había sobrevivido el que fue fruto de nuestro amor. Yo la crié con la ayuda de una mujer que primero fue su ama de cría y después su niñera durante esos años de dicha. Porque, aunque suene extraño, aquella niña deforme ha sido lo mejor que me ha pasado en mi vida, el centro de mi universo, lo que hace que valga la pena haber existido. Por eso nunca perdonaré a los que me la arrebataron, caigan sobre ellos todas las tinieblas del mundo. Yo tenía mucho cuidado para que nadie descubriera su presencia, y ella no gritaba, por lo que no podían oírla los vecinos. Tampoco acercábamos su silla de madera a la ventana por miedo a que alguien la viera.*
>
> *Pensé en huir cuando supe que, para celebrar que en 1941 habían alcanzado el número de 10 000 infelices asesinados, celebraron una fiesta regada por toda la cerveza que fueron capaces de ingerir pagada por el Führer.*
>
> *Alguien nos denunció. De eso no cabe duda. Así sucedía en muchas ocasiones. Decía Walter Benjamin, judío para más señas, que cuando de madrugada se llevaban las terneras al matadero las cargaban dormidas. Eso mismo pasó con mi pequeña. Ya no puedo volver de allí, del momento en que entraron con tanta violencia. Salté de la cama y me apartaron, me lanzaron contra la pared, junto al balcón, un metro más a la derecha y habría saltado por él. La cabeza me sonó como cuando se casca un huevo. Les pedí que la taparan con una manta, solo llevaba el camisón y rieron, me dijeron que en unas horas estaría fría del todo, que no valía la pena cargar con nada más y que no me preocupara porque no tenían el menor interés en violar a aquel saco de huesos.*
>
> *Los perseguí por la escalera, tenían un vehículo aparcado frente a la fachada de mi edificio, la lanzaron encima de los que ya tenían dentro y vi sus caras de desesperación, suplicaban auxilio, estiraban los brazos. Los enfermeros arrancaron el motor y corrí detrás de ellos hasta que una patrulla me detuvo, me dieron un culatazo en la nuca, caí al suelo y me orinaron encima. Desperté entre la nieve horas después.*
>
> *Volví a mi casa, la puerta seguía abierta. Intenté matarme. Tomé todas las grageas que encontré mezcladas con jarabe. Un vecino avisó al escuchar mis gritos, mis lamentos, mi locura. Me curaron en el hospital Charité, el de la Universitätsmedizin. Yo era funcionario del régimen, no bebía, estaba sano, no era homosexual, al fin y al cabo, no tenían nada contra mí, pero a pesar de eso me calcinaron el alma.*
>
> *Cuando me dieron el alta encontré la nota en el buzón: me comunicaban de forma muy aséptica, en el lenguaje habitual de la documentación del gobierno, que la higiene había resuelto el dolor de una vida indigna de ser vivida.*
>
> *El ama de cría que tantos años después continuaba con nosotros, que tan bien y con tanto cariño asistía a la que fue toda mi luz, se acercaba al portal aquella mañana como había hecho todas las anteriores desde que nació mi hija. No tuve fuerzas para detenerme a escuchar sus lamentos y recibir sus vanos intentos de consuelo.*
>
> *Corrí hacia la estación central y escupí al pasar frente a la ópera Kroll, donde se había trasladado el Reichstag tras el incendio de su edificio. Yo tenía todos los papeles en regla, como alemán no judío era libre de hacer lo que quisiera. Deseé que desde lo alto de la puerta de Brandeburgo saltara la cuadriga y sus dos parejas de caballos me llevaran lejos, para reencontrarme con mi hija Valentina más allá del sol.*

Tadeusz dejó la carta boca abajo sobre la mesa y sacó una moneda para pagar su café, se guardó los lentes y dio unas palmadas suaves en la barra antes de salir. No se volvió. En aquel momento decidió que nunca volvería a Alemania.

Los demás se quedaron unos segundos más en la misma posición, sin hablarse. Tricio y Pilar volvieron a la cocina, pero una vez allí se quedaron petrificados, con la mirada perdida. Leonor se arrebujó la toquilla con mucha fuerza. El matrimonio Juste se incorporó a la vez que el alcalde y Dorian Lander.

Laurent dijo:

—Se ha cumplido su voluntad, ya están juntos.

Nadie se molestó en coser el cuerpo destripado de Voltor. El cadáver rimaba con el tono desesperado y espantoso de su historia. Cuando huyó del refugio donde había tenido secuestrada a la niña bajó hacia la zona de Cenarbe y el tren lo arrolló, no llegó a seccionarlo por la mitad, pero las ruedas contra los raíles abrieron en su tronco una despensa para los buitres.

Entre los habitantes de Canfranc Estación recaudaron bastante dinero para sufragar el funeral mediante la colecta que propuso Valentina. En la sala, junto a la capilla del cementerio, lo cubrían un par de decenas de ratas grises que relevaron en aquel banquete a los carroñeros con plumas, a pesar de que en cuanto lo depositaron allí le echaron encima un par de sacos de cal viva para evitar infecciones. Parecía que todo lo que se relacionara con aquel hombre tenía que ser por fuerza desagradable, como si el infortunio lo persiguiera incluso más allá de su muerte. Tras el responso del mosén lo enterraron con la fotografía de su hija. En una placa, atada a una cruz bastante rudimentaria, se leía: *Señor Woltraum, natural de Berlín, Alemania, falleció en 1943*. La carta y su cédula de identidad las depositaron en el archivo del ayuntamiento.

Alrededor del cúmulo de tierra estaban, además de Leonor y su hija, Arlette, Montlum, Dorian Lander, el profesor Tadeusz y Jana. A los demás les pareció demasiado homenaje asistir al sepelio de quien había raptado a una menor; cualesquiera que fueran sus circunstancias anteriores, no encontraban disculpa para aquel delito tan grave. Sobre el montículo, Valentina dejó unos lirios de los Pirineos, tenían los pétalos plegados y curvos, como si formaran una canasta, los tallos medían más de un metro y a su belleza se contraponía un olor fétido, como si la elección de las flores tuviera que ver también con él.

Quedaron sus restos bajo aquella tierra que pronto se cubriría de hierba. Jana salió la última. Sus padres estaban enterrados en Zaragoza, pero cualquier lugar le servía para invocarlos.

La Resistencia, la Cruz Roja, Fred Deyermond, el periodista que dirigía la red de rescate desde la Francia ocupada, la del gobierno de Vichy, todos lo intentaron. Pero no hubo manera de disuadir a Joséphine Baker: ella seguía en sus trece, quería cruzar los Pirineos con el mayor ruido que fuera capaz de armar. Llevaba semanas anunciando en la prensa el momento en que atravesaría la cordillera. Alegó ante quienes la previnieron que una estrella no podía ocultarse, que era imposible disimular su brillo, que si decidían detenerla, así se la llevarían, con su vestido de flecos, el turbante a juego, su collar de perlas de tres vueltas, la última de las cuales le llegaba bastante más abajo del ombligo, sus pestañas postizas y los pendientes de aro. Pero el verdadero motivo era otro, y cuando lo expuso ante sus correligionarios estos se vieron en la obligación de aceptar su deseo.

Joséphine Baker sabía que en medio de aquel espectáculo ningún guardia se atrevería a interferir para no ser inmortalizado él también, ni ningún superior le daría tampoco esa orden. De esa forma confiaba en que entre todos serían capaces de llevar adelante el plan de evacuación diseñado con tanta precisión por ella y por Étienne Guinart, quien se lo había trasladado a Jana, Didier, Montlum y Juste con directrices muy específicas. Convencidos por Joséphine Baker, los de la Resistencia habían movido sus hilos, cuyo manejo dependía de Étienne Guinart, el aristócrata que enviaba a la oficina postal los libros ilustrados, tan densos e interesantes, a nombre de Jana, quien se los prestaba al jefe de la aduana para que los analizara y después copiara, diseccionara y difundiera todo lo que contenían en clave, según el procedimiento habitual, que en esta ocasión también había servido para irles comunicando todos los detalles y avances de la misión. La coartada de Guinart era permanecer en Londres, en el cuerpo de élite de Operaciones Especiales que dependía directamente de Churchill, como ellos sabían. Pero no siempre se hallaba allí, sino que se las arreglaba para cruzar el vigilado canal de la Mancha con tanta destreza que igual estaba en Inglaterra que en París, y a veces en lugares bastante más exóticos comparados con aquellos dos.

Iban a dejar atrás el París ocupado donde era posible ir a una exposición de Picasso, a un concierto de Charles Trenet, escuchar a Brassens recitar poemas, extasiarse con la guitarra de Django Reinhardt y culminar la fiesta en el Vel d'hiv, abreviatura de velódromo de invierno. La noche del 16 al 17 de julio del año anterior hubo una redada que reunió en aquellas instalaciones deportivas a miles de judíos para trasladarlos después desde allí a los campos de exterminio de la dictadura nazi. Era terrible, pero en aquella ciudad

algunos seguían viviendo bien mientras otros ciudadanos desaparecían de la noche a la mañana.

La actriz y cantante había reservado varios vagones de tren que pagó a precio de oro, más que si fueran asientos de pasajeros. Con su secretaria y su abogado como ayudantes, pasó varias mañanas en la aduana de la estación de Austerlitz rellenando, según las directrices de Laurent Juste, hojas de ruta especial por duplicado, triplicado e incluso quintuplicado en algunas ocasiones. Con la firma del consignatario, los bultos que identificaban se visarían en la frontera extranjera, aquella de la que estaba a cargo él. Según la relación de mercancías, había de todo: pasamanería, perfumes, sombreros, abanicos… Este género sería confrontado por el funcionario pericial encargado de la oficina del servicio ya en Canfranc.

Cuando engancharon los tres últimos vagones y los precintaron tras todos estos trámites, quedó a buen recaudo lo de más valor: los dos centenares y medio de vidas de niños, mujeres, hombres y ancianos con dirección a España. El contenido de los vagones obligaba a Joséphine Baker a firmar una declaración falsa, muy alejada de la realidad. Los militantes de la Resistencia más cercanos a ella le advirtieron en todo momento de las consecuencias que podrían derivarse, de lo que le sucedería a ella y a todos los que intentaba socorrer si eran descubiertos. Estos informantes eran sus compañeros, pues la artista era también corresponsal del espionaje francés, del Deuxième Bureau, y les filtraba cuanto veía y oía en las fiestas de las embajadas sobre movimientos de tropas. En una ocasión entregó a sus contactos incluso un libro de códigos italo-germanos. Ese fue su mayor logro, el que dejó a todos los que ya admiraban su pericia con la boca abierta.

Con estos antecedentes, era de esperar que tampoco tuviera miedo entonces, como no lo sintió en el corazón de la jungla de camerinos y escenarios que atravesaba desde los catorce años. Pensaba en esto como Jana Belerma y como Laurent Juste, que solo tenía una vida, pero con la que podía salvar a muchos. En aquel momento, sin embargo, el verdadero héroe era su marido, Jean Lion, que había decidido hacer de conejillo de indias. Si él pasaba serviría de pantalla a los refugiados, y si lo apresaban también. No se le ocurría mejor manera de contribuir a aquella causa. Cuando le comunicó la decisión a su esposa, Joséphine Baker supo que no podía haberse enamorado de nadie mejor.

La *vedette* se hizo con un taco de talones de adeudo expedidos por el inspector de almacenes, el delegado de la administración francesa; parecían las entradas de una función, pero eran en realidad los

resguardos de su equipaje, los boletos de una lotería en la que muchos se apostaban todo lo que tenían para sobrevivir. Aquellos que se fugaban fueron anotados en el libro de registro de la oficina de sección como bultos pendientes de despacho, eran sacas y baúles que contenían personas.

En aquel entonces la artista de variedades, o *variétés* como se decía en Francia, ya era millonaria, no supuso ningún menoscabo a su fortuna, era la mejor manera que tenía de emplear su dinero. Con gusto habría pagado el doble si esto hubiera sido posible para sacar a más personas, pero ya suponía un enorme desafío trasladar a tantos judíos. Era el número máximo, tampoco se podía hacer cargo de una multitud.

Miércoles, 7 de julio de 1943

Del techo del vestíbulo de la estación de Canfranc pendían guirnaldas de papel. Sonaba la música desde antes de que ella y su esposo bajaran del tren. Había flores frescas, plantas, para recibirla como si la guerra se hubiera detenido. Uno de los gendarmes la ayudó a descender del vagón. El guardia vestía de gala. Joséphine Baker lo premió con una sonrisa esplendorosa. Enseguida se acercaron Laurent y Arlette Juste. Ella mantuvo las formas como si se viera obligada a saludarlos pero no supiera que él, junto con Étienne, era quien estaba a la cabeza de toda aquella operación.

—*Tout cela est merveilleux*. Todo esto es maravilloso —les dijo mientras lanzaba besos al público que se había congregado allí.

Jana olvidó por unos instantes las circunstancias que vivían. Habían pasado trece años desde el día en que la había visto actuar. Y allí estaba de nuevo la venus de ébano.

Joséphine Baker bailó su famoso y original charlestón en el vestíbulo de la estación de Canfranc igual que venía haciendo desde finales de los años veinte. Montlum puso la música con su violín y ella comenzó a agitar los brazos como si los tuviera sueltos, le daban la vuelta como aspas de molino, a la vez las piernas se le desmadejaban, se cruzaban a tanta velocidad que era imposible seguirlas con la vista, se desdibujaban, se multiplicaban mientras corría sin moverse de la misma baldosa, se agitaba, hacía como que resbalaba y recuperaba el equilibrio, a punto de rozar el suelo con las puntas de los dedos separados, juntaba los ojos muy cerca de la nariz, sonreía y muchos decían que la dentadura era postiza, que no podía ser de verdad por su tamaño, su uniformidad, su blancura. Cuando terminó, pidieron que repitiera y así lo hizo. Los aplausos sacudían los escudos de piedra de la República francesa y el otro, el que parecía el nido de un águila.

Como no podía ser de otra forma, el mayor Eberhard Gröber hizo

acto de presencia. Bajó por la escalinata junto al capitán Wagner y justo cuando pasó al lado de Jana dijo:

—*Ajj!, eine Schwarze!* —Y repitió con toda la potencia que su voz le permitía—: *Es ist nur eine Schwarze.*[19]

La mayoría no advirtió su presencia.

Muchos se contagiaron del ritmo de Joséphine Baker y cuando volvió a sonar el charlestón la imitaron. Fuera estaba aparcado el descapotable que acababan de bajar del tren, su Cadillac 341 Roadster. En torno a él, los fotógrafos parecían un enjambre, una legión.

—*Degenerierte Musik* —Eberhard Gröber se situó delante de ella. —*Degenerierte wie sie, negroide Jüdin. Geh weg, es ekelt mich an.*[20]

Le hizo un gesto a la banda para que pararan de tocar y después miró con odio a Montlum, quien también bajó su violín.

Ella le hizo una reverencia y le sonrió con toda la picardía de la que era capaz mientras Gröber escupía en el suelo, muy cerca de sus zapatos de purpurina plateada. Todas las miradas la siguieron. Salió por la puerta opuesta del vestíbulo, la que daba al río Aragón, mientras su coche la seguía en paralelo a la pared de la estación.

Mientras, en el andén francés, ante el hangar rodeado de campanillas violeta, el plan seguía adelante. Lo que sucedía al otro lado era la culminación del trabajo de muchos días, de la búsqueda en aquella ocasión hasta del vestuario apropiado. «La suerte está en los detalles» era una de las frases más conocidas del primer estadista británico, y aquella maniobra de evasión contó con un golpe de efecto maestro ideado por quien estaba tan habituada a actuar. La rutilante y escultural Joséphine había captado de tal modo la atención que había hipnotizado como si fuera irreal a todos los presentes; los más extasiados eran los soldados alemanes, y esto obró el prodigio de que fueran muy pocos los que se percataron de que un grupo muy numeroso de monjas y otro más exiguo de unos veinte sacerdotes descendían del tren que acababa de entrar en la estación.

Gröber se había dirigido a la fonda, con toda probabilidad para informar de lo que a él, a pesar de las órdenes recibidas, le había parecido una burla. Mientras tanto, un grupo de enfermos y lisiados se organizaba en torno a unas diez enfermeras. A los más viejos los llevaban en artilugios de madera con un par de ruedas, algunos de un diseño tan precario que se notaba que era improvisado. Los acompañaban también varias docenas de niños. A los escasos rezagados que continuaban allí cuando el Cadillac 341 Roadster se perdió de vista no les quedó la más mínima duda de que el grupo procedía del santuario de Lourdes.

Entonces comenzaron los movimientos. Didier se fue a La Serena para asegurarse de que el mayor permanecía allí el tiempo necesario. Los soldados que recorrían el andén y ocupaban el puesto de guardia vieron pasar a los religiosos y a los enfermos a los que acompañaban sin prestarles más atención que la que hubieran puesto ante un desfile de ovejas. Jana ya esperaba a mitad de la avenida principal de Canfranc. Marcharon con ella hasta la primera curva, apenas recorrieron trescientos metros hasta un recodo a la derecha de la calzada, donde tres autobuses los recogieron rumbo a un hotel de Huesca. Cuando los chóferes de los vehículos contratados por la Resistencia arrancaron sus motores, Jana pensó que su vida estaba hecha de despedidas. Los tres autocares parecían vagones también por la proximidad con que circulaban. Excursionistas, montañeros…, no eran infrecuentes las visitas. De nuevo habían triunfado sobre la barbarie.

Aquella noche Laurent y Arlette invitaron a cenar a su casa a Montlum y a Jana.

—¿Sabéis qué me han dicho? —A Laurent Juste se le veía exultante—. Que ya hemos ayudado a cruzar a más de dos mil. Creo que vosotros también llevabais la cuenta.

Tal vez por efecto del vino de Madeira, Jana echó de menos más que nunca a Durandarte. Ya no le servía que apareciera y desapareciera, su ausencia le pesaba.

Montlum le pasó un brazo por detrás de la cabeza como si quisiera compensarla. Después le dijo que esperara y sacó el violín de su estuche. Cuando comenzaron a sonar las notas del charlestón con el que Joséphine Baker enfrentaba la tristeza, Arlette y ella comenzaron a bailar.

Jueves, 8 de julio de 1943

Los clientes de la fonda La Serena vieron pasar a Esteve entre los naipes levantados en unas mesas y las fichas de dominó en otras.

—Este ronda a alguna. Mucho lo vemos ahora después de tanto tiempo que no se le veía el pelo.

—Pues mira que no sea tu hija —respondía otro y reían.

Al atravesar la cancela de la estación, Jana miró el único ojo del Puente Nuevo, al otro lado estaba Esteve Durandarte, esta vez de pie, a su altura. El bandolero también se había sentido parte de la historia de Voltor, por eso hasta el último momento no supo si asistir o no a su sepelio, pero al final decidió no hacerlo. Lo único que le tentaba a acercarse hasta el camposanto era verla. Por eso sonrió cuando se la encontró aquella tarde. Se alejó del muro del establecimiento donde había dejado atado a Farsante de una argolla, se plantó delante de Jana y le propuso que pasearan un rato. Aquello le pareció a Jana la transgresión de una ley escrita solo dentro de ella, pero no quería negarse. Se dirigieron hacia la carretera de Francia y se adentraron en el paseo de los Melancólicos. Decidió que aprovecharía aquella circunstancia para ponerlo al día de los últimos acontecimientos, pero antes de que pudiera decir nada él le preguntó si había estado en las cascadas de Ordesa, como si quisiera compensar los malos tragos anteriores con la referencia a aquellas aguas cristalinas.

—Esteve, antes de nada tengo que volver a agradecerte lo que hiciste. —Jana se limitó a hablarle de lo que más le importaba en aquellos momentos, el regreso de Valentina.

—¿Me vas a regalar otro queso y otro tarro de miel? —No sabía muy bien a qué atenerse con ella, por eso decidió explorar un poco los límites.

—No era mío, me lo dio Pilar, la de La Serena, para Arlette —le cortó ella con toda la inmediatez y resolución de la que fue capaz.

—Los besos que les diste antes de que los guardara en la alforja sí que eran tuyos. Por eso me supieron tan bien, a gloria. —Durandarte aún conservaba su imagen frente a la cárcel de Huesca y, aunque estaba muy lejos de su voluntad tener novia o cualquier relación que le supusiera una merma de su capacidad de movimiento, no quería dejar de probar hasta dónde estaba ella dispuesta a llegar.

—Esteve, no tengo demasiado tiempo —le dijo como si hubiera atisbado su juego. Jana dedujo que el galanteo era la forma natural que tenía Durandarte de entablar un diálogo con las mujeres, y no quería darle pábulo, sobre todo porque a aquellas alturas ya era consciente de que su actitud podía surtir efecto; tenía la guardia baja

por la alegría que le había supuesto recobrar a Valentina. Pero nada más, se repitió para sí misma.

—Viniste a verme a Huesca. Eso no se me olvidará nunca. Ya te lo dije —siguió él como si quisiera explicitar el hilo de sus pensamientos—. No me has respondido a la pregunta. —Parecía una batalla en la que ninguno descuidaba su escudo.

—¿Que por qué fui a verte? —Se relajó entonces Jana y le sonrió. Hablaban por primera vez de él y de ella, los otros asuntos, siempre más importantes, quedaban lejos en aquel momento.

—No, no te preguntaba eso. Viniste porque querías verme, ya lo sé, podías haber mandado a cualquiera, total, para lo que me dijiste… Te preguntaba si habías estado en las cataratas de Ordesa.

La partida fue muy breve porque el contrabandista solo necesitó aquel tiempo tan escaso para ganarla.

—Sí, podría haber mandado a cualquiera, como tú dices, pero no lo hice. ¿Y sabes por qué? Pues porque siempre hago lo que quiero y aquel domingo dio la casualidad de que me apeteció ir a Huesca. Yo también puedo ir donde quiera. Aunque no tenga caballo. No sé qué te has creído.

Interrumpieron el diálogo cuando entraron en la calle principal de Canfranc Estación, en ese momento apenas continuaron juntos diez pasos. Esteve se acercó a Farsante, le desató la cuerda que, anudada a los correajes, pasaba por una argolla en la pared lateral de la tienda de ultramarinos. Desde la acera de enfrente, Jana Belerma se quedó mirando un sofisticado anuncio del vermú Martini. En él aparecía una mujer como ella esperaba ser algún día. Él también fijó la vista en el cartel y a modo de despedida le dijo:

—Ya quisiera ella.

Jana sintió calor y se sobresaltó al escuchar esas palabras. Le había leído el pensamiento. Le molestó resultar tan transparente porque igual podría adivinar la atracción que le despertaba y que cada vez le era más difícil manejar.

Miércoles, 14 de julio de 1943

Comenzaba a flaquearle la voluntad en lo que se refería a su resistencia, a su aparente frialdad frente a Durandarte, y la asaltaban las primeras dudas; sobre su idilio con doña Mimín consideraba que siempre cabía la posibilidad de que pusiera fin a aquella relación. No creía que esa mujer fuera tan perfecta, tan elegante, tan buena. Como le había dicho Arlette, allí había «gato encerrado».

Esa tarde Jana celebraba con Montlum en la cafetería del hotel Ara que cumplía veinticinco años. No se lo había querido decir a nadie más. Desde aquel día los separaban treinta años. Que fuera su aniversario parecía que le había exacerbado la sensibilidad. Los dos estaban delante de una de las ventanas que daba a la avenida principal, él fumaba mientras ella disfrutaba de una porción de pastel de la Selva Negra. La ocupación alemana también se había extendido a los hornos y los fogones.

—Ese Casanarbore es de la piel de Barrabás, menudo elemento —le dijo su amigo—. Y ella, qué guapa es, mejorando lo presente.

A pesar de la delicadeza que suponía esta frase por parte de Montlum, Jana sintió cierta rabia al pensar que la belleza de Mimín parecía admirar a todos. Para ella no era justo, porque consideraba que el tiempo que dedicaba a sus cuidados y su dinero conseguían amplificar hasta el extremo la cierta e innegable gracia que poseía. Era la primera vez que se descubría haciendo estas valoraciones sobre alguien. Así que decidió disimular, porque Montlum la conocía mucho.

Cambió de tema.

—Si algo me duele del gobernador es que no le prestó la más mínima atención a la desaparición de Valentina. Menos mal que los guardias desoyeron sus órdenes y obraron por su cuenta. No cabe duda de que él lo permitió, pero no tiene ni una pizca de humanidad. Y además quien la encontró al final fue Durandarte.

Montlum consideró que, a pesar de que ya estaba todo dicho, a Jana le gustaba recrearse en lo que había sucedido. Tenía derecho después de lo mal que lo había pasado. No añadió nada más sino que se centró en los detalles que se referían a las noticias que les habían llegado sobre las actuaciones del gobierno nazi contra algunos detenidos con cargos de espionaje. Según la directiva *Natcht und Nebel* (Noche y Niebla), en los campos de concentración los acusados de este delito debían llevar un abrigo con tres letras a la espalda, dos enes y una equis, para distinguirlos del resto de los prisioneros. Lo de la guillotina con los ojos hacia arriba era un alivio comparado con las

torturas que sufrían hasta llegar allí. Para el régimen eran traidores, lo peor, lo más imperdonable, como si los nazis fueran los adalides de la cordura y sobre todo del honor y la honestidad.

Jana recordaba las clases improvisadas que le había dado Laurent Juste sobre la manera óptima de comportarse para no ser descubiertos. Por eso sabía que si llegaba el caso de un interrogatorio tras una detención lo que les importaba a los de la Gestapo no eran las respuestas, sino la actitud, que dejaban abiertas la mayor parte de las frases que lanzaban para pescar a los incautos, a aquellos que se precipitaran a terminarlas. Ya había tenido una prueba con Eberhard Gröber. En varias ocasiones había notado que quería pillarla en falso, ponerla nerviosa, que se contradijera, sobre todo la última vez que habló con ella. Por eso lo cortó en cuanto pudo.

Para cambiar de tema, Jana le dijo a Montlum que Juste le había anunciado que el aristócrata que enviaba los libros ilustrados y que los había ayudado desde París a preparar el viaje de Joséphine Baker desde la Gare d'Austerlitz los visitaría unos meses después porque tenían que tratar con él unos asuntos de vital importancia, relativos a la maternidad de Elna.

Esta misión, la de salvar a los bebés que nacían allí, le hacía a Jana una ilusión especial.

Sábado, 17 de julio de 1943

Mientras leía la novela de Dumas, Jana vio a Esteve desde la ventana de su cuarto. Entró en el andén como lo hacía siempre, erguido, como si se tratara de sus dominios. Tenía muchas ganas de bajar por la escalera, pero se contuvo. Él se tocaba el sombrero de vez en cuando para saludar. Por su forma de mirar a todas partes se notaba que buscaba a alguien. Después del paseo lo sentía más próximo, más humano incluso. Antes de ese momento alguien le había dejado flores silvestres en recepción y uno de los hombres de Esteve, cuando se cruzó con ella en el pueblo, le dijo que su jefe le mandaba saludos. Eran pequeños gestos, pero a ella le pareció que salvaban un abismo. Después de atisbarlo lo perdió de vista enseguida.

Sabía por Juste que al día siguiente pasarían por la estación bastantes toneladas de mineral con destino al norte, a las fábricas alemanas; por ese motivo el aduanero tenía mucha documentación que preparar y habría mucho trasiego. Y si les daban fiesta a los trabajadores de la estación significaba que el envío coincidiría, aunque no era lo habitual, con la llegada de una nueva remesa de oro que descargarían a través del túnel subterráneo que comunicaba el andén francés con el español para, una vez atravesado este, colocarlo en los camiones suizos. Durante todo ese trayecto quienes transportaban los lingotes estaban vigilados por soldados alemanes, de forma que era imposible despistar ninguno del interior de las cajas de quince kilos que a los que las acarreaban se les clavaban en el hombro. De nuevo, por lo que suponía de actividad para las patrullas, los brigadistas y el resto de los guardias, era el momento idóneo para conseguir que mientras estaban entretenidos con estas dos mercancías entraran medio centenar de judíos desde el otro lado del Pirineo.

Los sábados eran los días en los que Jana más trabajaba, había más cenas y después baile, además el número de alojados aumentaba porque eran muchos los que transitaban por allí al principio o al final de la semana, según comenzaran o acabaran sus quehaceres al otro lado de la frontera.

Terminó la jornada agotada, sobre todo por la tensión que le supuso que Eberhard Gröber permaneciera allí hasta tan tarde. Una de las veces en las que ella se acercó con una bandeja de licores a una de las mesas, pegadas a la pared para dejar espacio en el centro del salón, el mayor la interceptó.

—*Frau* Belerma, suba a su cuarto a cambiarse —le dijo con su tono imperativo habitual.

—Mayor, estoy trabajando. Ya lo ve.

—Está todo arreglado. Suba.

Aquella petición la desconcertó. ¿Habría recobrado la memoria? Juste estaba tranquilo, insistía en que era muy improbable que lo hiciera, pero ella no las tenía todas consigo. De todos modos, se dijo, en esa ocasión debía de ser otra cosa. Si lo hubiera recordado habría ido directo a por Juste, quien ya estaría detenido o algo peor.

No. Debía de ser otra cosa. ¿Pero qué?

Subió a su cuarto muy preocupada y su preocupación aumentó aún más cuando, colgada del picaporte de la puerta, vio una percha con un vestido, un collar sobre él y un bolso. Entonces pensó que todo era una encerrona para cazarla, que había llegado su momento. Tal vez quería trasladarla a Alemania con una apariencia más elegante que con aquella con la que la veía durante sus horas de servicio. A pesar de todo, se probó el vestido delante del espejo del baño; le ajustaba como un guante, terminaba en una falda de godés y tenía un escote en pico. Se quitó la cofia y se soltó el pelo, no quiso maquillarse, no quería resultar más atractiva de lo que aquella ropa ya se encargaba de hacerla parecer. De nuevo sintió que todo era absurdo, que le sucedía lo que más detestaba, que las circunstancias la arrastraban.

Pero, aun así, entró de nuevo en el salón. El mayor se acercó a ella y la cogió de la mano. Comenzó a sonar un vals. Los miraban mucho los clientes pero sobre todo sus compañeros. Se avergonzó, se sentía como una prostituta. Gröber no le hablaba, solo le sonreía. Era un baile triste, obligado.

Cuando apenas llevaban medio minuto entrelazados, Esteve abrió la puerta del vestíbulo de la estación. Había vuelto después de que Jana lo viera aquella mañana porque lo había citado en su cuarto un viajero que quería proponerle un negocio muy lucrativo, según él. El bandolero consideró que eso estaba por ver, aun así decidió acercarse por la noche. Se trataba de transportar quinientos kilos de jabón de Marsella en tacos de cuatrocientos gramos. Le faltaba saber dónde tendría que recogerlo, cuál sería el punto de entrega y el resto de los detalles, sobre todo su ganancia.

En aquellos momentos, todos los que no descansaban en sus habitaciones estaban concentrados en el salón. Así lo comprobó Esteve, que al pasar junto a las puertas de cristal de la entrada antes de tomar el pasillo que conducía a los dormitorios no pudo evitar pararse a contemplar la escena. Lo que sucedía allí era como si perteneciera a otra época. La sala de baile era la estancia más adornada de todo el hotel. En las dos paredes laterales se alineaban los espejos con cornucopias doradas, debajo de ellos unas sillas muy

decoradas, con tapicería de satén. Ya se marchaba, cuando vio a través de las escasas zonas transparentes que se alternaban con los biseles del vidrio a la pareja que ocupaba el centro exacto ante la orquesta, bajo la lámpara de palacio de la ópera. El mayor alemán reclinó su cabeza sobre el hombro de Jana mientras se deslizaban sobre el suelo de mosaico. Ella sintió su fragancia a madera de roble mezclada con pimienta. Se sentía entumecida, agarrotada. Tenía un rictus helado. Él le acercó los labios al oído para recitarle la misma cantinela que ya le había dicho otras veces:

—No parece española. Mi querida… —Se detuvo y volvió a llamarla Freya.

Durandarte observaba la escena como si fuera una lámina a la que se le había dado una mano de barniz muy brillante. Entonces el oficial la apretó todavía más contra sí, atrayéndola con la palma de la mano muy abierta sobre su espalda. Durandarte bajó la cabeza. Pensó que si había sucedido en aquel momento preciso no era porque él pasara por allí, sino porque, con toda probabilidad, llevaban toda la noche así. Sintió una rabia súbita, una sensación de pérdida, como si Gröber se hubiera apropiado de algo que no le correspondía. Como si aquello que acababa de presenciar fuera una infamia.

Se le quedó en la mente el giro de los godés de la falda de Jana, la forma en la que rozaban los pantalones del uniforme del mayor. Quiso que su mano fuera la que le ciñera con fuerza su cintura y no la de él. Tuvo la tentación de volver atrás, de entrar en la sala de baile y tal vez sorprenderla con unos pasos de academia. Una mujer así no podía acabar convertida en el capricho de un nazi, se dijo. Quería arrebatársela. No estaba prohibido bailar, ni siquiera con un alemán, no obstante sintió aquello como una profanación. Se le pasó por la cabeza que tal vez era voluntario, que ella no había podido evitar sentirse atraída por el oficial, y los imaginó compartiendo después una botella de champán, incluso que él le proponía que lo acompañara a Alemania cuando ganaran la guerra. Y tras inventarse aquellas imágenes la descubrió más deseable que nunca. También se preguntó, cuando por fin fue capaz de sosegarse, si compartir aquel rato allí con él no formaba parte de sus actividades subrepticias, podía buscar información, acercársele para conseguirla.

Esteve llamó a la puerta del viajante después de apretarse las sienes con los dedos de la mano derecha muy abiertos. Había pensado demasiadas cosas en muy poco tiempo.

En cuanto los músicos terminaron de interpretar aquella pieza, Jana salió corriendo. Nunca hubiera imaginado que un baile podía resultar tan desagradable, tan humillante. Le extrañó que Gröber la

dejara marchar y se apresuró aún más por si se arrepentía.

En su habitación, arrojó el vestido al suelo y se metió en la cama. Por suerte, nadie volvió a reclamarla. Había pasado aquel día medio en trance, obedeciendo órdenes, sin bajar la guardia un minuto para que no faltara nada en las mesas, sobre la barra, en las estanterías, dentro del refrigerador, subió cestos del almacén, desató paquetes, organizó, clasificó…

Tal vez para compensar ese estado de autómata, el sueño que tuvo aquella noche fue una vivencia lúcida y tangible, carnal, demasiado como para que le sucediera dormida. A pesar del cansancio, o tal vez por él, se le fijó a la mente con una claridad imborrable: estaba de pie en una playa acompañada de Durandarte. En todo momento ella temía que se diera la vuelta y que en vez de Esteve fuera Gröber. Jana le besaba el torso y después se sentaban sobre unas dunas con bastante vegetación. Quizá fuera el norte de África, ese continente se nombraba mucho en la novela que leía. Sentía calor, como cuando Durandarte le dijo lo del anuncio de Martini, tanto que notaba cómo se licuaba. Estaba febril, Esteve le acercaba los labios a la frente, deseaba que se tendiera sobre ella, sentir que su peso la enterraba en la arena bajo sus ojos, el cielo y su risa imbatible como el deseo que la anegaba. Desde arriba del acantilado que cerraba aquella llanura de dunas los observaba doña Mimín. Los dos volvían a la vez el rostro hacia la mujer del gobernador, que les regalaba una sonrisa muy amplia, franca, como si los bendijera. En el sueño, el tiempo se había detenido, giraba dentro de ella, circulaba sin avanzar. Pero en la realidad, Jana se hundía en su cama como si su peso hubiera aumentado desde que se echó o estuviera de verdad sobre el arenal; olía el sudor de Esteve, que le parecía un aroma de hierba húmeda. Llegó a sentir su lengua primero en las comisuras de sus labios, después sobre el pecho, su mano sobre una de sus piernas.

Los listones de las persianas venecianas de su cuarto estaban pegados por completo, la puerta del baño, cerrada, el ventanuco de dentro también, con el pestillo puesto tras la cortina; sin embargo, la agitación que había notado en sueños frente al mar se solidificaba dentro de su habitación: olía a sal, el ambiente se condensaba, era más espeso, como si en vez de la respiración de una sola persona guardara la de dos.

Cuando amaneció, Jana giró la cabeza a la izquierda con el eje blando y simétrico de la almohada debajo. Unas huellas de barro ensuciaban el pavimento hidráulico de mosaico, las teselas de color crudo eran más oscuras, algunas tenían grumos de tierra garrapiñada

encima, vio un par de briznas de paja sobre aquella geometría que alternaba los trazos florales con los ángulos.

Sus ojos se posaron sobre la mesita de noche. Sobre la tapa de *El conde de Montecristo* había una rama de romero muy real. Ella no la había puesto allí. Como si quisiera encontrar una respuesta abrió el libro al azar y leyó:

> *Gracias a ciertas hierbas cogidas en épocas determinadas, que venden a los contrabandistas las viejas sardas, la herida se cerró muy pronto.*

Se sintió muy inquieta. Alguien había entrado allí mientras dormía. Enseguida pensó en los documentos, en sus falsificaciones, en el material, en la imprenta, en todo, y comenzó a comprobar que cada cosa estaba en su lugar, lo cual tampoco la tranquilizó porque podrían haberlo fotografiado, no mover nada del sitio pero llevarse las pruebas para incriminarla, para acusarla. Vertió un jarro de agua sobre la palangana y antes de enjabonarse se olió las muñecas. El pelo no conservaba el vaho de la cocina como era habitual, ni el del tabaco del salón de la cafetería. Era un olor más fuerte, que ocultaba los demás, tan denso que más que un olor parecía un sabor. Era balsámico, como a montaña, como el que desprende la leña al arder; era un aroma que eliminaba las paredes como si estuviera en plena naturaleza en medio de un camino, como la senda de Camille, entre el Col de Bessata, Lizara y Somport. Deseó con todas sus fuerzas que quien hubiera sido capaz de abrir los cerrojos de su habitación durante la noche, sin hacer ruido, no fuera Eberhard Gröber ni ninguno de sus guardias. Solo estaría a salvo si el que la había observado, e incluso tocado, mientras dormía era Durandarte.

A Esteve le convino mucho el negocio que el comerciante le propuso, pero aquella conversación no consiguió borrarle la sensación que le dejó ver a Jana emparejada con el mayor. Decidió que él también se haría un regalo aquella noche, que la contemplaría dormida. Metió dos dedos en el bolsillo de su guerrera y comprobó que, como casi siempre, guardaba allí una rama de romero. Para abrir la puerta sin hacer ruido necesitó algo bastante más rígido pero, como le sucedía siempre con cualquier entrada de las que se veía obligado a forzar, no se le resistió. Allí estaba aquella mujer como tallada en mármol. La melena pelirroja, ensortijada, le enmarcaba unas facciones que parecían más dulces que cuando miraba, gesticulaba y hablaba. Sonrió al recordar el tono decidido con que siempre se dirigía a él. La tela de su camisón subía y bajaba de forma muy acompasada. Acercó la cabeza a su pecho. Después elevó el cuello. Sus ojos estaban paralelos a los ojos dormidos de Jana. Si se hubiera despertado, él no habría sabido qué decirle, habría gritado, se habría asustado y sobresaltado mucho, era un gran riesgo. A pesar de eso no pudo

resistirse a besarla.

UN DISPENSARIO INDISPENSABLE

Lunes, 19 de julio de 1943

Como si las palabras tuvieran el poder de la invocación, dos días después se recibió en la aduana francesa una carta junto con un giro que debían hacer llegar a la maternidad de Elna, en los Pirineos Orientales, la región conocida como Languedoc o Rosellón, el histórico territorio catalán. Esta institución, a la que se había referido Juste a propósito de su conversación sobre Étienne Guinart, funcionaba solo desde hacía cuatro años, la había fundado Elisabeth Eidenbenz, una enfermera suiza, en un palacete abandonado, el castillo de Baldou, a las afueras del pueblo del mismo nombre, para que pudieran parir allí en condiciones más humanas las madres de los campos de concentración del sureste de Francia. A tan solo siete kilómetros de allí estaba el campo de Argelès-sur-Mer, donde la mayoría de las internas eran refugiadas de la guerra española y mujeres judías. Que existiera este dispensario explicaba por qué no llegaban a Canfranc embarazadas escondidas en los trenes. Primero daban a luz allí, donde además podían recuperarse del parto. Hasta Elna, a través de los conductos con los que contaba la Cruz Roja Internacional, llegaba leche condensada y en polvo, harina, arroz y azúcar, esta última enviada sobre todo por la refinería que pertenecía al marido de Joséphine Baker. Se hacían colectas de alimentos con los que conseguir que sobrevivieran los niños nacidos allí, a razón de unos veinte cada mes. Entre la guerra, la vida continuaba abriéndose paso.

Étienne Guinart, el principal benefactor de este establecimiento, los proveía de fondos, pero como no podía aportarlos de forma directa, el dinero daba varias vueltas a los mapas de tres países antes de alcanzar su destino. Igual que sus libros, que Laurent auscultaba y escrutaba hasta extraerles todo lo que contenían oculto bajo el cuero de sus tapas. La Gestapo era omnipresente y omnisciente, es decir, estaba en todos los lugares y lo sabía todo, sembraba de ojos Europa, y el gobierno de Vichy tenía muchos informantes, pero la Resistencia también contaba con unos tentáculos muy elásticos, capaces de entrar hasta el fondo de cualquier cueva y trepar a los tejados.

Jana no contaba con la certeza absoluta, pero cuando vio salir de la fonda a un hombre muy parecido al que en una ocasión le había dado recuerdos de su jefe, lo abordó. Acertó porque la vez anterior se trataba de Silvino y el hombre al que ahora se dirigía era Arnaldo.

—Necesito hablar con Esteve, ¿dónde está? —le dijo sin ningún preámbulo.

—En la montaña. Si quieres dame el mensaje a mí, no sé si le parecerá bien que te lleve a nuestro refugio. No podemos fiarnos de

nadie.

—No voy a ir contigo. Dile que me busque lo antes posible.

—Así lo haré —le dijo mientras se tocaba el sombrero y le sonrió.

Jana advirtió que la situación le divertía, con toda seguridad pensaría que lo requería en amores, como decían algunos. Lo prefirió, antes eso que despertar ninguna sospecha respecto a sus maniobras de evacuación. Una cosa era que sus hombres estuvieran implicados y otra muy distinta que supieran que ella también. En la Resistencia se cumplía a rajatabla aquello de que la mano izquierda no debía saber qué hacía la derecha. Eso siempre que no fuera imprescindible. A Jana y a Juste les había comunicado Guinart, mediante uno de los libros, que el trámite de las *Danger visas* ya había comenzado. Necesitaban encontrarse todos cuanto antes.

Mientras tanto Gröber pasó la mañana en la sala de reuniones contigua y comunicada con su habitación, redactando una orden según la cual sus guardias debían retener a cualquier pasajero que pareciera gitano, homosexual, enfermo mental o disminuido físico. En realidad, el texto era una traducción de una directiva del Reich. Estaba decidido a llevar la solución final hasta Canfranc, que se cumplieran allí también las normas del nacionalsocialismo. De esta forma justificaría sus escasos resultados y su fracaso en la empresa de recuperar los caballos, a los que ya daba por perdidos. Quería volver cuanto antes a Berlín, la ciudad que sería el motor de la nueva era. Pero no de cualquier forma, a ser posible con una condecoración de hierro sobre su pecho.

Jueves, 22 de julio de 1943

Jana estaba en el depósito contiguo a la aduana, que se utilizaba como enfermería aunque de forma muy esporádica. Agrupaba en varios montones fardos de gasas, de pañales de tela y botellas de cloroformo que habían recibido de la Clínica Universitaria de Zaragoza y que expedirían junto con la cantidad de dinero enviada por el aristócrata a Elna. La guerra constituía un estado de excepción y nadie le llamaba la atención si en su tiempo libre se dedicaba a estos quehaceres. Los alemanes no veían con simpatía cualquier ayuda al bando perdedor de la guerra de España, pero aun así no interferían.

En medio de aquel trasiego, Jana supo que habían detenido a Durandarte de nuevo, esta vez acusado de tráfico de divisas. Lo que aún no podía saber era que en cuanto don Gervasio se enterara de su detención, y ante el asombro de muchos, con solapada diligencia haría lo posible para que lo soltaran cuanto antes. De lo contrario, el que tendría que alejarse de los que consideraba sus dominios, más que su jurisdicción, sería él.

Jana escuchó que lo habían descubierto mientras sacaba un par de maletas repletas de libras de un escondrijo junto al campanario de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar de Canfranc Estación. Ese dato respecto al contenido los implicaba también a ellos. Se trataba de un pago del consulado británico, el combustible que les permitiría continuar con sus actividades en varios frentes: Elna, Miranda y sobre todo para engrasar el eje del trayecto que recorrían los evacuados: Canfranc, Madrid y Lisboa. Una nueva paralización de las actividades, sumada a la que ya les había supuesto la presencia allí de Eberhard Gröber, tendría consecuencias funestas. Serían cientos los atrapados por su obligada inacción.

Esteve era inteligente, muy ducho ya en esos ardides, pero cualquiera podía cometer un error, sobre todo por confiarse en exceso. Y él se había confiado en exceso, se dijo Jana, que, ignorante del «trato» del bandido con Casanarbore, veía como una temeridad que él se paseara por ahí después de fugarse de la cárcel.

La primera parada de Durandarte preso en aquella segunda ocasión fue la misma: la torre del Reloj de Jaca. Pero con la novedad de que tuvo que compartir celda con un joven que le dijeron que era invertido. Todo concordaba. Parecía una especie de ojo por ojo y diente por diente del destino. Los guardias hicieron bromas sobre la noche que iban a pasar. A su compañero lo habían torturado y lo que tenían en común los suplicios a los que lo habían sometido era que todos estaban relacionados con su supuesta condición.

Esteve sabía de sobra que los que tanto temían estas conductas eran los que más deseaban el contacto con otros hombres, que eran incapaces de confesar estos apetitos y mucho menos de satisfacerlos, por lo que les daban rienda suelta mediante el escarnio hacia quienes consideraban por este motivo anormales y tarados.

—Déjalos, que se desahoguen ahora a gritos, mientras no te vuelvan a tocar. Menuda vida que llevan —le dijo al joven para comenzar la conversación.

El prisionero no parecía haber cumplido aún los veinte años, no tenía barba ni bigote y era muy blanco.

—¿Por qué te detuvieron? —continuó Esteve.

—Por cantar —dijo con mucha firmeza como si estuviera orgulloso del motivo.

—¿Tan mal lo haces? —Durandarte rio con tanta fuerza de su propia gracia que las paredes temblaron.

—Era por lo que cantaba. Una copla. Me dijeron que eso era de mujeres.

Después de charlar un buen rato con él, Durandarte se hizo la promesa de no irse de allí sin llevarlo consigo, de no abandonarlo en manos de aquellos cafres que acabarían matándolo para que no contara las vejaciones sufridas, porque evidenciaban ante todo la depravación de quienes se las infligieron.

En cuanto Juste entró en el almacén donde Jana agrupaba el material sanitario, ella le transmitió su inquietud ya sin ambages ni disimulos:

—Tengo una sensación extraña, Laurent, como si hubiera recibido un aviso, pero en la mente. Algo no va bien.

—Esa sí que es una novedad —le dijo para quitarle importancia —. Llevamos una vida de alto riesgo —dijo con la voz muy baja.

—¿Qué se sabe de Esteve? Me gustaría ayudarlo. Me siento en deuda con él por lo de Valentina. Tenemos que reconocer su trabajo. Ha sido clave para ayudarnos con los fugados y es tan poco lo que sé de él. Tú lo conoces más, ¿qué sabes? —Por primera vez se atrevió a ser directa. Durandarte ya no era para ella una figura difusa, lo había visto de cerca y no le había desagradado nada de él. Se sentía con mucha energía, pero sobre todo con el derecho a que su compañero le informara dentro de lo posible y prudente.

—No me acabo de fiar de él. Mi deber es no fiarme de nadie. —A Jana le quedó muy claro que no iba a sonsacarle nada. Pero decidió probar una vez más.

—¿Y su familia? ¿Nadie aparece ni lo reclama en estas situaciones? —le preguntó cuando en realidad quería saber si estaba

casado.

—Jana, apenas sé nada de él y quieres que conozca a sus parientes… Tampoco sé nada de Didier. Créeme si te digo que así es mejor. Escucha, vamos muy bien con lo nuestro. El día de la Baker la huida fue un éxito. Eso es lo que verdaderamente cuenta.

—Hay que sacar a Esteve cuanto antes. Si comienzan a tirar del hilo, a investigar sobre esas maletas, caeremos todos. No nos llevarán a Jaca o a Huesca, sino a Berlín.

—Jana, me hablas como si yo no lo supiera. Los billetes no están marcados, pero tienen una prueba tan contundente que nos podrían juzgar varios tribunales a la vez. Todo un privilegio.

—¿Y dónde están las maletas con las libras ahora?

—Pues en el peor sitio posible. Las tiene Gröber. Así que ahí entras tú. Tienes que ingeniártelas para revertir esa situación. Lo primero que va a pensar es que las libras se envían a la Resistencia para financiar sus maniobras a favor de los aliados. Convéncelo de que no es así. Estás capacitada. Dile que ya ha sucedido antes, que algunos compatriotas suyos no están tan seguros de que Hitler vaya a ganar la guerra y que ya están poniendo sus propiedades a buen recaudo. Que si cae su gobierno los Reichsmarks no valdrán nada, serán papel mojado. Insinúale que él debería ir pensando en hacer lo mismo. No sé, si le preguntas directamente si tiene ahorros, igual piensa que quieres casarte con él. —Laurent rio por su ocurrencia—. Dile que no es nada extraño encontrar maletas con divisas en los alrededores de una estación, que algunos se arrepienten de transportarlas en el último momento, por si los detienen, y las abandonan. Te hará caso, tú le gustas. Igual te propone que os fuguéis. Pero, ante todo, lo que tenemos que conseguir es que se las quede, cualquier cosa es mejor a que abran una investigación. Disuádelo, que no las mande a Alemania. Además, de esa forma siempre tendremos algo de qué acusarlo. Asegúrate de que las esconde en su habitación.

—Laurent, no voy a hacer de Mata Hari, solo eso me faltaba; que yo le atraiga no es una ventaja, creo que más bien al contrario. —Jana no quiso ocultarle su disgusto por la propuesta.

—No te estoy pidiendo eso, solo bromeaba, soy un hombre de honor, te considero una hija. No prostituiría a Solange ni a Maude por ninguna causa y tampoco lo voy a hacer contigo. —Juste no se mostraba ofendido—. Busca la ocasión, cuando esté relajado tomando una de sus infusiones: háblale al principio de ligerezas, como si la cháchara fuera casual, después llévalo a tu terreno y cuéntale lo que te he dicho. También os encargáis de los objetos perdidos. Pues réstale importancia, dile que incluso han llegado a encontrarse…, no sé,

brillantes.

—Ya me las apañaré, pero si me pone una mano encima me desato el delantal, lo dejo sobre la barra y no volvéis a verme más por aquí ninguno.

Aunque no se lo dijo, porque prefería dejarle muy claro que no iba a seducir a Gröber, Jana pensaba que esa maniobra quizá beneficiaría a Esteve. No podía negar que era él quien transportaba las maletas, pero si conseguía sembrar la duda, si lograba convencer a los alemanes de que él no sabía lo que contenían, quizá pudiera sacarlo de aquel trance y Durandarte le debería su libertad. Cuanto más pensaba en ello más le gustaba la idea.

Debía de estar volviéndose loca. ¿Cómo podía hacerse ilusiones con un hombre que estaba enamorado de otra mujer? Era innegable que había notado un cierto interés de Esteve por ella, pero podía tratarse solo de curiosidad. Sin embargo, a veces, cuando él parecía comérsela con los ojos, Jana veía cómo doña Mimín se alejaba hacia un segundo plano porque ella lo ocupaba todo ante su mirada. Tal vez su aventura con la gobernadora fuera solo un pasatiempo, o una amistad útil. Quería creerlo porque Durandarte era el bálsamo que suavizaba sus cicatrices y hacía que se sintiera viva. Gracias a él había descubierto a la otra Jana que había en ella, una Jana más animada, jovial, bromista, ligera, a la que prefería. Y eso era algo que le agradecía de todo corazón.

Pensó en Joséphine Baker y en Alma Mahler. Le habían dicho que esas mujeres eran capaces de desatar grandes pasiones, que los hombres se convertían en marionetas que ellas manejaban, que anulaban su voluntad. Las admiraba por eso, aunque, se dijo, no era lo que ella pretendía. Por supuesto, no quería que Esteve ejerciera ningún poder sobre ella, pero tampoco quería que fuera al contrario. No lo quería rendido, dócil.

No quería un romance, quería un compañero, un aliado con el que batallar, alguien con quien pudiera ser ella misma, relajarse sin pensar en nada más.

Después de un rato en el que Juste permaneció en silencio para permitirle reflexionar, comenzó a relacionarle los preparativos que debían hacer para que todo saliera bien en el caso de Max Ernst, que llegaría antes que Alma, la arrebatadora vienesa que conquistó a Mahler y a la que todos estaban deseando ver.

Jana volvió a pensar en Durandarte, y en la ramita de romero sobre el libro. Cada vez estaba más convencida de que había sido él su nocturno visitante… Meneó la cabeza y volvió a la realidad, dispuesta a prestar toda su atención a Juste.

—Max Ernst tiene amistad con un aragonés, zaragozano, de Calanda para ser exactos, que se llama Buñuel y es director de cine. Sale de bandido en una de sus películas, mira qué casualidad.

No le cabía duda a Jana de que Juste estaba de muy buen humor después de los últimos éxitos, así que aprovechó el momento.

—Laurent, el domingo iré a la cárcel de la torre del Reloj de Jaca. —Después de pronunciar estas palabras fue consciente de lo inoportuna que había sido porque él se daría cuenta de que no había seguido el hilo de la conversación. Le flotaban en la mente aquellos nombres, pero otro, el de Esteve, se superponía a todos ellos—. Me gustaría que mientras tanto te encargaras de todo para conseguir que lo liberaran. Nos lo deben, Laurent.

—¿Me estabas escuchando? —Juste se molestó—. ¿Sabes qué es lo que no se puede permitir una espía? Enamorarse.

Jana esperaba aquella frase desde hacía tiempo. Estaba muy preparada para escucharla. Así que no añadió nada.

—¿Qué crees que estoy haciendo con el asunto de Durandarte y las libras? —continuó Juste—. Jana, no te desconcentres porque para que eso salga bien hay algo prioritario, tienes que volverle la cabeza del revés a Eberhard Gröber, que piense todo lo contrario, como te he dicho. Tú sabrás cómo hacerlo.

—Yo sabré cómo meterme en la boca del lobo —añadió ella. Con su preocupación se mezclaba la determinación de quien sabe que no hay otra salida.

LOS DOS CAPELLANES

Domingo, 1 de agosto de 1943

—Vamos a salir enseguida de aquí y te vendrás conmigo a la montaña. —Durandarte charlaba con su compañero de celda—. Esa, la de las cumbres, sí que es una vida para hombres. Sé que eres valiente, como los que yo necesito. Ya verás que lo mejor está por llegar. Serás libre pero no porque estés fuera de aquí, serás libre en tu vida. —Esteve pretendía animarlo, sabía que, a pesar de la seguridad que había manifestado cuando le dijo que cantaba, estaba a punto de derrumbarse, y si no lo hacía era porque no quería parecerle aún más apocado y pusilánime—. ¿Qué te parece?

Tener a alguien con quien hablar era una suerte para Esteve, por eso no dejaba de hacerlo. Se había cruzado con ese muchacho y no iba a abandonarlo a su suerte.

Sobre las diez de la mañana aparecieron por allí dos sacerdotes que manifestaron a los guardias su intención de entrar en aquella mazmorra inmunda en la que estaban Durandarte y su compañero.

Los guardias les entregaron la llave para que entraran en el calabozo. No podían entretenerse, era día de visita y tenían mucho jaleo. Fuera acababa de sonar un tiro y les habían comunicado que había además un par de heridos por machetazos.

—Sermoneen a esta pareja todo lo que quieran —dijo uno de ellos —. Son un bandolero y un sarasa. —No les llamó la atención que fueran dos curas en vez de uno, pensaron que ellos también tenían que protegerse y que por eso andaban en compañía—. Tenemos cosas más importantes que hacer que ocuparnos de esa chusma. En un par de días vuelvan a darles los óleos, que no los mantendremos a la sopa boba mucho más.

Los dos sacerdotes llevaban uniforme militar debajo de las sotanas, que se quitaron a toda prisa en cuanto se encontraron a solas con los presos. Después se palmearon la espalda, se abrazaron, el compañero de celda de Esteve gimió de dolor cuando lo apretaron. Estaba más delicado de lo que a Durandarte le había parecido. Salieron los cuatro y en el primer tramo de escaleras se separaron, los capellanes recién investidos fueron hacia delante y Sabino y Arnaldo, disfrazados de guardias, se mezclaron con los demás. Nadie les detuvo durante el trayecto hasta la calle. Era habitual que se recurriera a los refuerzos en momentos como aquellos y resultaba imposible que todos se conocieran.

Una vez en el exterior, Durandarte y su compañero de celda se vieron obligados a acortar sus pasos porque les resultaba difícil andar con faldas. Cuando cruzaron la plaza del Marqués de la Cadena en

dirección a la calle Mayor, el contrabandista cogió del codo a su compañero para desviar sus pasos y conducirlo hacia una mujer que se acercaba con una cesta de mimbre colgada del codo.

—Mira, es Caperucita, que viene a ver a su abuelita, hoy sí que no me lo esperaba —dijo riendo—. Lo que no sabe Caperucita es que su abuelita se ha escapado del lobo.

—En esta cárcel no hay mujeres —le dijo el otro a Durandarte, que en ese momento advirtió lo pálido y demacrado que estaba.

—Ya lo sé. Su abuelita soy yo. —Entonces lo vio reír por primera vez.

La detuvo y ella dio un salto a la vez que tomaba tanto aire como si fuera a sumergirse en un tanque de agua.

—¿Tanto te asusta un sacerdote?

Hizo las presentaciones con unos ademanes bastante exagerados, quería que su compañero se divirtiera.

—Mi incondicional amiga Jana Belerma, zaragozana, pero que trabaja en el hotel de la estación de Canfranc y… —Entonces se dio cuenta de que no sabía el nombre de su acompañante.

Jana movió la mano como quien espanta moscas. Estaba tan desconcertada que prefirió callar. Juste y ella habían trabajado en su liberación y de pronto aparecía allí como si la cárcel tuviera las paredes de papel. Él no sabía en lo que andaban. Y una vez más parecía que había decidido adelantarse. Ya no sería necesario poner en marcha su plan alternativo.

—Hasta las ocho no pasarán lista, así que tenemos tiempo. Además nunca nos nombran a todos, no saben ni a quién tienen allí. ¿Nos acompañas a disfrutar de un buen almuerzo bien regado con vino de Barbastro? Mi compañero lo necesita para volver en sí. No hemos desayunado, apenas cenamos anoche y aún comimos menos. Y eso que no estamos en cuaresma.

—Esteve, no ofendas a Dios. ¿Cómo lo has hecho?

—Está de mi lado, no temas. —Después de estas palabras le relató la intercesión de Arnaldo y Silvino—. Como ves, sé perfectamente con quién me junto. —Se le notaba muy orgulloso.

Ocuparon una mesa junto al ventanal en uno de los mesones de la plaza y en cuanto se acercó el camarero, Durandarte le dijo con mucho desparpajo:

—A mi prima tráigale un vermú Martini, por favor, del rojo, y para nosotros el vino de la casa.

—Ya no voy a ir a visitarte a ninguna cárcel más, que lo sepas, aunque se me aparezca el sursuncorda y me lo pida. Para ti todo es una broma.

En ese momento apareció el camarero con las bebidas y permanecieron en silencio hasta que se marchó. Entonces habló Durandarte:

—Esta ha sido la última vez, no van a volver a pillarme, te lo aseguro, igual hasta cambio de vida. —Y levantó la copa como invitación a que Jana se apaciguara.

El compañero de fuga del bandolero tenía los ojos bajos, se recuperaba de la taquicardia que había sufrido al ascender las escasas escaleras de la torre desde el sótano hasta la salida. Aún no había abierto la boca, estaba más pálido a la luz. No se atrevía a intervenir en lo que parecía una discusión entre parientes. Prefería refugiarse en el silencio, gozar de la sensación de sentirse tan bien acompañado, rodeado por aquellas viandas y fantasear sobre lo que veía esbozarse ante él. No sabía lo que le esperaba, pero al menos tenía la certeza de que lo tratarían como a un igual. Cruzó las manos sobre su estómago cóncavo y sonrió. A Jana le gustaron mucho los arcos que se le formaron a ambos lados de los labios. Tenía una expresión muy agradable, pero al lado de Durandarte resultaba demasiado femenino.

—¿A qué hora sale el tren? —le preguntó Esteve—. Qué afortunados somos, Jana —añadió mientras volvía a levantar la copa.

—Afortunados dices —dijo ella mientras dejaba el vaso de Martini sobre la mesa y se secaba la boca con la servilleta con unos golpecitos muy suaves—. ¿No pensaréis subir a Canfranc vestidos así? Yo no voy a ir con vosotros.

—¿Me has traído una muda como la otra vez?

—Yo no soy tu sirvienta, ni tu planchadora. —Jana no pudo evitar acordarse de doña Mimín y de su doncella Palmira—. Lo que tendría que hacer es irme ahora mismo en dirección opuesta, ya ves de qué nos conocemos tú y yo...

—Primero come, que estás muy delgada. —Durandarte quiso decirle que ella era su correligionaria, que aquello ya era bastante, pero se contuvo porque no estaban solos y no quería que trascendiera ninguna información, por eso prefirió aquel comentario banal.

—De momento os voy a explicar en qué va a consistir esta tarde. —Jana recobró el tono resuelto y pasó por alto la sonrisa de Esteve—. Después de comer nos iremos a casa de un hombre que conozco aquí en Jaca, es un maestro grabador que ahora está medio retirado porque es bastante mayor, pinta acuarelas. Le pediré que os deje algo que poneros. —Ella también se cuidó mucho de mencionar el papel que desempeñaba el pintor en las falsificaciones que la red ponía en circulación—. Una vez en la estación, no quiero que os acerquéis a mí y menos en el vagón. Os bajáis en Villanúa y desde allí ya encontraréis

la manera de llegar hasta las montañas o donde queráis.

—Lo que tú digas —le respondió Durandarte tras apurar el vino.

A Jana no le quedaba ninguna duda de que él sabía el riesgo que corría, a pesar de que no pudiera ni quisiera dejar de comportarse en todo momento como si aquello fuera una cita entre tres amigos para comer. Pero ella no se podía permitir bajar la guardia.

Entonces tuvo la certeza de que el trayecto entre Jaca y Canfranc se le iba a hacer más largo que nunca.

LA MUJER RECATADA CON ALAS DE DRAGÓN

Lunes, 2 de agosto de 1943

La noticia no sorprendió a nadie, pero se comentaba sin parar por el morbo que despertaba. Aunque doña Mimín era conocida en toda la provincia por tratarse de quien se trataba, en la comarca de la Jacetania la sentían aún más cercana y le tenían un especial cariño, tal vez porque allí se sabía de primera mano tanto el suplicio que le suponía estar casada con don Gervasio como sus buenas y continuas obras de socorro en favor de los más necesitados, que siempre llevaba a cabo con la ayuda de su diligente doncella Palmira. Durante los viajes con su esposo desarrollaba sus actividades caritativas junto con la asociación de señoras a cuya presidenta le envió los datos sobre los detenidos en Miranda que su marido había descartado. Les buscaban además trabajo a viudas de caídos en el frente e intercedían por ellas algunos de los jerarcas con mayor poder dentro del régimen franquista, quienes les firmaban las cartas de recomendación que les solicitaban. Doña Mimín siempre se alojaba en la misma habitación que su doncella, pues detestaba dormir con su marido. Su actitud hacia don Gervasio había pasado de la indiferencia al asco después de los últimos acontecimientos que él llamaba goyescos, como si se tratara de bromas. Él, desde el que consideraba su destierro, la otra habitación del hotel que los albergara, las escuchaba al otro lado del tabique. Mimín y Palmira hablaban sin cesar, a veces le constaba que amanecía sin que hubieran dormido. Era sin duda la mejor amiga de su mujer.

Una noche que salió solo en Madrid, cuando volvió, a punto de meter la llave en la cerradura de su habitación del Ritz, escuchó unos jadeos que salían de la habitación de su mujer y montó en cólera. Como no quería llamar a la puerta, ni hacerla derribar por el personal del hotel, bajó al bar y tramó su estrategia durante lo que le duraron cuatro coñacs. Estaba claro que la había descubierto, que le era infiel, que estaba compinchada con su criada, a la que, a espaldas de él, como parecía que hacía todo lo demás, le reservaría un cuarto a saber dónde, pero en algún sitio cercano sin duda, cuando no en el mismo hotel para tenerla más a mano. De esta forma, él estaba confiado en que dormía acompañada de su sirvienta, pero no era así, sino que disponía de la alcoba todas las noches para recibir en ella a quien quisiera. Tantos que la consideraban una santa y resultaba ser una pérfida, no iba a permitir que lo convirtiera en un cornudo, antes la mataría, la viudez sería su nueva y respetable condición. Él convivía con los rumores de que Durandarte la cortejaba, por eso actuó así con él en la celda, disfrutó azotándolo, pero a pesar de eso le resultaba

difícil imaginarse a aquel gañán allí, estaba convencido de que no le permitirían cruzar el vestíbulo. Decidió aplicar aquello de que la venganza es un plato que se sirve frío y aguardó hasta el próximo viaje.

En el Ritz casi siempre ocupaban los mismos cuartos, así que en la siguiente ocasión que se alojaron allí, mientras un mozo conducía el carrito con las maletas, don Gervasio Casanarbore pidió en recepción entrevistarse con el director. Eran horas de trabajo, se encontraría allí y estaba seguro de que si la solicitud provenía de un gobernador civil sería atendida de inmediato. Tal como esperaba, salió enseguida a recibirlo y mantuvieron una charla muy amigable bajo un grabado del ferrocarril Orient Express. Cuando le expuso lo que pretendía, este hombre llamó a un botones:

—Avise a la señora Casanarbore. Dígale que no deshaga el equipaje, que vamos a trasladarla a la *suite* presidencial. —Cuando su subordinado se alejó fue muy tajante con don Gervasio—. Eso sí, acepto porque es usted un hombre del régimen, pero le pido máxima discreción porque si se supiera cómo está acondicionada esa habitación sería un escándalo, carnaza para la prensa, a la que costaría tanto acallar que tendría que devolver favores durante el resto de mi vida, pero ya sabe cómo están los tiempos y quiénes se alojan aquí. Espero que se comporte como un caballero.

—Sin duda.

Aquella noche le dijo a Mimín que tenía una cena con varios militares. Palmira se apresuró, tal vez demasiado, a decir que ella también saldría, que tenía que encontrarse con una cuñada que vivía en Carabanchel. Tal como esperaba don Gervasio, a su vuelta unas dos horas después, volvió a escuchar los jadeos de su mujer desde el pasillo. Entró en la habitación contigua a la *suite* del Ritz que ella ocupaba y como en las películas de espías se subió en una banqueta y puso sus ojos sobre los de un cuadro que representaba a una dama cubierta con una estola de armiño. Se trataba de una pintura de medio cuerpo que coincidía casi en tamaño con el suyo, tal como se encargó de comprobar por la tarde. Por el otro lado, los agujeros estaban bien disimulados, una gasa cubría las pupilas del personaje retratado. Los ojos del gobernador coincidían con los de la pintura colgada en la *suite*.

De esta forma fue como vio a la que creía tan casta en pleno frenesí amoroso. Los dos cuerpos unidos se frotaban. Ni siquiera estaban en la cama sino sobre la alfombra. Los pechos de Mimín se bamboleaban, tenía las caderas desatadas, la melena como una mancha sobre la alfombra que le rodeaba la cabeza. Nunca la había

visto tan hermosa. La otra persona se sumergió entre sus piernas y entonces los gritos salieron también por el balcón. A pesar de lo que significaba, le gustó la escena, se esperaba algo peor, a cualquier engominado que la poseyera, alguien que no la mereciera, un amante que además la chuleara e incluso la chantajeara, pero sintió cierta paz al descubrir de quién se trataba. Había sido descabellado imaginarse a Durandarte allí, nada más lejos de la realidad. Se excitó tanto don Gervasio que él también jadeó. Subido en aquella banqueta parecía un equilibrista torpe que se apoyara como un flamenco en una sola pata.

Cuando Jana Belerma escuchó los primeros cuchicheos sobre que doña Mimín se había fugado con su criada sintió mucha paz. Según Montlum, se trataba de un desenlace natural, que nacía de una costumbre, de tanta proximidad en la manera de relacionarse de aquellas dos mujeres que nada querían saber de abismos marcados por la clase social y menos por otras razones todavía más convencionales. Jana no pudo evitar un suspiro de alivio porque esto contradecía el rumor más extendido, según el cual por quien bebía los vientos la mujer del gobernador era por Esteve. Y no solo eso, sino que muchos decían saber a ciencia cierta, como si durmieran debajo de la cama de la señora Casanarbore en Villa Dorada, que era el amor menos platónico posible, que se solazaban con toda la frecuencia que podían y que a él le lavaban las camisas en la residencia de verano de los ya desunidos Casanarbore. Todo eso lo había creído tal cual. Se dijo que así aprendería a desconfiar de los chismes, que no le había estado mal.

No entendía por qué no los habían desmentido si no eran ciertos, hasta que pensó que no lo habían hecho porque a los dos les convenían. A Esteve porque desviaban la atención de sus verdaderas actividades, y a doña Mimín porque utilizaba esas sospechas como biombo; se ocultaba tras ellas para dar rienda suelta a lo que de verdad le apetecía.

Pero había más obstáculos entre Durandarte y ella, no solo aquella relación en la que había creído durante tanto tiempo y que se había revelado falsa. Era todo lo demás. Y todo lo demás era mucho.

Martes, 3 de agosto de 1943

Con relación a Max Ernst, la red actuó desde Canfranc con la eficiencia que era su marca, y el artista fue puesto a salvo mediante la intercesión del comité de Fred Deyermond. Respecto a la otra prófuga, desde el *Anschluss* o incorporación de Austria al Tercer Reich, Alma Mahler recaló en París, pero después de la firma del armisticio ya no tenía más remedio que huir. Llegó al norte de Aragón con su marido, el poeta y novelista Franz Werfel, también judío, el escritor Heinrich Mann, hermano mayor de Thomas Mann, con su esposa Nelly y su sobrino Golo, y el matrimonio formado por Lion Feuchtwanger y su esposa Martha. A este escritor, a Feuchtwanger, los nazis le quemaron sus libros, saquearon su casa, le retiraron la ciudadanía alemana y fue declarado enemigo número uno del Estado. De todo el grupo, por el que había un verdadero interés era por él. Ayudarlo significaba tener sobre la cabeza una orden de detención inmediata de la Gestapo. A ellos los asistió la misma organización de Deyermond que consiguió llevarlos hasta Pau, desde donde, dirigidos por cinco guías furtivos que se relevaron, cruzaron los Pirineos a pie. No llegaron escondidos en el tren como tantos otros ni a ojos vista de todos, como Joséphine Baker.

Cuando Jana Belerma y Laurent Juste fueron a reunirse con ellos los encontraron muertos de miedo junto al vivero de los forestales, a uno de los lados del paseo de los Melancólicos. Alma Mahler parecía dirigir el grupo, al menos era quien más hablaba. Era muy enérgica, tenía una mirada intensa, los ademanes resueltos. Jana sintió que estaba ante un mito viviente. Los recién llegados dependían tanto del azar, de cualquier arbitrariedad, de las delaciones tan frecuentes de aquellos en quienes habían confiado sin saber si eran agentes de Vichy o de la Gestapo, que se sentían muy desvalidos al no poder usar la razón. Habían llegado hasta allí con la confianza de que nada podía ser peor de lo que ya tenían seguro.

Estaban deslumbrados por la compasión que habían mostrado hacia ellos algunos guardias de la frontera, pero también bastante molestos por la codicia sin fondo de otros. Alma y Martha, la esposa del escritor Feuchtwanger, habían hecho acopio en París de varias cajas de cigarrillos para regalarlos a los centinelas de los primeros controles. Bastantes franceses miraron para otro lado cuando vieron aparecer a los refugiados, pero solo dos actuaron de forma directa para que aquella huida no se truncara: uno fue un inspector de la gendarmería que se mostró muy hostil con ellos al principio porque sus documentos le parecieron de una autenticidad más que dudosa; el

otro fue Laurent Juste, que se ocupó de ellos una vez sortearon las garras de la policía de Vichy.

Estaban allí, en medio de aquella umbría donde los había dejado el último guía de montaña, los únicos tonos eran el verde y el color de la tierra. Laurent los invitó a que cruzaran el camino y contemplaran, al apartar las ramas de enfrente, el edificio de la estación de Canfranc. Desde aquella altura se veía todavía más imponente que si se admiraba al mismo nivel de las vías. Aquel grupo de intelectuales, allí entre las flores silvestres, ante las cataratas artificiales que conducían el agua desde las cumbres, componían una estampa irreal, como si se tratara de figuras recortadas y superpuestas a la maleza del bosque. Juste pensó que la escena se parecía mucho a alguno de los *collages* de Max Ernst.

Quedaba lo más difícil, que descendieran esa última rampa de la falda del Pirineo y entraran en el valle de Los Arañones con escasos minutos de antelación respecto a la partida del tren. Los billetes ya los había conseguido Juste la tarde antes.

El grupo lo componían los tres matrimonios y el joven Golo, el sobrino de Thomas Mann. Siete personas en total. Detrás de una fuente bastante monumental para hallarse en mitad del monte, Didier había dejado un fardo con ropas nuevas para todos ellos. A pesar de que las dos últimas maletas de libras habían sido interceptadas, aún contaban con un nutrido vestuario en la entonces vacía, esperaban que solo hasta nuevo aviso, habitación bisiesta. Por las duras condiciones que habían pasado los últimos días, estaban seguros de que cabrían en aquellas ropas. Pero antes de sacar el contenido de aquel paquete de tela se escuchó un motor y Juste los apremió para que se escondieran detrás del muro semicircular de la fuente.

Al ver el vehículo se confirmaron sus temores. Era una patrulla alemana. Los soldados se detuvieron muy cerca de donde ellos estaban escondidos y se acercaron a la fuente a beber agua. Luego, en lugar de marcharse como todos esperaban, desencajaron una de las piedras de la pared de la fuente y extrajeron una caja de metal. Por el agujero se veía el otro lado. No la colocaron en su sitio, la dejaron junto a ellos sobre el banco que a un metro de altura rodeaba la fuente.

Los dos soldados se quitaron las botas y los calcetines y metieron los pies en la acequia, debajo del grifo ornamentado con un león. Sacaron de la caja un paquete pequeño, de papel de estraza, atado con un cordel. Lo desligaron y al abrirlo comprobaron que nadie había descubierto su escondite para aquel polvo blanco. Mientras uno de ellos mantenía abierta aquella cuartilla desdoblada sobre la palma de su mano, el otro se sacó dos cigarrillos Gauloises. *Libertad siempre*,

decía el eslogan sobre fondo azul. Cada uno recorrió el pitillo con su lengua y después lo frotó contra la cocaína haciéndolo rodar. El olor a alquitrán de aquel tabaco era muy fuerte. Juste temió que a alguno de los prófugos, a él o a Jana, les hiciera toser, pero no fue así. Los alemanes terminaron su recreo, se calzaron, subieron en el vehículo y se marcharon. Entonces los fugitivos se cambiaron y metieron las prendas viejas en el saco de tela para que Didier se hiciera cargo de ellas. Las calderas de carbón de las máquinas eran las incineradoras con las que borraba los rastros.

Bajaron despacio, temblando ante cualquier ruido.

Tal como habían planeado, cerca del puente se les unió Arlette, que llegaba del pueblo. Nada más entrar en el andén, los nueve vieron a Gröber. Destacaba en el centro de la fachada con su uniforme impoluto solo seccionado por el brazalete con la cruz gamada roja sobre fondo negro. El jefe de la aduana francesa se volvió hacia Lion Feuchtwanger.

—Aléjese, entre en el vestíbulo y quédese junto al quiosco hasta la salida del tren. —Aunque el escritor se había cambiado sus lentes y llevaba sombrero, era fácil que el oficial lo reconociera como uno de los principales enemigos del Reich—. Y ustedes no se detengan —les dijo a los demás en voz baja—, déjenme hablar a mí. —Jana también se retiró de forma discreta.

A pesar de que se habían quedado a unos veinte metros, sintieron sobre ellos los ojos esmaltados del oficial, que los recorrían con desvergüenza como si fueran en sí mismos un espectáculo. Juste les señalaba las montañas, el fuerte militar de Coll de Ladrones, erigido en un peñasco sobre la frontera francesa, como si se dedicara a mostrarles los lugares de mayor interés de los alrededores. En ese momento vio a Gröber que avanzaba hacia ellos. Tenía la mirada fija en Alma Mahler.

—Señorita, ¿nos conocemos? —le dijo en castellano.

—Mayor, le presento a mi familia —intervino Juste—: Mis hermanas, sus esposos, mi sobrino y mi cuñada. —No le dio ninguna explicación más porque consideró que con eso bastaba, abundar en detalles inventados podría ser fatal. Hacía varios días que tenían marcada su estrategia. Fue durante una de las veladas en su casa, las que de forma común disfrazaban de cenas, cuando Montlum, Arlette, Jana y él dieron con la solución.

—Me recuerda a alguien —insistió. El oficial no dejaba de mirar a la vienesa. Sin duda la había visto antes en algún periódico.

—Todas las mujeres guapas se parecen, mayor —dijo Juste.

—*Guten morgen und gute reise*[21] —dijo con un aire marcial,

automático, sin reparar demasiado en su contenido, abstraído por su empeño de rescatar de su mente alguna referencia sobre ese rostro.

Cuando el tren estaba a punto de arrancar, Feuchtwanger salió del edificio, saltó a uno de los vagones y buscó a sus compañeros en el interior.

Eberhard Gröber había vuelto al mismo sitio, entre la puerta de la entrada y la oficina de correos. Su cara traslucía las cavilaciones que la presencia de la que fue mujer de Mahler le había desatado.

Una vez más, el silbato de la locomotora le sonó a Jana a gloria. Habían estado a punto de fracasar por una estúpida casualidad. Aunque, se dijo satisfecha, habían actuado muy bien haciendo pasar a los fugitivos por los parientes bretones de Juste porque de esa forma, aunque Gröber hubiera reconocido a Alma, todo habría quedado en un simple parecido. Al fin y al cabo, muchas personas tenían rasgos similares, y eso, al menos hasta aquella fecha, no constituía aún ningún delito.

Jana sonrió, sin saber que en esos momentos estaba a punto de producirse el suceso que volvió del revés aquel verano.

CUARTA PARTE

OTROS DOS MESES:
AGOSTO Y SEPTIEMBRE DE 1943

EL TELEGRAMA

Martes, 10 de agosto de 1943

El texto del telegrama irrumpió en el centro de aquel verano como una lanza ardiente. Sucedió en el momento que menos lo esperaban, cuando todo marchaba sobre ruedas y estas sobre los raíles. Decía de la forma más escueta posible que *monsieur* Juste debía ir al hospital Varsovia de Toulouse porque las pruebas no le habían salido bien. El jefe de la aduana francesa no se había sometido a ningún examen, ni tampoco había pisado aquella clínica nunca. Sus únicas visitas médicas se reducían a acudir una vez al mes al odontólogo que lo atendía en Pau para encargarse de una dentadura que no necesitaba ningún cuidado.

Tanto Jana, como Arlette, Montlum y Didier sabían lo que significaba aquello: era un mensaje en clave, así estaba establecido por si llegaba a suceder lo que de verdad decía. Nunca pensaron que ocurriera, pero allí estaba la evidencia. Arlette lloraba con el papel en la mano.

—*Ils nous tueront…*, nos matarán, Jana, a todos, a nosotros dos, *nous deux,* pero también a nuestros hijos, solo se salvará la mayor, menos mal que la mandamos a estudiar a Madrid, *le petit Auguste, ma belle Solange.* Tenía que pasar. ¿Y vosotros? ¿Qué va a ser de vosotros?

—Calma, Arlette. Algo se nos ocurrirá, como siempre. —Jana le acariciaba la espalda mientras la francesa hundía la cabeza entre su cuello y su hombro.

—Este es nuestro último día aquí. No volveremos a vernos —decía sin poder apenas pronunciar estas palabras entre las lágrimas. Había caído en la desesperación, y ante eso Jana no tenía nada que decir. La reacción de aquella mujer no podía ser otra.

Ella también estaba muy alterada, pero se mantuvo firme. La señal estaba muy clara. Aquellas palabras significaban que la Gestapo había descubierto las actividades de Juste e iban a detenerlo.

Se lo llevarían junto a su familia a Dachau, Auschwitz-Birkenau, Bergen Belsen, Buchenwald, Mauthausen..., el nombre era lo de menos porque el destino era el mismo: la nada, la desaparición, los convertirían en humo después de obligarlos a atravesar varios infiernos.

Juste se fue a su oficina y una vez allí se refugió en el baño. Se sentó en el mismo rincón, junto a la taza, que el día que leyó el informe sobre Gröber. Parte de lo que le decían en él acababa de cumplirse. Lo había infravalorado. Había cometido un fallo de principiante. Quiso meter la cabeza en el inodoro, que la cañería se ensanchara hasta tal punto que le permitiera evadirse por ella. Pensó

en su familia, como lo había hecho durante todo aquel tiempo en que los había expuesto, y se dijo que nunca se perdonaría que los mataran. Lo que le hicieran a él era lo de menos, ya había cumplido con creces su misión. Cerró los ojos y se quedó un buen rato con la cabeza apoyada en la mano, oprimiéndose las sienes con dos dedos como si quisiera estrujarse el cerebro. Deseó cavar un pozo allí mismo, llegar hasta el subterráneo y evaporarse junto a sus dos hijos y Arlette a través de las piedras y la tierra.

Entonces pensó en Biel, el consignatario de la agencia aduanera privada, el mismo que le confesó hacía casi medio año que le habían ofrecido dinero por pasar información, y al que entonces consiguió disuadir apelando a su sensatez. El reloj corría en su contra. Tenía que ponerse en marcha. Intentar escapar al menos. Eran las cinco de la tarde y tenían menos de veinticuatro horas para hacer funcionar un plan de emergencia. Por suerte, dos días antes habían salido dos docenas de personas de allí, de nuevo después de ocultarlos en el compartimento cerrado del hangar cuando el tren entró en él. El problema no eran estos ciudadanos anónimos, estaba seguro de que las SS habían montado en cólera al saber que aquellos que tanto les importaban, el escritor Lion Feuchtwanger y su esposa Martha, estarían en breve sanos y salvos lejos de su alcance. La ira se había desatado sobre ellos por ayudar a los últimos, pero necesitaban hacerlo para conseguir las ansiadas *Danger visas*. Esta fuga también tendría alguna repercusión para el mayor, sin duda. Considerarían que se había contagiado de lo que él llamaba el espíritu veraneante del capitán Wagner y sus subordinados. Juste tuvo entonces un pensamiento certero, que aquellos fugitivos del Reich que ellos salvaban no eran más o menos valientes que él, sino que los empujaban la desesperación y las ganas de vivir. En aquel momento no le faltaba ni lo uno ni lo otro. Por lo que sintió que aún tenía alguna esperanza de alcanzar su objetivo.

Jana colocó un dique a sus lágrimas con su habitual y singular método: se imaginó bañándose con Esteve en las cascadas del Estrecho y de la Cueva de Ordesa, tal como él le había propuesto de forma muy sagaz cuando recorrieron el paseo de los Melancólicos. Huyó con la mente hacia allí y vio una imagen paradisíaca. Lo invocó, deseó con todas las fuerzas que apareciera. Y deseó también que la vida fuera fácil y sin sobresaltos. Era el único recurso que le quedaba, anclarse a estas ilusiones en los momentos más aciagos. Sin embargo, en aquel momento el antídoto no fue suficiente.

Los Juste no podían salir en plena noche porque no tardarían en cazarlos. Jana se acercó a la casa de los franceses como si fuera a un

velatorio. En menos de un minuto, el jefe de la aduana francesa le resumió a la camarera sus últimas gestiones, le rogó que lo ayudara una vez más, como si fuera necesario que se lo pidiera.

—La última, Jana, será la última. Ya nos hemos expuesto bastante todos.

—Espero que no lo sea, Laurent. —Lo abrazó.

—¿Sabes lo mejor de vivir, Jana? Contar con grandes amigos. La amistad nos duplica, nos expande, nos vuelve poderosos. Ya verás, todo saldrá bien.

A Jana le sorprendió que aún conservara cierta confianza, o que tuviera energía para molestarse en fingirla. Una de las veces que volvió a la casa de los Juste encontró a Arlette más recompuesta, más decidida, como si ya hubiera llorado todo lo que tenía que llorar.

—¿Sabes qué? Lo vamos a intentar. Perdidos ya estamos —le dijo a Jana con un tono impetuoso.

—Hemos salvado a tantos, Arlette, que ahora os toca que os salga bien a vosotros. Al menos no debemos dejarnos atrapar como conejos en la madriguera. Saldrá bien, ya lo verás. Tu marido lo tiene todo previsto, hasta esto. Ya sabes cómo es de meticuloso, de exacto. —Arlette sabía que Jana estaba aparentando una seguridad que no sentía, que no iba a resultar tan fácil, pero quería creerla. En una esquina del salón estaba el pequeño Auguste, tenía siete años, apenas unos meses menos que Sieglinde, la niña húngara. Fue la primera vez que Jana lo vio callado.

En ese momento entró Solange a merendar. Arlette no podía escucharse decir en voz alta, y menos a su hija, lo que ocupaba todos sus pensamientos, por lo que le había encargado a Jana que hablara con ella. Tenía la misma edad que Valentina, una iba al colegio español y la otra al francés:

—Solange, qué guapa estás —le dijo con el tono más sereno que pudo—. Tus padres van a viajar y tú te quedarás conmigo hasta pasado mañana. Como tengo que trabajar en el hotel estarás aquí en tu casa. Vendré a verte, por si necesitas algo, y para cualquier cosa no tienes más que venir a buscarme. Sea la hora que sea.

—¿Pero cuándo? ¿Así, de repente? ¿Por qué? —La reacción de Solange fue la que Jana esperaba.

—Aún hay tiempo, se irán mañana por la tarde, a la hora que siempre dan el paseo. No debes comentarlo con nadie, ni con tus compañeras ni con tu mejor amiga. Es muy importante. No vale compartir secretos en esta ocasión. Tienes que prometérmelo. Y tú también —dijo mirando a Auguste con los ojos muy fijos. El niño seguía mudo.

—¿Adónde van? —Solange estaba cada vez más nerviosa.

—Se reunirán con tu hermana en Madrid. Después irás tú, pero mientras tanto haremos vida normal. Si entran los guardias, tú no sabes nada.

El plan era que nadie sospechara que se habían fugado. Si dejaban a su hija mediana allí nadie sospecharía hasta que estuvieran bastante lejos. A Juste le costó mucho convencer a su esposa. Era arriesgado para todos, pero que la familia desapareciera en pleno los acusaba de una forma inmediata.

Desde que la nieve despejó los caminos, Laurent y Arlette daban el paseo al que se había referido Jana a las cuatro de la tarde. Si salían al día siguiente a aquella hora, sin equipaje y en compañía de su hijo, a todo el mundo le parecería normal, ni los verían pasar de lo acostumbrados que estaban a que así fuera. Pero se adentrarían con disimulo en el túnel de Somport, donde los esperaría Didier a escasos metros de la entrada, los suficientes para que nadie lo viera desde fuera. Deberían cruzar sus más de ocho kilómetros con un niño tan pequeño en poco más de dos horas, ya que a las seis y media de la tarde entraría con toda su potencia y brío el tren procedente de Valencia que iba a Francia, y aunque podían meterse en los refugios excavados en las paredes era mejor que para entonces ya no permanecieran allí dentro. Laurent acordó con su amigo Biel que los esperaría al otro lado para llevarlos a Zaragoza en su coche. Ese era el plan.

Jana pensó en Durandarte. En esta segunda ocasión había mostrado más prudencia y no se había dejado ver por el pueblo, pero seguía al tanto de todo, pues esa misma mañana le había hecho llegar a Juste el aviso de que los estaban investigando y ciertos detalles sobre las pesquisas de Gröber, aunque no esperaba que los hechos se precipitaran de forma tan rápida. Debería hablar con él, se dijo, incluso se le pasó por la cabeza esconderse en las montañas, pero enseguida acertó a pensar que su desaparición sería más sospechosa que continuar con su trabajo habitual en el hotel. Durante aquel último mes había tenido que conformarse con verlo solo en sus sueños, eso sí, cada vez más ardientes, como si lo que había sabido de doña Mimín la hubiera desinhibido por completo.

Lo malo era que no había vuelto a ver nada al despertar: ni ramas de romero ni pisadas de barro sobre las baldosas hidráulicas.

Aquella última tarde en Canfranc, Laurent Juste tuvo una actividad frenética que llevó a cabo con la parsimonia que le era propia para que nadie advirtiera lo que tramaba. No podía evitar hacer balance de todo lo que habían conseguido desde que llegó: los refugiados judíos por los que velaron, los documentos transmitidos en varias direcciones: hacia el consulado británico en San Sebastián y hacia Madrid, desde donde llegaban a Londres a través de la valija diplomática de la embajada británica, donde estaba su amigo, el sensato Samuel Hoare, con el que lo unía, además de muchas otras cosas, su animadversión hacia el gobernador civil. Lo admiraba por la manera en que les afeó la conducta a las autoridades españolas en un memorándum de ese mismo año, escrito a instancias de Juste, después de que se entrevistaran en Madrid. En su carta le recriminaba al régimen de Franco la forma en que la policía trataba a los refugiados, por permitir pasar a civiles en edad militar, italianos y alemanes, pero no a los del bando aliado. Les recordó el convenio de La Haya por el que los prisioneros de guerra debían ser puestos en libertad al llegar a territorio español, ya que se trataba de un país que no había entrado en el conflicto. El gobierno respondía que su deber era tolerar su permanencia y asignarles una residencia. Así lo hacían. Lo que no señalaban era el nombre del lugar, que no era otro que el llamado con el eufemismo de «Depósito» en Miranda de Ebro. Laurent Juste recordó también los mapas que dibujó, a veces a partir de recortes de periódicos, de viejas revistas militares, de atlas, la manera en que ocultaban las filmaciones en las botellas de antibiótico, las falsificaciones de Jana, que superaban en perfección a los documentos auténticos. Todo lo que les fue posible hacer lo habían hecho.

En aquellos momentos debía conservar la entereza y por eso prefirió entretenerse en otros menesteres, cualquier cosa antes que regresar a casa. No quería pasar el resto del tiempo abrazado a Arlette, temblando de miedo, que lo vieran sus hijos en ese estado.

Como no podía salir con ningún bulto de la estación, le encargó a uno de los trabajadores de la oficina de correos española que llevara una caja con su nombre a la parada del autobús que iba a Villanúa. Él lo siguió unos minutos después, bajó en la parada indicada y recogió el paquete. Caminó hasta el pretil que encauzaba el río Aragón y lo arrojó a sus aguas. Ese paquete contenía su máquina de mecanografiar, con la que tantos escritos confidenciales había redactado. Vio como las ramas metálicas de las teclas se sumergían en el agua, deseó que no golpeara contra el fondo enseguida y se quedara a la vista. Con las burbujas que se formaron alrededor y las ondas de

agua parecía que la máquina quería expresar algo, que su escritura se desdibujaba en el agua. Se llevó el embalaje vacío para no dejar ninguna pista.

Atravesó Canfranc en dirección al pueblo de Canfranc Estación, tenía que parar en La Serena, no entrar allí hubiera supuesto alejarse con una tristeza aún mayor. A Tricio no tuvo que explicarle nada cuando lo vio entrar, el dueño de la fonda le leyó en la cara lo que pasaba, aunque continuaron con lo que ambos se dedicaban, es decir, el disimulo. Tricio entabló conversación:

—¿Cómo va el cereal este año? ¿Pasan muchas toneladas? Eso es lo principal, Laurent, aunque dicen que no solo de pan vive el hombre —remató con cierta picardía.

—Ponme un aguardiente, Tricio. En septiembre vendrán dos profesores nuevos al colegio.

—Anda, que nos vais a afrancesar, que nosotros somos aragoneses y no vais a poder doblegarnos. Sois muy ladinos vosotros, poco a poco nos queréis conquistar. —A los dos les resultaba difícil representar este papel, pero necesitaban que la conversación pareciera lo más ligera posible.

—Claro, pero con amor, que en vez de tenernos manía nos admiréis —le dijo Juste como si tuviera que ganarse su favor.

—¿Ves? Eso sí que lo hacéis bien. Qué facilidad de palabra, ya quisiera yo.

—¿Está Pilar? —le dijo Juste a la vez que le señalaba hacia la cocina.

—Sí, pasa.

Laurent se extasió allí dentro, comenzó a salivar a pesar de que él estaba acostumbrado a comer lo mejor de lo mejor. Los rodeaban chuletas de cordero, todas las delicias de la matacía o matanza del cerdo, codornices, queso de oveja cortado y distribuido en platos.

—Toma, llévale esto a mi amiga y dile que a ver si se deja ver más.

Le tendió una tartera con dos asas a los lados y otra arriba. Al aduanero casi se le saltan las lágrimas al caer en la cuenta de que su contenido sería probablemente el último alimento que tomarían allí, y eso si les quedaban ganas de comer algo.

—Gracias, Pilar. —Laurent no quiso alargar más aquel momento. Él sabía que era una despedida pero ella no. Tuvo que darle la espalda. Aquella mujer generosa, amable, comenzó a cantar con un chorro de voz, ajena a lo que en aquellos momentos le sucedía a la familia francesa a la que tanto estimaba.

Juste necesitaba despedirse de Durandarte, no se perdonaría abandonar Canfranc sin abrazarlo. Por ese motivo lo mandó llamar a través de los insólitos conductos habituales, que a pesar de la incertidumbre hacían que siempre acudiera cuando lo necesitaba.

Esteve había ido ganando terreno dentro de la red. Cada vez participaba más, no solo se ocupaba, solo o con alguno de sus hombres, de los alemanes mientras Juste había simulado los apagones para que los judíos atravesaran la playa de vías, era también correo, contacto con algunos marselleses y tolosanos y proveedor de las mercancías más difíciles de encontrar. A Durandarte le resultaba duro no poder acercarse mucho a Juste, a quien consideraba un hombre cabal, recto, buen padre y esposo. La guerra lo separaba todo, aunque no hubiera estado nada bien vista la amistad entre un contrabandista y el jefe de la aduana francesa, entre quien burlaba la vigilancia para dedicarse al comercio ilegal de mercancías y quien se dedicaba a todo lo contrario, incluso en tiempos de paz. Pero en aquellos momentos era aún más difícil.

En aquella ocasión también apareció allí, sobre el puente, como lo vio Jana la vez que le pidió que buscara a Valentina. Ambos tenían mucho que contarse, pero ya llegaría el momento, cuando todo acabara. Esteve tenía enfrente al jefe de la aduana francesa, aún no había cumplido los cuarenta y cinco años, casi diez más que él. El bretón solo le dijo una frase:

—Ya me ha llegado el telegrama. —Al bandolero le quedó muy clara la situación. Tanto pensar en aquellos a los que los nazis habían expulsado de sus hogares, esquilmado, expoliado y sobre todo humillado, y se había olvidado de sí mismo. Tanto que había terminado por arriesgarse demasiado sin medir el peligro real que Gröber constituía. Algunos días incluso se había olvidado de él.

Pero lo que más le dolía a Laurent no era que lo hubieran descubierto, sino lo que esto suponía para Arlette, Solange y Auguste. Solo tenía esperanzas de que se salvara su hija mayor. A los demás los había sacrificado, y esta certeza que lo había consumido desde el principio en aquellos momentos lo devastaba.

Jana Belerma siempre podría alegar que ella no hacía más que cumplir con su trabajo, que no tenía por qué saber de dónde llegaban los alojados en el Hotel Internacional y en qué condiciones habían alcanzado la estación de los Pirineos. Juste estaba convencido de que no se la llevarían. De todas formas le pidió a Durandarte que cuidara de ella.

—Está muy sola —añadió—. Y sin nosotros también va a estar

muy triste.

Continuó hablándole de Didier, que no le preocupaba porque tenía también una buena coartada y no podrían probarle nada. Tampoco le preocupaba Étienne Guinart, que estaba en Londres, fuera del alcance de la policía alemana, aunque llevara semanas sin saber de él no le cabía ninguna duda de que estaba bien. Al escuchar este nombre, Esteve sonrió.De todos, los más preparados eran ellos dos, serían capaces de afrontar cualquier adversidad.

A Esteve le gustó que Laurent le pidiera que se ocupara de Jana, ese gesto decía mucho, lo decía todo, que lo consideraba digno de ella en primer lugar. Aquella joven era para él también de su familia, otra hija, una hermana; por tanto, ese encargo significaba sobre todo que lo apreciaba, que le parecía un hombre de ley, que confiaba en él, alguien que para otros muchos era solo un buscavidas.

Toda la conversación, como la presentían breve, se desarrolló con Esteve a caballo, pero este descabalgó para abrazar a Laurent. Luego se tocó el bolsillo de la camisa y sacó el papel que siempre llevaba allí, junto al romero; era una nota que Laurent le había escrito al poco tiempo de conocerse y que decía al final: «Solo nos ha sido dada una vida, pero con esta podemos salvar muchas otras. Recuérdalo». Con aquel gesto ambos se exponían mucho, pero no les importó. Ante Juste el bandolero comenzaba a desdibujarse y crecía otro héroe más de la Resistencia. Pero aún le quedaba mucho por demostrar para ser admitido así, sin más, como miembro de pleno derecho.

—Aún la conservas —le dijo el francés.

—Llévatela, que te acompañe, ya me la devolverás.

Durandarte se la tendió. El puente sobre el río Aragón, que unía el ferrocarril con la carretera, que conectaba desde allí dos países a través del túnel, significaba mucho para Esteve. Era el punto que marcaba la vida a ambos lados de la frontera.

—Una cosa más, Laurent, cuando termine toda esta pesadilla nos encontraremos en esta dirección.

El jefe de la aduana vio que en el reverso de aquel papel había escrito un par de líneas que solo miró de soslayo, sin darles mayor importancia. Que quienes trabajaban a favor de los aliados mantuvieran reuniones en cualquier lugar no era nada infrecuente, incluso que alguna de estas sedes improvisadas estuviera relacionada con alguno de ellos, tampoco. Que se cumpliera aquel deseo, que el mundo recobrara la cordura, que volvieran tiempos más amables, era lo que más deseaba. Y en lo que menos podía creer en aquellos momentos.

Juste no sabía aún dónde se ocultaba Durandarte cuando le

oscurecía en Canfranc, cuando no le era posible ya adentrarse en la cordillera, pero sabía que aquella noche la pasaría en el pueblo porque estaba seguro de que al día siguiente cumpliría con su cometido: paliar de la mejor forma que se le ocurriera el dolor inmanejable que la ausencia de la familia Juste le desataría a Jana Belerma.

El punto y final, como casi siempre sucedía con ciertos encuentros allí, lo puso la cercanía de una patrulla alemana.

Miércoles, 11 de agosto de 1943
Apenas cinco minutos después de salir de su casa, Arlette, Auguste y Laurent tenían ante ellos la boca sur sin fondo del túnel de Somport. Parecía la entrada a una fortaleza con las dos pilastras, los capiteles sobre ellas, solo le faltaban las cadenas, el puente levadizo, los cocodrilos en el foso para reforzar su apariencia de entrada a un castillo. Dos torres de alta tensión lo flanqueaban, eran las mismas por las que demasiadas veces, según él, dejaba de pasar la electricidad que procedía de la central de Forges d'Abel.

En la parte alta del muro dos leones rampantes levantaban el águila del escudo con el collar en forma de corona. El ave rapaz mostraba sin necesidad de ninguna radiografía el contenido de su estómago: la torre de un baluarte con almenas, otro león, barras verticales rojas y amarillas y una cenefa como de ganchillo. Se apoyaba, como si se tratara de las muletas de un pájaro herido, en las columnas de Hércules; debajo de las plumas de su cola aparecían los restos excretados: el yugo y las flechas de los Reyes Católicos.

—Un pájaro de piedra —dijo Auguste—. Está descansando.

Ni Arlette ni Laurent podían articular palabra, así que fue Didier quien lo entretuvo.

—Vamos a entrar en la montaña, ya verás, y apareceremos en otro sitio —le dijo para darle a todo aquello el cariz de una aventura.

—¿En dónde? ¿En la casa de mi abuela? ¿Y cuántas horas tardaremos? —El niño se refería a los viajes que la familia Juste realizaba hasta la Bretaña.

El obrero ferroviario giró el grifo de agua de la lámpara de carburo y el niño se sorprendió ante tanta luz.

—¿Quieres que te cuente un cuento? —le propuso a la vez.

—Bueno —le dijo Auguste con un entusiasmo que demostraba que a pesar de sus continuas escuchas sobre el caballo de madera no sabía del todo qué sucedía.

—Érase una vez un granjero que se encontró en el bosque un huevo, se lo llevó a su corral para que lo incubara una gallina y así nació un pollito muy feo, bastante negro, desgarbado y mucho más grande que sus hermanos.

—Porque era silvestre —intervino el pequeño.

—Eso. Picaba el grano, imitaba los cacareos de sus hermanos adoptivos, pero a él no le salían bien. Eso no le importaba. Era feliz. Conforme pasaban los días, se hacía más y más grande, igual que sucedía con el niño que los granjeros acababan de tener. Una noche de mucho calor el granero en el que guardaban también la paja comenzó

a arder. El hombre no estaba y la mujer trabajaba en el huerto, por lo que cuando vio el humo de la casa ya era tarde para sacar de allí a su hijo de muy pocos meses. Las chispas habían caído sobre la casa, era como un hallar gigante.

—¿Y se quemó el niño? —Auguste quería saber el final cuanto antes.

—Pues no, porque el pollo tan feo, pero tan grande, tenía un poder, era el único que sabía volar, así que levantó sus alas, entró por la chimenea y sacó al bebé de su cuna. Los padres lloraron mucho al entrar en la casa destruida, abrasada, nada podía consolarlos porque habían perdido a su hijo.

—Pero estaba vivo, lo había salvado el pájaro —dijo Auguste como si Didier se hubiera olvidado de que lo acababa de contar.

—Así fue. Oyeron un llanto en el corral y corrieron hacia allí. Rodeado por los pollos y un poco sucio estaba su hijo. El ave más grande era tan desgarbada porque en realidad era un águila. Imagínate la alegría de los padres. Recoger aquel huevo en el bosque había salvado a su hijo. El águila ya se había dado cuenta antes de que podía volar, pero prefirió vivir como los demás pollos hasta el momento en que necesitó sus alas.

—¡Bien! —Auguste aplaudió y sus padres se miraron a la luz del gas. Su temblor era mayor que el de la llama con forma de mariposa —. Didier, déjame llevar la lámpara a mí.

—Pero con mi mano también, cógela del gancho.

—¿Cuánto falta?

—Tú no puedes estar cansado, Auguste. Esta es una expedición y tú eres un explorador. Habla fuerte. Di algo.

—Soy Auguste Juste y mi caballo se llama Farsante.

—¿Has oído? —El eco les devolvía sus palabras.

—¡Ahí va! Hay más gente. Repiten lo que yo digo, ¿quiénes son?

Arlette y Laurent no rezaban porque no eran capaces de hilar ninguna oración, pero concentraban todo su pensamiento en que a la salida encontrarían esperándolos el coche de Biel. No podía fallarles, de lo contrario no sabían cómo llegarían a Zaragoza.

El jefe de la aduana francesa había recabado información la tarde anterior. Supo que los guardias de la Gestapo a los que se les había encargado su detención llegarían en el tren de las 10.00 de la mañana, dieciséis horas después. Para entonces ellos, o al menos él, ya que era a quien buscaban, tendría que estar muy lejos. Si se separaba de su familia tendría que camuflarlos para evitar que los utilizaran para atraerlo.

Apostado sobre su Adler Trumpf Junior fabricado en 1939 los

esperaba Biel. Cuando ya pensaba que no le quedaba nada más que hacer escuchó el ruido de un motor y vio acercarse a una patrulla alemana. Era el sonido más constante por los alrededores. Dos soldados bajaron con mucha agilidad del vehículo.

—*Frontantrieb.* —Así se refirió a la tracción delantera. Mientras uno de ellos acariciaba el capó, el otro guardia se lo tradujo al francés —. *Traction avant.*

—Sí, la tracción delantera, se nota, se agarra más. Dicen que Porsche ha diseñado la suspensión. Ya no fabrican estos, una pena —dijo Biel con toda la tranquilidad que fue capaz de fingir. Estaba muy nervioso, tanto que temía que se lo notaran. Le resultaría muy difícil explicarles qué hacía allí solo. Por eso, para evitar preguntas e interrupciones, lo llenaba todo de palabras, le salían a borbotones, no le importaba que no lo entendieran, necesitaba soltarlas para relajarse.

—Alemán, *allemand*, *Deutsch*, como ustedes, resistente.

La hora convenida eran las seis y veinte, solo faltaban diez minutos. Si en ese momento aparecían por el túnel, los detendrían de inmediato para interrogarlos. Biel no tenía más remedio que atender a los guardias como otras veces, por su negocio le interesaba mantener relaciones cordiales con todos, pero no en aquel momento. Si aparecían entonces los Juste, su amigo se quedaría con la idea de que lo había traicionado, que lo había entregado a las autoridades nazis por una fuerte suma de dinero. Y nada podría hacer para convencerlo porque aquella imagen hablaría por sí sola. Además pesaría en su contra la conversación que habían mantenido en La Serena cuando lo puso al corriente del ofrecimiento de espionaje que le habían hecho los alemanes.

Le ofrecieron un cigarrillo al que no podía negarse, con lo escasos que eran se trataba de todo un detalle que quisieran compartirlo con él, ya que los tenían muy racionados por la ley antitabaco del gobierno del Reich. Si lo cogió inmediatamente e hizo pantalla con la mano fue porque pudo echarle al humo la culpa de sus lágrimas. No dejaban de brotarle, y así se lo manifestó:

—Es el humo, *rauch*, tengo los ojos muy delicados —les dijo mientras se los señalaba con las yemas de los dedos índice y corazón, gesto que aprovechó a la vez para secarse.

Biel notaba que se descomponía, el sudor frío le bajaba desde la raíz del pelo hasta los tobillos, sentía un galope en el pecho como si llamaran desde dentro de su cuerpo con un puño cerrado. Uno de los militares le señalaba al otro un pájaro y entonces escuchó el ruido de las pisadas sobre el balasto, las piedras de la vía. Ya se acercaban. Temió que, al ver la claridad, el niño echara a correr hasta donde él

estaba. Los alemanes imitaron el sonido de un ave como si fuera un reclamo para que algún ejemplar de la especie que se correspondía con aquel canto descendiera hacia ellos. De pronto, uno miró el reloj y saltaron casi a la vez dentro del vehículo, girando un dedo en torno al otro le hicieron una seña que Biel interpretó como que se iban al relevo. Se sacó un pañuelo, se lo pasó por la cara y después lo utilizó para saludarlos, se vio ridículo y lo volvió a guardar en el bolsillo de su chaqueta. En cuanto tomaron la primera curva de aquel sendero fue hacia el túnel. Los Juste estaban pegados a la pared a menos de veinte metros de la salida. Didier se había adelantado y lo había visto hablando con los alemanes. Menos mal que tomaron aquella precaución.

Auguste se entusiasmó cuando vio el Adler. Comenzó a dar brincos alrededor y a gritar:

—*Allez*, *allez*, vamos, deprisa, rápido. —Le hacía mucha ilusión subirse a aquel vehículo.

Biel y Juste se abrazaron, pero sin entretenerse. Apenas se palmotearon la espalda para entrar enseguida en el coche. Didier se asomó a la ventanilla del niño:

—Nos veremos. Necesito un ayudante como tú —le dijo como despedida.

—Yo de mayor conduciré trenes. Seré maquinista.

—Bien, porque para entonces yo ya tendré mi propia compañía ferroviaria. Piensa un nombre para ella. Adiós.

El consignatario no podía dejar de llorar. La tensión a la que se había visto sometido lo había desbordado.

—¿Y tú querías ser espía? —le dijo Juste.

Arlette miraba el paisaje, como si se lo quisiera llevar dentro, cuando se alejaban en dirección sur después de haber atravesado el paso fronterizo por uno de los lugares en los que los alemanes aún no habían establecido sus puestos. Con los guardias franceses y españoles, en el caso de que se los encontraran, no tendrían problemas. Una vez que hubieran burlado la vigilancia alemana, que la familia Juste se desplazara en compañía de Biel, con quien sabían que mantenían una estrecha amistad, no sorprendería a nadie.

Auguste advirtió que aquel hombre lloraba y le dijo:

—Que no vas a ver la carretera. ¿No ves que no hay limpiaparabrisas para los ojos?

Después de esas palabras del niño por fin rieron los tres.

Llegaron al piso de Zaragoza del doctor Mallén cuando la familia se disponía a cenar. Después de saludarse de una manera efusiva, pero como si fuera una visita más para que los niños no se dieran cuenta de la situación, los sirvientes les acercaron sillas y se distribuyeron alternados con ellos en torno a la mesa. La criada comenzó a servir la sopa.

—Laurent, ya os he encontrado el taxi. A las cuatro de la mañana vendrá a por vosotros. —Con aquellas dos frases ya quedaba todo claro, enseguida se interesó por Jana—. ¿Cómo está? Espero que algún día se incorpore a nuestro laboratorio en el hospital universitario, eso es lo que he pensado para cuando todo esto acabe. Mientras tanto sé que te ha sido de gran utilidad en Canfranc. Pobre, qué mala suerte ha tenido, primero los padres y después el marido. Apenas estuvo con él cuatro años. Menudo mamarracho, y eso que lo conocía. ¿Sabes que era su primo?

—No mantenemos conversaciones privadas. A Arlette sí que creo que le había contado algo —le dijo Laurent Juste.

Su esposa puso en ese momento una cara de estupefacción tan grande que él supo que eran las primeras noticias que tenía sobre que Jana había estado casada. Y se preguntó por qué no le había dicho nada.

—Pues bueno. —El doctor Mallén volvió al tema anterior—. Imagínate el corredor que hemos establecido desde aquí: nos mandan a los tuberculosos y, a través de la Resistencia, nos envían también sulfamidas y estreptomicina para todos ellos; a cambio nosotros les enviamos los antibióticos, las gasas y el cloroformo para la maternidad de Elna. Así reparamos algo del mal que otros han hecho. No quiero ni imaginar cómo será un hospital militar, y menos a la hora de la cena. Y eso que soy médico. Te veo bien, Laurent. —A Juste aquellas palabras le parecieron una excentricidad en aquellos momentos.

—No sé si me lo dices de broma. —No se resistió a comentárselo.

—¿Cómo están Solange y Maude? A Auguste ya lo veo hecho un hombrecito.

Juste bajó mucho la voz:

—Víctor, escucha. —Lo llamó por su nombre en vez de por su apellido, como era habitual que se refirieran a él—. Mañana llegará mi hija. Se ha quedado en la estación para aparentar normalidad, para que aún no se descubra que no estamos. Estará aquí antes de la hora de comer. Nuestras pertenencias las hemos facturado a Madrid.

Auguste se echó a llorar, entonces sí que parecía que lo había entendido todo. El pequeño de los Mallén le dijo que lo acompañara al

cuarto de los juguetes, que le enseñaría su tren eléctrico.

Arlette se dirigió a la pareja en francés, idioma que hablaban igual de bien que el castellano, ya que residieron en París durante el tiempo que duró la especialización médica de Víctor antes de la Guerra Civil:

—Tengo que pediros un favor. ¿Llamaríais mañana a la fonda La Serena? Que se ponga Pilar, le decís que hemos salido ya hacia Madrid, solo eso. Ella ya se encargará de decírselo a Jana con mucha discreción. Estará sufriendo. Ahora es como si yo tuviera cuatro hijos en vez de tres. Maude está en el liceo. Dentro de lo malo me ilusiona saber que mañana voy a verla. Mi pequeña. Y Solange llegará, estoy segura. —A Arlette se le agolpaban las ideas, le circulaban como un torbellino y necesitaba expresarlas todas a la vez con la esperanza de que sus deseos se concretaran en acciones favorables.

Madrugada del jueves, 12 de agosto de 1943

El doctor bajó con ellos al portal para despedirlos. Laurent Juste le dio una carpeta de piel negra cerrada con una cremallera.

—¿Qué es esto? —dijo mientras miraba dentro—. De ninguna manera puedo aceptarlo, aquí hay miles de libras.

—No te lo tienes que quedar tú si no quieres —le dijo mientras le sonreía—; compra medicinas, más camas para el hospital, contrata enfermeras. Tú sabrás en qué emplearlo. Los enemigos de Pétain nos pagan muy bien, pero tú sabes que no lo hacemos por eso. Al menos no solo por eso. —Y rieron.

Esa era la imagen que quería guardar de su amigo, el hasta entonces jefe de la aduana francesa en la estación de Canfranc. No se veían demasiado, al menos no todo lo que le hubiera gustado, solo durante algunos días de las vacaciones, pero el aprecio mutuo era inmenso. Lo que más deseaba el doctor Mallén era que el destino le permitiera disfrutar más adelante alguna vez de la grata compañía del hombre que en aquel momento se marchaba lejos.

Aquel jueves 12 de agosto, la hija menor de Juste debía hacer como que iba al colegio francés igual que cualquier otra mañana. Jana había hablado con ella la noche anterior, con el fin de tranquilizarla en la medida de lo posible y evitar que alterara sus rutinas. La veía demasiado joven para creerla capaz de hacer frente a todo aquello sola y temió que a mitad de la noche no pudiera soportar la tensión y saliera. Daba por hecho que entonces los guardias la harían regresar a su casa, en aquella especie de toque de queda que habían impuesto para el recinto de la estación, y advertirían que sus padres no estaban en casa. Por eso decidió que lo más prudente era quedarse a dormir con ella y ocupó la cama del mismo dormitorio que compartía Solange

con su hermana Maude, antes de que esta se fuera a estudiar a Madrid. Aunque permanecían quietas bajo las sábanas con las luces apagadas, ambas sabían que estaban despiertas. Era imposible conciliar el sueño en aquellas circunstancias.

Aquella mañana Jana y Solange desayunaron juntas mientras repasaban el plan de nuevo:

—Recuerda —le decía Jana—, no te pongas nerviosa. Te vas al colegio a tu hora y a media mañana le dices a la maestra que te encuentras mal y le pides permiso para volver a casa. En lugar de eso irás a la estación y tomarás el tren a Zaragoza. Y ya está. ¿Ves qué fácil?

Parecía que Solange lo había entendido y estaba tranquila, así que Jana fue a su cuarto a asearse antes de bajar a la cafetería del hotel y empezar a trabajar. Le había dicho a Montlum que no hiciera el reparto de las pastas, que lo haría ella porque así podría salir y vigilar a Solange.

Recogió las pastas y salió al andén dispuesta a hacer el primer viaje al pueblo cuando, al atravesar el vestíbulo, vio algo que la horrorizó. El mayor Gröber sujetaba a Solange del brazo frente a la puerta de su vivienda. Estaba poseído. A Jana se le vino el mundo encima porque pensó que habían interceptado a los Juste. Lo acompañaban los tres agentes de la Gestapo que estaban allí para detener a Laurent. Se acercó a ellos.

—Contéstame, quiero que me contestes, mírame a los ojos. —Mientras le decía esto el oficial la zarandeaba como si Solange fuera de trapo—. ¿Esta es la buena educación que te han enseñado? En francés o hasta en español, como quieras, pero respóndeme antes de que pierda la paciencia y te haga trizas. ¿Dónde están tus padres?

Entonces Jana se arrepintió de haberle anticipado todo el plan. En esos momentos se sintió muy estúpida porque vio muy claro que lo que tendría que haber hecho era cenar con ella, que se acostara, dejar que fuera a estudiar como cualquier otro día y acercarse a recogerla al colegio con alguna excusa. A la profesora no le habría extrañado si le decía que iba de parte de *monsieur* Juste. Pero nada había sucedido así. El mayor estaba enfervorecido. Los otros agentes hablaban entre ellos. El oficial estaba fuera de sí:

—Si no me dices ahora mismo dónde están, prepárate a morir. Reza si sabes. —Quería arrancarle el pelo, retorcerle el cuello, que hablara.

La amenaza de Gröber a la hija del jefe de la aduana demostraba que ya no le importaba nada más. Solange tenía lágrimas en los ojos, pero no lloraba, tal vez por efecto de la rabia. Le había retorcido el

brazo hasta colocárselo detrás de la espalda. Jana confiaba en que la guardia civil, la policía armada o los gendarmes, si es que los otros pretextaban que la joven era francesa, hicieran algo, que impidieran que se la llevara. Pero nadie actuaba.

—Suéltela —le dijo Jana avanzando entre los que miraban petrificados.

—Lárgate, mucama —le dijo Gröber—. Vete a fregar los suelos. —La apartó de un manotazo. Jana perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al suelo, pero antes chocó contra alguien, notó su espalda contra otro cuerpo y sintió que la sujetaban por ambos brazos. Se volvió y vio a Esteve Durandarte.

—Mayor, déjela, no le ha hecho nada —le dijo el bandolero—. Es solo una niña. —Tanto Solange como Valentina estaban en la edad en la que unas veces se las consideraba así y otras como mujeres—. Ya podrá… —Esto último lo dijo Durandarte con un tono muy provocador. Lo llamaba cobarde y consiguió lo que quería, que se dirigiera a él. Los recién llegados de Berlín no sabían de quién se trataba ni cómo actuar.

—¿Tú? Ladrón, miserable, ¿cómo te atreves? —Los ojos del oficial en ese momento volvían a parecer de cobalto fundido.

—Si no le van bien las cosas no es asunto nuestro y menos de ella. ¡Déjela o tendrá que vérselas conmigo!

—¿Eso es una orden? ¿Quién te has creído que eres? —Gröber lo empujó también a él, pero Esteve no se tambaleó—. Eres lo peor, ¡perro inmundo!

Solange corría en dirección al pueblo y Jana la seguía a un par de metros.

—No sabes lo que has hecho, desgraciado. Vas a desear no haber nacido —le dijo el mayor en cuanto se dio cuenta de que Solange había escapado. Como le pareció ridículo salir en su persecución, también renunció a mandar a ninguno de sus hombres detrás de ella. Las órdenes eran claras, debían detener a Laurent Juste y llevarlo a Berlín. Y estaba decidido a encontrarlo aunque para eso tuviera que dinamitar toda la corteza terrestre.

Mandó llamar a todos los empleados de la aduana y los hizo formar delante de la fachada de la estación para interrogarlos uno a uno. Ninguno lo había visto desde el día anterior cuando se despidió de ellos para ir a almorzar. El oficial no podía soportar una sola derrota más, ni la vergüenza de saber que en el informe que redactarían los agentes que lo acompañaban en ese momento se reflejaría la fuga de Juste cuando lo había tenido siempre al alcance de la mano. No podría culpar a la rígida burocracia del régimen de

que no le había permitido detenerlo a él, Eberhard Gröber, de la oficina IV de Investigación de Oponentes, grupo IV C, sección IV C 2, de asuntos de custodia preventiva. Mano derecha del comandante Karl Otto Koch en el campo de concentración de Buchenwald, que había llegado a Canfranc con la esperanza de conseguir un ascenso rápido y que, en cambio, perdería el favor de sus superiores y tal vez también su rango. Comenzó a darle patadas con sus botas de puntera metálica al neumático de uno de los Renault Vivaquatre estacionados allí que habían sido requisados en Francia por los alemanes para convertirlos en coches comando de la Wehrmacht. Aporreó la chapa hasta que dejó sus puños marcados en ella varias veces. Bajo su fuerza, el metal se convertía en papel arrugado.

Mientras, Durandarte comenzó a recorrer la distancia entre Canfranc Estación y Jaca con Solange a lomos de Farsante. Allí, en el edificio simétrico de puertas rojas de la estación de Jaca, bajó a Solange del caballo y no se movió del andén hasta que el tren arrancó en dirección a Zaragoza con ella dentro. En cuanto volviera a Canfranc se encargaría de comprobar que Jana se encontraba bien.

La familia Juste llegó a Madrid casi al mismo tiempo que Solange a casa de sus amigos de Zaragoza. Se acomodaron en un piso de la calle de Valverde que les proporcionó la embajada británica. Bastó que le pasaran el recado a Samuel Hoare para que enseguida contaran con aquel alojamiento. Aquella noche durmieron los cuatro juntos porque Arlette fue a la puerta del liceo a recoger a Maude. Esta no se lo esperaba y su madre tuvo que rogarle que no gritara. No dejaba de decir que aquello era un espejismo. Avisaron en la residencia donde vivía de que se marchaba con su familia y de esta forma se reunieron. Solo faltaba Solange.

Cuando se levantaron a la mañana siguiente, Laurent ya no estaba. Encontraron una bandeja con churros, porras y chocolate en el centro de la mesa camilla que había delante de uno de los tres balcones junto a una nota:

Estimadas Arlette y Maude (no le leáis esto al pequeño Auguste):

No he tenido fuerzas para despedirme. Espero que me perdonéis. Os he mirado mientras dormíais y tengo que deciros que, junto con nuestro hijo, sois lo más bonito que hay en este mundo. Si pregunta, decidle que estoy comprando un coche para irnos a América, bueno, mejor un avión.

Sé que os dejo en buenas manos. La secretaria del embajador Hoare sabe al detalle de nuestra situación. No dudéis en pedirle ayuda. Mientras, se acabará la guerra y nos reuniremos de nuevo los cinco. Tenéis que ser fuertes, más que nunca. Confío en vosotras. Esto es solo un compás de espera.

Hasta pronto.

Vuestro padre y marido.

Laurent

Arlette se apoyó de espaldas contra la cenefa de yeso que rodeaba el salón a media altura. Su hija le acarició la espalda.

—Mamá, no llores, te va a oír Auguste. Después de lo que me habéis contado creo que es lo mejor. Él tiene que huir. Si nosotros nos quedamos escondidos aquí hasta recibir algún aviso no nos pasará nada. Estamos a salvo. Yo no iré al liceo. Mañana llegará Solange. Nos arreglaremos. Ya verás.

—No, no puedes dejar de ir y quedarte aquí sin salir. —Arlette dijo esto sin titubeos, pero enseguida le volvieron las lágrimas porque cayó en la cuenta de que su hija tenía razón—. Tu padre se va al frente. Lo conozco. Ya quiso luchar al lado de De Gaulle, se ofreció voluntario y entonces lo enviaron a la estación de Canfranc, le dijeron que les resultaría más útil allí y así ha sido, pero mira el precio que hemos pagado. Aún es reservista a pesar de su edad. Además, ahora están movilizando a todos.

—Ya no queda nada para que acabe la guerra. Alemania se rendirá pronto y nos volveremos a reunir todos como él dice. Tenemos que tener mucho ánimo y procurar que Auguste no note nada, es demasiado pequeño.

—Maude, eres fuerte. Como él, como tu padre, menos mal.

—Y tú también eres fuerte. Más incluso. La más fuerte de todos nosotros.

Viernes, 13 de agosto de 1943

Durante aquella mañana a Jana se le hizo más difícil que nunca sonreír a los clientes y mostrarse amable porque solo quería llorar, gritar, deshacer aquel manojo de nervios en que se había convertido desde que comenzó la huida de la familia Juste. Lo peor fue tener que atender a los guardias que la Gestapo había mandado para detener a Laurent. Ocuparon una mesa en un rincón, delante de dos helechos; se les veía despreocupados, como si los hubieran enviado a cumplir un mero trámite, como si la vida de un hombre con su familia al completo no valiera nada. Tuvo ganas de arrojarles un vaso de agua a la cara, de escupirles, pero en vez de eso les sirvió los cafés. Dejó la bandeja sobre la mesa redonda de caoba. Gröber les dijo:

—*Frau* Belerma, *einer meiner Lieblings-Landschaften*.[22] —Y los tres rieron.

Cuando por fin terminó aquella noche, subió a su cuarto, se descalzó y se dejó caer sobre la cama con el uniforme todavía puesto. Abrió *El conde de Montecristo* y releyó uno de los pasajes que más le habían gustado de aquella novela.

> *—Además —añadió Faria—, en los doce años que llevo de calabozo he recordado las fugas célebres y, aunque pocas, las que han coronado el éxito fueron las meditadas a sangre fría y preparadas lentamente. Así huyó de Vincennes el duque de Beaufort, así de Fort Peveque el abate de Buquoi, y así Latude de la Bastilla. Ha habido además otras fugas deparadas por la casualidad, y esas son las mejores. Creedme, esperemos una ocasión y, si se presenta, aprovechémosla.*
>
> *—A vos os ha sido fácil esperar —dijo Dantés suspirando—, vuestra continua tarea os ocupaba todos los instantes, y cuando no, teníais esperanzas para consolaros.*

Buscaba evasión y esa historia la distraía, pero le recordaba demasiado en cada momento lo que estaba viviendo. Desde el principio le había pasado así. Siguió leyendo que el abate se fabricaba su propia tinta y su propio papel en su calabozo del castillo de If.

Estaba desazonada, no sabía qué hacer. Desde que los Juste habían salido el día antes a las cuatro de la tarde ya habían pasado treinta y seis horas. Lo primero que había hecho, incluso antes de que Laurent, Arlette y Auguste, en compañía de Didier, alcanzaran el túnel, fue descolgar todas las piezas que aleteaban cuando abría la puerta o la ventana sobre el tendedero improvisado de pared a pared en su habitación. No tenía demasiados lugares donde ocultarlas allí, pero había aguzado la imaginación para encontrar unos cuantos escondites que no fueran ni el colchón ni un hueco bajo una baldosa suelta. Ató algunos papeles debajo de los cajones y otros los metió enrollados dentro del sifón siempre vacío y en la barra del toallero a la que quitó los dos remates. Con algunas herramientas habilitaría otras cavidades para los objetos que había allí. Desde ese momento ninguno

quedaba a la vista.

Sábado, 14 de agosto de 1943

A primera hora de la tarde del segundo día desde la fuga de los Juste, bajó al vestíbulo para recoger del quiosco los periódicos vespertinos y llevarlos a la cafetería. Imaginaba la furia de Eberhard Gröber. Esta vez cuando la viera no solo la agarraría del brazo, sino que se lo retorcería hasta que hablara, como le había visto hacer con la joven Solange. Aquellas paredes de la entrada le devolvían la música del violín de Montlum, las notas del charlestón cuando llegó Joséphine Baker. Su amigo músico estaba más triste que nunca, de Didier no sabía nada desde que lo vio de lejos entrar con la familia Juste en el túnel. Cuando iba a subir a la segunda planta de la estación, uno de los empleados de la oficina de correos y telégrafos la interceptó al pie de la escalinata del edificio de viajeros.

—Ha llegado un paquete para usted, parece un libro —le dijo con una sonrisa grande. Era muy joven, tanto que Jana pensó que trabajaría aún de aprendiz. Tal vez le hiciera gracia que siempre recibiera lo mismo, igual aún no sabía que cada libro era distinto.

Después de firmar el recibo sobre el mostrador de la oficina y dejar los diarios sobre un extremo de la barra de mármol, se llevó sin ningunas ganas el paquete a su habitación. No se trataba de una novela, sino de dos. Las miró con cierta desidia. Se ahogaba. Tendida en la cama tuvo la certeza de que todas sus esperanzas se habían diluido. Sentía que era cuestión de tiempo, de días u horas más que de semanas, que se la llevaran a ella también. Pero pensó en Sieglinde, en el camafeo que le regaló Dagmar, en tantas familias seccionadas, en los niños que acompañaban a quienes se disfrazaron de monjas, enfermeras y curas. Se dijo que daba igual cómo estuviera ella, que se debía a los demás, a los que aún podía salvar. Y como si fuera una fuerza de la naturaleza, o se pusiera en pie por obra de un milagro, se incorporó y sacó enseguida algunos de sus bártulos escondidos. Contaba con su propio libro de códigos, en realidad era un cuaderno en el que había anotado las claves. En ese momento, de forma bastante distraída, abrió las doscientas ochenta páginas de la novela *La de los tristes destinos*. Era otro de los *Episodios Nacionales*, en ese caso se trataba del dedicado a la reina Isabel II. En aquel momento era el mejor desafío para su mente. El otro volumen no se lo podía leer porque lo habían vaciado con ayuda de una cuchilla para ocultar dentro unas flores secas, un regalo intrascendente, pero que apuntaba a una pista. Jana advirtió que las cubiertas de cuero eran demasiado gruesas. Cortó con unas tijeras una tira de la parte superior y metió la mano en aquellas tapas convertidas en bolsillos. Contenían el premio

por el que tanto habían luchado, las *Danger visas* prometidas por el comité de Fred Deyermond a cambio de salvar a los intelectuales y artistas que les habían encomendado. Ocupaban bastante menos que los pasaportes; a primera vista Jana calculó que había bastantes, que con ellas podrían salvar a muchas familias. Se entusiasmó con aquel primer recuento. Las sostuvo en sus manos como si fueran dos abanicos y enseguida le subieron hasta los ojos dos ríos de lágrimas porque quiso bajar a la casa de los franceses, apartar la cortina del salón y comunicárselo a Arlette y a Juste, pero ninguno de ellos estaba ya allí.

La euforia le había hecho olvidarse por unos instantes demasiado breves de que de nuevo se había quedado sin familia.

Ante aquello, Jana no tenía otro remedio que tomar las riendas. Con esto contravendría las órdenes de Laurent, quien le había transmitido que dejara en suspenso cualquier actividad y destruyera todas aquellas pruebas que podían incriminarla. Pero ella consideraba que ya habían llegado demasiado lejos y a esas alturas no podían detenerse. No podían desperdiciar aquellas decenas de salvoconductos. Sin contar con la red que centralizaba el bretón, sin su grado de perfección, recurriría a la improvisación, pero sin exponerse.

Le contaría la nueva situación a Étienne Guinart, solo tenía que escribir un mensaje en clave, que Didier se lo entregara al maquinista y este al dentista de Laurent en Pau. En él se ofrecería para ponerse al mando, se entrevistaría con ellos si fuera necesario en Toulouse o donde le dijeran y, sobre todo, buscaría a Durandarte. Didier, Montlum y ella no ostentaban ningún cargo, solo eran personal al servicio de una compañía de ferrocarril, un ayudante de panadería y una camarera del Hotel Internacional gestionado de forma conjunta por las dos empresas del tren, la del Norte y la de Midi, se decía Jana como si el oficio importara para ser detenido. No tenían ninguna prueba contra ellos, se repetía en su cuarto, donde, aunque ya no estaban a la vista, contaba con todo lo necesario: pasaportes fraudulentos de diez nacionalidades al menos puestos a buen recaudo en todos los escondrijos que había ido ideando. Ella, que aprisionaba resmas de papel oficial, que imitaba la caligrafía de los documentos, que falsificaba firmas y estampaba con los sellos de caucho, tallados por el maestro grabador de Jaca, cuanto salvoconducto o visado se le ponía por delante, no lo contaría si la detenían.

No saben nada, se decía. Pronunciaba estas palabras como un conjuro mientras pensaba en la rama de romero sobre el libro de Dumas y el rastro de barro sobre el suelo de su cuarto. Tenía que

encontrar a Esteve cuanto antes para los nuevos planes.

Casi a las diez de la noche escuchó que llamaban a la puerta con mucha suavidad. Se acercó y le pareció distinguir al otro lado la voz de Montlum. Con él la confianza era mucha después de tantas tardes compartidas en las que hasta había probado sus cigarrillos y se habían hecho confidencias.

—¿Eres tú? —preguntó, solo por precaución, a la vez que abría, porque estaba segura de que se trataba de él. Pero no era Montlum, sino alguien mucho más corpulento, aunque no era ninguno de los guardias de la Gestapo a los que había servido hacía un rato. Encontrar allí y a aquellas horas a quien tenía enfrente le resultó muy sorprendente.

—¿Puedo pasar un momento? —le dijo Durandarte. Se le notaba la urgencia en la voz.

—Sí, sí, claro —le respondió muy desconcertada.

Miró alrededor. Dentro de su habitación todo estaba en orden. Verlo allí era aún más irreal que sus sueños. Vestía de blanco, como siempre, por el calor iba en mangas de camisa y jugaba con su sombrero como si no supiera qué hacer con él. Jana lo interpretó como una muestra de que pocas veces estaba a cubierto. Por fin lo dejó en la mesita de noche junto al libro de Dumas.

—Me gusta mucho este libro. —Izó la novela con la mano como si fuera un trofeo.

A Jana le resultaba difícil imaginárselo con él en las manos, en el monte, apoyado en el tronco de una carrasca, pero pensó que tampoco había nada que impidiera que la lectura fuera una de sus aficiones. No le cabía duda de que lo había prejuzgado, que se había dejado llevar por las muchas habladurías que sobre él circulaban, sobre todo por una. Y aquella reacción era una muestra más. Ella sentía su prisa, el tiempo escaso. Necesitaba, sin embargo, aunque de momento fuera con dos palabras, comunicarle también su decisión. Y había aparecido como invocado. Pero era otra cosa lo que lo había llevado hasta allí. La más importante para Jana entonces.

—Te traigo un recado de Pilar, la de La Serena, me voy enseguida —le dijo Esteve mientras la miraba como si quisiera ver a través de ella o del camisón bastante traslúcido—. Han llegado a Madrid y su hija a Zaragoza. Pero Pilar no me lo dijo así delante de los demás, sino como una copla. A ver qué hubieras interpretado tú: la virgen de la Paloma es la favorita de las lavanderas y la nuestra la de todos los demás. —Y rio. Se dio cuenta de que se estaba entreteniendo demasiado.

—Esta mujer es muy hábil. Ya puedo respirar, al menos la

primera etapa ha salido bien.

Jana sonrió con cierto alivio, después se quedó callada y muy quieta porque advirtió que Durandarte allí de pie posaba los ojos en su cama. Y sonrió de nuevo. No sabía cómo comportarse. Se sentía muy extraña, como si en vez de en su cuarto estuviera a la intemperie. Dos rizos hirsutos, negros, duros, como si fueran crines, pero ondulados, se le escapaban a Durandarte de la tira de cuero que le recogía el resto del cabello en la parte baja de la nuca. Jana se fijó en sus labios, pero enseguida apartó la vista de ellos porque la invadió la escena del mar, recordó el olor a sal.

Era muy serio lo que se traían entre manos, la conversación sobre el destino de la familia Juste, como para mezclarlo con aquellas frivolidades, pero no podía evitarlo. El mensajero improvisado era la misma persona en la que ella pensaba para saber de una vez qué era capaz de sentir, si estaba preparada para soportar determinadas intensidades. Estaba convencida de que debía andarse con pies de plomo, paso corto y mirada larga, que de esa forma en cualquier momento podría detenerse si no le gustaba lo que iba encontrando. Para ella ya era suficiente aquella vida, en la que se había desprendido de muchas capas, pero no iba a quedarse de momento sin nada que la protegiera frente al abismo que representaba Esteve.

—No quiero que me vean aquí. Sé que tienes de vecino a Gröber —le dijo él.

El cuarto de Jana, al igual que los de sus compañeros, estaba en un pasillo distinto al de las habitaciones de los clientes del Hotel Internacional, a las de los empleados los separaba del resto una puerta sobre la que se leía *Prohibido el acceso. Privado*.

Durandarte continuó:

—Pero aun así he venido en cuanto lo he sabido para evitarte más horas de angustia.

Como si una cosa fueran sus palabras y otra su deseo, volvió a mirar la cama y a ella vestida de forma tan leve que las caderas se le recortaban dentro de la tela traspasada por la iluminación de la farola del exterior de la fachada. Veía el pecho de Jana subir y bajar con la respiración, como cuando la espió dormida. Quiso llevarla hasta la cama, sin decir nada, y que ella esta vez asintiera cuando la besara. Aquellas situaciones, quedarse a solas con una mujer, no eran muy habituales en su vida montañesa, al menos desde que estaba en el Pirineo. La melena de Jana parecía una aureola y alrededor de ella se había formado otra del mismo tono, pero inmaterial, que la duplicaba por el efecto de la luz.

—Gracias —le dijo Jana, segura de que en aquel momento se

despediría. Pero él no se movió.

Sintió cómo la miraba y se estremeció, no tenía muchos precedentes pero, a pesar de eso, sabía reconocer el ansia que notaba en él y no le cupo duda de que en esos instantes detenidos, cerrados de forma hermética, como una cápsula, no existía para ninguno de los dos la guerra, ni la Resistencia, ni los refugiados, ni las *Danger visas*, ni el tren a Lisboa, sino que, como en cualquier momento de la historia del mundo, eran una mujer frente a un hombre.

—Espera, Esteve —le dijo a pesar de que él no se había movido de la misma losa donde permanecía desde que entró. Jana pensó que una vez que se hubiera marchado comprobaría las huellas de barro de sus botas—. Quería proponerte que sigamos nosotros con los documentos y los fugitivos; tenemos a Didier, a Montlum y al enlace que está en Londres. —Jana no consideró apropiado pronunciar el nombre de Étienne Guinart—. Tienes que llevar un mensaje, que lo entregue Didier en Pau para transmitirles que seguimos adelante con las evacuaciones y el paso de documentos. Nos reuniremos de forma discreta para reorganizarnos. No podemos detenernos ahora. Es lo que Juste habría querido, aunque su deber le obligara a decirme que no siguiéramos arriesgándonos.

A Durandarte le deslumbró aquella reacción de Jana. No se había amilanado. Aunque no le cabía duda de que lamentaba más que nadie la ausencia de los Juste, no la encontró llorosa, compungida, sino dispuesta a luchar. Aquella mujer representaba dos de las cosas que a él más le interesaban: la valentía y la verdad. Era de una pieza, no aparentaba, sino que era tal cual se mostraba. Sintió una sacudida que no solo no lo sacó de su deseo, sino que lo hizo caer en una atracción hacia ella aún mayor.

—¿Dónde dormirás esta noche? —le dijo Jana, a la vez que se sorprendía de escucharse a sí misma porque enseguida se dio cuenta de que aquello podía interpretarse como una invitación. No hubiera sido lo mismo pronunciar aquellas palabras unos momentos antes. De eso no le cabía ninguna duda. Pero después de lo hablado parecía que lo decía con una intención muy concreta.

—En la casa de los padres de Valentina. Como era de esperar, me están muy agradecidos y me dan alojamiento siempre que tengo que quedarme en el pueblo.

—Esteve, buenas noches, gracias por no esperar a mañana. —En cuanto dijo estas palabras advirtió que para ella, y tal vez para ambos, significaban bastante más de lo que en principio parecía, como si no solo aludieran al mensaje que le había llevado.

A pesar de su sigilo al salir de allí, Eberhard Gröber descubrió a

Esteve. El mayor tenía la puerta de la sala de reuniones abierta un par de dedos, y lo vio en el pasillo que comunicaba la planta con las habitaciones del servicio. A través de aquella rendija, el oficial lo vio sonreír y entonces sonrió él también. Le faltaba muy poco para acabar de completar aquel rompecabezas a pesar de los fracasos anteriores. Se dijo que importaba más cómo terminaba algo que cómo comenzaba.

Domingo, 15 de agosto de 1943

Al día siguiente Jana le transmitió sus intenciones a Montlum. Había calculado la hora en la que él repartiría el pan y no le resultó nada difícil encontrárselo. Les dijo a sus compañeras que iba a regar las plantas del pasillo y lo citó en su habitación de forma excepcional. Con casi las mismas palabras que había empleado con Durandarte, le informó de que su decisión ya no tenía marcha atrás. Tal como esperaba, él estaba de acuerdo, sobre todo porque consideraba que no tenían otra opción.

—¿Has aprendido mucho durante este medio año? —le dijo Montlum a su amiga. Estaban de pie junto a la ventana. Uno de los empleados de Juste se había hecho cargo de la jefatura de la aduana de manera provisional. Sin embargo, ellos sentían que su ausencia equivalía a la de muchas personas.

—Antes de llegar aquí ya sabía algunas cosas, no te creas —le dijo Jana con una media sonrisa—. Mi padre no me trató de forma distinta a como lo hubiera hecho con un hijo. Siempre se lo agradeceré. Me ha servido de mucho, para empezar me valió para huir de lo que no quería tras la muerte de ellos. De mi matrimonio, entre otras cosas.

—¿Estás casada? —Montlum sabía que, al contrario de lo que sucedía en su país, en España el vínculo que establecía el matrimonio era indisoluble por muy separados que vivieran los esposos.

—Sí —le respondió con mucha desenvoltura, y de forma muy irónica añadió—: Mucha gente lo está, no es ilegal. —Después continuó ya más seria—. En mi caso fue un error. No me justifico, pero me desorienté después de la muerte de mis padres, esa circunstancia me trastornó.

—No me extraña.

—Me acogieron unos tíos. Él era hermano de mi padre, y su mujer se comportaba conmigo de una forma muy distante, nunca habíamos tenido demasiada relación. Yo quería estar sola en el piso en el que había vivido siempre, en el que incluso había nacido, pero se empeñaron en que pasara con ellos las primeras semanas para que no se me ocurriera hacer ninguna tontería. Imagino que se referían al suicidio. Pero la tontería la cometí precisamente en compañía de su hijo.

—Que fue el agraciado. —Montlum nunca dejaba pasar ninguna ocasión que le permitiera piropearla.

—No sé si fue el agraciado o no, pero te garantizo que yo sí que fui la desgraciada —continuó Jana con la voz muy firme, como si todo aquello ya formara parte de la historia de otra persona, de quien ella

era antes.

—¿Por qué, qué pasó? —Montlum sentía mucho interés porque tras aquella manera despreocupada de contárselo atisbó bastante dolor.

—Pues lo que pasó es que era muy raro. Al principio se mostró cariñoso, pero… Bueno, creo que ya he hablado bastante, tengo que volver a la cafetería. Además, todo esto ya no importa, ahora debemos centrarnos. ¿Sabes qué hará Laurent?

—Tengo una ligera idea porque lo hemos hablado muchas veces. —Montlum consideró que ya volvería ella sobre el tema de su matrimonio cuando lo considerara oportuno—. Creo que cruzará la península, pero no por el centro, como tantos que han huido a ultramar. Lo que quiere es irse hacia el sur. De Gaulle está en Argelia, allí ha reunido al Comité Francés de Liberación Nacional, y en cuanto tenga suficientes fuerzas y tropas trasladará su cuartel general a Londres; pero, claro, su sueño es entrar vencedor en París y el de Laurent también.

Jana tuvo la certeza de que de ellos dependía en buena parte el desarrollo de ciertos acontecimientos, tal como Juste les había repetido tantas veces. Iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para contribuir a que los bombardeos y los asaltos cesaran cuanto antes, para que los padres no se quedaran sin hijos y los hijos sin padres.

Montlum y Jana se despidieron y él recorrió el pasillo y salió por la puerta de servicio igual que había hecho Durandarte la noche anterior. En esa ocasión, también Gröber, que parecía que montaba guardia en sus estancias, como si considerara aquel lugar el foco de la acción en vez del andén, lo vio. Pero al contrario de lo que había hecho la noche anterior, salió a su encuentro. Ni siquiera lo saludó. Extendió la mano derecha ante su pecho y lo obligó a detenerse.

—¿También sube el pan y las pastas a las habitaciones? ¿De dónde viene?

Los alemanes habían delimitado una zona de exclusión en el perímetro fijado por ellos alrededor de Canfranc a ambos lados de la frontera. Esta condición especial parecía regir en cualquier lugar donde se encontrara el mayor, como sucedía en aquel momento dentro del Hotel Internacional.

—De hacer un recado —contestó Montlum con todo el laconismo del que fue capaz.

—Pregúntele a su amiga, *Frau* Belerma, si a mí también me aceptaría como cliente o ya tiene cubierto el cupo. —Eberhard Gröber reía como si en aquel momento hubiera descubierto el motivo de tanta

visita.

—No es lo que cree, mayor. —Montlum encajó como un puñetazo en el estómago esta ofensa hacia ella, pero no quiso replicarle más que con estas escasas palabras.

—Entonces, ¿qué debo creer? —dijo jugando con los mismos términos—. Dígame, ¿a qué se dedican aquí? ¿Qué hacen? ¿Tendré que averiguarlo yo? Será peor, mucho peor. Se lo advierto. Voy a entrar por la puerta de mi cuartel en la calle Prinz-Albrecht de la capital del imperio con varias cabezas arrancadas en cada mano. Me condecorarán. Y además sabe que no necesito demasiadas pruebas. Solo mi voluntad o mi capricho.

Como después de estas palabras Gröber guardó silencio, el otro hombre consideró que era el momento de irse. Se alejó hacia el rellano que comunicaba con la escalinata por la que se descendía al vestíbulo. El oficial lo dejo ir, pero su imagen se le quedó dentro a Montlum como si también a él lo hubiera invadido.

SALA DE MÁQUINAS

Lunes, 16 de agosto de 1943

El pensamiento de Laurent Juste desde allí, desde el sur, en su trayecto de Sevilla a Cádiz, no dejaba de dirigirse a Canfranc, sobre todo durante los peores momentos. Vivió unas jornadas bastante accidentadas, incluso tuvo que robar un vehículo para cubrir una parte de ese último tramo por Andalucía. Eso sí, después lo dejó con una nota atada a uno de los faros delanteros en la que indicaba dónde estaba cuando lo tomó prestado para que la policía supiera su procedencia y lo devolviera con la mayor celeridad posible a su dueño. Debajo del cuentakilómetros, colgado de la palanca de cambio, dejó un sobre con el triple del importe del combustible consumido.

En el puerto de Algeciras consiguió un camarote, no porque le resultara más cómodo viajar así, sino porque era la manera de permanecer escondido durante el escaso tiempo que durara la travesía; de lo contrario, si se paseaba por la cubierta, bajaba escaleras y recorría pasillos hasta la bodega no tendría más remedio que mostrarse, hablar con el resto de los pasajeros y con la tripulación, mentir, en suma. Solo tenía que esperar a que el barco zarpara pasando lo más desapercibido posible. Gibraltar estaba enfrente.

Parecía que la tónica habitual en su vida era que la mayor tensión se concentraba en los instantes antes de que arrancara un medio de transporte. En Canfranc sucedía ante la inminencia de la salida del tren. Entonces ocurrió algo similar poco antes de que se pusiera en marcha el motor del barco. En el último momento subieron dos guardias alemanes a bordo como si de nuevo se encontrara en la estación de los Pirineos. Miraban a un lado y a otro, el mar les interesaba por si algún polizón se arrojaba al verlos. Avanzaban por el pasillo de la cubierta, de modo que a Juste no le daba ya tiempo a esconderse, tendría que pasar junto a ellos. Y decidió que lo haría con un disfraz improvisado que resultara lo más repulsivo posible. Para transformarse, apenas contaba con tres segundos y los aprovechó: primero se tiznó la cara con el carbón que transportaba el barco metiendo la mano en uno de los pañoles o compartimentos del buque. Se dijo que había tenido suerte de que aquella incursión de los militares lo pillara justo allí. Después se desabrochó la camisa por completo y comenzó a cantar. En vez de quedarse donde estaba avanzó hacia los que hacían la ronda. Se tambaleaba de la pared de madera a la barandilla. A los dos soldados les quedó muy claro que era un mecánico borracho, la única atención que le prestaron fue la necesaria para apartarlo de su camino. Mientras uno de ellos le decía al otro con media sonrisa:

—*Ihm ist schon schlecht.*[23]

—*Und shon vor dem Reiseanfang*[24] —añadió su compañero.

El litoral entre estas dos ciudades, Algeciras y Gibraltar, era un hervidero, una franja muy intrincada, complicada de atravesar. Cerca de su barco estaba el Olterra, de bandera italiana, donde Juste sabía que se había instalado una base de asalto para los medios de apoyo y un observatorio para toda la zona. Había además vigilancia española y agentes británicos, y cualquiera podía detener e interrogar a los que por allí pasaban. Tampoco faltaban los submarinos con hombres-rana, cuya misión era alcanzar Argel para atacar los buques fondeados en las radas. El año anterior habían hundido varios, entre ellos el Ocean Vanquisher, el Berto, el Empire Centaur y el Armattan, ya cargados con muchas toneladas de cromo, un elemento vital para la producción de tanques y aviones, que no alcanzó su destino hasta Gran Bretaña. Mucho de lo que había leído en los documentos que pasaba de la Resistencia al consulado británico lo tenía entonces ante él.

De aquel enclave del peñón, Juste voló a Orán y después a Argel. Aquella era sin duda una de las zonas más candentes en cuanto a las maniobras defensivas a favor de Mussolini y a la preparación de continuos ataques contra el fascismo. Parecía que el destino de Laurent Juste era estar siempre en el centro de la vorágine, en el ojo del huracán.

En cuanto salió del aeropuerto Boufarik de Argel, Laurent Juste vio naranjos, como si fueran el reflejo de los de las costas levantinas en aquel territorio. La capital se asentaba entre una llanura, un pantano y las montañas. En un bar junto al teatro se detuvo a tomar una orangina que le supo a paraíso, como si el sol entrara dentro de él, pero para dar paso después a la lluvia. Acarició la forma redondeada de la botella, que parecía un matraz de laboratorio, y la levantó para mirar a través del líquido como si a partir de entonces ese fuera el color que iba a adoptar su futuro. Después se dirigió al alojamiento que le habían asignado. Apenas permaneció unos minutos sobre la cama, bajo el ventilador. Estaba muy inquieto, desde que salió de su oficina de la aduana hasta llegar hasta allí parecía que habían pasado años. Él quería unirse a las tropas, pero de momento estaba solo y ansioso. Enseguida se cambió de ropa y en menos de media hora salió de nuevo a la calle. Se presentó ante Pierre Mendès France, comisario de finanzas del gobierno provisional de Liberación Nacional, para ponerse a sus órdenes. Este lo miró con cierta desconfianza, para él era un funcionario, alguien más próximo a un oficinista que a los militares con experiencia que solían rodearlo. En cambio se dirigió a él con un tono bastante afable, aunque no exento de cierta distancia e ironía.

—Usted sí que es un verdadero patriota, Juste. —Laurent no dijo nada, miraba las plantas de la cafetería del hotel Saint George. El jardín botánico estaba enfrente y aquellas de allí parecían arrancadas de su alfombra frondosa. Allí lo había citado un secretario de Mendès mediante una nota que encontró en su recepción dos calles más arriba —. Nos sería de mucha utilidad en Siria. —Pierre se agachó a la vez que posaba la mano sobre un periódico que había sobre la mesa. Con aquella propuesta conseguía dos cosas a la vez, se lo quitaba de encima y lo ponía a prueba—. Hay que impedir como sea que la marina y la aviación alemanas se sigan abasteciendo de combustible. Es una operación delicada, pero usted sabrá cómo hacerlo. No me cabe ninguna duda, ya nos ha dado sobradas muestras de sus destrezas.

No era para nada así, pero el comisario sabía que si salía con vida de aquello ya estaría preparado para todo.

—¿Cuándo parto? —Laurent ocultó el temor que le producía aquel destino y dijo las dos únicas palabras que resultaban indispensables.

Todas estas peripecias, como letra pequeña de sus grandes hazañas, no le impidieron mantener el contacto con su familia. A la

menor, a Solange, los nazis la persiguieron hasta Zaragoza. Saberlo le produjo una desazón tremenda. Era consciente de que dejarla en Canfranc para disimular su fuga suponía ese riesgo, pero tener la certeza de que había sucedido le revolvió el estómago. La carta en la que se lo contaban le temblaba en las manos. No era el papel original escrito por su esposa, sino el que le habían entregado los servicios secretos después de que encriptaran la carta para que saliera de Madrid y la volvieran a decodificar para dársela. Allí leyó que su hija no consiguió despistar a los guardias que a la mañana siguiente de su llegada aparecieron en casa del doctor Mallén, que su buen amigo les dijo a los esbirros de Gröber que Solange tenía una enfermedad contagiosa y que por la relación que lo unía con sus padres había decidido por su cuenta y riesgo atenderla en su hogar, que si querían que se acercaran a ella, pero él no pensaba curarlos. Aunque se lo pensaron no se atrevieron a entrar en la alcoba donde estaba la joven. Tan solo le dijeron que no se fuera, que volverían. El médico le comunicó a Arlette que ni él mismo daba crédito a los términos en los que se había desarrollado aquella conversación y en cómo habían girado las espaldas los guardias después de dar un taconazo en el suelo del rellano. Pero también le transmitió a la esposa de su amigo que su inteligencia le indicaba que aquella había sido solo una salida provisional, que no habían ido más allá porque aquello de la infección los había trastocado, pero en cuanto recibieran órdenes, y tal vez una buena reprimenda, volverían. Y además no tardarían mucho. Por eso la acompañaron a la estación inmediatamente para que continuara viaje.

Estación de Canfranc, viernes, 27 de agosto de 1943

Jana recibió un aviso para que se pasara por la oficina española de correos y telégrafos. La esperaba un paquete envuelto en papel de estraza y atado con un cordel. Lo abrió allí mismo sobre el mostrador. Eran cuatro novelas más, tres de ellas pertenecían a los *Episodios Nacionales* de Galdós: *Zaragoza, Memorias de un cortesano de 1815* y *Trafalgar*. La cuarta era de Emilio Salgari, se titulaba *Las panteras de Argel*. No necesitó la ayuda de nadie para entender el significado de aquel envío. Los lugares en los que sucedía la acción en el caso de cada una marcaban las etapas del itinerario de Laurent Juste hasta llegar al norte de África. Como le había dicho Montlum, si se había desplazado allí no cabía duda de que era para entrar en la contienda. Así que por ese motivo no podía pensar que ya se hallaba sano y salvo, sino que el riesgo de que lo mataran se convertía a partir de entonces en algo cotidiano.

En el remite aparecía el sello de la librería Rubiños de Madrid con su dirección, calle Alcalá, 98. Escribió una nota de agradecimiento porque sabía que quienes regentaban aquel negocio la harían llegar a la persona que había adquirido aquel regalo para ella, sin duda mujer y francesa. Si obtenía respuesta podrían utilizar este medio para saber la una de la otra y de los demás hasta que encontraran otro mejor.

Jana se disponía a guardar los libros en su habitación y subía la escalera abrazada a ellos como si volviera a ser solo una estudiante, cuando vio que se abría la puerta del cuarto de Eberhard Gröber. El oficial llevaba como siempre el uniforme inmaculado, cada costura en el lugar exacto, se le marcaban los hombros, se le afinaba la cintura, los extremos de las perneras del pantalón a la altura exacta sobre sus botas recién lustradas.

—*Frau* Belerma, quiero que avise al violinista.

Jana sabía que se refería a Montlum, y además que también él tocaba el mismo instrumento, por la fotografía que había visto cuando registró su cuarto. Sintió un escalofrío al recordar los ojos dentro de la urna de cristal.

—Sí, mayor —dijo con la misma corrección neutra con la que siempre intentaba dirigirse a él. Pero aquella vez no pudo evitar que cierto temblor hiciera bailar aquellas dos palabras.

—Quiero hacerles una fiesta de despedida a unos compañeros que regresan a Berlín. Desearía que tocara para nosotros. —Jana sabía que se refería a los agentes de la Gestapo que se habían desplazado a Canfranc para detener a Laurent Juste.

—No sé si será posible, mayor. Trabaja en la panadería.

—Vamos, *Frau* Belerma. —Jana advirtió que ya no tenía ninguna duda respecto a la fórmula de tratamiento, que nunca la llamaría *Fräulein*—. Solo será un rato. Nosotros hacemos mucho por ustedes, hagan algo ustedes por nosotros.

En vez de alejarse en cuanto le fue posible, sin saber muy bien por qué, Jana lo miró. Le descubrió una arruga en el uniforme y un ala del águila un tanto despegada en el centro de su gorra de plato. Además, su voz sonaba impostada, como si cada vez le fuera más difícil representar su papel. Sin duda, su orgullo estaría minado y ese hecho lo convertía en alguien aún más peligroso.

Mientras Jana reorganizaba la red, Gröber planeaba su venganza, el golpe de efecto con el que deslumbraría a sus superiores.

El primer paso para reconectar a los enlaces lo dio ella, haciéndole llegar a Étienne Guinart todos los datos de la nueva situación. Se sentía vigorosa, como si tuviera mucha energía acumulada. Y había una razón fundamental: tal vez en el momento más inoportuno había perdido el miedo. Aún no sabía si era imprudente, insensata o el hecho de que cada vez fueran más las noticias y las especulaciones sobre el final de la guerra la volvía más optimista y la llevaba a actuar de manera más libre. Se comentaba que los alemanes luchaban a la desesperada, que tenían demasiados frentes abiertos como para poner bajo sus lupas el paso de Canfranc y sus alrededores. La batalla de Smolensk se libraba a la vez que la del Dniéper. Se abrían grandes brechas por las que el ejército de Hitler se desangraba y se alejaba de la conquista de Moscú. A pesar de todo esto, el obrero ferroviario no estaba demasiado convencido de seguir adelante, quería proponerle a Jana que esperaran. No paró de dar vueltas por la estación como si fuera un sereno hasta que dio con ella.

La joven no atendía a razones.

—Jana, hemos aguantado hasta ahora, no nos arriesguemos más. Tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe. No tentemos más a la suerte. Ya hemos tenido suficiente. La suerte no es eterna, se acaba. Nada es eterno. ¿Qué sabes de Laurent y familia? —le preguntó Didier como si esperara las peores noticias.

—Si me llegan cartas para ellos copio el texto y lo mando a la librería de Madrid. No los vamos a abandonar, ¿no crees? También nos necesitan. —Jana vio una oportunidad para reforzar sus argumentos.

—Ya sabes a quién tienes en el piso de arriba.

—Ahora soy capaz de descifrar cualquier cosa, como si tuviera un sexto sentido. Nunca me he encontrado mejor, además, aunque quisiera, no podría dejarlo.

Jana quiso terminar la conversación cuanto antes, una cosa era que Didier se esforzara en ponerle los pies en el suelo y otra que pretendiera sumirla en el desánimo.

—Didier, hemos funcionado todos de forma muy coordinada, pero si quieres abandonar lo entenderé. Montlum, Durandarte y yo seguimos adelante. Siempre voy a seguir adelante. Si no, no entendería para qué vivo.

Sábado, 28 de agosto de 1943

Era urgente que Jana le comunicara a Esteve Durandarte cuáles serían los próximos pasos. Después de cavilar mucho desechó enseguida la posibilidad de ir al bar de la fonda a preguntar por él, y menos internarse en el monte, porque solo conseguiría perderse. Decidió que tenía otras formas más eficaces de ponerse en contacto con Durandarte, y la mejor era acercarse hasta la casa de Valentina. Al fin y al cabo, como le dijo el propio contrabandista, era allí donde se alojaba cuando sus menesteres lo reclamaban hasta tarde en el poblado del valle de Los Arañones. En cuanto llegó allí, Valentina bajó enseguida las escaleras. Trabajaba en el hotel igual que antes de su secuestro y además iba al colegio, pero la camarera había elegido verla fuera de allí para que le resultara posible mantener con ella una conversación lejos de las miradas del resto de sus compañeros.

—¿Me acompañas a hacer unas compras? —le dijo Jana. En cuanto se alejaron unos pasos hacia la tienda de ultramarinos la niña comenzó a hablarle.

—Jana, ¿sabes que a veces pienso en el viejo, en Voltor, en los días que me tuvo encerrada en la cabaña del bosque, como en los cuentos, y creo que no he vivido nada de eso, que lo he leído?

—Nuestra mente es sabia. Borra lo que no conviene que se quede en ella mucho tiempo. —Aquellas palabras de Valentina ya eran el mejor puente para dirigir el diálogo hacia donde quería—. ¿Y se te ha olvidado entonces todo con el poco tiempo que ha pasado? Esa es buena señal, quiere decir que solo te quedas con lo bueno.

—La verdad..., todo, todo no se me ha olvidado —le dijo Valentina con mucha picardía—. Lo mejor de lo que pasó fue el rescate. De película del oeste. ¿Sabes que Durandarte se ha hecho muy amigo de mis padres? Algunas veces si tiene que desplazarse se queda con nosotros la noche antes. Mira qué suerte tengo. ¿A que parece mentira?

—Pues sí. —Jana se arrepintió mucho de aquellas dos palabras, a pesar de que eran tan cortas.

—Es un hombre maravilloso. No sé cómo muchos aún se creen que es un maleante. Con todo lo que ha hecho. Sé que Voltor no me hubiera matado, pero si no llega a ser por él me habría muerto de hambre. Le estoy muy agradecida. ¿Sabes cuántos años tiene Durandarte? Treinta y cinco.

—Pues igual hasta tiene un hijo de tu edad —le dijo Jana, que no perdía ocasión para indagar.

—No tiene mujer.

—Eso no tiene nada que ver. —Jana no se rendía.

—Dice que ya está casado con la libertad y que le exige mucho. —Después de estas palabras de Valentina, Jana enmudeció. No le cupo duda de que aquella expresión era literal porque se trataba de unos términos demasiado elaborados como para que los inventara alguien tan joven. Después continuó, pero con otro tema—. Cuando tiene un poco de tiempo me enseña francés. ¿Te digo cosas? Dice que así me podré pasar al otro colegio. Nos trae muchos regalos: ropa, collares, libros, a mi padre una escopeta y todo. Es muy bueno, Jana, estoy tan contenta de haberlo conocido… No hay mal que por bien no venga.

—Hace días que no está por aquí. ¿Sabes algo de él? —Jana decidió ser lo más directa posible.

—Mi padre es amigo de algunos maquis, los guerrilleros le han dicho que lo han visto por Toulouse.

Jana tuvo la certeza de que si estaba allí se ocuparía de organizar las remesas, recabar información y dar directrices a algunos de los grupos que cruzaban el Pirineo antes de emprender con ellos el camino.

—¿Quieres una lengua de gato? —Con esta invitación Jana zanjó el diálogo. Era su forma de agradecerle las noticias.

Por si Gröber la volvía a interceptar, Jana se vio en la obligación de comunicarle a Montlum la propuesta del mayor, pero antes le habló del paradero de Durandarte. En vez de encontrarse en su cuarto, en esa ocasión fue ella al obrador del horno.

—Montlum, ¿te lo puedes creer? Está en Toulouse… —Jana gesticulaba con mucha energía.

—Ni que se hubiera ido a Rusia. Si está ahí al lado. Además, seguro que su estancia allí tiene que ver con nuestros próximos cometidos. —Montlum barría la harina del suelo con bastante lentitud.

—Ahí al lado, total son solo unos trescientos kilómetros. Debería informarnos. —Jana se distrajo con la imagen de la catarata de la cola de caballo en la pradera de Ordesa que aparecía en el calendario de 1943. Después leyó debajo de la fecha que el santo del día era san Esteban. El nombre de Durandarte.

Se frotó los dos brazos a la vez como para borrarse el estremecimiento que la recorrió. No le dijo nada a Montlum, pero sintió que en ese momento estaba donde debía.

—Si no lo ha hecho será porque lo habrá estimado así. Nos conviene conocer solo lo imprescindible. Ni más ni menos. Ya sabes que a por los caballos se fue Marsella. Es un hombre de mundo.

—Vino a decirme que Arlette, Laurent y Auguste habían llegado bien a Zaragoza. Solo eso.

—¿Y qué más quieres? —Como si siempre fuera inevitable la asociación, Montlum continuó—: ¿Te has enterado de que el gobernador acusa de robo a la señora Mimín? Pero lo que se dice es que no es de dinero, sino de ciertas fotografías suyas, dice que se las llevó para cubrirse las espaldas, para que la dejara tranquila. No razona ese hombre, el más perjudicado puede ser él si su esposa se harta y las hace públicas. Y, por cierto, ¿a ti no te ha encontrado tu marido?

—Creo que más bien no me ha buscado. —Jana advirtió que su historia le hacía cierta gracia y consideró que no era para menos—. No le recrimino nada a Paulino. —Era la primera vez que pronunciaba su nombre allí, en Canfranc—. Es muy peculiar, pero no es mala persona. La culpa fue mía por aceptar aquella petición tan disparatada. Al principio disimulaba, era cariñoso, pero una vez que nos casamos comenzó a llenarlo todo de santos, estaban por todas partes, debajo del cristal de la mesita de noche y de la cómoda, colocó hasta uno en la alacena y otro, el colmo, en una repisa del baño. Él se puso varios escapularios, medallas, cruces, me pasaba a mí las cadenas

por la cabeza, teníamos toda la colección, y de velas también. Me despertaban los ojos del Cristo de Limpias, saltaba pronto de la cama porque me dolía aquella mirada tan intensa bajo la corona de espinas.

A Jana le venía muy bien hablar de otras cosas antes de plantearle la cuestión que la había llevado a visitarlo en la panadería.

—Un hombre muy pío, sin duda.

—Pero no solo era la decoración. Todas las tardes, todas, venía su madre con tres amigas a rezar el rosario a nuestra casa, el piso donde yo había vivido con mis padres. Conseguí permanecer en él después de un tiempo, pero acompañada, no como yo quería al principio. ¿Sabes qué es eso? Veinte misterios, veinte padrenuestros, diez avemarías y un gloria, ni te lo imaginas. Y eso solo en mi domicilio particular, sin moverme de allí, que después estaban las salidas a la novena, al Triduo Pascual, una misa que dura tres días...

—Mujer, eso no es nada malo.

—¿Y nuestro viaje de bodas? A Tierra Santa. Y claro, volví más virgen de lo que me había ido, porque allí era pecado cometer actos impuros. Aún nos dio tiempo de hacer otro al Vaticano, a agradecer todos los dones recibidos. Montlum, no te imaginas lo bien que me ha sentado Canfranc, los efectos benéficos que ha tenido sobre mí. No me extraña que aquí hasta los tuberculosos se curen. Pero me siento mal, al fin y al cabo ellos eran así y yo lo sabía. Esa era mi vida: procesiones, romerías, visitar enfermos, asistir a comuniones, a bautismos, ayunar la cuaresma entera, no solo los viernes, actos de caridad, ir a los conventos para ver qué necesitaban las monjas de clausura... Montlum, ¿te lo puedes creer?

—Y ahora te enamoras del bandolero. —Montlum dejó de barrer y se detuvo con la escoba en vertical, apoyó la barbilla sobre su extremo.

Jana intentó responderle pero se quedó callada. Después volvió a lo mismo como si no hubiera escuchado aquel inciso.

—Paulino tiene la misma edad que yo, pero vestía como un viejo o un seminarista. A mí no me dejaba llevar la falda más corta que la de su madre, el escote, lo mismo, su primer regalo fue un velo, una teja y una mantilla, y porque no se le ocurrió encargarme una capa negra de ganchillo para taparme entera. Por la noche se ponía un camisón más largo y tupido que el mío, me daba un beso en la frente, me deseaba buenas noches y apagaba la lámpara de la mesita también con motivos religiosos, como todo nuestro ajuar, los platos, la cristalería, las servilletas, los cubiertos, los manteles, esos símbolos me rodeaban. De allí provengo.

—No es así, Jana, tus padres no eran de esa manera, lo que pasa

es que esos pocos años te han eclipsado con tanta penumbra todo lo anterior. Yo aquí te noto cada día mejor. Vas a más, tanto que ahora temes irte al otro extremo, ¿no es eso?

—Menos mal que contigo tengo hasta consultorio sentimental. Es eso exactamente. —Jana dejó ahí su confesión, no iba a contarle que cada vez le costaba más refrenarse con Durandarte. Pero aun así le preguntó qué sería lo mejor en aquel momento, qué tendría que hacer.

—De momento, nada.

—Nada. —Jana se quedó con esa palabra como si encerrara dentro de ella su contraria: «Todo».

—Bueno, una cosa sí, tener paciencia. —Era la recomendación de un hombre sabio. A Jana no le quedaba ninguna duda de la sensatez de Montlum, y más cuando añadió—: Yo te puedo ayudar cuando acabe la guerra, nos queda mucho por hacer. —Y como para acompañar esa intención con hechos, continuó con la limpieza del suelo de la tahona.

—Ese parece mi sino, el luto perpetuo, la espera. Esto es provisional. No, si aún volveré con aquellos cabizbaja y afligida. —Aunque lo expresara así, no parecía que tuviera ninguna intención de hacerlo.

—Eso sí que no, antes te vienes conmigo a París. —Se lo dijo muy en serio, no solo para animarla—. Muchos de los que ves en los andenes y en el vestíbulo van y vienen de allí. Solo tienes que subirte en el tren y ver el paisaje desde dentro de las ventanas de los vagones en vez de desde fuera, como siempre. Eso sí, esperaremos, ahora todavía no, que está llena de invasores, pero ya les queda poco.

En ese momento a Montlum se le nubló la mirada y ella lo abrazó. Aún le quedaba pedirle lo más difícil.

—Montlum, Gröber quiere que toques para él. —Se lo dijo así de una vez.

—No, Jana, de ninguna manera, eso nunca, precisamente para no hacerlo me vine aquí, a Aragón, pero, mira por dónde, que ellos me han seguido. Ya tengo bastante con que se coman el pan que fabrico. —Montlum se llevó las manos a la parte de atrás de la cabeza.

—El mayor quiere que des un recital en la cafetería para despedir a sus compañeros. Se marchan por fin. Ya era hora. Se nota que no tienen ninguna prisa por volver.

—¿Me pides que toque para despedir a los que vinieron a detener a Laurent? Jana, pero qué cosas tienes.

—Yo no, Montlum, Gröber. No podemos negarnos. Sería peor para nosotros. Lo siento. Tenemos que actuar como Juste, fingir que nos llevamos bien con todo el mundo.

—Hasta que nos pillen, como le ha pasado a él. ¿Es eso? ¿Crees que no me temblará el pulso? Yo soy de otra pasta. No soy un héroe. —Montlum se movía a un lado y otro de la estancia con la boca del horno al fondo.

—Tres piezas y ya está. —No quería darle opción.

—Elegiré un réquiem.

Jana le puso una mano en la mejilla y pensó que su amigo era mucho mejor que un héroe. Después salió a la luz del mediodía. Estaba satisfecha porque había cumplido con su propósito y sabía que, por muy difícil que le resultara, Montlum estaría allí a la hora acordada. A ella le parecía un mal trago, pero no se atrevía a contradecir al mayor. Además, mientras estuvieran allí entretenidos sería el momento en el que Didier y Durandarte cruzarían las maletas con todas las piezas del radiotransmisor.

Domingo, 29 de agosto de 1943

En cuanto tuvieron noticias de que el bandolero había vuelto de Toulouse, que fue casi de forma inmediata a que se enteraran de su estancia allí, quedaron en encontrarse los cuatro a media tarde en la parte de abajo del paseo de los Melancólicos, a la espalda del depósito de locomotoras, cerca del dormitorio de maquinistas. Mientras esperaban a Durandarte, Jana se sentía bastante intranquila por el encuentro, temía que la firmeza que había aparentado al anunciarles que ella se colocaba a la cabeza de la red le flaqueara durante la reunión, cuando en vez de hablarles de uno en uno los tuviera enfrente a todos a la vez. Para coger fuerzas respiró y miró a su alrededor. Habían elegido aquel lugar porque por allí no pasaban los vehículos de las patrullas alemanas. Solo se podía descender desde el camino por una senda muy estrecha, empinada y cubierta de maleza. Ellos estaban junto a una de las canalizaciones artificiales que llevaban el agua desde las cumbres, por las laderas hasta el valle. Era muy agradable tanto el sonido de aquella fuente como el frescor que proporcionaba.

Solo Montlum sabía lo que ella sentía por Durandarte, tal vez ante él le resultara más difícil disimular. Intentó imaginarse cómo sería la vida de todos ellos una vez levantado aquel telón de sangre y horror. Se dijo que ese propósito, vivir sin miedo, era otro motivo más para colaborar con la Resistencia. Eso sí, no sabía nada de los sentimientos de Esteve. Había sentido su deseo, cosa natural, pues a cualquier pareja le hubiera sucedido lo mismo en aquella situación, a solas, de noche, junto a una cama y con ella casi desnuda. No, eso no significaba nada, sobre todo porque en las demás ocasiones en que se habían visto había notado su indefinición, su forma neutra de tratarla, que junto con las palabras que le había dicho a Valentina, que él ya estaba casado con la libertad, podían abocarla a un nuevo desengaño amoroso.

En el momento en que apareció Esteve a pocos metros, a Jana la hierba del suelo se le volvió más mullida, las paredes de los dos edificios, transparentes; sintió el aire entre las hayas, los fresnos, los avellanos y los abetos. Desvió la vista unos instantes hacia las cristaleras de la planta baja de la construcción que albergaba a los conductores de las locomotoras y después recorrió el dibujo de las frutas silvestres en las madreselvas, su dulzura y el fulgor rojo los concentró en su sonrisa.

—Traigo una carta de Toulouse —dijo Durandarte en cuanto estuvo con ellos tres. Farsante relinchó una vez, estaba atado al tronco

de un abedul en la parte de arriba del sendero. Esteve le tendió el sobre a Jana. Con aquel gesto dejaba muy claro en manos de quién estaban. Así quedaba refrendada como la sucesora, esperaban que de forma eventual, de Juste.

—He sabido que Eberhard Gröber sale hacia París mañana —dijo Jana— y no volverá hasta dentro de una semana, de manera que tenemos que organizarnos para pasar a todos los que nos sea posible durante estos días. Esta vez unos refugiados vendrán en tren y otros cruzarán a través de las montañas. Redoblaremos nuestras fuerzas. Ahora os diré lo que tenéis que hacer cada uno.

Montlum y Didier estaban muy serios, en cambio Durandarte la miraba con media sonrisa y mucha satisfacción. A ella le recordó la forma en la que un padre observa a su hija cuando es consciente de que ha crecido, de que ya es capaz de desenvolverse por sí misma y de ser mejor incluso de lo que sus progenitores habían atisbado durante su niñez y juventud. Le molestó lo que interpretó como condescendencia, pero continuó.

—Volveremos al dispositivo anterior: Durandarte —decidió que era mejor en aquellos momentos que lo llamara por su apellido—, los reunirás en Pau, allí subirán al tren. Didier, tú los bajarás del tren para esconderlos en el andén, como siempre. Comprueba que allí está todo en orden. —Mientras decía esto, Jana señalaba el almacén con la mano derecha, su parte trasera estaba a un tiro de piedra de donde se encontraban—. Esta vez serás tú quien tenga que bajar la palanca del cuadro de luces, Montlum. Sé que es muy arriesgado, pero Valentina distraerá a los guardias. Gritará. Yo estaré en el vestíbulo y los llevaré a la habitación bisiesta.

Esteve no pudo evitar pensar que en las montañas las órdenes se las daba él a Arnaldo y Silvino, pero en el seno de aquella hondonada era ella la que ocupaba su lugar.

—En cuanto tengamos fecha nos la comunicaremos —dijo Didier. A él le correspondía encontrar el día más propicio según cómo estuviera el tráfico ferroviario, ya que el número de pasajeros fluctuaba según fuera fin de semana, determinadas fiestas, etcétera. Y advertirles de cualquier contingencia, como que en el mismo convoy viajaba alguna autoridad o cualquier otro personaje molesto. Nadie añadió nada más. Tampoco podían permanecer mucho rato allí escondidos.

Como para dar por terminada la reunión de una forma más agradable, o para demostrarse que su amistad les permitía compartir más cosas, Montlum y Didier le mostraron a Jana alguna de las fotografías con las que doña Mimín tenía amenazado al gobernador,

pero sin revelarle cómo las habían conseguido. Pertenecían al género de la sicalipsis, como se llamaba a lo erótico, se pretendían pícaras, llenas de guiños sexuales, con puestas en escena fabulosas para que en una sola imagen contaran toda una historia a través de los desnudos, las poses provocativas y muy funcionales; pero en esta colección había un detalle que anulaba por completo esa intención: en todas y cada una de ellas aparecía don Gervasio en actitudes de galán. No daba la talla, y no solo debido a su complexión tan enjuta. Que las postales incluyeran a alguien así, tan escuchimizado, tan esmirriado, anulaba el pretendido efecto voluptuoso y las convertía en cuadros muy cómicos.

Esteve las miró primero de reojo y después tomó unas cuantas en la mano. Jana se apartó entonces como si temiera que le leyeran la mente y el hecho de separarse unos metros lo impidiera. Después de la impresión inicial, no pudo evitar imaginarse a Esteve en aquellos menesteres, con una mujer de espaldas ante él, debajo o encima, sobre un sillón, sentada en un columpio, en el circo. Sin duda las escenas habrían ganado en belleza, en aquellas solo se veía carne femenina y los hombres, porque había otros hombres además de su excelencia, ejecutaban todas las piruetas sin apenas desvestirse, algunos incluso con el sombrero de copa o el bombín puesto. No se figuraba al contrabandista con esas ropas, él no usaba uniforme, aunque vestía siempre igual, como si hubiera encontrado la manera más cómoda y más efectiva. Por eso cuando se lo encontró con sotana en la plaza del Marqués de la Cadena de Jaca el susto fue mayor. Alguna noche después de aquello fantaseó con que le desabrochaba uno a uno todos los botones de aquella vestimenta, que después se la dejaba caer hacia atrás, sobre los hombros, como una capa, que le soltaba el pelo, que se abrazaba a él como si quisiera fundirse con su cuerpo, que notaba cómo los separaba la dureza de lo que después los uniría. No quería dejarse llevar por esas ensoñaciones sacrílegas, tanto que parecían una revancha contra su vida anterior, pero no podía evitarlas.

Todo lo referente al operativo lo habían resuelto en un par de minutos, parecía que para los cuatro aquel encuentro tenía bastante más de solaz que de imposición, por lo que no se decidían aún a marcharse.

—Aquí nunca nos aburrimos, ¿verdad, Esteve? —decía Montlum—. A pesar de eso, dice Jana que esto es temporal, que no se quedará mucho. Yo le he propuesto que se venga conmigo a París cuando Francia vuelva a ser libre. Al fin y al cabo no tiene ninguna atadura aquí. —En estas palabras se notaba que el músico, y tantas otras cosas más, era zorro viejo, y como tal decía mucho en apenas tres frases,

preparaba el terreno igual que lo hubiera hecho un agricultor experimentado antes de sembrar.

A Jana no le incomodaban sus palabras, más bien la divertían. Miró de reojo a Durandarte para estudiar su reacción, pero no hubo ninguna.

—¿Es verdad que conoces a Laurent Juste desde la guerra del catorce? —le preguntó Esteve al francés como si no le interesara lo que acababa de contarle sobre la camarera.

—Así es, creo que nos metimos en esta guerra para hacer algo de utilidad porque los dos teníamos remordimientos por haber disfrutado tanto en una situación tan trágica como aquella. Nuestro amigo es un santo moderno, lo he visto en tantas situaciones... Siempre anteponiendo a los otros, a los que no conoce de nada, obcecado en salvar a tantos como le sea posible, si no, no duerme, ni come. No es persona, dice. Se desquicia.

Jana bajó la voz para ponerlos al día respecto a su situación:

—Arlette me ha hecho saber su itinerario con unas novelas que me envió desde una librería de Madrid. Ella y sus tres hijos están bien en un piso de la calle de Valverde que les ha proporcionado la embajada británica. De momento se quedarán en él hasta que pase todo. A Laurent, en cuanto llegó a Argel, lo movilizaron a Siria. Se ve que los alemanes cargan los depósitos de combustible allí y en el Líbano.

A Durandarte no dejaba de admirarle aquella mujer, a pesar de la indiferencia que había mostrado antes hacia ella. Hasta sabía de estrategia militar. Añadió él:

—Solo cuando pasen los años, las décadas, sabremos lo importante que es esto que ahora está sucediendo en este paso de Canfranc, cómo se está dirigiendo el rumbo de la guerra desde aquí. Didier, Montlum, *madame* —dijo el contrabandista para despedirse.

—*Mademoiselle* —le corrigió ella, también en francés, sin pensarlo, como a veces hablaba, de forma precipitada para arrepentirse enseguida. Se repetía la misma escena que con Gröber, pero en otro idioma. Jana no sabía si él estaba al tanto de su matrimonio, aunque sospechaba que sí porque los que se dedicaban al trasiego de información acababan convirtiendo en un hábito enterarse de todo antes que los demás—. Bueno, ya basta —dijo sin que los demás supieran muy bien a qué se refería.

—Vosotros tenéis claro que estaréis aquí hasta el final de la guerra, pero yo tengo que irme en octubre, antes de que la nieve me impida moverme y me obligue a hibernar. No sé ya qué soy pero, de momento, un oso todavía no —dijo Esteve.

A Jana le produjo mucha desazón saber que no lo vería durante todo ese tiempo. Montlum le había pedido paciencia y cumpliría con ese mandato. Para entonces aún faltaba bastante más de un mes e intentaría aprovecharlo. Eso sí, sin descubrir demasiado sus intenciones. Se hizo el propósito de hallar la manera de encontrarse con él a solas. En tiempos de guerra las relaciones eran otras, se vivía más al día porque el futuro era una nebulosa informe, bastante improbable. Eso decidió. Se regalaría un día con él. Harían un pícnic como los aristócratas, aunque en su caso fuera de despedida. Ella se encargaría de todo, muchos aún no se habían enterado de que Laurent Juste ya no estaba al mando de la aduana francesa y seguían enviándole vino, paté, codornices en lata, quesos, galletas, de todo. Ella recogía esos manjares para cuando pudiera dárselos e incluso brindar con Arlette y con él por la victoria. Ese encuentro con Durandarte sería la joya que se llevaría de allí. No sería difícil. Con esta determinación en la mente decidió despedirse. No era demasiado oportuno que se mostrara con ellos por las inmediaciones de la estación.

—Es muy tarde, tengo que volver a trabajar —se excusó. Caminaba al lado del obrero y Durandarte y Montlum los seguían a pocos pasos. Enseguida se alejó de ellos. Llegó hasta el puente sobre el río Aragón y se detuvo a mirar el edificio de viajeros. Se sintió poderosa, decidida a que nada la detuviera, hasta que cayó en la cuenta de que en un rato tanto Montlum como ella se encontrarían en la cafetería frente a Eberhard y los otros agentes de la Gestapo, y ese pensamiento le amargó la tarde. Entró en el hotel, eran las horas más bajas, todo parecía suspendido en el sopor, bañado en silencio.

Eberhard Gröber se disponía a degustar una copa de champán haciendo una excepción porque no era sábado, sino domingo. Estaba junto a Aigner, Moritz y Binder, los tres agentes que la Gestapo había enviado para detener a Laurent Juste. El mayor estaba furioso por la fuga del jefe de la aduana, pero no iba a permitir que ese estado de ánimo se le trasluciera. En un grado bastante menor, también lo contrariaba tener que oficiar de anfitrión de los otros alemanes. Jana los vio nada más entrar en la cafetería, sentados frente a la mesa en la que siempre desayunaba el oficial. A cada lado de ellos había un helecho y junto al ventanal colgaba una jaula con una perdiz blanca que sobrevivía a pesar del humo de tabaco.

Los nazis llevaban allí desde las siete de la tarde y ya habían pasado otras tantas horas. Montlum interpretaba en aquel momento una sonata para violín de Schubert. Acababa de reincorporarse después de obtener permiso del mayor para concluir su trabajo en la

panadería. Gröber le dijo que se marchara, que ellos seguirían allí cuando regresara. Y efectivamente allí estaban cuando volvió. Parecía que tenían intención de esperar en el mismo lugar a la salida del tren. Después de la chacona en re menor de Bach les solicitó un nuevo descanso para ir a la cocina a tomar un café. Montlum había elegido el repertorio con mucho cuidado: solo autores alemanes y además no judíos.

—Vaya, vaya —le dijo Gröber en castellano.

Encontró a Jana rendida de cansancio sentada en la mesa de la cocina. Ellos cuatro eran los únicos clientes que ocupaban a aquellas horas el salón, pero nadie se atrevía a echarlos. Eran los amos y señores de aquel emplazamiento, aquello era una prueba más.

—Montlum, ya no nos queda nada —le dijo en cuanto se sentó a su lado. Le acarició un hombro y le preguntó si quería que le preparara algo.

—Esto ha sido una tortura psicológica. Y sus observaciones… Es verdad que se trata de un músico frustrado, como decía el informe que nos pasó Laurent. No me ha dejado tocar en paz ni un solo momento, no dejaba de comentar la afinación, el tempo, no sé… Pero ya queda poco, un rato más y los pierdo de vista.

—Al menos en tu caso se refería al violín. Imagínate lo mismo, pero mientras sirves las mesas. Además, él sabe que yo entendía perfectamente todo lo que les decía a sus compañeros sobre mis pechos y lo demás. Pero es verdad, se marcharán enseguida —siguió ella para que se animase.

Montlum tomó un sorbo de café. Entonces ella escuchó que la llamaba de la manera habitual:

—*Frau* Belerma.

Salió de la cocina y se situó frente a los cuatro. Gröber era el único que mantenía la compostura, tal vez porque apenas había bebido, como era su costumbre. Los otros no se molestaron en disimular sus miradas y sus gestos ordinarios.

—Que nos bajen el equipaje, por favor, *Frau* Belerma.

Jana buscó a dos compañeros para que la ayudaran. Las habitaciones estaban recogidas. Ella eligió la del mayor. Como se temía, y al contrario de lo que había visto en las otras al pasar, quedaban muchas pertenencias suyas allí.

En cuanto les colocaron las maletas junto a la mesa, Eberhard Gröber volvió a dirigirse a ella con mucha autoridad:

—Llame a dos guardias y que las depositen en el andén. —Como siempre, utilizaba los términos más complicados posibles, rasgo que compartía con el gobernador.

Entraron los soldados y, una vez se hicieron cargo de los bultos, ellos cuatro se levantaron. Cuando pasaron junto a él, Montlum los saludó como si se tratara del público de un concierto.

—Usted, acompáñenos —le dijo Gröber.

—¿Yo? ¿Adónde?

Jana se quedó paralizada ante la puerta que había junto al extremo izquierdo de la barra, que casi ocupaba por completo la pared del fondo de aquella sala. Montlum no quiso mirarla.

—No haga preguntas. Ya se las haremos nosotros a usted.

—Pero ¿dónde vamos? —Montlum se abrazó al violín.

—En marcha —lo apremió Gröber—. No hay tiempo para despedidas.

A Jana no le cupo ninguna duda de que con esta frase se refería a ella. Solo le quedaban unos instantes para intentar impedirlo. Fue a buscar al capitán Wagner y le comunicó a Dorian Lander, el carabinero con el que se cruzó nada más salir, lo que sucedía. Pero ambos, el alemán y el español, le dijeron que no podían hacer nada, uno porque el mayor era su superior y el otro porque, a pesar de lo mucho que lo lamentaba, estaba en territorio ocupado. Quiso creer que en los ojos de ambos vio reflejada la impotencia.

El tren ya estaba sobre la plataforma preparado para salir en dirección al norte. A Montlum lo empujaron para que cruzara el umbral del vestíbulo. Jana lo siguió con la mirada.

—Suba.

—Pero ¿dónde vamos? Yo también necesito llevar equipaje, no puedo subirme así.

El oficial le hizo un gesto a uno de sus compañeros y este sacó unas esposas del bolsillo. Después de hacerle juntar las manos bajo su estómago se las colocó con un solo movimiento.

Jana se situó ante la misma mesa donde habían pasado aquellas horas los agentes de la Gestapo. Las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas. No podía respirar. Temblaba. Quería salir y gritar. Se lo llevaban. Así, ante ella, a la vista de todos. Invocó con todas sus fuerzas a Durandarte, deseaba que apareciera allí, que detuviera aquel convoy que le arrancaba a su amigo, que impidiera su marcha hacia las tinieblas. Apoyó la frente contra el cristal y entonces se dio cuenta de que Montlum acababa de hacer lo mismo dentro del vagón. Estaba justo enfrente de ella, con la cabeza contra la ventana. Sus ojos se encontraron. Lo tenía a unos escasos diez metros, pero estaban separados por muchas cosas, tantas que convertían en irreversible esa distancia.

Cuando se dio cuenta de que tenía a Jana enfrente le sonrió,

como si no sucediera nada, como si en vez de arrancar aquel tren acabara de detenerse y él estuviera a punto de bajar del vagón y abrazarla. Elevó sus manos apresadas por los grilletes y golpeó con ellas el cristal. Entonces uno de los agentes le empujó la cabeza contra aquel rectángulo con mucha fuerza. Jana vio la sangre que recorría dos cauces que limpiaban de polvo el cristal. Ella comenzó a derramarse también, ya no se sostenía en pie, deslizó sus manos sobre la cristalera y sus rodillas tocaron el suelo. Rezó. Cuando el tren se puso en marcha para taponar el túnel de Somport y salir al otro lado, a Francia, se dejó caer hasta que quedó tendida entre la pared y la mesa, bajo el helecho y la jaula de la perdiz blanca.

Lunes, 30 de agosto de 1943

Jana Belerma abrió los ojos en cuanto amaneció. La luz era tan fuerte que le impidió seguir dormida. Le dolía mucho la cabeza. Pensó que había tenido una pesadilla tan nítida como aquellas en las que aparecía Esteve, pero que en esa ocasión era de otro género. Los guardias de la Gestapo se llevaban a Montlum en el tren que iba a Pau y que desde allí enlazaba hacia París. Se incorporó en su cama. Mientras permanecía sentada, lo que eran sensaciones que habían trascendido hasta el estado de vigilia comenzaron a tomar cuerpo: el champán, las notas del violín con la misma estridencia de aquella luz, las risas de los agentes, las lágrimas, las esposas y la sangre... Saltó de la cama, se vistió, cruzó el pasillo y se precipitó por las escaleras. Su compañera Carmen, la que estaba con ella cuando registró la habitación de Gröber, se le acercó:

—Jana, ¿cómo estás? Te encontraron desmayada esta mañana en la cafetería. Entre dos de los camareros te subieron hasta tu cuarto, pensaron en avisar al médico pero entonces abriste los ojos y les dijiste que solo querías dormir. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué te caíste? —La mujer aún no sabía nada de Montlum—. Habrás cogido frío, a ver si enfermas.

Jana le hizo un gesto vago con la mano pero no le respondió. Alcanzó la calle y entró en el horno.

—Se lo han llevado los alemanes —le dijo al dueño de la panadería.

—No sé de quién me habla —le respondió el que había sido jefe de Montlum, y entonces Jana advirtió las miradas de varias de las personas que esperaban junto al mostrador.

El hombre tenía miedo, como la mayoría allí. Tal vez podría alegar que si le había dado trabajo era porque se lo había pedido el jefe de la aduana. Pero, aunque lo había llegado a apreciar, si lo habían detenido no quería saber nada de él, de sus actividades

subversivas, porque los alemanes podían pensar que él también se dedicaba a lo mismo. Jana lo vio claro cuando agachó la mirada. Montlum trabajaba de noche, limpiaba el obrador, y a la clientela la atendía él durante el día. Pocos lo habían visto allí salvo entrar y salir como a cualquier otra persona.

Por el mismo motivo no quiso ir a La Serena. No sabía dónde estaba Didier, ni tampoco Durandarte. Pensó en ir a casa de los padres de Valentina y dejarle allí un mensaje a Esteve, pero no podía esperar. Se sintió muy sola de nuevo, tanto como lo estuvo en Zaragoza en el 36. Llegó hasta el final de la calle. Quería volver a su cama, cobijarse bajo la sábana y no salir de su cuarto nunca más. Le pesaban mucho las piernas, arrastraba los pies. Tenía los hombros caídos, sentía que le tiraba la piel de tanto llorar. Era el peor momento. Otra vez era huérfana, como si esta situación pudiera darse de forma consecutiva.

EL SALÓN DE LA CIUDAD

Viernes, 3 de septiembre de 1943

En cuanto consiguió completar el puzle del mensaje que guardaba el primer libro supo que tenía que coger el tren hacia Zaragoza. Pidió el día libre pretextando, como la vez anterior, varios asuntos que tenían que ver con su piso allí. Trabajaba tanto que le resultó fácil conseguir el permiso. Lo que no le dijo al director del hotel era que además se acercaría al hospital universitario para ver cómo marchaba todo y comprobar si conocía a alguno de los ingresados por tuberculosis.

Pero el verdadero motivo del viaje era que tenía una información muy importante que transmitirle a Dagmar Géllert. Se trataba, sin duda, de algo decisivo. Una esperanza entre tanta oscuridad. Durante aquel tiempo había conseguido disuadirla de que se pusiera de acuerdo con el fotógrafo Robert Müller para acompañarlo en uno de sus desplazamientos a Miranda, aquella antesala del infierno. Jana estaba satisfecha de hallarse en condiciones de compensarle tanta espera. Según las palabras mezcladas en las líneas de Galdós, se encontrarían con un intermediario que había prometido darle noticias de su marido. Era la primera certeza en casi cuatro meses. Pero había más, tanto que anticipar lo que les esperaba le produjo insomnio la noche anterior.

Llegó a la estación del Norte en el barrio Jesús, igual que cuando fue con Montlum al cumpleaños de Sieglinde. Era como si paseara por las mismas calles acompañada de su ausencia. En aquel momento le rodó una lágrima por la mejilla porque él no estaba al otro lado de sus brazos estirados, los levantó y los dejó caer.

En la fachada amarilla del edificio ferroviario se abrían los arcos suspendidos a un metro y medio del suelo y sobre ellos las ventanas como ojos de buey desde las que en su anterior visita sintió que los vigilaban. Jana cruzó el Ebro por el puente de Piedra, y contempló el templo del Pilar, que parecía flotar como una ciudadela de fábula, antes de girar hacia la calle Alfonso I, desde donde se dirigió a la lonja. Cuando era niña aquel techo estrellado bajo la bóveda, sobre las columnas, le había parecido un prodigio. Solo había visto algo similar al girar la rueda de un caleidoscopio.

Con esta imagen aún en la mente, llamó al timbre de la que fuera su casa. Cuando le abrieron la puerta del piso, se abrazaron con la misma euforia que en el encuentro anterior. Jana sintió que ya no estaban tan frágiles, que no parecía que fueran a partirse o a desmoronarse en cualquier momento, que no se diferenciaban demasiado de una madre e hija de aquel barrio. Tenían el cabello brillante, la piel tersa, con buen color, y sonreían. Las conminó a bajar

enseguida y les dijo que tenía que dejarlas solas en la plaza del Pilar porque no quería que su contacto desconfiara al verlas con otra persona que no esperaba. Para la cita delante de la puerta principal de la iglesia aún faltaban diez minutos.

Jana se alejó de nuevo por la misma calle, llegó hasta una de las transversales, se detuvo bajo el rótulo que decía «General Espoz y Mina», y después caminó unos pasos y miró el suelo. Sobre aquellos adoquines cayeron muertos sus padres bajo las bombas. Era posible que siete años después aún quedaran allí restos orgánicos, que no todo lo que fueron se volatilizase, sus últimas huellas microscópicas aún se podrían rastrear sobre aquel pavimento. Le sorprendió aquel pensamiento. Como si reducir a la naturaleza lo que sus padres fueron los dotara aún de alguna permanencia. Tragó de golpe mucha saliva; en pocos segundos se le había acumulado, como si no la produjera ella.

En vez de dar la vuelta bajó de nuevo hacia la basílica por la calle Bayeu. Quería contemplar el encuentro entre Dagmar, Sieglinde y quien le habían informado que aparecería. Jana vio entonces que se acercaba a la estatua de Goya un hombre que le pareció extranjero. La madre y la hija permanecían en el mismo lugar donde las había dejado, cada una con un bolso acorde a su tamaño. Había mucho bullicio en torno al monumento, bajo los soportales, la gente cruzaba de un lado a otro sin parar y era difícil distinguirlas. A pesar de eso, aunque podría haberse camuflado entre la multitud, se quedó escondida en un portal.

El hombre se aproximaba a ellas muy decidido, y Jana pensó que debía de tratarse de aquel a quien esperaban. Era muy delgado, lo que aún le hacía parecer más alto, tenía el pelo rubio bastante estropeado, como de paja, y la piel tostada; sin embargo, el traje que vestía era nuevo, le quedaba un poco grande, pero tenía muy buen corte. Llevaba un periódico doblado bajo el brazo izquierdo y los tres picos de un pañuelo amarillo sobresalían del bolsillo de su chaqueta.

A Dagmar se la veía muy inquieta. Estaba tan nerviosa como la noche en que llegaron a Canfranc. De pronto, Sieglinde se soltó de su mano, comenzó a correr y se perdió entre la gente. Dagmar no podía verla, no sabía hacia qué lado moverse, con la voz quebrada gritaba *lánya, lánya*, hija, en su idioma. Se retorcía como si la atacaran y se le acercaron enseguida unas cuantas personas para ayudarla, pero ella no sabía hacia dónde ir. Estaba desconcertada. Daba vueltas sobre sí misma. Tampoco conseguía hacerse entender. Se culpó de haberse despistado. Si alguien encontraba a la niña y la llevaba a una comisaría las descubrirían, las deportarían.

Cuando se apartaron varias personas del grupo que la rodeaba pudo ver por fin a Sieglinde porque un hombre la llevaba en brazos. Los dos juntos se acercaban hacia ella. De detrás de ellos una bandada de palomas alzó el vuelo. No se trataba de ningún enviado del consulado británico, no era un compatriota conocido de Müller que les fuera a llevar noticias de su marido: era el mismo Sándor, lo habían soltado y estaba allí, con ellas. Dagmar se apartó las lágrimas que, junto con su delgadez, le habían impedido reconocerlo a primera vista y se abrazaron los tres a la vez. Ya no eran una familia amputada. Alguien había pagado mucho dinero para que lo liberaran, para que su expediente se desempolvara, se elevara de una de aquellas mesas enormes, de madera maciza, tan difíciles de mover.

Esta era la escena que Jana no se atrevía a anticipar por si en el último momento surgían complicaciones. En el mensaje oculto en la novela le daban los datos ciertos de su paradero y también se decía que era muy probable que en el día y en la hora acordada quien estuviera allí fuera Sándor, pero Jana no se quiso hacer ilusiones hasta que fue real y verdad.

A ciento cincuenta metros de allí, ella había perdido a sus padres y Sieglinde había vuelto a ver reunidos a los suyos. Jana se sintió muy orgullosa por haber propiciado este encuentro a pesar de sus muchas prevenciones cuando las conoció. Aunque estaba sola en la plaza, se sentía en aquel momento a la cabeza de un ejército que había sembrado muchas semillas para que la paz fuera posible cuanto antes o que, al menos, mientras tanto se dieran aquellas situaciones.

Respecto a los Géllert, se consideraba una intrusa, pero no tuvo más remedio que acercarse. No se podía ir sin despedirse después de todo lo que habían vivido las tres juntas. Aquel encuentro burlaba al destino, enmendaba un poco tanto dolor. Cuando la vio aproximarse, fue Dagmar quien corrió esta vez, la abrazó y le bañó la cara con sus lágrimas de alegría.

—*Hermana, nunca voy a olvidar de ti. Te prometo.* —Se dirigió a su marido y con un par de frases le resumió qué suponía para ellas y para ellos tres Jana Belerma. Sándor le dio un abrazo y le transmitió a su mujer lo que quería que le dijera, pero Sieglinde se adelantó:

—Dice que algún día te devolveremos todo lo que has hecho por nosotros —tradujo, muy satisfecha de su castellano con acento aragonés.

—Diles que no solo es mérito mío, que también me ha ayudado a liberarlo un hombre que se llama Esteve Durandarte y el fotógrafo húngaro al que ya conoce. —Sintió que sobre aquel metro cuadrado se condensaba la felicidad. Pero alrededor de ella soplaba un viento frío,

era de nuevo la ausencia de Montlum que se materializaba. A pesar de la pesadumbre que sentía decidió poner un punto y final dulce a aquel momento. Cogió a Sieglinde de la mano, se agachó ante ella y le colgó el camafeo que su madre le había regalado la primera noche que pasaron en Canfranc—. Ten, es tuyo, tú eres el resultado de lo que en él aparece.

Después de despedirse, Jana trazó de nuevo el camino hasta la estación. Ascendería hasta la puerta de las montañas, hasta el campo franco, donde continuaría con su trabajo para que otros muchos alcanzaran la libertad que nadie debió arrebatarles nunca. Pero no todos, porque había una persona a la que estaba dispuesta a despojar de su libertad, aunque fuera solo por unas horas durante las cuales suplantaría a la que él, tal como se lo había transmitido a Valentina cuando la rescató, llamaba su esposa, su dama o su diosa. Ser libre era para Durandarte su valor supremo y también el principal obstáculo que se interponía ante Jana, pero le obligaría a saltarlo aunque solo fuera por una vez.

Ese sería su premio. Verlo. Fantaseaba anticipando la forma en que lo admiraría con disimulo. Incluso le hacía sonreír un pensamiento muy concreto: si él la descubriera siguiéndolo con la mirada mientras se perdía hacia las montañas, sería el primer sorprendido.

Antes de que el tren se detuviera en la estación de Canfranc, Jana vio a Esteve desde el interior del vagón. La esperaba. Era lo que más deseaba que sucediera, aunque no se había atrevido ni a imaginarlo. Había pedido dos días libres para el viaje a Zaragoza, pero decidió volver esa misma tarde porque la noche en el piso de sus padres se le hubiera hecho eterna. Después de encontrar en el andén a Esteve, sintió que había acertado. Además, de esa forma sucedería lo que llevaba tanto tiempo anticipando, disfrutaría esas horas allí y en la compañía que más le apetecía.

Cuando descendió, el bandolero no pudo leerle en la cara que todo había salido bien porque al triunfo que había supuesto encontrar a Sándor se sumaba la desgracia de la reciente detención de Montlum. Le dijo con mucho disimulo que lo esperaría al día siguiente a la entrada del paseo de los Melancólicos, donde comenzaba la pista forestal que subía al Coll de Ladrones, y se dirigirían hacia Sallent de Gállego porque tenía ganas de conocer esa zona, añadió como excusa, cuando en realidad él interpretó que lo que deseaba era referirle con todo detalle lo que en ese momento no podía explicarle.

—Como quieras, será un placer hacerte de guía —le dijo Esteve. Ambos sabían que esas palabras tenían otras implicaciones, pero aquella vez Jana estaba decidida a tomarse un receso.

—Volveremos de noche —añadió Jana.

Esteve no entendió qué quería decir. Se le ocurrió que, además de contarle cómo había sucedido el reencuentro de la familia húngara, era posible que se hubiera citado allí con un contacto; también pensó que quizá quería que la pasara a Francia, aunque eso lo podía hacer de forma más fácil con solo tomar el tren. Aquella mujer lo desconcertaba.

Sábado, 4 de septiembre de 1943

A las siete y media de la mañana, Jana se encontró con la sonrisa de Esteve en el sitio que fijaron la víspera. Pensó que aquella escena parecía más del cine que de su vida. La ayudó a subir a lomos de Farsante con las dos piernas a un lado y después le alcanzó la cesta de pícnic que ella había llevado colgada del brazo durante el camino del hotel hasta allí.

—¿Me vas a invitar a comer? —le dijo Esteve.

—Qué menos, después de todo lo que has hecho. —No solo se refería a la liberación de Valentina y a la de Sándor, sino a la de tantos otros también. Las excusas le proporcionaban la mejor defensa.

Durante el camino hablaron mucho de todo lo sucedido durante aquellos meses y de lo que aún les quedaba por hacer. Cuando

llegaron a los Baños sintió la presión de las manos de Esteve en su cintura. Al ayudarla a bajar de Farsante, la mantuvo en el aire más tiempo del necesario, como si quisiera mirarla con más determinación y mostrarle su fuerza. Por fin, algo reacio, la dejó en el suelo y la condujo hacia un salto de agua. Palmeó la hierba para invitarla a que se sentara a su lado y ella titubeó, necesitaba asimilar que todo aquello estaba sucediendo. Flexionó las rodillas y se cogió la falda con las manos para estirársela antes de sentarse. No podía olvidar que Esteve tenía la intención de marcharse en muy pocas semanas. Como si él quisiera compensar ese pensamiento, que, además de compartirlo con Jana, era el que más le pesaba, se puso en pie y comenzó a desnudarse.

—No te asustes, que me voy a bañar. —Mientras le decía esto la miraba con mucha desvergüenza, sabía que iba a impresionarla.

Esteve medía sus movimientos. Se desató los cordones de una bota, después de la otra con la rodilla hincada en el suelo, se incorporó para desabrocharse el cinturón y luego se sacó la camisa, dejando a la vista de Jana su pecho, que ella enseguida deseó acariciar. Con la camisa no parecía que tuviera la espalda tan ancha, vestido aparentaba ser bastante más delgado. Una vena ancha y caudalosa recorría cada uno de sus bíceps. Se quitó la tira de cuero del pelo con un gesto que ella había anticipado y comenzó a caminar hacia el agua, sus piernas por detrás parecían dos columnas. Jana no podía seguir mirando, se tapó la cara con la mano, pero asomaba los ojos a través de los dedos separados. Él comenzó a mover la mano para que lo acompañara y Jana solo atinó a decir que no tenía bañador.

—¿Te gusta el mío? —le preguntó.

Se le ocurrió pensar que era una suerte que no hubiera visto nunca desnudo a Paulino, su marido. También le vino a la mente la imagen de don Gervasio en las postales que les enseñaron Didier y Montlum; aquellos cuerpos no tenían nada que ver con el de Durandarte, pertenecían a especies distintas, como si él fuera un hombre y el gobernador un lagarto. Lo tenía enfrente. La escena parecía un grabado dentro de un libro de mitología. Esteve reía, buceaba, volvía a salir, agitaba la cabeza, sacudía la melena mojada. Jana aprovechó una nueva inmersión de él para ponerse en pie y quitarse toda la ropa. En un par de segundos ya se había sumergido para que no la viera desnuda. Él estaba de nuevo con una mujer casada, pero no se trataba de doña Mimín, sino de ella. Por primera vez desde que llegó a Canfranc, fue consciente de su estado civil, era una condición tan letárgica que ya la había convertido en pasado

aunque de forma legal no lo fuera. En aquel momento todo se desdibujaba menos su vergüenza. No calculó que aquella agua del deshielo era demasiado transparente, tanto que parecía aire. Esteve se acercó a ella, la tomó por la cintura igual que hizo al bajarla de Farsante, miró sus pechos y se acercó aún más. Esperaba que la besara en cualquier momento, estaba dispuesta a que sucediera, para eso había ido hasta allí. Había sentido que cuando la bajó del caballo estuvo a punto de hacerlo. Entonces, en el agua, Esteve la miró muy serio, estaban a menos de diez centímetros, Jana sabía que era un momento trascendental, que le iba a decir algo muy importante, una declaración, que le confesaría lo que sentía. Pero no dijo nada, solo la tomó de la mano y se dirigieron a la orilla. Sus dudas lo habían vencido. Estaba decidido a amarla antes de llegar allí, pero en esos instantes previos consideró que no era justo para ella. Que la dejaría anhelando su regreso y que él no sabía si volvería, nada se lo garantizaba. Las circunstancias eran demasiado adversas como para propiciar su vuelta.

Jana se vistió todavía más rápido de lo que se había quitado la ropa, quería cubrirse cuanto antes. Pero también quería quitarse el velo de tristeza que le atravesaba los ojos. Después de tardar tanto en decidirse, no contaba con su rechazo. Lo había prejuzgado a pesar de que supo por Valentina que su matrimonio con la libertad era indisoluble. Como él no decía nada, abrió la cesta y le dio el mantel para que lo tendiera, colocaron los platos, los vasos y los cubiertos. Hasta en aquel rincón hacía el que casi todos pensaban que era su único trabajo, pero, a diferencia de lo que sucedía en el comedor y la cafetería del hotel, allí ponía la mesa a medias. Sacó la comida sin dejar de mirarlo, en las tarteras había calamares a la romana, tortilla, ensalada, queso y jamón. Durandarte seguía en silencio. Todo era muy cotidiano y a la vez muy extraño, fuera de lo normal. Jana sacó una de las botellas de vino que le habían enviado a Juste desde Portugal y comenzaron a comer como si lo hicieran juntos todos los días.

No le sorprendió nada que él fuera tan voraz. Ella apenas tenía apetito, sostenía el vaso de vino como si fuera al revés, que la copa le sostuviera a ella la mano, comía un poquito de cada cosa. Jana miró a su alrededor:

—Lo tenemos todo —exclamó, mientras señalaba con la mirada no solo la comida sobre el mantel, sino también el entorno, para detenerse después en los ojos de Esteve e interrogarlo con su mirada. Aunque ya conocía el motivo; sus prevenciones de no unirse a nadie, su partida inminente, quería que él se lo contara, que mitigara con sus palabras lo que ella consideraba un desaire.

Entonces Esteve le dijo que se iba a la guerra, que ya estaba bien de esconderse en las montañas, y a continuación, como si ya hubiera tomado la decisión de amarla a pesar de ese escollo lejos de Canfranc, añadió que lo que más le gustaba, que lo había pensado nada más verla por primera vez, era su forma de mover los labios. Que siempre que se habían vuelto a encontrar no podía dejar de mirarlos, que lo tenían como hechizado, que por eso una noche no pudo resistirlo y entró a su cuarto a mirar cómo dormía y que entonces la había besado. Jana no supo cómo ponerlos, ni qué pensar, la aliviaba que le confirmara sus sospechas, pero no le parecía demasiado bien aquella intrusión. Antes de que ella le dijera nada, Esteve se abalanzó sobre Jana y la tumbó sobre el mantel. El vino se derramó y recorrió la espalda de Jana. Estaban echados sobre las tapas de las fiambreras de metal que habían usado como fuentes, sobre las servilletas. Ella tuvo que apartar de debajo un tenedor y un vaso, pero no lo apartó a él, no podía, porque tenerlo así era lo que más deseaba.

Cuando la besó notó que se emborrachaba en un instante. Esteve comenzó a frotar su pecho contra el de Jana, como en la escena soñada de la playa en la que él se abría la camisa y caían sobre las dunas. Era el momento que tanto había ansiado, pero que no esperaba vivir. Durandarte se separó de ella, se incorporó y se quedó mirándola sin decir nada. Jana lo tenía enfrente con las piernas separadas, las dos rodillas apoyadas en el mantel.

—Todos los pasos me han traído hasta aquí, Esteve. —Jana olía su pelo, sentía su vigor, su fuerza, su rudeza, no podía hablar, solo llorar. Cuando se tumbaron de nuevo sintió todo el peso sobre ella y la espalda de Durandarte como un escudo, una defensa capaz de parar todo lo que cayera sobre ellos: flechas, balas, incluso bombas…, sentía que cualquier golpe los acercaría, que los uniría aún más, como sucedía en aquellos momentos.

Se agitaron a la vez como si debajo de ellos hubiera un temblor, un sismo. Jana notaba como entre las piernas le resbalaba el vino, el agua, el aceite y otro líquido más esencial aún que los anteriores. Aquel baño, el pícnic y la siesta posterior al festín convirtieron su realidad en la mejor de las fantasías.

Sábado, 11 de septiembre de 1943

Apenas una semana después, una mañana al entrar en la cafetería, Jana vio a un hombre muy elegante, de unos cincuenta y cinco años, que le solicitó el desayuno en francés. Le sonreía mucho mientras lo atendía, pero de una forma que nada tenía que ver con el coqueteo, sino más bien con algo que ella interpretó como complicidad. El extranjero vestía un traje cruzado con un pantalón muy amplio de

color claro. Llevaba una corbata y un pañuelo a juego en el bolsillo, los dos de seda verde esmeralda. Usaba gemelos y olía a una loción que le recordaba la que se llamaba Maderas de Oriente, pero más sofisticada. Jana lo miró con la bandeja vacía apoyada en vertical contra sus piernas. Y comenzaron a hablar:

—Dígame, *mademoiselle*, ¿dónde está la *poste*, la oficina de correos? —Esta forma de expresarse intercalando palabras en ambos idiomas le recordó a Arlette.

Mientras le indicaba a qué puerta tenía que dirigirse una vez saliera al andén, él sacó su pluma estilográfica y como si anotara lo que le decía garabateó algo sobre un trozo de papel.

—Muy amable, gracias, espero que volvamos a vernos. Aún estaré un día más —le dijo a la vez que se incorporaba.

Jana le sonrió mientras recogía la mesa. Pensó que aquel hombre era como un trozo de París, de refinamiento, de *savoir faire* allí. Entonces advirtió que se había olvidado su nota. Dejó la bandeja cargada con el juego de café y el plato casi vacío con las migas del cruasán sobre la barra y salió esperando alcanzarlo en el vestíbulo. No lo vio y se detuvo; sin darse cuenta, de forma inconsciente bajó los ojos y las tres palabras apuntadas allí le saltaron a la vista e hicieron que se le fuera la cabeza hacia atrás en un gesto reflejo:

«Soy Étienne Guinart», decía.

Aquella visita le confirmaba que el mensaje había llegado al otro lado de la frontera. Él había viajado hasta Aragón porque querría saber quién estaba entonces al frente de la red, si podía confiar en ella. Jana lo buscaría después, hablarían y lo convencería de que no eran una organización acápita, que ellos mantendrían el control allí.

Al día siguiente se vieron cerca de un invernadero abandonado. Apenas pasaron juntos media hora, pero bastó para que cada uno se reconociera en el otro. Durante todo el encuentro la trató como a un camarada y cuando se despidieron le puso a Jana la mano en el hombro. Ese gesto significaba que la reconocía como a un igual.

Solo tenía cerca a Didier. A la soledad que la ausencia de los Juste y de Montlum le había dejado tenía que sumar la de Durandarte. Su encuentro en los Baños fue el primero de aquel cariz y también el último de cualquier tipo. Jana había sentido que para Esteve era una despedida, pero no imaginó que su marcha sería tan precipitada, aunque sabía que en la guerra los acontecimientos se caracterizaban por ser así, de esa manera repentina. Lo que no entendía era por qué no había utilizado alguna de sus múltiples vías para ponerse en contacto con ella. Y ante este último pensamiento no sentía rabia sino tristeza. No aceptaba, después de lo vivido aquel día, que su

desaparición fuera voluntaria y se temía lo peor.

Lo único que aminoró su sensación de aislamiento y desasosiego durante aquellos días fueron las cartas de Étienne Guinart. Era un hombre muy atento, con el que había congeniado desde el momento en que se vieron, y sus cartas, a pesar de su tono formal, fueron su única compañía durante un tiempo. En aquel lugar el invierno era duro, cualquier cosa que distrajera la atención era bien recibida y esas cartas le insuflaban ánimos para seguir adelante. Poco a poco se despertó mucha simpatía entre ellos. Étienne le hacía preguntas, parecía como si para él tener a aquella amiga epistolar también supusiera un divertimento.

Sus cartas eran tan educadas como él. Aquella relación a la que Jana al principio no hizo mucho caso fue ganando terreno en su vida. Al fin y al cabo era algo inofensivo, sin la guerra, si no hubiera sido porque ambos militaban en la Resistencia conectados por el aduanero, aquella relación tan desigual nunca se hubiera dado. Como si fuera un juego, ella le escribía a Guinart en francés y él le contestaba en castellano. Hablaban de todo, de dónde les gustaría viajar a cada uno, de sus comidas preferidas, se contaban anécdotas, sueños, pero nada que delatara su cometido allí, no daban pistas. Todos los mensajes secretos estaban entre líneas o en medio de ellas, no necesitaban más riesgos, como si sin decirlo ambos lo hubieran acordado. De esta forma la información seguía circulando, con la ventaja de que lo que les servía de pantalla era muy agradable, no eran palabras vacías como las de algunas postales. Resultó un sistema muy hábil porque muchas veces la carencia de sentido de algunos comunicados delataba lo que pretendían ocultar. En su caso era como si escribieran y leyeran dos cartas a la vez. Ambas igual de válidas, las primeras para ellos y las otras para alguien más. Lo que Jana no sabía entonces era que lo que ella pensaba que solo le decía a Guinart también lo leía alguien más.

Guinart sabía que no solo era camarera y que guardaba una pequeña fortuna, la herencia que, por desgracia, le legaron sus padres al morir tan pronto. Ella no se atrevió a confesarle lo que sentía por la ausencia de Durandarte. No le parecía oportuno. En medio de la guerra suceden estas cosas, había quien escribía a presos que tampoco conocía de nada solo para hacerles compañía.

No descartaba la idea de ir algún día a París, como le había propuesto Montlum, a devolverle la visita al aristócrata y conocerlo. Se imaginaba a Guinart en salones dorados, donde se bailaran valses como el que interpretaba Montlum con el corazón en la mano, mejores que el que ella bailó con Gröber. Veía a Étienne rodeado de damas.

Pero ese pensamiento, el de la música y el de la capital de Francia, volvió a entristecerla porque aquel viaje no lo haría con su amigo.

Guinart era un hombre atractivo y Jana a veces se imaginaba cómo habría sido de joven. Además era muy valeroso, mucho, por lo que le habían contado del submarino con el que llegó a Gran Bretaña, de sus trabajos para el cuerpo de élite, el de operaciones especiales que dependía de forma directa de Churchill. A veces en vez de cartas le mandaba paquetes con algún regalo, nimiedades que le demostraban su aprecio. Antes de que la visitara en Canfranc, era uno más para ella, solo un nombre, el del hombre que le mandaba los libros de mapas a Laurent y que tanto hacía por que las mujeres de los campos de concentración pudieran dejar de parir como animales. Pero desde que apareció allí con todos los antecedentes de sus comunicaciones anteriores, también lo consideró un amigo.

Junto a las cartas de Guinart llegaban muchos otros envíos que no veía nadie porque estaban camuflados de las maneras más ocurrentes y se cursaban giros postales con destino a la maternidad o al hospital clínico que dirigía el doctor Mallén. Además, debido a la ausencia de Juste, Étienne Guinart comenzó a enviarle a ella las cartas encriptadas que antes iban dirigidas al aduanero.

Didier era quien visitaba entonces al odontólogo, pero solo para llevarle el material que necesitaba. No se podía costear, por suerte para él, un tratamiento dental. Para Jana Belerma supuso un alivio encontrar a alguien que, aunque lejos, se le acercara de esa forma poco a poco. Eran tiempos extraños en los que podía pasar cualquier cosa. Pero él era conde, como el de su novela, nada menos. Y el sentimiento que los unía, además de sostenerse solo en el intercambio epistolar y el recuerdo de una sola visita, no tenía nada de apasionado, sino que se acercaba más a una amistad leve pero muy amable, que sobre todo tenía la virtud de mitigar la nueva orfandad sobrevenida que sufría. A la pérdida de sus amigos se sumaba que no sabía nada de Esteve desde el día del festín en las montañas. Desde entonces, ni una nota, nada, nadie lo había visto. Se había esfumado. No sabía si interpretar su silencio como una decisión suya, y por tanto un nuevo desengaño amoroso para ella, o como la consecuencia de que le hubiera sucedido algo terrible. En esto segundo no podía pensar. Pero estaba claro que algo le había obligado a adelantar su partida. Cada mañana rogaba para que, aunque lejos, estuvieran todos vivos y para que se reencontraran de nuevo algún día.

Su mayor entretenimiento durante todo aquel año consistió en leer mucho, sobre todo las obras que había recibido con los mensajes, las de Galdós, junto con la exótica *Las panteras de Argel*, de Salgari. Sin

embargo, ninguna la arrebató tanto como la historia de Edmond Dantés, con aquella suplantación que había llevado a cabo el personaje de Dumas. Era el relato que más permanecía en su cabeza. El del protagonista que compartía sus dos iniciales con E. D.

QUINTA PARTE

DOS MESES DE OTRO AÑO:
AGOSTO Y SEPTIEMBRE DE 1944

Domingo, 20 de agosto de 1944. Casi un año después

Laurent Juste robó a punta de pistola un tanque alemán y después un Volkswagen. Había desembarcado en territorio francés la noche anterior y quería llegar cuanto antes a París. Últimamente no tenía tantas contemplaciones, así que en esta ocasión no devolvió el importe del combustible como había hecho en Andalucía. Era su última misión después de los éxitos de Siria. La información que transportaba valía más que su peso en oro.

Entró en París en el momento preciso, en medio de la batalla en la que la Resistencia, unida a la División Leclerc, luchaba con uñas, dientes, balas y todo lo que tenía a su alcance por hacer retroceder al ejército gris. Lo enfrentaban unidades militares estadounidenses, anarquistas, republicanos españoles exiliados, todos compartían el tesón de borrar del mapa al deshonroso régimen de Vichy que había vendido su libertad con la firma del armisticio y los había sometido y degradado haciéndolos formar parte de la categoría de súbditos del infame Reich. El mismo gobierno que había quitado la ciudadanía a tantos judíos y que empapelaba la capital con carteles contra ellos se anexionaba otros territorios con sus gentes incluidas. En medio de todo esto estaba Laurent Juste con su circunspección habitual; su hoja de servicios parecía la de un dios que se hubiera encarnado en hombre más que la de alguien al servicio del ejército que como no consiguió su aspiración de ser oficial de la marina, como le contó a Montlum cuando se conocieron en la guerra anterior, decidió ser mucho más. Todo era poco.

El furor que expulsaría a las tropas de Hitler salió de la plaza de Denfert-Rochereau, donde, en un subterráneo, estaba instalado el cuartel general de la Resistencia. Las órdenes que había recibido el enemigo eran las de la destrucción total de la ciudad. Para salvaguardar la imagen de los germanos se pactó un combate de honor, una simulación más en aquel teatro sangriento, de modo que no diera la impresión de que los mandos alemanes se habían retirado sin luchar. Ese no era el final que quería De Gaulle, así que ordenó el avance hacia París, hacia la gloria. Pese a la orden de sus superiores americanos, contravino el mandato de Eisenhower, jefe supremo de las tropas de los aliados en Francia, y el resultado le dio la razón. Y allí estuvo Laurent Juste, cuyo destino era estar siempre en el lugar donde se fabricaba la historia: cogió el pico para excavar fosos antitanque, esquivó árboles derribados... Supo de las explosiones de júbilo que arrancaba el paso de las divisiones en los suburbios, hasta allí le había llegado esa información por el sistema que consistía en

pasarse las noticias por relevos. Se mareó con la competición de volumen entre las radios que arengaban a la población. Las que transmitían las consignas de los aliados contaban con mejores altavoces y de esta forma se superponían a la campaña de desinformación de Radio París, con todas sus emisoras ocupadas.

Volvían las banderas rojas, blancas y azules, la población rompía los carteles de madera en alemán y después los quemaba, los tanques se enfrentaban en pleno centro.

Cinco días después, el 25 de agosto, llegó De Gaulle al Ministerio de Guerra, desde donde marchó al ayuntamiento para dar el discurso que llevaba años queriendo pronunciar. Habló de la ciudad ultrajada y entonces, por fin, liberada. Al día siguiente, el desfile de la victoria recorrió los Campos Elíseos y tres días después Juste recibió una llamada que le convocaba a una entrevista con el presidente. Su expediente deslumbraba.

Sin embargo, aplazó la cita porque tenía algo más importante que hacer que ir al despacho del general. Primero debía recoger a su familia en la estación de Austerlitz.

Miércoles, 30 de agosto de 1944

Entró el convoy que llegaba desde el sur, comenzó la liturgia habitual en la que él tantas veces había intervenido en Irún-Hendaya y en la estación del Pirineo oscense. Se detuvo la máquina, una de las primeras que llegaron a la ciudad libre. Se abrieron las puertas de manivela con bisagras, tan lujosas que más parecían de salón burgués, los mozos se aproximaron a por los equipajes, una mujer bellísima se levantó la falda para bajar por las escaleras. Era Maude. Laurent se acercó hacia el vagón del que descendía, la cogió en brazos y al apartarla vio que el prodigio de su belleza se duplicaba en su hermana Solange y se triplicaba en Arlette. Auguste se escurrió entre ellas para agarrársele a las piernas, lloraba contra una de las perneras de su pantalón de cheviot. Todos intentaron disimular delante de él, pero el niño llevaba meses creyendo que se iba a quedar sin padre. París había sido liberado y ellos estaban intactos. Solo faltaba que terminara la guerra de una vez. Y no les cabía duda de que la fiera estaba dando los últimos coletazos.

Dejaron en la consigna las maletas que habían tardado dos días en preparar en el piso de la calle de Valverde de Madrid y se dirigieron a la brasería Au Pied de Cochon, El pie de cerdo, donde comieron estas manitas que en otros lugares llaman de ministro. Era un milagro que aquel restaurante hubiera sobrevivido, el fogón no se había apagado ni uno solo de aquellos días. Frente al mercado de Le Havre sintieron que la vida había correspondido a sus inmensas ganas de vivir. La

primera pregunta de Laurent, una vez que los inspeccionó, revisó, escuchó y los encontró perfectos, sin secuelas, no pudo ser más que una:

—¿Cómo visteis Canfranc? ¿Y Jana? ¿Y Montlum? ¿Cómo están? ¿Saben ellos algo de Didier y Durandarte?

Arlette consideró que no era oportuno opacar aquel momento con las malas noticias que había conocido durante su paso por Canfranc. Ya habría tiempo. Entonces sí que podían decir que tenían toda la vida por delante. La señora Juste sacó del bolso una tarjeta que más que de cartón parecía de hilo trenzado y almidonado, y se la dio a su marido. No era la primera vez que Laurent leía aquella dirección, pero no dijo nada, prefería comprobarlo primero.

—¿Sabéis cómo veo yo la guerra? —Maude cambió de tema—. Como si estuviéramos dentro de una caja que de repente agitara un gigante. Muchos no pueden soportar los golpes contra los lados, se hieren, mueren; otros están de pie, algunos se esconden en los rincones… Pero todos tienen en común el dolor.

—Así es, hija —añadió Laurent—, nosotros somos afortunados, estamos a salvo, los ingleses nos socorrieron cuando más lo necesitábamos y seguimos siendo cinco. Eso es lo más importante.

Solange repitió una de sus frases habituales, parecía que había pasado todo aquel tiempo agarrada a ella, que por eso la decía con tanta frecuencia:

—¿Sabes qué, papá? Ya no habrá más guerras. Esta ha sido la última.

—Quiero un tren eléctrico, papá. ¿Me lo comprarás? Como el que tenía el niño de Zaragoza. —Aquel día, en todo el continente muchos bebieron champán. Hasta Auguste tomó una copa, pero no le hizo ningún efecto porque su alegría no podía ser ya mayor.

Jueves, 31 de agosto de 1944

Quien fue jefe de la aduana francesa, primero en la frontera del País Vasco y después en Aragón, estaba aquella mañana frente al general Charles de Gaulle, entonces presidente del gobierno provisional de la república. Dentro de aquel despacho habían sobrevivido algunos elementos fastuosos, como la lámpara de araña que alternaba los cristales con varios candelabros, a juego con los que decoraban la repisa de la chimenea. Acababan de colgar las cortinas color salmón, las telas se juntaban en el centro de los ventanales con un escudo dorado de Francia, de igual tamaño que los que las recogían a cada lado. Un mapa con marcas rojas extendido sobre la mesa, de más de tres metros de largo, mostraba la situación de la guerra. Fue Pierre Mendès France, el superior de Juste cuando este se unió a las tropas de la Resistencia en Argelia, el que intervino en primer lugar:

—Ya le he dicho, mi general, que un bretón es todavía más testarudo que un judío, que ya es decir. —Mendès tenía un rostro amable, con las cejas muy arqueadas, las orejas y la boca grandes y siempre estaba dispuesto a bromear. Su impresión sobre Juste era muy distinta a la que tenía antes de conocerlo en Argel.

—Juste, sus altos servicios por nuestra nación —intervino De Gaulle de forma muy solemne—, hoy ya libre gracias a valerosos hombres como usted, que ha luchado desde cuatro países, España, Argelia, Siria y Francia, merecen ser recompensados. Nos honraría, y además sería muy beneficioso para Francia, que usted ostentara el cargo de ministro. Elija el ministerio que quiera, no tendré inconveniente en aceptar su decisión.

Laurent Juste permanecía más circunspecto que nunca, guardaba silencio, miraba al frente y al suelo:

—Seríamos colegas, Laurent —dijo Mendès France, que ocupaba entonces la cartera de Economía Nacional en el ministerio que dirigía René Pleven.

Esa misma mañana, Juste había rechazado una oferta, inmejorable en términos económicos, que le había hecho Calouste Gulbenkian, un magnate del petróleo que quería que se trasladara a Oriente Medio, desde donde ocuparía uno de los puestos más importantes dentro del organigrama de sus negocios, que comprendían varias compañías. Aceptar hubiera convertido a Juste en un hombre rico de forma inmediata. Ante la negativa, el inglés nacido armenio, se quedó estupefacto. Nunca le había sucedido pensar en alguien y que esa persona, en vez de sentirse premiada, elegida, llamada a lo más alto, le saliera con una excusa tan peregrina como la

que había escuchado de boca de Juste. No le quedó la menor duda de que, tal como le habían advertido, se trataba de un hombre muy particular.

—Como corresponde a la nación de la inteligencia —continuó De Gaulle—, se unirá también a nosotros en unos meses el escritor André Malraux, que será ministro de nuestro gabinete en cuanto pueda incorporarse. Quiero un gobierno de los mejores, Juste, de los hombres que han terminado con el rapto de Francia, que han puesto fin a este oprobio, que, como usted, se han jugado la vida en innumerables ocasiones, que no han pensado en nada más que en su honor y en el de los demás. Quiero a aquellos que no conocen la cobardía, que siempre van hacia delante. Su país lo necesita. Ayúdenos a constituir el gobierno de la nueva Francia.

Mendès seguía en una pose muy marcial, atento, pero como si le costara esfuerzo mantenerse así. El presidente no entendía la mudez de Juste, le constaba que no era mala educación ni timidez. Así que volvió a insistir:

—Dígame —y cambió el tono por otro más cercano—, ¿es usted consciente de que sería el primero que rechaza un ministerio? ¿Qué pasa, Juste? ¿No nos va a decir lo que piensa? ¿Quiere una embajada? Elija. Todo me parece poco para recompensarlo, le aseguro que la guerra hubiera sido otra sin usted, bastante peor todavía. —De Gaulle se giró hacia su hombre de confianza—. ¿Sabes cómo establecieron contacto por primera vez el alto mando aliado y la Resistencia? Pues porque Juste consiguió pasar por la frontera un radiotransmisor en dos maletas delante de las mismas narices de la Gestapo. Aquello fue histórico, cuando llegó la señal a Londres, imagínate las caras, los aplausos. Y todas las campañas de desinformación cuando les hicimos creer que el desembarco sería en Calais y se lo tragaron, la cantidad de documentos intercambiados, falsos y auténticos, tan necesarios para la victoria como las armas… Pero lo más importante es toda la gente que salvaron, entre ellos algunos de nuestros principales valedores ahora desde Estados Unidos. Su red, eso era más que una organización de espionaje, era un prodigio. Deseo conocer a sus compañeros, tráigalos a París, hágame el honor de presentármelos. Son muchas cosas, Juste, como para perderlo de vista ahora. Piénseselo, tiene una semana.

—Señor. —Habló por fin—. Le agradezco sus palabras, muchísimo, pero tengo otros planes.

—¿Otros? ¿Mejores que estos? Eso es imposible. —Todos los rasgos del general habían compuesto el trazo de un signo de interrogación.

—Con todos mis respetos, señor, no quiero ser ministro, aunque sea difícil de creer, ni embajador, ni secretario de Estado, ni senador, ni pertenecer a la Asamblea Nacional… No se lo tome a mal. Le estoy muy agradecido por su consideración. —Juste hablaba de forma muy pausada, como si la lentitud le asegurara que de esa forma no iba a ofender a quien él consideraba el hombre más preclaro de Francia—. Pero durante todo este tiempo de miseria, de oscuridad, de soledad, en el que pensaba que cada día sería el último, me ha mantenido en pie un anhelo y eso es lo que quiero llevar a cabo, siempre que a usted le parezca bien, y cuente con su apoyo y permiso.

—Adelante, adelante. —De Gaulle lo apremiaba de una forma también muy militar—. Soy todo oídos como imaginará. Me tiene más que intrigado. Dígame, ¿qué es lo que quiere?

—Volver a Canfranc. Quiero volver a Canfranc. Eso es lo que quiero. —Laurent Juste pronunció estas palabras con mucho aplomo, como si las tuviera tan dentro que más que un deseo expresaran su razón de ser y de vivir, la certeza que lo guiaba y la energía que lo sostenía.

—¿A Canfranc? —le preguntó el general con incredulidad.

Mendès se situó detrás del presidente y con unos cuantos bisbiseos, que también eran audibles para Juste, le recordó lo que ya le había advertido al principio de la conversación, que se trataba de la persona más obstinada que había conocido nunca y que lo dejara estar porque no había nada que hacer, que se le había metido esa idea romántica en la cabeza y que no habría forma de sacársela.

—A Canfranc —volvió a afirmar De Gaulle.

—Sí, señor, mi deuda es con ese lugar. Quiero volver allí y confío en que usted hará todo lo posible por que me readmitan en el Servicio Nacional de Aduanas, se lo ruego. Nada me haría más feliz. —Juste sonrió por primera vez en toda la entrevista.

—Ya veo. No me tiene que rogar nada. ¿Y el sueldo? ¿Sabe también cuál sería? —continuó De Gaulle por si el bretón no había caído en la cuenta.

—Pues el mismo que cobraba allí y en Hendaya antes de la guerra, me imagino. Bastante más de lo que ganan mis compañeros que no están destinados en la frontera, además hay un concepto añadido, se pagan las dietas.

—Las dietas. ¿Usted es consciente de todo esto? ¿Sabe a qué está renunciando? —El general sabía que no había vuelta atrás, pero quería entender qué lo llevaba hasta allí con todos los detalles posibles.

—Perfectamente, señor. —Y entonces Juste volvió a sonreír.

—Venga aquí, me habían dicho que era usted un perro verde, su correligionario Mendès, aquí presente sin ir más lejos, ¿eh, Pierre? Pero no me esperaba que tanto —le dijo mientras lo abrazaba—. Desde luego nunca nadie puede decir que lo ha visto todo. A Canfranc entonces. ¿Cuándo quiere incorporarse?

—Lo antes posible, señor.

Jana esperó a Gröber a la entrada del vestíbulo y lo saludó como siempre, como si no supiera nada, con el mismo desprecio que le mostraba desde que se llevó a Montlum. Sus soldados habían intentado escapar en dirección al norte pero él permanecía allí solo, rumiando su derrota.

—Mayor. —Solo pudo pronunciar esa palabra porque sintió mucha cólera al advertir que las maletas que llevaba eran las que contenían las libras. Jana sabía que solo le interesaba su pellejo, llegar a otras costas donde ver girar un disco mientras degustaba el champán de todos los sábados, donde pasar con delectación las páginas de los libros de arte, asistir a exposiciones y recordar de forma inevitable las atrocidades a través de las que él y otros pudieron convertirse en los hombres más poderosos del continente.

Gröber pensaba en que nada había servido de nada: sus maniobras a la desesperada, sus viajes a París y Madrid, sus contactos con el alto mando del Reich para preparar su salida, aunque lo disfrazara de estrategia militar. Berlín ya no sería dorado sino gris. Y él se ocultaría como una rata de ese mismo color en algún lugar de Sudamérica.

La venganza de Jana se había consumado, cada vez que le informaban de que Gröber abandonaría la terminal durante unos días para estos trámites suyos, al más alto nivel, como le gustaba decir, preparaban el operativo por el que los judíos entraron a cientos. Wagner, después de la detención de Montlum, había decidido no intervenir, mirar para otro lado cuando se producían las evacuaciones. El capitán quería quedarse en España cuando acabara la guerra. Lo protegerían, no le cabía duda, porque eran muchos los amigos que había hecho a pesar de su origen y de su cargo.

—Freya —le dijo el oficial esa vez. No la llamó *Frau* Belerma y ella pensó que porque, tal vez para soportar todo aquello, para evadirse, había recurrido a los opiáceos. Le deseó una crisis epiléptica, que desapareciera como fuera, porque, entre otras cosas, más que estuviera lejos quería que dejara de existir.

Entonces Jana se lanzó contra el oficial y le arrancó el águila de metal de la gorra de plato y después la escarapela, la divisa de cordón que le cruzaba de lado a lado sobre la visera, tiró de sus galones pero no consiguió descoserlos, junto con los botones que lanzaba al suelo se llevó jirones de ropa. Se hizo sangre en las uñas. Gröber se dejaba hacer, parecía un maniquí. Con su inmovilidad aumentó la rabia de Jana, quiso rasgarle el brazalete y entonces Carmen, su compañera, la cogió del brazo para separarla de él.

—Freya —repitió—. Nos merecíamos un mundo menos cruel.

Una sobrina de Pilar que a veces los ayudaba en el bar fue a avisar a Jana de que estuviera en La Serena en dos horas porque iban a llamarla desde París. La camarera, como no podía esperar, se cambió y fue hacia el pueblo con la intención de que el tiempo se le pasara antes. Para entretenerse se acercó a la casa de los Báguena.

—Qué pena, todos esos cuerpos despanzurrados, tan jóvenes, tan guapos. Una guerra es lo peor —dijo Leonor.

La madre de Valentina se refería a lo que les había sucedido a los soldados alemanes del puesto. La noticia de la liberación de París por los aliados llegó enseguida hasta Canfranc y los destinados allí, junto con los guardias de algunas patrullas de los pasos fronterizos de las montañas, intentaron huir, pero se encontraron con una bomba en mitad de un túnel, a pocos kilómetros de entrar en Francia, que detonaron a su paso unos activistas de la Resistencia.

—Esos chicos ya era como si fueran de aquí, los veíamos por las calles, iban a la fonda, al baile, no quiero ni pensar en sus madres, en sus hermanas, en sus mujeres, si es que las tenían, porque eran tan jóvenes… No hay derecho. ¿A que no, Jana?

Bastantes voluntarios de los pueblos más cercanos al túnel fueron a retirar los cadáveres, o lo que quedaba de ellos, antes de que pasara el tren. Aún faltaba mucho para que la barbarie acabara. En el caso de ellos, el ministerio enviaría un telegrama a sus familias y ahí acabaría todo. Jana le dio la razón a Leonor mientras pensaba en el momento en que vio bajar a Gröber la escalinata. Intentaba mantener el aplomo, pero solo traslucía cobardía, ni siquiera se hizo cargo de los cuerpos, como si no hubieran sido sus soldados. Por eso quería huir enseguida y además en el mismo tren en el que tantos perseguidos escaparon de ser internados en los campos del horror como el que él vigilaba antes de llegar a Canfranc. Jana se recreó en la escena. Quería ver su derrota de cerca. Solazarse.

—¿Sabes lo que más pena me da? Que los han abandonado como a perros —le dijo con mucha rabia Jana a Leonor, cuando la mente le volvió de aquella despedida tan escueta de Gröber a la casa de Valentina—. Sus gerifaltes ya no querían saber nada de ellos. Ya no les servían, seguramente estarán demasiado ocupados preparando su huida para ir donde les esperan los lingotes de oro con los que traficaron, los cuadros, las joyas, el dinero, todas las riquezas que robaron a los desgraciados que asesinaron. Estoy asqueada de verlos pasar en los trenes, ahora son ellos los que cogen el expreso hasta Madrid para salir después por Lisboa. Al infierno deberían ir. Han pasado cosas horribles durante este año: lo del padre polaco que

murió en la aduana, al que le dio el infarto cuando lo separaron de su mujer y de sus cuatro hijos, a ellos los dejaron pasar pero a él lo detuvieron. Teníais que haberlo visto sobre el mostrador con los ojos en blanco, primero morado y después pálido, murió delante de sus pequeños.

—Al lado de Voltor está enterrado —dijo Valentina, que aún recordaba a su captor.

—Y un vagón entero de judíos se llevaron. Un niño comenzó a gritar, no podía más, y los descubrieron a todos acurrucados al fondo del hangar. Las vidas de todos ellos se fundieron transformadas en una medalla para Gröber. Eso valieron. Así justificó su presencia aquí. Y nosotros allí, sin poder hacer nada. Nos llamaban, llamaban a todos, tendían sus brazos cuando se los llevaban. Cuántas cosas horribles hemos vivido.

—Mucha gente buena se ha jugado la piel aquí, Jana, y ha valido la pena, eso es lo que importa.

—Es verdad, han sido muchos los que han ayudado, pero no podíamos fiarnos. No sabíamos quién había bajo cada uniforme. Igual podía ser un hombre amable, comprensivo, que un monstruo despiadado y sin escrúpulos. —Ese era el motivo por el que la única posibilidad de atravesar el monte con garantías era a través de la red de evacuación que habían montado, el resto era jugarse la vida a la lotería con las mismas posibilidades de ganar que de perder—. Me voy a comprar, que después tengo que esperar en La Serena a que me llamen de París —les dijo Jana. Llevaba ya mucho tiempo sin compartir con nadie lo que le sucedía allí y lo necesitaba.

—De París. ¡Qué categoría! ¿Quién será? —le preguntó enseguida Leonor.

—Pues no lo sé. Ya os lo contaré. Yo también estoy muy intrigada. A mí solo me llaman de Zaragoza.

—¿Sabes a quién echamos de menos? A Durandarte, no sé qué hubiera sido de nosotros sin él. Si Valentina no hubiera vuelto, su padre y yo no habríamos podido soportarlo. Hemos tenido suerte, Jana. Dios no se ha olvidado de nosotros, dicen que aprieta pero no ahoga y así nos ha pasado. Gracias a Dios y a él, pero, mira, desde octubre del año pasado ni rastro.

Era verdad, desde hacía meses nadie tenía noticias del contrabandista. Su desaparición, y esto era lo que más la intranquilizaba, había coincidido con algunos hechos que propiciaron que el desenlace de la guerra se acelerara: los aliados habían llegado a Nápoles, los bombardeos de la RAF arreciaban sobre Alemania mientras que los americanos destruían aeropuertos en poder del Reich.

Además, el octavo día de ese mes de octubre España abandonó la no beligerancia y proclamó su neutralidad. Lo que ella lo echaba de menos no se podía comparar con el vacío que la falta de sus visitas había dejado en la casa de los Báguena. Pero al menos conservaba los recuerdos de la tarde en los Baños. Eso no se le borraría nunca. Pasara lo que pasara.

En el bar de la fonda el panorama era más o menos el mismo de siempre: los mayores jugaban al dominó o al guiñote, un par de leñadores bebían aguardiente, el guardia civil, antes carabinero, Dorian Lander, tomaba café… Pero algunas cosas habían cambiado, la tensión había disminuido sin los alemanes allí. Tampoco había rastro del suizo que gestionaba el tráfico del oro ni de los chóferes de los camiones.

Aún faltaba un rato para la llamada y decidió entrar a la cocina a charlar con Pilar.

—¿Tú sabes quién era el que llamó? —le preguntó Jana con mucho entusiasmo después de saludarla.

—Lo ha cogido mi marido, la telefonista ha preguntado por ti y le ha dicho que en dos horas pondría una conferencia desde París.

—Estoy hecha un flan.

—Tranquila, mujer, que no será nada malo. Anda, sal y dile a Tricio que te ponga una tila con anís.

A la hora en punto sonó el teléfono. Aún seguía siendo el único del poblado de Los Arañones. Ella pegó los brazos al cuerpo, se paralizó, ni pestañeaba, solo cruzaba los dedos.

Atendió Tricio:

—*Oui, oui, c'est ici,* sí, sí, aquí está Jana Belerma —dijo al auricular, después se volvió hacia ella—. Jana, es la llamada que esperas.

Se levantó temblando, a aquellas alturas de su vida ya podía sucederle cualquier cosa. La telefonista francesa repitió su nombre y después dijo «le paso» en castellano. Entonces escuchó una voz de hombre:

—*Oui, c'est moi.* Sí, yo soy —dijo.

—Jaaana —se escuchó al otro lado—. Soy yo, Laurent.

—Laurent, Laurent. —Los gritos salieron hasta la calle, algunos de los clientes se pusieron enseguida en pie. Se acercaron hasta ella y la rodearon. A Jana las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas. Había pasado mucho tiempo desde su último mensaje, mucho, durante aquel año habían sucedido cosas horribles—. Laurent, Laurent —repitió.

—Jana, te he llamado en cuanto he podido. Ayer me entrevisté

con De Gaulle, el presidente de Francia en persona, quería hacerme ministro. —Juste gritaba bastante para que lo escuchara con nitidez.

—No me extraña. Enhorabuena —dijo ella también con la voz elevada.

—Que no, que no he aceptado.

—¿Por qué? —Jana no daba crédito a lo que acababa de oír.

—Pues porque eso no es para mí, a mí no me gusta tener jefes, aunque sea uno solo, ni estar en la ciudad, aunque sea París, yo prefiero el campo, y si es con montaña, mejor. Ya lo sabes. —Las frases eran lo más breves posible para asegurarse de que se le entendía con claridad.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Dónde te mandan?

—A Canfranc, Jana, vuelvo a Canfranc, llegaremos este sábado. —Entonces ella ya no se pudo contener, gritaba, lloraba, saltaba, todo a la vez.

—Que vuelve, Laurent Juste vuelve —dijo mientras se alejaba la trompetilla del auricular pero sin taparla con la mano—. Que va a venir aquí otra vez, a la aduana. Pasado mañana.

Tricio le quitó el teléfono a Jana, pero Pilar no lo dejó más que saludarlo, enseguida se puso ella:

—¿Y Arlette, cómo está, cómo están los chicos? ¡Qué ganas de veros!

Jana se sentó. Sentía la felicidad en estado puro, si en ese momento hubiera entrado Esteve Durandarte por aquella puerta lo habría abrazado y besado delante de todos, le habría dicho que quería casarse con él, como decía Valentina que iba a hacer. Para lo que significaba su ausencia esta palabra no era suficiente.

Salió de la fonda, lo último que escuchó fue que Tricio decía que bebieran todo lo que quisieran, que pagaba la casa. Jana echó a correr por la calle principal:

—Vuelve Laurent, Laurent Juste vuelve —le dijo a las dos maestras del colegio francés que entonces iban hacia el paseo.

La reacción que tuvieron todos los que la escucharon dio cuenta de sobra del cariño que le tenían al que fue, y sería otra vez, jefe de la aduana francesa, el hombre al que apodaban el Rey de Canfranc porque lo consideraban su benefactor. En el pueblo había más de dos mil personas y entre ellos ni un solo enemigo de Laurent.

Se lo comunicó a Biel, que se fumó el cigarro más largo de su vida junto a la salida del túnel de Somport al enterarse de la noticia. Esperó a Didier en la estación, y se lo gritó cuando lo vio bajar del tren. Entonces ya no tenían que hablar en voz baja. Pero él no la entendía porque apenas le salían las palabras.

—Jana, tranquilízate, te va a dar algo. ¿Qué ha pasado?

Ella movió la cabeza de lado a lado con la fuerza con la que lo hacía siempre, como hacen los niños. Intentó decir Juste pero le salió más fácil Laurent.

—Laurent —repitió el obrero—. ¿Sabes algo de él?

—Que vuelve, vuelve a Canfranc. Pasado mañana. Ha llamado a la fonda. De Gaulle, el general, quería hacerlo ministro. —Jana se atropellaba—. Pero él le ha dicho que no, que se viene aquí, con nosotros. Ay, Didier, no me lo puedo creer. Cuánto trabajo.

—¿Trabajo, por qué?

—Pues porque aunque solo faltan dos días le vamos a preparar un recibimiento que ni el que le hicieron a Alfonso XIII y a Primo de Rivera cuando llegó el tren. Ya verás: la banda de música, el horno, hay que ir a encargar las pastas, el chocolate, ¡chocolate!, voy a volver a tomar chocolate, no lo pruebo desde que murieron mis padres… Le diré a Leonor que busque a varias amigas para que cosan banderas de Francia y de España, avisaremos a todos, igual hasta se entera Durandarte y viene por fin. Hay que ir a Jaca a decirle al fotógrafo que venga, se lo diré al grabador también, que pinte una acuarela, que le haga un retrato de ese momento, no sé, ay, esto va a ser un clamor. El gobernador vendrá por su cuenta en cuanto se entere, menudo es él. Y el alcalde, el de aquí de Los Arañones y el de Canfranc, tengo que llamar a Zaragoza al doctor Mallén, no se pueden perder esto.

Jana tenía ganas de poder hablar así, sin cortapisas, sin secretismos, pero debía mantener la prudencia.

—Ay, Didier, que esto es muy grande, este hombre es muy grande. Vendrán todos los guardias civiles y la policía, el ejército no hace falta. Ay, qué emoción. Los músicos tienen que ensayar *La Marsellesa*, nos aprenderemos la letra todos, se la cantaremos. Y las flores, tenemos que traer muchas del monte, de donde sea, de los balcones con las macetas si hace falta. Y hablaré con el mosén, que redoblen las campanas cuando llegue el tren. Cuando él baje del vagón tiene que ser perfecto. Lo que ha hecho ese hombre y lo que nos ha hecho hacer a nosotros es muy importante. Ay, cuando pite el tren a la salida del túnel, de ese túnel precisamente, el Somport, del puerto más alto descenderá, y Arlette, Solange, Maude, el pequeño Auguste, vienen todos. No sé si lo podré soportar, son mi familia, sois mi familia. —Y lo abrazó emocionada.

Didier era más o menos de su edad, delgado. Para entonces ya llevaban mucho vivido en común y era hora de que abandonaran aquella distancia de otros momentos. Ella lo admiraba igual que al resto de sus compañeros por la entrega, el arrojo y la valentía.

Didier estaba mudo, se alegraba mucho, pero aún no había podido asimilar la noticia. Jana pensó en ese momento en Montlum, en lo que le gustaría que estuviera allí. La mente no le volvió del recuerdo del que fue su amigo y confidente. Se quedó con él, con sus palabras y su música. Imaginaba que interpretaría aquella pieza que tocaba a escondidas porque era de un ruso que se llamaba Shostakóvich, se trataba de su vals número dos. Este músico había sobrevivido al cerco de Stalingrado, estaba vivo como ellos. Para Jana, sentir la falta de Durandarte después de haberlo tenido dentro era terrible, pero que le arrebataran a Montlum lo sentía como un ultraje, como si le hubieran metido las manos en el estómago para arrancarle una parte de ella.

Una vez en la habitación, Jana Belerma no podía dejar de dar vueltas, tenía varias hojas sobre la mesa y estaba haciendo listas de todo. Servirían el banquete con las viandas enviadas por todos aquellos que tanto estimaban a Juste y seguían mandándole estos regalos que ella almacenaba. Sabía que tarde o temprano llegaría el momento de degustarlas. De nuevo sintió no tener a Durandarte allí, recreaba la noche en que entró en su habitación para decirle que los Juste habían llegado bien a Zaragoza.

En cuanto terminó de anotar todo lo que necesitaba para el recibimiento se acostó. Al día siguiente comenzaba a trabajar a las ocho.

Cuando bajó, Valentina ya estaba preparada. Jana recordó la última vez que vio a Gröber. La amenaza había desaparecido de Canfranc con él, pero en otros lugares aún continuaba porque en Berlín los lobos daban aún dentelladas, las últimas, y, por eso mismo, las más terribles, porque actuaban a la desesperada. Los nazis estaban malheridos, pero no muertos. Aún no podían relajarse.

Entraron en la cocina, donde Carmen ya había empezado a preparar los desayunos, y se pusieron a trabajar.

—Valentina me ha dicho que se ha ido el alemán —dijo Carmen—. Y que parece que para siempre, que se lo ha llevado todo. Sus libros, las botas..., hasta un violín llevaba.

Jana sintió un aguijonazo. Eso no lo había visto ella. Sería el instrumento de Montlum. Jana se dirigió a Valentina y a Carmen. Le quedaba aún algo que tenía que ver con él y a lo que no encontraba explicación.

—¿Sabéis lo que encontré en su habitación? Unos ojos azules dentro de una urna de cristal. Fue cuando a ti te raptó Voltor, Valentina, y casi me muero porque pensé que te los había sacado.

—Mujer, qué ocurrencia, lo que hace el miedo —le dijo Carmen—. ¿Sabes lo que sería? Pues un exvoto, alguien le habría encargado que los llevara a Lourdes. —Cuando dijo esto se santiguó—. No sabéis nada de religión.

Jana no pudo evitar pensar en Paulino mientras su compañera continuaba:

—En el santuario hay una santa Lucía, y la gente le lleva lo que tiene que ver con la vista, que para eso es la patrona. Estos alemanes de uniforme son muy católicos. Además yo también vi los ojos, qué queréis que os diga, a veces miro en los cajones, me distraigo, tienen una de cosas… Eran de cristal, no eran de persona. También puede que fueran un amuleto… Yo qué sé. ¿No le ponemos nosotros perejil a

san Pancracio y los chóferes llevan a san Cristóbal con el niño de la bola? Pues eso.

Jana y Valentina se rieron. Si se buscaba se podía encontrar explicación para todo. Otra cosa es que fuera verdad, pero había algo que Carmen le había aportado: no eran humanos. Y eso le bastaba. Tenía enfrente a Valentina, de una pieza, no le faltaba nada. Eso era lo más importante. Además, tenía muy claro que Eberhard Gröber había huido porque se había enterado de que Laurent Juste iba a reincorporarse a la jefatura de la aduana. Las noticias volaban y aquella debió de lanzarse desde La Serena con mucho entusiasmo. Hubiera sido una humillación para el oficial tenerlo allí como vencedor, habría tenido que esconderse en sus dependencias y bajar la cabeza cuando se cruzaran. A esas horas su tren ya estaría en Lisboa. Allí, en el embudo de aquel puerto, se encontraría con toda probabilidad con muchos otros compañeros, algunos tal vez habrían cogido el buque ya en Vigo. Escapaban como si tal cosa.

Jana volvió a pensar en los preparativos y en la ilusión nublada por la ausencia de Montlum, que tendría como consecuencia la tristeza inmensa de Laurent Juste cuando supiera lo sucedido.

Su último pensamiento antes de sumergirse de nuevo en el trabajo fue para Durandarte.

Viernes, 1 de septiembre de 1944

Arlette y sus hijos apenas habían llegado a París y ya se disponían a volver a empacar todo su equipaje de nuevo, a colocar los baúles y maletas en el recibidor del hotel para trasladarse a Canfranc. Pero no les supuso ninguna incomodidad porque todos coincidían en que aquello era un regalo del destino, volver allí como antes, como si nunca se hubieran separado. Hasta Maude se quedaría unos meses con ellos.

Saldrían al día siguiente y llegarían a Canfranc el sábado, pero antes de abandonar la capital Laurent aún tenía algo pendiente. Tantos años de entrenamiento habían desarrollado sus habilidades hasta el extremo, vista de lince y memoria de elefante era poco. Por eso, cuando en el restaurante de las manitas de cerdo, frente al mercado de Le Havre, nada más recoger a su familia en la estación de Austerlitz, su mujer abrió el bolso y le tendió una tarjeta de papel —con un gramaje y una calidad tan exquisita que parecía lienzo— se dio cuenta de que no era la primera vez que leía aquella dirección del bulevar Haussmann. Aunque se resistía a creerlo. No podía ser. Parte de su cometido consistía en atar cabos. No pensaba marcharse de allí sin comprobar la idea que le rondaba la cabeza. Esa misma mañana había enviado a un empleado del hotel a que avisara al dueño de

aquella mansión de que la familia Juste le visitaría a la británica y aristocrática hora de las cinco de la tarde.

Era un edificio magnífico, estaba situado en el número setenta y siete del bulevar en la esquina entre la rue d'Anjou, que al otro lado de la calle cambiaba de nombre para llamarse rue de Vienne. Había dos filas de árboles enfrente. Un criado abrió el portón y, antes de que cruzaran el inmenso zaguán, Auguste salió corriendo al escuchar un relincho. La planta de aquella casa era tan grande que albergaba incluso unas caballerizas. Eso sí, de momento solo vieron a un caballo. El sirviente le preguntó al pequeño de los Juste si quería subir, y como no había ningún peligro porque estaba atado a una argolla lo elevaron hasta su lomo. Entonces, como era su costumbre practicada durante horas sobre el caballo de cartón, comenzó a decir:

—*Allez*, Farsante, *allez*, vamos.

Y todos pudieron dar fe de que el animal sonreía, agitaba las crines, parpadeaba como si aquel fuera de verdad su nombre. En ese momento escucharon que alguien aplaudía. Bajaron al niño y vieron que el dueño de aquel palacete descendía por las escaleras que desembocaban en aquel atrio más propio de un emperador romano. El señor Guinart, con un traje muy similar al que llevaba cuando visitó Canfranc, la sonrisa amplia, el cabello negro muy bien arreglado y los ojos brillantes, se presentó con mucha cortesía, primero a la esposa e hijas de Juste y después al que ya pronto volvería a ser jefe del Servicio Nacional de Aduanas.

—Juste, hemos vencido. Nada ha sido en vano.

—Bueno, bueno, no adelantemos acontecimientos, que Hitler aún no se ha rendido y está más desquiciado que nunca. —Laurent hacía gala de su prudencia habitual.

—Al menos celebraremos que estamos vivos. —El conde estaba exultante.

—Y que me vuelvo a Canfranc. —Para Juste era la mejor recompensa.

A Étienne Guinart se le iluminó el rostro antes de añadir:

—Muy bien. Me alegro. Allí fuisteis muy felices, Bueno, bueno, pero antes quiere saludaros mi hijo. Que no hay prisa.

Escucharon los pasos de alguien que se acercaba a la escalera para descender desde ella. En cuanto apareció, Laurent Juste se echó las manos a la cabeza y se quedó mirándolo inmóvil, como si hubiera visto un fantasma. Sus hijas cuchichearon entre ellas y solo su madre entendió las dos palabras que a la vista de aquel hombre era inevitable pronunciar:

—Qué guapo.

Vestía el traje de chaqueta de tres piezas mejor plantado que nunca habían visto, confeccionado a medida sin duda.

—Parece un actor —le dijo Solange a su hermana mayor.

—Le he escrito durante todos estos meses a Jana —decía mientras tanto Guinart—. La he llegado a conocer mucho por carta. Está tan sola. —Entonces cayó en la cuenta de que había algunas cosas que tal vez Laurent Juste no supiera, por eso dijo—: Bien, ya hablaremos de todo, tiempo tendremos. Mañana nos marchamos y seguro que no adivinas adónde. Ya tenemos también nuestros billetes. Nos veremos a primera hora en Austerlitz.

Laurent asentía con la cabeza, sin escuchar. Finalmente avanzó unos pasos en dirección al recién llegado.

—Esteve, eres un bandido, cómo nos has tomado el pelo… —No podía dejar de mirarlo. Era como si en la habitación no hubiera nadie más: solo Durandarte.

—Para nada, lo que nos traíamos entre manos era demasiado serio como para bromear. ¿Qué sería de un espía sin su disfraz?

—Pero es que interpretaste muy bien el papel, y la cárcel, y la paliza de don Gervasio... Por eso desaparecías tantos meses. —Ellas nunca habían visto tan efusivo a Laurent—. Esta sí que es una choza y no el refugio abandonado. —No dejaba de reír—. Ahora me lo explico todo, y mira que a mí es difícil engañarme. Tus idas y venidas... Jana se va a enfadar. No lleva muy bien que le oculten información. «Laurent, cuando termine toda esta pesadilla nos encontraremos aquí», me dijiste. —Y Juste sacó de su cartera la nota que le había devuelto cuando se despidieron sobre el puente del río Aragón: «Solo nos ha sido dada una vida, pero con esta podemos salvar muchas otras. Recuérdalo».

—No lo he olvidado. Todo ha merecido la pena. Pasad.

Sábado, 2 de septiembre de 1944

Con mucho estrépito, el gobernador civil entró en el andén flanqueado por cinco de sus subordinados, pero nadie le prestó la más mínima atención. Solo le estrecharon la mano los dos alcaldes, el de Canfranc y el de Canfranc Estación, porque no tenían más remedio, con cierta laxitud y bastante desinterés. La mayoría de los que estaban allí conocían sobre él tantos rumores que ya no les importaba que fuera una fuente inacabable de chismes y habían perdido toda atracción por su figura, sobre todo desde que lo abandonó doña Mimín, cosa que él no se había tomado nada bien, llegando incluso a comentar, para estupefacción de sus oyentes, que hubiera preferido quedarse viudo antes que tener que soportar aquella afrenta.

Los detalles de la llamada a Jana en la fonda La Serena se extendieron con mucha rapidez, y pronto todos supieron que Juste iba a volver con ellos después de renunciar a ser ministro. Había preferido Canfranc, eso sí que hablaba bien de él, de que no tenía más ambición que una vida tranquila con su familia y sus amigos, un trabajo agradable y en buena compañía. Y el hecho de que hubiera rehusado una propuesta nada menos que del general De Gaulle lo convertía a sus ojos en un hombre fuera de lo común, en uno de los hombres más poderosos de su tiempo. Por eso estaban convencidos de que lo que era inminente que le sucedería a don Gervasio, de lo que la mayoría ya estaban al tanto, lo había orquestado él. Nunca le había mostrado su animadversión en público, pero a todos les constaba que se la tenía, de lo contrario lo hubiera invitado alguna vez al salón de su casa, la llamada tantas veces segunda embajada francesa en España, que ahora ya era territorio libre.

Pero creer que detrás de lo que iba a pasarle a su excelencia estaba Juste era mucho fabular, porque el aduanero solo se preocupaba por quienes le importaban, no perdía su tiempo con personas que para él no valían la pena y menos aún un solo segundo de su atención. Además, era evidente que en tan solo dos días, los que habían pasado desde que se entrevistó con el general, era bastante difícil que le hubiera dado tiempo a mover tantos hilos, que De Gaulle llamara a Franco, al caudillo nada menos, y este al ministro de la Gobernación para darle la orden de que cesara al gobernador civil. Era un procedimiento demasiado alambicado. Lo que estaba claro era que si a aquel hombre le quitaban el poder se lo quitaban todo, porque no tenía nada más.

El procedimiento fue mucho más simple y efectivo: doña Mimín, cuando ya no pudo aguantar la repulsión que le provocaba, después

de encontrar las postales sicalípticas tras su disimulada separación, y saber también de sus correrías en su propia casa con los sirvientes varones más jóvenes, viajó a Madrid. Allí tenía que cumplir con su calendario de reuniones con la junta de amables señoras que se encargaban con tanta prestancia y diligencia del funcionamiento del hospital de las monjas del Cotolengo. En cuanto le fue posible tomó la palabra para decir que, a pesar de que no era tema de aquella asamblea, quería comunicarles algo para evitar que dieran pábulo a todas las habladurías que, estaba segura, llegarían a sus oídos. Añadió que después de tantos años de labor entregada las sentía ya como amigas. Y comenzó, se regodeó en los detalles porque sabía que eran lo que disparaba el morbo, se explayó, disfrutó porque no omitió nada, sabía que muchas de esas cosas para algunas de aquellas damas, las más remilgadas y mojigatas, las de mayor edad, eran imperdonables.

Se deleitó al contarles que el dinero que él quemó para freírse el par de huevos era el que ella guardaba para los enfermos pobres de aquella institución, cuando en realidad lo había reunido él mediante sus cobros a quienes querían atravesar la frontera. Cargó las tintas y, cuando estuvo segura de que ya contaba con la adhesión y el favor de la mayoría, les relató, para conseguir un efecto final mayúsculo, lo que hizo ante sus amigachos con la candorosa y pura Palmira, quien, como siempre, se hallaba presente en la sala. Ellas sabían que no solo era su sirvienta, sino más bien lo que en otro tiempo se hubiera llamado su ayuda de cámara, que la sentía como imprescindible y que también y tan bien colaboraba con ellas sin ponerle coto a sus horas y sin faltarle energías. Era por tanto una persona prudente y servicial a la que ellas apreciaban. Después les dijo que lo peor era que don Gervasio se dedicaba a esparcir el infundio de que ellas dos eran amantes. Jesús, María y José, dijeron algunas, qué disparate, dos mujeres, si eso no es posible, exclamaban. Como colofón se dirigió solo a la presidenta de la asociación, la cuñada del general Moscardó, pero con la misma voz firme y alta que permitía que todas las demás la escucharan como habían hecho hasta ese momento. Les mostró sus respetos, las conminó a que comprobaran los hechos crudos y desnudos que les había referido. Les recordó que ellas se dedicaban a mitigar el dolor, a llegar donde la administración no llegaba, con el fin de reforzar el argumento de que todo aquello era de su incumbencia. Que no era justo que aquellas tierras nobles, de gentes esforzadas, trabajadoras, honradas, estuvieran gobernadas por alguien así, tan abominable. Y pidió su cabeza. Respiró y observó el impacto provocado en las caras de las concurrentes.

La presidenta le dijo que lamentaba su calvario y fue muy clara al mostrar sus intenciones. A su cuñado le diría que robaba de las arcas públicas para que se lo transmitiera al señor ministro de Gobernación. Como brillante punto y final del último acto, doña Mimín se sacó del bolso un pañuelo muy fino bordado con sus iniciales y se lo pasó por los ojos para recoger aquellas escasas lágrimas de cocodrilo que tuvo que verter. Después les anunció que trasladaba su domicilio a la capital, donde dispondrían de ella siempre que la requiriesen.

La conexión entre Madrid y Canfranc era directa, de todo esto había constancia como si muchos de los que ocupaban el andén francés hubieran estado también en aquella reunión. El cese de un gobernador civil era un hecho aún inédito, apenas llevaban cuatro años los primeros que fueron nombrados después de la guerra cuando se restableció aquella figura política, pero siempre tenía que haber una primera vez para todo. Además, muchos sabían que el cónclave de aquellas damas constituía un consejo de ministros paralelo donde se decidían asuntos de suma importancia dado el poder que muchas de ellas ejercían sobre sus cónyuges.

Ese era el motivo por el que don Gervasio, aquella mañana del 2 de septiembre de 1944, cuando estaba a punto de llegar el honorable Juste, recibió tantas sonrisas. Él las sentía como gestos de admiración, de envidia incluso, cuando en realidad traslucían el deleite, el gusto de la mayoría por lo que estaba a punto de sucederle, algo tan insólito en aquella posguerra que no tenía precedentes. Y como solía suceder en ciertas lides, el interesado sería el último en enterarse. La noticia había llegado al pueblo como llegaban de forma más rápida los mensajes: a bordo del expreso.

El convoy descendía imparable desde Aquitania con la familia Juste dentro. En el andén francés de la estación internacional de Canfranc, junto con los alcaldes y el, ya por muy poco tiempo, gobernador, se habían congregado la mayor parte de los dos mil habitantes del poblado de Los Arañones, germinado en torno a la terminal del ferrocarril. Muchos de ellos querían agradecerle con este gesto su continua ayuda, además, ya conocían el papel que había desempeñado allí el jefe de la aduana en aquellos años.

Durante el recibimiento a las autoridades en 1928, cuando se inauguró la estación, al rey, al presidente del Consejo de Ministros de España y al presidente de la República francesa Gaston Doumergue se les agasajó, pero había sido un agasajo institucional. La recepción de aquel día brotaba del pueblo de Canfranc, del entusiasmo, de la admiración hacia el bretón Juste. No esperaron a que saliera el tren del túnel, desde bastante antes ya tocaba la banda, dijeron que para ensayar, se escuchaban las campanas, olía a chocolate. Las pastas y el resto de los manjares esperaban sobre las mesas montadas en el vestíbulo del edificio de viajeros.

—Ya verás, Valentina, qué cara va a poner, no se lo espera —le decía Jana con chispas en los ojos mientras miraba una y otra vez hacia la montaña.

No podía evitar ese gesto aunque no sabía siquiera si Durandarte estaba vivo, tantos habían muerto que Esteve podía ser uno de ellos. Incluso era posible que hubiera abandonado este mundo hacía meses. Había pasado demasiado tiempo sin tener noticias suyas. Nadie lo había vuelto a ver, el padre de Valentina hasta les preguntó a los maquis, pero no quedaba ni rastro de él por aquellas montañas que tanto lo conocían, ni lo habían visto por otros lugares. Jana contaba con el recuerdo del encuentro en el valle; aunque se trataba de una evocación, era un refugio más real que sus fantasías anteriores. Como si hubiera sucedido la víspera, lo seguía notando a su lado, dentro, como si le hubiera quemado.

La bandera francesa, con la firma de Leonor, ocupó el mástil que le correspondía, por fin había desaparecido la esvástica de la falda de los Pirineos. Un fotógrafo de Jaca se desplazaba sobre la plataforma paralela a la vía como un insecto cojo, de cinco patas, las suyas y las del trípode de madera. Sorprendía que un hombre de su edad, más de ochenta años, corriera tan deprisa, además con su artefacto, que juntaba en un solo objeto los pliegues de un acordeón y una mira como de fusil.

El maestro grabador, que le preparó a Jana tantos sellos de

caucho para los pasaportes y los salvoconductos, había instalado su caballete en la esquina anterior del edificio, la más cercana a la entrada del tren; había pintado todo el entorno de forma que solo le faltaba completar su acuarela con las figuras de la familia Juste cuando bajaran del vagón.

—Nos verá a todos aquí en cuanto aparezca el tren. Ay, cuando baje del vagón… —le decía a Valentina—. Qué emoción.

—¿Sabes qué, Jana? Si hoy no viene Durandarte, ya no vendrá nunca. Eso dicen mis padres.

Jana estaba de acuerdo, pero no le dijo nada. Ella tenía la misma certeza. Después de aquel día, para bien o para mal, conocería cuál había sido su destino. No quiso que esto se le notara y se giró hacia el lado opuesto al que estaba su compañera y amiga más joven. Le habló al obrero.

—Didier, ven aquí. Tú que te sabes *La Marsellesa,* enséñanos la letra a todos. Venga. Al menos el estribillo.

Valentina acunaba unas flores para entregárselas a Arlette. Los niños no dejaban de aplaudir y de saltar. La banda de música había comenzado a ensayar el himno de Francia. Los metales y la madera competían con las campanas.

—Ya está ahí —decía alguien y todos saltaban. Después de que lo repitieron varias veces sonó por fin el silbato de la locomotora eléctrica y de repente fue como si la tarima sobre la playa de vías se convirtiera en un barco porque sus ocupantes comenzaron a balancearse, se cogieron de los brazos y miraron en la misma dirección sin dejar de agitarse.

—Ya sale del Somport. Ya está ahí.

Jana volvía a mirar hacia la montaña. No se resignaba a que el milagro no sucediera.

La máquina entró majestuosa, arrastraba el collar de hierro, articulado, preciso. Comenzó la coreografía cotidiana, los primeros viajeros en descender se sorprendían, no esperaban aquello, no sabían a qué se debía, para qué personaje ilustre era aquel recibimiento. Aparecieron enseguida Arlette, Maude, Solange y Auguste asomados a las ventanas de un vagón.

—Mira, mamá, cuánta gente. Hay más que cuando nos fuimos —decía el más pequeño.

—Jana —gritó su madre al ver a la joven agitando los brazos.

Laurent apareció con una maleta en cada mano pero no pudo bajar, los miró a todos desde la parte alta de la escalera del coche. A ellos se debía, quiso abrazarlos al mismo tiempo, pero en vez de eso se abrió pasó entre aquella multitud, apartando con suavidad a unos y a

otros hasta que tuvo enfrente a Jana Belerma. Se dieron un abrazo enorme, como el de un padre a una hija, un hermano a una hermana, una pareja separada por la guerra, como todos esos abrazos juntos a la vez. Por encima del hombro del aduanero que ya vestía de nuevo el uniforme al que tanto aprecio le tenía, volvió a clavar la vista en la montaña. Todos querían tocar a Juste, se acercaron Tricio y Pilar mientras Jana besaba a sus dos hijas y al niño.

—Jana, acompáñame, que quiero que saludes a Étienne Guinart —le dijo Laurent sin descuidarla un solo segundo.

—Sí, nos hemos escrito durante todo este tiempo —le dijo Jana como si él no lo supiera. Tenían que hablar a gritos, apenas se entendían entre la música, las campanas y el ruido de la locomotora, que aún no había parado el motor.

—Ahí está.

Laurent Juste llevaba a su amiga muy bien agarrada, con el brazo derecho le rodeaba el cuello como si temiera que se le escapara. El conde descendió del antepenúltimo vagón. Jana saludó de forma muy afectuosa a Guinart, quería corresponder a su amabilidad extrema, volvió a sentir el mismo aroma a almizcle, bergamota y jazmín que cuando lo conoció en la cafetería del hotel, el mismo que emanaba de sus cartas.

—Jana, la magnífica Jana. A partir de ahora tendremos mucho más tiempo para estar juntos.

Mientras Étienne Guinart le palmeaba la espalda a Laurent Juste, Jana vio entre ellos a un hombre que, aún en el vagón, le entregaba una bolsa de piel a uno de los mozos. Ella se quedó paralizada y él sonreía, sonreía mucho. Le sonreía a ella desde el tren.

No podía ser, no estaba en el monte ni en Toulouse ni en Marsella ni desaparecido. Lo mejor era que no estaba muerto. Esteve bajó de un salto los escalones y se acercó a ellos. Jana tenía a menos de cinco metros su pelo negro e hirsuto, rizado. Vestía el mismo traje de actor de Hollywood con el que lo habían visto en París las hijas de Juste. Cuando la saludó se quitó el sombrero.

—Esteve, eres tú.

—Eso parece. El final de la guerra me ha mantenido muy ocupado. Casi me matan, Jana. No podía moverme. Por eso le pedí a mi padre que fuera él quien te escribiera. Tampoco podía llamarte y menos venir. Lo siento. Espero que me perdones.

—El mismo nombre... Esteban, Étienne, Esteve, claro… —Jana se echó la mano con tanta fuerza a la boca que notó el impacto del interior de sus labios contra los dientes.

—Ven —le dijo y delante de todos le dio un beso y la levantó en

el aire mientras Laurent, a modo de presentación, dijo:

—No os preguntabais siempre «¿qué esconde Durandarte?». Pues eso esconde, o escondía, que es conde. Aquí lo tenéis —dijo mientras se dirigía a los congregados en la estación y rio con aquella broma.

Jana no podía salir de su asombro… ¡Tenían tantas cosas que contarse! Porque ella también le debía alguna explicación, ya que Esteve lo ignoraba todo sobre la antigua Jana, tan distinta a la mujer de la que se había enamorado.

Laurent Juste, igual que Jana, también era otro distinto al que había llegado a Canfranc la primera vez, era más extrovertido, menos callado. La alegría lo desbordaba. Él había sido el cabecilla de una organización que con el aliento de la Gestapo en la nuca en todo momento funcionó a la perfección, mejor que ninguna otra red de la Resistencia, tal vez porque ellos eran tan disímiles, tan variopintos, que ningún informante, ni siquiera aquellos temidos agentes de Vichy que estaban por todas partes, los había relacionado. Un músico metido a panadero, una camarera zaragozana, un obrero ferroviario, un conde parisino y un aduanero bretón. Esos eran ellos, y alguien más, alguien que además de contrabandista y ladrón de caballos era un farsante.

Después de las palabras de Juste fueron muchos los que se acercaron también a Esteve, se alegraban de recuperarlo. Jana se abrazó a Arlette y dejó por fin de mirar hacia las montañas, como llevaba haciendo toda la mañana, para elevar la vista más arriba, al cielo. Eran libres. Sus vidas comenzaban.

El aduanero que sustituyó durante su ausencia a Laurent ya estaba en el Hotel Internacional a la espera de volverse a París, por lo que la familia pudo volver a ocupar su casa enseguida. Lo primero que le dijo Valentina a Jana, eso sí, sin perder la sonrisa, fue que le había quitado a Durandarte, o como se llamara entonces, que era suyo.

Aquella noche, después de disfrutar de algunas de las muchas viandas que aún quedaron tras el banquete, Jana les entregó a los Juste y a Guinart padre e hijo una caja llena de cartas. Procedían de Estados Unidos, de Sudamérica, de todos los lugares donde habían sido capaces de llegar los cientos de judíos que habían escapado por Canfranc. Eran solo las primeras de otras muchas que llegarían durante los años sucesivos, con estampas, cruces, cualquier cosa que se pudiera incluir dentro de un sobre y que transmitiese solo una parte muy pequeña del agradecimiento tan grande que sentían hacia ellos. Jana, Montlum, Didier, Laurent, Esteve y Étienne fueron los instrumentos que el azar propicio colocó en el momento adecuado en el lugar justo o, traducido a la lengua vecina, *juste*.

Un par de meses antes de ese día, Jana había recibido otra carta con su nombre bien visible. En el remite había un cuño del Tribunal Apostólico de la Rota Romana, el órgano de apelación de la Santa Sede. Contenía la declaración de nulidad eclesiástica de su matrimonio con Paulino por impedimento de parentesco en grado de consanguinidad colateral. Las llaves de san Pedro estampadas sobre el papel membretado con el escudo rojo podían abrirle a ella las puertas del cielo en la tierra. A esta instancia eclesiástica no le había sido nada difícil dar con ella: durante más de año y medio eran muchos los viajeros y veraneantes de Zaragoza con los que se había cruzado, y además su dirección en el Hotel Internacional constaba en los permisos que le permitían residir allí. Estaba convencida de que consiguieron dar con ella en cuanto se lo propusieron, y también tenía otra certeza: la soltería para quien fue su marido le permitiría ingresar en el seminario y ordenarse sacerdote. Pensó que hasta cabía la posibilidad de que lo destinaran a Canfranc.

Sin embargo, ninguno de aquellos sobres ni de los otros lo había escrito Montlum. A Laurent Juste le bastó su ausencia en el andén y una mirada muy fija de Jana para saber lo que había sucedido. Esa noche maldijo con todas sus fuerzas a los nazis, como si aún no lo hubiera hecho lo suficiente durante aquellos años. Todavía no se conocía toda la magnitud de la barbarie contra quienes no tuvieron la suerte de alcanzar Canfranc, la puerta de la libertad, o salir a tiempo por otros lugares del continente. Arlette puso en el gramófono el vals

número dos de Shostakóvich en homenaje al ausente y Jana lloró. Étienne y Esteve se acercaron a ella a la vez. El padre de Durandarte le dijo:

—Creo que te va a resultar muy difícil elegir entre nosotros dos, y no solo me refiero a este baile.

—No creo que sea necesario tomar esa decisión porque estoy segura de que voy a teneros a ambos —le respondió Jana de una forma muy cortés mientras el mayor de los dos juntaba la mano de ella a la de Esteve. Esa hubiera sido también la voluntad de su amigo Montlum.

En los meses siguientes, el jefe de la aduana francesa recibió muchas cartas y telegramas cuyo contenido casi siempre era el mismo: ruegos de amigos y familiares que no entendían que hubiera rechazado la propuesta de De Gaulle. Él podía aspirar a algo más alto: ¿qué hacía en Canfranc, en su antiguo puesto de aduanero, cuando podía ser un hombre poderoso en Francia?

«¿Qué haces allí, Laurent? ¡Deberías estar en París!»

Y él siempre respondía lo mismo.

«No, mi compromiso es con Canfranc. Este es mi lugar. Por eso decidí volver a Canfranc.»

AHORA

Es julio de 2014. Una mujer de piel muy clara y ojos muy negros ha abierto las contraventanas de madera de la habitación en la que se aloja. Los cristales son la urna que guarda el aire balsámico del Pirineo, el que dicen que hasta curaba a los tuberculosos. Cuando separa en dos esta postal de vidrio, lo aspira como si quisiera llevárselo dentro y solo respirar de él.

A primera hora de la mañana baja con su hija a desayunar. La mujer de piel clara y ojos muy negros tiene setenta y ocho años. Recorre con la vista, de pie, mientras pasea con las manos a la espalda, las paredes del comedor de un alojamiento que regenta Paloma. Hay muchas fotografías en blanco y negro de la estación, de Canfranc, de la fonda La Serena, del hotel Ara, y de muchas personas a las que ella observa. Sobre unas estanterías se acumulan cámaras de fotografiar muy antiguas, linternas de ferroviarios, equipamiento para montañeros de principios del siglo XX.

La mujer de piel clara y ojos muy negros quiere encontrarse allí. Se intuye, se anticipa. Se toca el cuello, contra el que se oprime el camafeo con las dos siluetas de ónice, el óvalo que representa un beso, rodeado de un cordoncillo de perlas minúsculas, con un aro en el centro por el que pasa el cordón de eslabones metálicos y un lazo de seda negra como una corona que es una mariposa. Esa joya la ha acompañado siempre. Ha llegado con ella y con su hija desde Nueva York para posarse en Lisboa, cruzar la península en tren y ascender por la columna vertebral de Aragón hasta Canfranc. Están en Canfranc, está en Canfranc, se repite.

A la mujer de piel clara y ojos muy negros el corazón se le acelera cuando descubre una fotografía firmada por Robert Müller. Conoce a sus protagonistas: Dagmar Géllert y Jana Belerma, en el centro de ellas, una niña sostiene un gato a punto de escaparse, de saltar incluso, llegado desde aquella otra época, desde 1943, a aquel comedor en ese momento de julio de 2014. Llama a su hija para que la vea, acaricia los rostros retratados y, después de apagar el *flash* del teléfono móvil para que no refleje, capta la fotografía.

A las doce del mediodía, con la visita guiada recorrerán la estación. Ahora el edificio es un animal dormido que hiberna. Ella le señalará a su hija la ventana de la habitación bisiesta, la que ocultaba la librería del pasillo, la número trescientos sesenta y seis. Le hablará también de Zaragoza, del salón de la ciudad, como llaman a la plaza del Pilar, y de la emoción que sintió allí sobre el adoquín dulce que condensó dentro de un abrazo la mayor felicidad posible por metro cuadrado. Recordará a Montlum, quien le regaló la lámina de Chagall

que ve cada mañana antes de disponerse a preparar sus caballos del centro ecuestre de Frost Valley.

La mujer de piel clara y ojos muy negros, a sus setenta y ocho años, ha querido cumplir con la que es la ilusión de su vida: hacer el camino inverso al que recorrió en 1943: Budapest, Marsella, Pau, Canfranc, Madrid, Lisboa y América, por fin. Desde allí han llegado. En la estación le señalará a su hija el hangar de doble fondo donde los escondieron Didier y Durandarte, y cuando atraviese el umbral del vestíbulo la embargará la sensación más plena y rotunda que puede sentir un ser humano, la de la libertad.

La mujer de piel clara y ojos muy negros, como era su voluntad, un anhelo acariciado desde que estuvo allí a los siete años, ha cumplido con su deseo de volver a Canfranc. La mujer de piel clara y ojos muy negros se llama Sieglinde Géllert.

LA REALIDAD

Como se trata de una novela histórica sobre vidas ejemplares y comportamientos genuinamente humanos, en ella se mezclan ambos planos: la ficción se combina con los hechos auténticos, ciertos, comprobados, verdaderos, reales en última instancia, que sucedieron en la estación de Canfranc y alrededores durante los años 1943 y 1944. Frente al horror nazi, este bastión del norte de Aragón fue una puerta a la Libertad, con mayúsculas, porque no solo se salvaron centenares de vidas al atravesarla, miles dicen algunos, sino que los episodios allí sucedidos durante la Segunda Guerra Mundial fueron decisivos para la liberación de Europa. Y cuando se alude a este lugar como enclave vital, el término es el más exacto posible porque en aquellos vagones llegaba el alimento a la Europa en guerra desde la península ibérica, llamada entonces la despensa del continente.

Es cierto que en Canfranc se cantó *La Marsellesa* cuando las tropas aliadas liberaron París. No obstante, y como no podía ser de otra manera tratándose de material novelesco, me he tomado bastantes licencias históricas para convertir en más poéticos o románticos los episodios que se narran. Por ejemplo: el restaurante de París Au Pied de Cochon, El pie de Cerdo, en alusión a su plato estrella, no abrió sus puertas en la rue Coquillière de París hasta 1948, y los protagonistas, la familia Juste, comen allí en agosto de 1944 para celebrar su reencuentro. El padre que murió ante sus hijos en la aduana de la estación no fue polaco, como se dice aquí, sino húngaro. Poco importa la nacionalidad frente al hecho tan terrible que se recoge y que por desgracia sí que es cierto. Hay muchos más episodios, datos y momentos imaginarios pero muy verosímiles. No hubo ningún gobernador civil de la provincia de Huesca llamado don Gervasio Casanarbore ni con estas características, por muy real que resulte el marido de doña Mimín.

Recuerdo como si fuera ahora la primera vez que fui a la estación de Canfranc; después de haber visto cientos de fotografías, me impresionó todavía más de lo que esperaba; el edificio superó cualquier expectativa. Tuve la suerte de coincidir con una guía, Silvia, que nos narró lo sucedido allí con muchísimo entusiasmo y mayor profesionalidad: a través de sus palabras veíamos la esvástica nazi en el andén francés, el tráfico del oro y los minerales estratégicos para la guerra. Nos habló de las redes de espionaje que actuaban desde este punto..., del papel que desempeñaba la fonda Marraco, llamada en este libro La Serena, que era como el Café de Rick de Casablanca pero en el Pirineo de Huesca. Pensé que entre aquellas paredes del vestíbulo, dentro de las oficinas, sobre la playa de vías, no había una

novela sino muchas.

El personaje de Laurent Juste, Lorenzo Justo o el Sol de la Justicia, capaz de derretir las agujas de hielo del Tercer Reich, está inspirado en Albert Le Lay, que ostentaba el cargo con el que aparece el personaje en la novela durante aquellos años. Como tantos otros compatriotas suyos, se negaba a reconocer al gobierno títere de Pétain y por ese motivo luchaba sin descanso por la victoria aliada. Su labor humanitaria consistió en salvar a cientos de personas de una muerte segura y atroz, «la solución final», en la terminología del nazismo. Actuó de la misma forma que hicieron otros en aquellos momentos, igual que el industrial Oskar Schindler, que usó como tapadera una fábrica de ollas en Cracovia, o el diplomático zaragozano Ángel Sanz Briz, desde la embajada de Budapest, con la ayuda del comerciante italiano Giorgio Perlasca. A todos ellos el gobierno de Israel les condecoró muchos años después con el título de Justos entre las Naciones por el altruismo, la valentía y el valor que los llevó a la defensa de los ciudadanos judíos.

La labor de Albert Le Lay que se cuenta en este libro fue reconocida con la Medalla de la Resistencia, la Cruz de Guerra, el nombramiento de oficial de la Legión de Honor, la Medalla de la Libertad americana con Palmas de Plata y otros muchos honores como el citado del pueblo de Israel. Todas las guardó en un cajón, nunca las lucía. Cuando alguien le recordaba sus méritos siempre respondía que solo hizo lo que la dignidad le exigía. Falleció en 1988 en San Juan de Luz.

Marc Chagall, que aquí aparece con este nombre y también con el suyo ruso original, Moishe Segal, fue ayudado por el periodista estadounidense Varian Fry a llegar a la frontera de Canfranc desde Marsella, huyendo también del exterminio nazi por su condición de judío, pero unos años antes de la época en que transcurre la novela.

A Joséphine Baker se le otorgó el honor militar de la Croix de Guerre, la Medalla de la Resistencia y la Legión de Honor por unirse a ellos durante la guerra, participó como subteniente auxiliar en las Fuerzas Aéreas francesas y trabajó para la Cruz Roja antes de salir por Canfranc, tal como se cuenta aquí, para evitar que su marido, el magnate azucarero judío Jean Lion, fuera detenido por la Gestapo. Murió en 1975. Fue la primera mujer norteamericana en recibir honores militares en su funeral celebrado en Francia. Después la inhumaron en Mónaco.

Max Ernst se casó en 1942 con Peggy Guggenheim, convirtiéndola así en su tercera esposa. Ella no podía llevar consigo sus cuadros, por lo que tuvo que esconder su colección de obras de arte en un granero

de Grenoble, porque el museo del Louvre no quiso aceptarlas alegando que tenían un carácter demasiado moderno. En 1943 ya se habían separado, por tanto, cuando él cruzó por Canfranc rumbo a América, ya era un hombre libre en todos los sentidos.

El grupo de Alma Mahler, su marido, el escritor judío, como el resto, Franz Werfel, el hermano de Thomas Mann con su esposa y sobrino y el matrimonio Feuchtwanger también consiguieron su objetivo de llegar al Nuevo Continente. Alma murió en Nueva York a los ochenta y cinco años.

Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, el mariscal Pétain fue recluido de agosto a noviembre de 1945 muy cerca de esta estación que tanto contribuyó a la derrota de su bando. Estuvo a menos de treinta kilómetros de Canfranc, en el fuerte de Portalet, entre Urdos y Etsaut, dos poblaciones que además formaban parte del trayecto del tren que salía de Pau-Oloron-Sainte-Marie y llegaba hasta aquí.

Muchos otros datos históricos pueden encontrarse en los libros del periodista del *Heraldo de Aragón*, Ramón J. Campo: *La estación espía: las claves de la derrota de los nazis en los Pirineos* (Península, 2006) y *Canfranc, el oro y los nazis* (Mira Editores, 2012) y en *La penúltima frontera: fugitivos del nazismo en España* (Península, 2011,) de la traductora y ensayista catalana Rosa Sala Rose. Uno de los libros fundamentales para entender el espionaje de esta época, así como para acercarse a quien fue uno de sus principales protagonistas conocido como Arabel para los alemanes, es *Garbo, el espía*, de Stephan Talty (Destino, 2012).

También aporta muchos datos sobre los hechos sucedidos en Canfranc, *Banderas rotas*, llamado por su autor, José Antonio Labordeta, *Cuasimemorias* (La Esfera de los Libros, 2002). Quien compuso el que para muchos es el verdadero himno de Aragón, porque habla de libertad, cuenta que un oficial alemán de nombre Tadeusz destacado en el puesto de la estación, el mismo que aparece en esta novela como profesor de lenguas clásicas en Heidelberg, su profesión real, llegó a ser muy amigo de su padre. Ambos paseaban juntos con frecuencia por los andenes de la estación mientras conversaban en latín.

A los pocos meses de morir el padre del cantautor y escritor, se recibió una tarjeta en Zaragoza que procedía de Alemania; era del viejo Tadeusz, que aún recordaba a la familia aragonesa y de esa forma quería manifestarlo. Por desgracia, llegó cuando su amigo español, Miguel Labordeta Palacios, ya no estaba, había fallecido en 1945, a los 48 años de edad. Ellos eran un guardia nazi y un militante

de Izquierda Republicana, pero dos seres humanos, al cabo, que hablaban de la familia, de los libros. Una muestra de que cuanto más lejos estén los tópicos y los prejuicios más cerca estaremos de la verdad, o de alguna de ellas, al menos.

Los detenidos en Canfranc Estación, aquellos que pretendían atravesar la frontera o los extranjeros que habían cometido otros delitos, eran llevados a un corral de ganado, ya que hasta que no había al menos una docena no se les trasladaba a la prisión de la torre del Reloj de Jaca o a la cárcel de Huesca. Los niños les llevaban comida, pan y leche sobre todo. Uno de aquellos pequeños era José Antonio Labordeta.

El Hotel Internacional de la estación cerró en 1982, cincuenta y cuatro años después de su inauguración. Sobrevivió diez años a la interrupción del tráfico ferroviario. Para el año 2020 está prevista la reapertura de esta línea de tren. En ese momento cicatrizará la brecha abierta hace ya demasiadas décadas entre la realidad y el deseo de todos los que la reivindicamos.

Jana Belerma y Esteve Durandarte no constan en ningún registro civil, puede pensarse por tanto que no existieron, aunque se trata de dos personajes muy verdaderos, igual que ya lo fueron en el *Quijote*, obra de la que están tomados sus nombres. Tanto allí como aquí, salvando las abismales distancias entre esta novela y la magna obra castellana, representan el encantamiento, la transformación, el amor. Se lee en la obra de Cervantes:

El mísero Durandarte, dando una gran voz, dijo:
«¡Oh mi primo Montesinos!
Lo postrero que os rogaba
que cuando ya fuere muerto,
y mi ánima arrancada,
que llevéis mi corazón
adonde Belerma estaba,
sacándomelo del pecho,
Ya con puñal, ya con daga». (II, 23)

Esta era una pista para saber que acabarían juntos, de la misma forma que el nombre de Guinart permitía descubrir su filiación, ya que así se apellida el bandolero Roque en el *Quijote*.

EL DESEO

Ya se escucha el pitido de la máquina a la salida del Somport. Ya vuelve. Esta vez es verdad. *El convoy desciende imparable desde Aquitania*, el tren anterior a este no llegó hasta aquí, hasta Canfranc, era el 27 de marzo de 1970 y se quedó en el puente de L'Estanguet, la locomotora y algún vagón se incrustaron en su caja metálica después de quedarse sin frenos bastante más arriba. Desde entonces ninguno se ha deslizado sobre estos raíles.

Pero hoy entra majestuoso en el andén francés. Desde Estados Unidos, Israel y Sudamérica muchas personas anónimas, quienes no eran Chagall, ni Max Ernst, ni Alma Mahler o el marido de Joséphine Baker, y sus muy numerosos descendientes, miran hacia aquí. Algunos de ellos consiguieron cumplir antes de morir su deseo de mostrarles a sus nietos el lugar por el que se salvaron cuando concentraron sus ilusiones en ser capaces, aquella última vez también, de *Volver a Canfranc*.

La esperanza no puede perderse ni siquiera en último lugar.

Canfranc. Solo conozco una palabra que para mí tiene más significado en estos momentos: gracias, por eso quiero juntarlas. Gracias, Canfranc, por todos los dones recibidos. Por ser el origen de mi deseo de novelar estos hechos que guardabas dentro de tu estación pronto, de nuevo, internacional, y gracias también a todas las circunstancias y personas que me han traído hasta aquí y que a continuación cito.

En primer lugar quiero agradecerle su ayuda a Ramón J. Campo. El periodista es el mayor especialista en todo lo que tiene que ver con la estación de Canfranc. Su labor en torno al tema, su tema, es inmensa, tanto como su simpatía y profesionalidad. Lo avalan sus más de mil páginas escritas en el *Heraldo de Aragón* y sus libros imprescindibles para entender la historia contemporánea de occidente, la más cercana, que aún nos reserva bastantes revelaciones, algunas sospechadas pero no documentadas antes de los numerosos hallazgos que él, junto a Jonathan Díaz, francés de ascendencia española, natural de Oloron, como el tren, ha dado a conocer sobre el oro nazi, el otro, mineral con el que se reforzaban las armas alemanas, los servicios no tan secretos de espionaje..., todo lo que pasaba en este lugar y que supone un material tan grande e interesante que daría para varias novelas.

A Diago C.H. Colás Elvira, presidente de la plataforma CREFCO. Desde que lo descubrí en la presentación del documental *Juego de espías* en el Patio de la Infanta de Zaragoza no puedo prescindir de su sensibilidad, de sus poemas, de los textos literarios con los que también lucha por mejorar el presente... Por ese motivo una de sus composiciones encabeza este libro.

A Antonio Orga, uno de mis fotógrafos preferidos, a quien descubrí también en Canfranc, tierra de tesoros, por cederme las imágenes de los lugares donde sucede esta novela. A quienes se han encargado de traducir las frases que aparecen en alemán, húngaro, francés e inglés: Petra Dindinger, Andras Varga, Ana Venzal Cantavella y Gema Murillo. A Juan José Chinchilla Landa por calcular el precio (y el valor) de algunos artículos en 1943 y 1944.

A todos los miembros de los grupos de Facebook: Canfranero, Canfranc Estación, Los Arañones-Canfranc Estación, y Por la reapertura de la línea Canfranc-Oloron, más de 3.500 personas irreductibles, enérgicas, que no desfallecen en su empeño, se les adivina capaces de parar un tren pero sobre todo de ponerlo en marcha. No me cabe ninguna duda de que veremos entrar ese ferrocarril en el andén francés a la salida del túnel de Somport, querer es poder, y en este caso no es que haya que verlo para creerlo, sino

que si lo creemos lo veremos. De todos vosotros es también esta novela, que ojalá contribuya en algo a que se reinaugure ese trayecto y convierta por tanto, de nuevo, en internacional la terminal del valle de Los Arañones.

Me han aportado datos, han ajustado detalles, han comentado fotografías y he podido confrontar algunos de los elementos centrales de la novela con las siguientes personas: Manuel Vieytes Borau (y no me resisto a contar lo siguiente): cuando pregunté en la red social mencionada si el restaurante Universo de la avenida de Los Arañones, 11, de Canfranc estaba ya abierto en 1943, porque estaba interesada en localizar una escena allí, me respondió a los diez segundos. Me dijo que la terraza no existía entonces, que se utilizaba para las verbenas del pueblo, sobre todo las que se celebraban el 18 de julio, fiesta mayor de Canfranc y fecha en que se inauguró la estación en 1928, efeméride que además siempre será recordada por otros motivos. Manuel Vieytes me informó de paso, como quien no quiere la cosa, de que el establecimiento abrió sus puertas en 1941, que entonces se llamaba Yola y que estos primeros propietarios, los artífices de uno de los templos de la comida pirenaica, eran sus padres. Fue tal la emoción que sentí que no pude contener las lágrimas. Los restos de sal aún deben permanecer dentro de este teclado. Momentos así demuestran que sin duda bajo los adoquines está la playa.

A Víctor Fairén Le Lay, catedrático de Física General y nieto real de dos de los protagonistas de esta novela: su abuelo materno fue Albert Le Lay, el Laurent Juste de aquí y por parte paterna quien aparece en el libro como director del hospital clínico de la universidad de Zaragoza; encontrarlo supuso un regalo del azar. Una de las vivencias más emotivas de las muchas que me han acompañado durante la escritura de estas páginas fue saber de él, leer sus textos, escuchar sus entrevistas en la radio. De todas ellas recuerdo con especial cariño, por el significado que tenía, una en el programa *Sefarad*. No podía creer, hasta que él me lo confirmó, que alguien reuniera en sí ambos apellidos. Y aún hay más: en *Volver a Canfranc* se narra que la hija del aduanero, en el libro Solange, se quedó en la estación cuando sus padres huyeron con su hermano. Al día siguiente, seguida muy de cerca por la Gestapo, llamó al timbre de la casa del doctor Mallén, forma en que he rebautizado a los Fairén, igual que habían hecho sus padres la víspera. Cuando los guardias alemanes preguntaron horas después por ella, quien la acogió dijo que estaba aquejada de una enfermedad muy contagiosa y que no se le acercaran. Surtió efecto. Años después aquella sería también su casa porque se casó con el hijo del médico que la salvó para convertirse en la madre

de aquel a quien doy todo mi agradecimiento en esta nota, Víctor Fairén Le Lay. En la novela, de seguir narrando la historia de la estirpe, se llamaría Víctor Mallén Juste.

Quiero dar las gracias también, y sobre todo, a mi familia, a mis profesores, a mis alumnos, a mis amigos y a quienes pertenecen a varias de estas categorías a la vez. Obras son amores, que no buenas razones.

Al mago Leopoldo Trillo-Figueroa, Montlum en esta historia, y al superhéroe, tan parecido a Durandarte, que corre descalzo y me ha asesorado en temas ferroviarios, Emilio Sáez Soro. Ha sido tanta la ayuda prestada, con su lectura atenta, sus comentarios, su paciencia infinita, y no es un tópico, de Cristina Pons Muñoz, actriz, guionista, compañera de letras, que en este caso hasta la palabra gracias, que tan inmensa parece, se me queda corta. Ella sabe lo mucho que mi escritura le debe. A Germán Carrillo, por el acierto y la paciencia.

Todo mi cariño y agradecimiento también a quienes leen, escriben e inducen a escribir historias como esta, me refiero a Carmen Marín, la jueza más justa, y a mis varios y variados ángeles, y a quienes editan con la pasión por bandera, como Raquel Gisbert y Purificación Plaza, porque entre todos me habéis escrito la vida. Gracias.

2012-2015, mientras escucho pasar los trenes.

Epílogo

Estación de los Arañones en Canfranc

A los irreductibles del Canfranc

Eres, amante, el cetáceo más hermoso
varado en la más hermosa playa de vías: (…)
A pozales de rasmia doy sutura a tus lesiones,
te acerco el recurso que te mantiene con vida
y te dispongo para emprender otra vez tu vuelo,
tan pronto acuda a mi llamada la marea. (…)
Es cierto, no hay sino calma en la orilla,
odiosa calma maldita y despreciable,
maldita balsa de aceite muerta y silenciosa,
maldito rumor resignado e inaudible. (…)
Y sentirás, amante, los mimbres de la navegación
golpearte el espíritu, y sacudirte el abandono y el silencio.
Pronto se agitará la arena que te retiene
y saldrás libre a mar abierto, mejor que entonces.
(Diago Ch. Colás Elvira, presidente de CREFCO:
Coordinadora para la reapertura del ferrocarril Canfranc-Olorón)

Notas

1. Si nos cortan la cabeza, no podremos fumar.

2. Vamos, andando. Silencio.

3. Adiós, mis reyes. El futuro es vuestro.

4. Esta cantidad equivale a unos quince mil francos de los posteriores a la reconversión de la moneda en 1959.

5. ¿De qué parte de Hungría son?

6. Somos de Budapest.

7. Soy el afinador de pianos francés. Tengo que afinar el del Teatro Real.

8. ¡Son ellos, mamá!

9. ¿Los caballos estaban en un vagón? ¿Los del comandante? ¿Y dónde están ahora?

10. No lo sé, señor.

11. ¡Andando! No lo sé, no lo sé, vosotros no sabéis nada. Y yo no sé qué hacéis aquí en Canfranc.

12. Sí que lo sé. Lo que hacéis aquí es veranear. Llama al capitán Wagner. Inmediatamente.

13. ¿Solo una palabra? ¿Su amigo es alemán?

14. Es francés. Es un movimiento.

15. ¿Qué es esto?

16. Mi obra.

17. Pues parecen pintadas por niños. ¿No serán de niños judíos?

18. ¿Dónde están los caballos?

19. ¡Qué asco! ¡Una negra! Solo es una negra.

20. Música degenerada. Degenerada como usted, judía negroide. Márchese, me da asco.

21. Buenos días y buen viaje.

22. Señora Belerma, uno de mis paisajes preferidos.

23. Este ya está mareado.

24. Ya antes de comenzar el viaje.

-

Volver a Canfranc
Rosario Raro

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2015
ISBN: 978-84-08-14080-1 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.